

IDAD A
CIÓN G

GALVAN

LA

TIERRA SANTA

DS110

G3

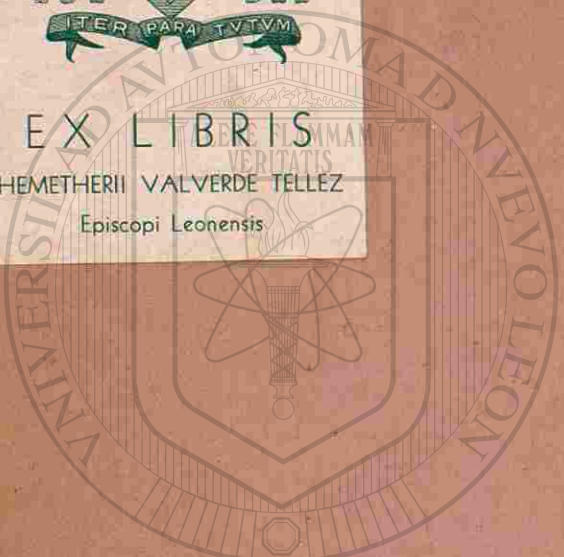
V.3

C.1



1080022396

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA
TIERRA SANTA,

ó
DESCRIPCION EXACTA DE JOPPE, NAZARETH, BELEN,

el Monte de los Olivos,

Jerusalen y otros lugares célebres en el Evangelio,

A lo que se agrega una noticia sobre otros sitios notables en la historia del Pueblo Hebreo

Obra formada con las relaciones literales de Chateaubriand, de Lamartine,
de Michaud, del padre Guzman y de otros viajeros, y publicada

POR

Mariano Galvan Rivera



TOMO III.

Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

MÉXICO.

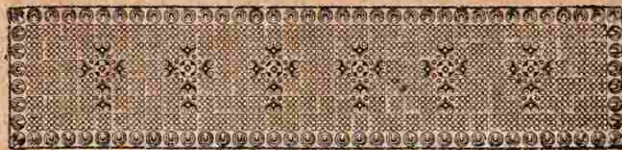
Se expende en la Librería de Recio y Altamirano, portal de Mercadores número 7. 47266



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tollax



FONDO EMÉTERIO
VALVERDE Y TELLEZ



CAPÍTULO I.

VIAGE DE EGIPTO.

EL día 13 al mediodía, dice Chateaubriand, llegué á Jafa y tuve el desconsuelo de no hallar ningun buque en el puerto, y andaba dudoso si me iria á embarcar á San Juan de Acre, ó si haria el viage á Egipto por tierra: mas me hubiera agradado esto último; pero era imposible, pues cinco partidos armados se disputaban entónces la posesion del pais. Ibraim-Bey en el alto Egipto, otros dos beyes independientes, el bajá de la Puerta en el Cairo, una tropa de albaneses sublevados, Elfi-Bey en el bajo Egipto; y todos estos partidos infestaban lo caminos, y los árabes aprovechándose del desórden, acababan de cerrar todos los pasos.

011107

Pero la Providencia me favoreció, pues al otro día de mi llegada á Jafa, y cuando ya me disponia á partir para San Juan de Acre, entró en el puerto una saica, en la que me embarqué el día 16 para Alejandria. Tambien sentí mucho el separarme de los religiosos que aquí habia. Uno de ellos me dió cartas de recomendacion para España, pues luego que hubiese visto á Cartago, me proponia ver la Alhambra; de este modo aquellos religiosos que quedaban espuestos á mil peligros, pensaban aun en servirme al otro lado de los mares y en su misma patria.

Permanecí sobre el puente del buque todo el tiempo que pude descubrir las luces de Jafa, pues que mi embarque se verificó á las ocho de la noche. Confieso que sentia la mayor alegría pensando que acababa de cumplir una peregrinacion que tanto tiempo habia tenia pensada, y creia terminar pronto esta santa aventura, cuya parte mas peligrosa me parecia concluida. Cuando consideraba que habia andado casi solo el continente y los mares de Grecia, y que aun me hallaba solo en un barquichuelo en lo interior del Mediterraneo, despues de haber visto el Jordan, el mar Muerto y Jerusalem, me parecia mi vuelta por Egipto, Berberia y España, como la cosa mas fácil; pero me engañaba.

Me retiré á la cámara del capitan luego que perdimos de vista las luces de Jafa, saludando por la última vez las costas de la Tierra Santa; pero al amanecer del dia siguiente aun las descubrimos delante de Gaza.

Mi navegacion desde Jafa á Alejandria duró solo cuatro dias, de manera, que en mi vida he hecho otra ni tan ligera ni tan agradable, pues el cielo estuvo siempre descubierto; el mar sosegado, y el viento favorable.

El día 17 y 18 atravesamos el golfo de Damietta, ciudad que viene casi á ocupar el sitio de la antigua Pelusio. Cuando un pais presenta grandes y numerosos recuerdos, la memoria para desahogarse de la multitud de cosas que la ocupan, se fija en una sola, y así me sucedió al pasar el golfo de Pelusio, pues me recordé desde los primeros hasta los últimos Faraones, y acabé por pensar solo en la muerte de Pompeyo, traidora y cobardemente asesinado en aquellos mismos parages, de órden de Ptolomeo.

El día 19, despues de haber estado otros dos sin ver tierra, descubrimos un promontorio bastante encumbrado, y se llama el cabo Brulos, que forma la punta mas septentrional del Delta. Ya advertí hablando del Gránico, que la ilusion de los nombres es cosa prodigiosa: el cabo Brulos no me ofrecia á la vista mas que un montecillo de arena; pero era la punta del cuarto continente, único que me quedaba por ver; era como un recodo del Egipto, origen de las ciencias, de las religiones y de las leyes, y ya no podia apartar los ojos de él. Al anochechar de aquel mismo dia descubrimos á la parte del sudoeste algunas palmeras que parecian salir del mismo mar, pues no se veia tierra alguna. A la parte del Sur se percibia confusamente alguna cosa negruzca, con varios árboles entremedias, y estas eran

las ruinas de una aldea, triste indicacion de la suerte del Egipto.

El 20 á las cinco de la mañana noté sobre la trémula y verde superficie del agua, como una barra de espuma, y al otro lado una corriente mansa y como pálida. El capitán vino á decirme en lengua franca *Nilo*. Al instante entramos en aquellas famosas aguas de las que quise beber, y me parecieron saladas. Algunas palmeras y un minareto, nos indicaron que estábamos frente de Roseta; pero aun no se veía tierra alguna, pareciéndose en esto á las lagunas de las Floridas, siendo por lo tanto el aspecto de esta costa del todo diferente del de Grecia y del de Siria, recordándose el efecto de un horizonte bajo los Trópicos.

En fin, á las diez de la mañana descubrimos un rastro de arena que se extendía al oeste hasta el promontorio de Abukir, por delante del cual se tiene que pasar para llegar á Alejandría. Entónces nos hallábamos enfrente de la embocadura del Nilo, en Roseta, é íbamos á atravesar el Bogaz. El agua del rio tenia allí un color rojo que tiraba á morado, y comenzaba hacia tiempo á bajar de su grande avenida. Dirigiéndonos siempre al oeste, llegamos á la extremidad, donde desagua esta inmensa esclusa. La línea de las aguas del rio y la del mar no se confundian, y chocándose levantaban espumosas olas que mutuamente se servían como de orillas.

A las cinco de la tarde, la costa que siempre habíamos tenido á la izquierda, mudó de aspecto. Las palmeras parecían alineadas sobre la orilla como las arbo-

ledas de nuestros paseos: de este modo la naturaleza se complace en recordar las ideas de civilizacion en el país donde esta tuvo su origen, y donde actualmente reinan la ignorancia y la miseria. Despues de haber doblado la punta de Abukir, nos fué poco á poco faltando el viento, y solo pudimos entrar de noche en el puerto de Alejandría: no quise saltar en tierra, y aguardé á que amaneciese sentado sobre el puente de nuestra saica.

De este modo tuve tiempo de abandonarme á mis reflexiones. A mi derecha divisaba algunos buques y el castillo que ocupa el lugar de la torre del Faro: á mi izquierda me parecia que el horizonte terminaba en colinas, ruinas y obeliscos que con la sombra de la noche apenas podia distinguir: enfrente de mí corría una línea negra de murallas y de casas apiñadas: no se veía en tierra mas que una sola luz, ni se oía ruido alguno. Sin embargo, allí estaba aquella Alejandría, rival de Memphis y de Thebas, que contenia tres millones de habitantes, que fué el santuario de las musas, y en donde en las tinieblas mismas de la noche resonaban los gritos de borrachera y desórden en las bacanales de Antonio y de Cleopatra. Pero en vano aplicaba yo el oído, un fatal talisman reducía al mas profundo silencio al pueblo de la nueva Alejandría: este talisman es el despotismo que ahoga toda alegría, y no permite ni siquiera las quejas del dolor. ¿Y qué ruido podria oirse en una ciudad, cuya tercera parte por lo ménos se halla desierta, la otra son sepulcros, y la última, que vive en medio de estos dos extremos como muertos, es una

especie de cadáver palpitante que no tiene fuerzas para mover sus cadenas entre ruinas y sepulcros?

El 20 á las ocho de la mañana la chalupa de la saica me llevó á tierra, y pasé al instante á la casa del cónsul francés, á quien debí la acogida de un verdadero y sincero amigo.

No tienen que esperar mis lectores el que dé aquí una descripción del Egipto. He hablado con alguna extension de las ruinas de Atenas, porque solo son bien conocidas de los aficionados á las nobles artes: he dado una exacta y detenida descripción de Jerusalem, porque este era el objeto principal de mi viage. ¿Pero qué podré decir del Egipto? ¿Y quién hay en el dia que no le conozca? El viage de Mr. Volney es una obra clásica en todo lo que no pertenece á la erudicion; y en cuanto á esta nada dejan que desear Sicard, Norden, Pococke, Shaw, Niebuhr, y algunos otros; los dibujos de Mr. Denon y las estampas publicadas por el instituto de Egipto, nos han presentado á la vista los monumentos de Thebas y Memphis: en fin, yo mismo he dicho cuanto tenia que decir sobre el Egipto, pues el libro de los Mártires en que hablo de esta antigua tierra, es el mas completo en punto á antigüedades, de toda la obra.

En tanto que se me proporcionaba embarcacion para pasar á Tunez, quise ver el Nilo y las pirámides, y para ello me embarqué en Roseta con otros dos franceses el dia 23, con direccion al Cairo. Salimos á la tardecita de Alejandria, llegamos aquella misma noche

al Bogaz de Roseta, y pasamos la barra sin accidente alguno. Al amanecer nos hallamos á la entrada del Nilo, que presentaba su mas hermoso aspecto, pues llenaba sus márgenes sin rebosarse, dejando ver espaciosas llanuras sembradas de arroz, y muchas palmeras que parecian columnas y pórticos. Pronto llegamos á Roseta, y vi por primera vez aquel magnífico Delta, al que para ser feliz solo le falta un buen gobierno.

Aquí se nos reunió un muy atento comerciante frances que quiso acompañarnos al Cairo. Tomamos una barca, y para mas seguridad hicimos nos acompañase un soldado albanés. Mr. de Choiseul describe muy bien á estos soldados de Alejandro, diciendo:

„Estos feroces albaneces serian aun héroes si los mandase un Scanderbeg, pero realmente no son mas que unos foragidos cuyo aspecto exterior manifiesta su ferocidad. Son altos, fornidos y ligeros: su ropa consiste en unos calzones muy anchos, en un tonelete pequeño, un chaleco guarnecido con muchas planchas, cadenas, y filas de gruesos botones de plata: llevan borceguies atados con correas que á veces suben hasta las rodillas para sujetar á la pierna unas planchas de metal que les sirven como de botas para montar á caballo. Llevan una especie de capa ó manto blanco galoneado y acuchillado de muchos colores, lo que hace el traje pintoresco, y no usan para cubrir la cabeza mas que un casquete encarnado que se lo quitan cuando entran en batalla.”

Los dos días que estuvimos en Roseta los empleamos en ver esta ciudad árabe, que es muy bonita con sus jardines y bosques de palmeras.

El 26 al mediodía entramos en la barca adonde había muchos pasajeros turcos y árabes, y comenzamos á subir por el Nilo. A nuestra izquierda se extendía hasta perderse de vista una hermosa vega toda verde, y á la derecha se veía la orilla del río muy bien cultivada; pero mas allá solo se descubrían los arenales del desierto. Varias palmeras desparramadas por aquellos campos manifestaban que allí había algunos lugares. Las casas de estos son de tierra, y se levantan sobre montecillos artificiales; precaución inútil, pues por lo comun no están habitadas. Una parte del Delta se halla enteramente despoblada, pues los albaneces esterminaron millares de aldeanos ó fellahs, y los demas se refugiaron al alto Egipto.

Habiendo tenido el viento contrario, tardamos siete días en subir desde Roseta al Cairo. Hubimos tambien de detenernos para que entrasen á bordo algunos albaneces, los cuales procediendo como furiosos, á todos amenazaban y apuntaban con sus escopetas, y como son medio musulmanes y medio cristianos, ya invocan á Mahoma, ya á la Virgen; sacaban un rosario del bolsillo, pronunciaban súcias palabras en mal frances, bebían vino sin cordura, tiraban escopetazos al aire, insultaban y maltrataban á todo el mundo. ¿Y es posible que estos bandidos albaneces, estos estúpidos musulmanes, estos fellahs tan cruelmente oprimi-

dos, habiten la misma tierra donde vivió un pueblo tan industrioso, tan sabio, y tan amigo de la paz cual el Egipto, segun nos lo representan Herodoto y Diodoro Sículo?

Pasamos por el canal de Menuf, lo que me impidió ver el hermoso bosque de palmeras que se halla junto al brazo occidental del río que toca con el desierto libico, infestado entónces por los árabes. Saliendo del canal de Menuf, y siguiendo agua arriba, descubrimos á nuestra izquierda la cumbre del monte Moggattam, y á nuestra derecha los altos arenales de Libia. En el espacio que quedaba entre las dos cordilleras de montes, descubrimos bien pronto las puntas de las pirámides, aunque aun estábamos á diez leguas de ellas. Durante nuestra navegacion, que aun fué de ocho horas, permanecí sobre el puente contemplando estos sepulcros que parecían crecer y subir hasta el cielo conforme nos íbamos acercando á ellos. El Nilo, que parecía entónces un mar pequeño; la oposicion de los arenales del desierto, y de las vegas tan verdes y deliciosas; las palmeras, los sicómoros, las cúpulas, las mezquitas y los minaretes del Cairo; las lejanas pirámides de Sacarah, de donde el río parecía salir como de un inmenso estanque, todo esto formaba un cuadro que no tiene igual en la tierra. „Pero por mucho que los hombres hagan, dice Bossuet, su pequeñez y miseria aparece en todo: estas pirámides eran sepulcros. Y aun sucedió que los reyes que las mandaron construir no fueron sepultados en ellas.”

Confieso que al ver las pirámides me quedé admirado; bien sé que algun filósofo llorará ó reirá al considerar que la mayor obra de mano de los hombres, es un sepulcro; ¿pero por qué no se ha de querer ver en la pirámide de Cheope mas que un monton de piedras y un esqueleto? El hombre no ha erigido este sepulcro movido de la idea de la nada, sino de la de su inmortalidad: este sepulcro no es el límite que indica el fin de la carrera de un dia, sino la entrada de una vida sin fin; es una especie de puerta eterna levantada en los confines de la eternidad. „Todos estos pueblos, dice Diodoro Sículo, como tienen á la duracion de vida por un tiempo muy corto y de poca importancia, atienden mucho á la larga memoria que deja la virtud, y por lo mismo llaman á las casas de los vivos posadas, por las cuales no se hace mas que pasar; pero dan el nombre de habitaciones eternas á los sepulcros de los muertos de donde no se sale. De este modo los reyes miraron con indiferencia las obras de sus palacios, y se esmeraron en construir sus sepulcros.”

Se querria actualmente que todos los monumentos tuviesen una utilidad física, y no se atiende á que hay para los pueblos una utilidad moral de un orden muy superior, á la cual atendian las leyes de los antiguos. Por ventura, ¿nada enseña la vista de un sepulcro? Si algo enseña, ¿por qué nos quejaremos de que un rey haya querido hacer perpetua la leccion? Los grandes edificios forman una parte esencial de toda sociedad humana. A no ser que queramos defender que es igual

para una nacion el dejar ó no dejar un nombre en la historia, no se puede declamar contra estos edificios que hacen que la memoria de los pueblos sobreviva á ellos mismos, y que sean contemporáneos de las generaciones que vienen á fijarse en estos campos abandonados. Y entónces, ¿qué importa el que estos edificios hayan sido anfiteatros ó sepulcros? Todos son sepulcros en un pueblo que ya no existe. Cuando el hombre ha pasado, los instantes de su vida son aun mas vanos que los de su muerte: su mausoleo es útil á lo ménos á sus cenizas; pero sus palacios, ¿conservan alguna cosa de sus placeres?

No hay duda en que si hablamos con rigor, una pequeña hoya nos basta á todos, y seis piés de tierra habrán de contentar al mayor hombre del mundo. Se puede adorar á Dios bajo un árbol, como en la magnífica iglesia de San Pedro: se puede vivir en una cabaña, cual en un palacio: el vicio de este razonamiento consiste en trasladar un orden de cosas á otro. Además de esto, un pueblo no es mas feliz cuando ignora las artes, que cuando deja brillantes testimonios de su talento. Ya nadie cree en aquellos pueblos de pastores que pasan inocentemente su vida vagando por las florestas, pues se sabe que aquellos tan cándidos zagalejos guerrean unos contra otros por robarse sus ganados. Sus grutas no están vestidas de frondosos pámpanos, ni adornadas con fragantes y hermosas flores, pues al contrario, en ellas ahoga el humo, y apesta el mal olor de agriada leche. Poética y filosóficamente

un pueblo medio salvaje puede gozar de todos los bienes; pero la inflexible historia lo sujeta á las calamidades de los demás hombres. Los que tanto declaman contra la fama, son precisamente los que mas la estiman. Pero yo, léjos de tener por un insensato al que hizo edificar la gran pirámide, le tengo por hombre de generoso y elevado ánimo. La idea de vencer al tiempo por medio de un sepulcro, y de obligar á las generaciones, á las costumbres, á las leyes, y á las varias edades, á venirse como á estrellar á los piés de una tumba, no puede salir de una alma vulgar. Si esto es orgullo, es el mayor y el mas noble orgullo. Una vanidad como la de la gran pirámide, que hace tres ó cuatro mil años que dura, podría en fin á fuerza de años ser contada por algo.

Pero estas pirámides me recordaron muy humildes monumentos que tambien eran sepulcros, y quiero hablar de aquellos edificios de céspedes que cubren las cenizas de los indios en las orillas del Ohio. Cuando los vi me hallaba en situacion muy diferente de cuando consideraba los mausoleos de los Faraones; entónces comenzaba mis viages, y ahora los concluía. En estas dos épocas de mi vida, el mundo se me ha presentado precisamente bajo la imágen de los dos desiertos donde he visto estas dos especies de sepulcros: soledades floridas, y áridos arenales.

Llegamos al Cairo, y esta ciudad á la que dominan la antigua fortaleza de Babilonia y el monte Mogattam, ofrece un aspecto bastante pintoresco por las

muchas palmeras, sicómoros y minaretos que se elevan en su recinto. Entramos por unos muladares y un arrabal destruido, donde los buitres devoraban los animales muertos, y nos fuimos á apear al barrio de los francos, que todas las noches se cierra cual si fuese un convento.

Un frances que desempeña el consulado de aquel pueblo, nos tomó bajo su amparo, dió parte al bajá de nuestra llegada, y nos proporcionó cinco mamelucos, tambien franceses, para que nos escoltasen. Estos mamelucos servian al bajá y eran del número de aquellos doscientos ó trescientos soldados nuestros que quedaron rezagados en Egipto, pero de los cuales habia perecido la mayor parte por seguir los diferentes partidos que oprimian el pais, y no haberse manifestado en buena union, como debian hacerlo por su propio interes.

Al otro dia de nuestra llegada al Cairo, que fué el 1.º de Noviembre, subimos al castillo para ver el pozo de José, la mezquita, y demas curiosidades que en él se hallan. En este castillo vivia el hijo del bajá, el cual tendria unos quince años. Le hallamos en un gabinete miserable y medio arruinado, echado sobre una alfombra, y rodeado de una docena de cortesanos ó esclavos que bajamente le adulaban. Jamas he visto cosa mas sucia. El padre de este muchacho apénas era dueño del Cairo, y no poseía ni el alto ni el bajo Egipto. Y este bárbaro era el amo que los infelices egipcios esperaban despues de tantas desgracias. Tambien se fabricaba en este castillo una moneda de

muy baja ley, y para que los habitantes recibiesen sin quejarse tan mala moneda, y tan estúpido amo, estaban apuntando á la ciudad los cañones del castillo.

Quise mejor extender mi vista por el campo, y admirar desde lo mas encumbrado de la fortaleza el magnífico cuadro que presentaban á lo léjos el Nilo, el campo, el desierto y las pirámides. Parecia que estábamos tocando con estas, y aun nos hallábamos á cuatro leguas de ellas. Claramente se veian las junturas de las piedras, y la cabeza de la Esfinge que salia de entre la arena; y con el antejo distinguia claramente los ojos, la boca y las orejas de esta: tan prodigiosa era su magnitud.

Memphis estuvo en las llanuras que se extienden al otro lado del Nilo hasta el desierto donde están las pirámides.

„Estos felices valles que dicen ser la morada de los hombres justos, no son en verdad mas que los hermosos campos que rodean al lago Aquerusia, cerca de Memphis, y que se dividen en campos sembrados de trigo ó de lotos. No sin motivo se dijo que allí habitan los muertos, pues que allí se van á enterrar la mayor parte de los egipcios, cuando despues que han pasado sus cadáveres por el Nilo y el lago, los depositan en fin en sepulcros contruidos bajo de tierra en estos campos. Las ceremonias que aun hoy en dia se ejecutan en Egipto, convienen con quanto los griegos nos dicen del infierno, como la barca donde pasan á los muertos, la moneda que es menester dar al bar-

quero llamado Caron en lengua egipcia, el templo de la tenebrosa Hecate puesto á la entrada del infierno, las puertas del Cocyto y del Lethe, sostenidas sobre quicios de bronce, y otras puertas que son las de la verdad y de la justicia, que está sin cabeza.”

Asi habla Diodoro Sículo.

El dia 2 fuimos á Djize y á la isla de Roda, y vimos el Nilómetro en medio de las ruinas de la casa de Murad-Bey, con lo que nos acercamos bastante á las pirámides, que desde allí nos parecian de inmensa altura, y como las veia entre los arrozales, el rio, las copas de las palmeras y sicómoros, parecian colosales edificios levantados en magníficos jardines. La luz del sol, de suave resplendor, doraba la árida cordillera del Moggattam, los arenales líbicos, el horizonte de Sacarah y la llanura de los sepulcros. Un fresco vientecillo empujaba las blancas nubes hácia á la Nubia, y blandamente agitaba las aguas del Nilo. El Egipto me ha parecido el mas hermoso pais de la tierra, me agradan hasta los desiertos que le circuyen, y que abren á la imaginacion los campos de la inmensidad.

Volviendo de este viage vimos la mezquita abandonada de que hablé con motivo del El-Sahera de Jerusalem, y que me parece ser el original de la catedral de Córdoba. Pasé otros cinco dias en el Cairo con la esperanza de ver de cerca y recorrer los sepulcros de los Faraones, pero fué imposible, pues las aguas del Nilo no habian bajado bastante para que se pudiese ir por tierra, ni estaban tan altas que se pudiese uno acercar en

barco. Viendo, pues, que era menester esperar aún tres semanas ó un mes, y temiendo verme precisado á pasar el invierno en Egipto porque iban á reinar los vientos de poniente, con lo que me esponia á no volver á Francia, desistí de mi intento.

Volviendo del Cairo á Roseta, embarcados por el Nilo, estuvimos en grande peligro de ser muertos por los árabes y albaneses que estaban acampados en ambas orillas. Pero habiendo escapado con bastante felicidad, llegamos á Roseta el día 11 á las diez de la mañana. Aún me detuve aquí dos días, y el 13 salí para Alejandría, adonde llegué el mismo día á las siete de la noche. Ya me tenían dispuesto un buque austriaco para pasar á Tunez, pero el mal tiempo dilató nuestra partida por diez días.

Aun logré en Alejandría una de aquellas satisfacciones del amor propio, que tanto lisonjean á los autores, y que tanto me habian envanecido en Sparta. Un turco (*) rico, viagero y astrónomo, llamado Ali-Bey el Abassy, oyendo mi nombre dijo que conocia mis obras. Fui á hacerle una visita acompañado del cónsul. Al instante que me vió exclamo: *¡Ah, mi querido Atala, y mi querida René!* Ali-Bey me pareció en aquel instante digno de descender del gran Salladino, y aun todavía estoy algo persuadido de que es el turco mas sabio y mas cortes del mundo, aunque no conoce muy bien el género de los nombres en frances.

(*) Es extraño que el autor no conociese ó supiese que el fingido turco era un viagero español.

Al mismo tiempo que me habia agradado el Egipto, me pareció Alejandría el parage mas triste y solitario de la tierra. Desde el terrado de la casa del cónsul, solo descubria yo un solitario mar, cuyas olas venian á estrellarse contra la costa, que era muy baja, los dos puertos casi sin buque alguno, y el desierto Líbico, que iba á perderse en el horizonte del Mediodía. Este desierto parecia, por decirlo así, extender y aumentar la amarillenta é igual superficie del agua; por manera que se creeria ver un solo mar, cuya mitad era borrascosa y alborotada, y la otra inmóvil y silenciosa. Por todas partes veia confundidas las ruinas de la nueva Alejandría con las de la ciudad antigua. Encontraba de cuando en cuando algun árabe corriendo á galope sobre un asno por entre estas ruinas, y algunos perros flacos devorando á los camellos muertos. Las banderas de los cónsules europeos ondeaban sobre sus habitaciones, brillando los colores ó insignias enemigas en medio de aquellos sepulcros. Algunas veces montaba á caballo con el cónsul, é íbamos á pasearnos á la ciudad antigua, á la Necrópolis, ó al desierto. La planta que da la sosa apenas cubria aquel estéril arenal: los chacales huian al acercarnos nosotros: se oia el importuno chillido de una especie de grillo, que recordaba la morada del labrador en aquella soledad, donde nada os incita á acercaros á la tierra del árabe. Estos parages son tanto mas tristes, cuanto que los ingleses inundaron el grande espacio que servia como de jardin á Alejandría; de manera que la vista no

descubre ya mas que arena, agua y la eterna columna de Pompeyo.

Habiéndose levantado un viento favorable el dia 23 de Noviembre al mediodia, pasé á bordo de mi embarcacion, en la que hallé un rabino de Jerusalem, un berberisco, y dos pobres moros de Marruecos que volvian de la peregrinacion de la Meca, y descendian tal vez de los abencerrages. Salimos del puerto á las dos de la tarde; pero como teniamos poco viento, y era de la parte del Mediodia, permanecimos tres dias á la vista de la columna de Pompeyo, que descubriamos al horizonte. La noche del dia tercero se levantó viento de Norte y nos dirigimos al Occidente. Procuramos tomar el canal de Libia, pero el viento se puso al noroeste el 29 de Noviembre, y anduvimos bordeando entre la isla de Creta y la costa de Africa.



CAPITULO II.

ASPECTO GENERAL DEL EGIPTO.

SE acaba de ver la rapidez con que describe Chateaubriand su viage de Egipto, y para ello dá la razon de que otros viageros han hablado de ese pais; pero advirtiendo nosotros que esa tierra es la cuna de la civilizacion, que es tambien antiquísima y llena de los monumentos mas grandes y suntuosos, que allí estuvo Abraham y luego José hijo de Jacob, que allí se establecieron y vivieron los hermanos de aquel, por espacio de doscientos quince años, que allí se multiplicaron indeciblemente y fueron oprimidos por el rey, que el Señor allí por medio de un sabio caudillo hizo prodigios inauditos y formidables, y los sacó para trasplantarlos á la

descubre ya mas que arena, agua y la eterna columna de Pompeyo.

Habiéndose levantado un viento favorable el dia 23 de Noviembre al mediodia, pasé á bordo de mi embarcacion, en la que hallé un rabino de Jerusalem, un berberisco, y dos pobres moros de Marruecos que volvian de la peregrinacion de la Meca, y descendian tal vez de los abencerrages. Salimos del puerto á las dos de la tarde; pero como teniamos poco viento, y era de la parte del Mediodia, permanecimos tres dias á la vista de la columna de Pompeyo, que descubriamos al horizonte. La noche del dia tercero se levantó viento de Norte y nos dirigimos al Occidente. Procuramos tomar el canal de Libia, pero el viento se puso al noroeste el 29 de Noviembre, y anduvimos bordeando entre la isla de Creta y la costa de Africa.



CAPITULO II.

ASPECTO GENERAL DEL EGIPTO.

SE acaba de ver la rapidez con que describe Chateaubriand su viage de Egipto, y para ello dá la razon de que otros viageros han hablado de ese pais; pero advirtiendome que esa tierra es la cuna de la civilizacion, que es tambien antiquísima y llena de los monumentos mas grandes y suntuosos, que allí estuvo Abraham y luego José hijo de Jacob, que allí se establecieron y vivieron los hermanos de aquel, por espacio de doscientos quince años, que allí se multiplicaron indeciblemente y fueron oprimidos por el rey, que el Señor allí por medio de un sabio caudillo hizo prodigios inauditos y formidables, y los sacó para trasplantarlos á la

Palestina, despues de darse la ley en un monte que describiremos adelante; advirtiendo, decimos, todas estas circunstancias enlazadas con la religion de los israelitas, hemos creído sumamente interesante y muy grato, hablar de ese pais encantado, de sus monumentos mas magníficos, así como de algunos sucesos bastante notables que han pasado en su demarcacion, en los tiempos antiguos y modernos.

Carta del califa Omár, ebn-el-kattáb, á Amrú, su lugar-teniente en Egipto.—„O Amrú, hijo de el-Aás, te suplico que al recibir esta, me hagas una pintura del Egipto, tan exacta y tan viva, que me pueda yo imaginar estar viendo con mis propios ojos ese delicioso pais.—Salve.”

Contestacion de Amrú.—„¡O príncipe de los fieles! imagínate un desierto árido y un escampado magnífico en medio de dos montañas, de las cuales, la una tiene la forma de una colina de arena, y la otra la del vientre de un caballo ético, ó del lomo de un camello. ¡Ve ahí el Egipto! Todas sus producciones, y todas sus riquezas desde Asuan (Syena) hasta Menchá, le emanan de un rio bendito que corre magestuoso por en medio del pais. El momento de la creciente y menguante de sus aguas es tan regular como el curso del sol y de la luna; hay una época fija en el año en que todos los manantiales del universo vienen á pagar á este rey de los rios el tributo á que los ha sujetado la Providencia. Entónces crecen las aguas, salen de madre y bañan toda la faz del Egipto, para dejar asentado un cieno produc-

tivo. Entónces no queda mas comunicacion de pueblo á pueblo sino por medio de barcas ligeras, tan numerosas como las hojas de la palma.

„Luego que llega el instante en que sus aguas ya no son necesarias para fertilizar el suelo, este rio dócil se estrecha de nuevo dentro de los límites que el destiño le ha prescrito, y permite así recoger el tesoro que ha escondido en el seno de la tierra.

„Un pueblo protegido del cielo, y que á manera de la abeja no parece destinado sino á trabajar para los otros, sin aprovecharse del fruto de sus sudores, abre suavemente las entrañas de la tierra, y allí abandona las semillas, cuya fecundacion espera de aquel *Ser* que hace crecer y madurar las mieses. El gérmen se desarrolla, elévase el tallo, fórmase la espiga, todo á beneficio de un rocío que suple á las lluvias, y mantiene el jugo nutricio de que el terreno está embebido. A la mas abundante cosecha, sucede de golpe la esterilidad: de esta manera, ¡ó príncipe de los fieles! es como el Egipto presenta alternativamente la perspectiva de un desierto desapacible y polvoroso, de una llanura líquida y plateada, de un pantano negro y cenagoso, de una pradera verde y undosa, de un jardin adornado de flores matizadas, y de una campiña cubierta de mieses doradas: ¡bendito sea el Creador de tantas maravillas!

„Tres cosas, ¡ó príncipe de los fieles! contribuyen esencialmente á la prosperidad del Egipto y á la felicidad de sus habitantes. La primera, no adoptar con ligereza los proyectos inventados por la codicia fiscal,

que todos se encaminan á subir el impuesto. La segunda, emplear el tercio de las rentas en la conservacion de los canales, puentes y diques. La tercera en fin, no cargar el impuesto sino sobre los productos naturales, sobre los frutos que nos rinde la tierra.--
Salve."

En cuanto á el aspecto pintoresco copiaremos los principales rasgos de la relacion del sabio observador Mr. de Roziere, gefe de ingenieros de minas, y miembro de la comision de Egipto. „Los alrededores de Siena y de la catarata presentan un aspecto en extremo pintoresco, pero el resto del pais, y sobre todo el Delta, es de una monotonía difícil de concebir ni encontrar en parte alguna. Las campiñas de este último presentan tres aspectos diferentes segun las tres estaciones del año egipcio: desde mediados de la primavera, las cosechas ya recogidas, dejan ver el desnudo terreno pardo, polvoroso y tan desigual, que á duras penas es transitable á causa de lo aterronado y removido que está; en el equinoccio de otoño es una inmensa laguna salobre y rojiza de cuyo seno salen palmas, poblaciones y estrechos diques ó calzadas por donde se comunica; y cuando las aguas se retiran, que es pronto, hácia el fin de la estacion no percibe la vista sino un suelo negro y fangoso. Durante el invierno es cuando desplega la naturaleza toda su magnificencia, y la frescura, el vigor de la nueva vegetacion y la abundancia de productos que cubren la tierra, sobrepujan á todo lo que se admira en nuestros paisés mas celebrados. En esta dichosa

estacion el Egipto no es de uno á otro extremo sino un prado magnífico, un campo de flores ó un oceano de espigas; fertilidad que realza el contraste de la total aridez que lo circunda y con cuyo cuadro justifica aun esta ya cansada tierra los elogios que un tiempo le prodigaron tantos viajeros. Pero á pesar de la brillantez del espectáculo, preciso es confesar que la monotonía del lugar disminuye su encanto, y experimenta el alma cierto vacío inesplicable por la carencia de nuevas sensaciones, pues la vista, atónita al principio, se divaga luego sobre llanuras sin límites que en rededor van á confundirse en el horizonte, presentando siempre iguales objetos, iguales coloridos é iguales situaciones. Todo concurre para aumentar este efecto; el cielo, no ménos uniforme que la tierra, se presenta constantemente puro y de un color blanquecino mas bien que azulado, un sol brillante difunde una claridad vivísima que fatiga la vista y nada tempera el ardor de esta inmensa llanura abrasada por sus rayos."

„No obstante, el Egipto aun gusta á los extranjeros y deleita á sus habitantes; posée lo que mas se ama del pais natal: un cielo bello y un suelo fértil. Bajo este dichoso clima, donde nunca hiela y hasta es desconocida la nieve, donde los árboles solo se desnudan de sus hojas para revestirse de otras, sin suspender su vegetacion, el labrador, colmadas sus esperanzas, contaria con una estacion constantemente productiva, si los desbordes del Nilo no limitasen el cultivo á una parte del año. Así es que cuando su trabajo asiduo suple á las

inundaciones, la tierra da dos ó tres cosechas anuales, y estas ventajas naturales añadidas al recuerdo de la civilización de Egipto, producen un encanto particular en el viagero ilustrado."

„El Saïd ostenta una cultura aun mas rica que el Bajo-Egipto: allí hay tambien esas inmensas estensiones doradas de espigas de trigo, cebada y maiz, campos de habas floridas que se pierden de vista, y llanos verdísimos de trebol y altramuces. Igualmente muestran su lozanía los sembrados de lino y sésamo que abastecen de aceite al país; otra planta del género lansonía con que se tiñen de rojo las uñas las mugeres del país, desde tiempo inmemorial; el añil, el algodón herbáceo, el tabaco, y las sandías que cubren de verdes globos las arenosas playas. Aunque carece de arrozales que necesitan para germinar terrenos bajos y anegadizos, las cañas de azúcar crecen en él con vigor, el algodón arbusto, el cartamo, cuya flor preciosa de púrpura se recoge con tanto cuidado, el ketmie-gombo de Levante con su fruto verde y glutinoso, y sobre todo el aurah de largas hojas arqueadas y elevados ramos que cubre los terrenos altos de la Thebaida, que contiene en sus prolongados paniculos el principal alimento del país."

„Los campos del Fayoum están cubiertos de rosas que producen la esencia mas suave; el loto reverenciado de los antiguos, que ya no se encuentra en Saïd, abre sobre las aguas durante la época de las inundaciones esas brillantes flores rosadas, blancas y celestes, tan comunes en los canales y terrenos inundados del Bajo-Egip-

to; el nopal con sus gruesos artículos ú hojas formando cotos espesos é impenetrables, como altas murallas, y tambien hay olivos que ya no existen en el resto de Egipto, siendo escasas la vid y el sauce."

„Pero lo que mas impresion causa en los campos de la Thebaida es la palma-doum, árbol de una configuración singular: su tronco de diez á doce piés de altura está lleno de horquetas producidas por la multitud de ramos en que se divide, y estos en otros, todos cortos y sin flexibilidad, que sostienen en el extremo porción de tubérculos gruesos, duros y leñosos de irregular forma y del color y gusto del alfajor, circuidos de multitud de largas hojas en forma de abanicos."

„Esta parte del Egipto abunda en monumentos y antiguos recuerdos, y se ofrece á la investigación del viagero como un país encantado. Veinte ciudades y porción de lugares despoblados presentan al sorprendido observador sus grandes edificios, obras maestras de arquitectura, no solo por sus imponentes masas y su carácter grave y religioso, sino por su bello orden, la airosa colocación de sus emblemáticas esculturas y por la inconcebible profusión de adornos alegóricos y significantes. Tebas trastornada por tantas revoluciones; Tebas desierta ahora, sorprende aun á aquellos que han admirado las maravillas de Roma y Atenas. Nuestros ejércitos victoriosos de tantas naciones célebres en las artes, se detuvieron á su vista lanzando un grito de admiración y sorpresa, y la celebrada de Homero, y en su tiempo la primer ciudad del mundo, aun es la mas

admirable despues de veinticuatro siglos de ruinas, y el viagero atónito se juzga en un sueño al contemplar la inmensidad y grandeza de sus edificios y los numerosos restos de su antigua magnificencia. Así es que á pesar de la miseria y actual degradacion de Egipto, refleja la imágen de una suerte brillante y próspera, cuyo contraste unido á el recuerdo de lo que fué, son de un interes grandísimo para un genio observador. Uno mismo se pregunta por qué ha concluido tanta prosperidad; y al mirar que la naturaleza en nada ha cambiado, es preciso creer que la diversidad de instituciones sociales, son la causa de tan raro cambio; asunto digno por cierto de meditarse por los historiadores y por los que tienen á su cargo la gloriosa y árdua tarea de gobernar los pueblos."

El Egipto es una faja de tierra de mas de doscientas leguas de largo, limitada de un lado por la cadena de los montes de Libia, y del otro lado por las montañas de Arabia. Está dividida longitudinalmente esta faja de tierra por el Nilo, rio de los mas célebres en el mundo por la historia y por la tradicion. Sus aguas riegan y fecundan aquel estrecho terreno: poco ó nada se sabe acerca de sus fuentes por estar situadas en la profundidad del Africa, pero se cree con probabilidad que nacen sus aguas de los montes llamados de la Luna. Es cosa ciertamente muy curiosa ver que á la época determinada del solsticio del estío, estando el cielo sereno, azul y sin una nube, las aguas del Nilo, de limpias y trasparentes se convierten en cenagosas y turbias, cre-

ciendo gradualmente hasta el equinoccio de otoño, tiempo en que ya han cubierto toda la superficie de aquella tierra, y despues de cierto periodo de tiempo tambien fijo, retirarse pausadamente las aguas hasta quedar reducidas otra vez á los límites naturales de su cauce. Estos periodos regulares de las crecientes y bajas del rio, como los inmensos beneficios que hace á todo el Egipto, dieron motivo á que sus antiguos habitantes hubieran hecho del Nilo una divinidad con sacerdotes y templos en los que lo adoraban aquellos hombres supersticiosos, llegándolo á considerar como la imágen sensible de Amon su divinidad suprema, ó como una manifestacion de este Dios, que bajo esta forma vivificaba y conservaba el Egipto: por eso llamaron los griegos al Nilo, el *Júpiter egipció*.

Nada es mas difícil que comunicar á los demas nuestras sensaciones, y ponerles á la vista un espectáculo que no han visto, cosa que se nota con las relaciones de los viageros. Sin embargo, voy á hacer una pintura de lo que mas impresion me ha hecho en mi viaje, y describiré el Nilo y sus riberas con el temor de no hacerlo mejor que los otros viageros, y para que mis cuadros se presenten á los ojos, multiplicaré los pormenores.

En nuestro viage encontramos cada rato barcas que suben y bajan por el rio: las que bajan se dejan llevar de la corriente, recogidas las velas y quietos los remos; pero las que suben se aprovechan de los vientos favorables, mas cuando estos son contrarios, ó es-

tán en calma, toman los marineros los remos, ó bajando á la orilla tiran la barca con cuerdas largas. Unas, como la mia, no llevan mas que pasajeros, otras transportan trigos y algodones del pachá: aquí, van mercancías de la India y de la Etiopia para Europa, allí, manufacturas europeas que van al Cairo, y luego al mar Rojo. Las barcas son de igual construccion y solo se distinguen por sus dimensiones, tienen velas latinas que hacen á veces peligrosa la navegacion.

Entre las varias embarcaciones que bajan por el rio, algunas fijaron muy especialmente mi atencion. Encontramos en ellas un crecido número de panales de abejas colocados unos sobre otros como pirámides: dos meses ha que estos panales fueron enviados al alto Egipto, donde las llanuras de trebol y otras plantas florecen ántes que en el Delta: las abejas viageras permanecen algunas semanas en las campiñas de Tebas y de Montfalout, bajan despues por el rio, se quedan en el Fayoum cubierto de rosas, y en cualquiera otro lugar en que la tierra florida les ofrece un rico botin: en marzo vuelven al Delta de donde habian salido, y entran á las cabañas de los cultivadores á quienes pertenecen.

No andábamos una legua sin encontrar una aldea á un lado del rio, y á veces, otra enfrente, lo que duplica el encanto de la perspectiva; en muchas partes solo se ven los bordes altos de las orillas del Nilo, semejantes á un parapeto lleno de agujeros en que andan las golondrinas del mar: ya se presenta á los ojos una llanura cultivada y fértil, en medio de la cual se le-

vantan diques de algunos canales, ya se ven colinas de arenas como para advertir que está cercano el desierto: hace tiempo que este y el Nilo se disputan el Egipto, el uno semejante al terrible Tifon, y el otro al buen Osiris: cuando está bien gobernado el pais, triunfa el Nilo y derrama por todos lados sus aguas benéficas; pero cuando reina la barbarie, entónces vence el desierto y extiende á lo léjos su triste soledad.

A cada rato se nos aparecen islas cubiertas de verdura: manadas de búfalos van diariamente allí á pastar: atraviesan en fila el rio, sin véseles otra cosa mas que el hocico y la frente negra. En las arenas que ha dejado descubiertas el Nilo, se hallan por todas partes sandías con sus anchas hojas que van á crecer y madurarse ántes de la época de la inundacion: en las cercanías de cada ranchería, las mugeres árabes, vestidas de azul, se presentan á las orillas del rio, de las que unas lavan su ropa, friegan los vasos de cobre, otras corren alejándose y llevando sobre la cabeza grandes ánforas llenas de agua del Nilo. Los hombres andan por allí en tropas, metidos en el fango, armados casi todos de azadones con que abren ó limpian un canal: los aldeanos advertidos por la voz del muezin, ó por la altura del sol, se acercan gravemente á la orilla del rio para lavarse la cabeza, las manos y los piés: los vimos volverse hácia al Oriente, arrodillarse, levantarse, inclinar su frente hasta la tierra, y volver á ponerse de rodillas y levantarse de nuevo: retirarse despues en si-

lencio: estos son los devotos musulmanes que hacen oracion.

Está poblado el rio de gran número de pájaros acuáticos, y ninguno de ellos al pasar por el Nilo deja de bajar á sus aguas pacíficas, y de detenerse allí por algun tiempo, semejantes en esto á los viageros que se apartan algo de su camino para ver un hermoso lugar. Son incontables las bandadas de patos salvages que cubren la superficie de las olas. El cisne con su plumage plateado se queda aparte y navega como una barca ligera: el chorlito dorado, el chorlito ceniciento rasan el rio en su vuelo rápido: en los islotes desiertos, entre la espesura de los juncos, y sobre la arena mojada, he tenido el gusto de contemplar á la garza con su largo pico, al pelicano que refleja los colores del sol; estas aves se quedaban inmóviles, y de lejos nos parecian imágenes de pájaros que el antiguo egipto representaba en el mármol de sus templos. Allí vi las gaviotas del Bosfor, las grullas y los ánzares del Caistro y del Meandro, mil especies de aves que llegan allí del Ganges, del Niger, del Archipiélago, de los lagos y rios de Occidente, y todas atraian mis miradas y se mezclaban con infinidad de volátiles que cubrian las aguas del Nilo.

En medio de estos cuadros animados reina el silencio y la calma, de modo que no hay ecos como en las orillas de los rios que corren en valles profundos, y ademas los pájaros del Nilo no cantan, sino que solo azotan las aguas con sus alas: acá y alla se percibe el rui-

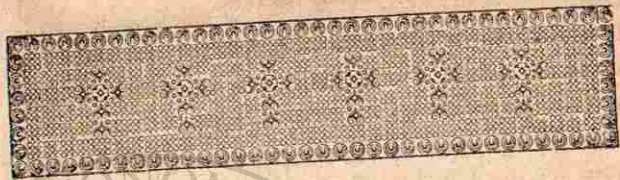
do monótono de las máquinas hidráulicas que suele haber en las orillas, y cuando llega la noche oimos á lo lejos los gritos del chacal, y de la hiena.

La mayor parte de los campos están cubiertos ahora de plantas de habas ya maduras, cuyo alimento, como se sabe, estaba prohibido á los antiguos egipcios, pero hoy es el sustento de los actuales: tambien hemos visto plantíos de cañas de azúcar, lo que me recuerda que los cruzados gustaban mucho de estas cañas cuando su primera expedicion á Siria y Egipto; pero á mí no me ha cansado la vista de esta especie de carrizo maravilloso, la misma sorpresa, ni el mismo placer; sin embargo, quise probar su miel, y me pareció algo insípida. Solo en el alto Egipto se fabrica azúcar, y las cañas del Delta se venden en la plaza como una fruta, así es que hombres, mugeres y muchachos chupan el jugo de esta planta. En los campos que recorrimos se cultiva la cebada, el trigo, el sesamo, el añil, el maiz, semilla que hemos visto en todos los lugares de Oriente: de modo, que digan lo que quieran los naturalistas, esta planta que es una de las riquezas de Italia y del Mediodía de Francia, no vino del Nuevo-Mundo, sino de Turquía, de las orillas del Orontes, y del Nilo. El lino de que otra vez se hacian los mas hermosos trages para los sacerdotes de Menfis, es aun uno de los productos mas ricos de la agricultura: el algodón egipcio es preferido hoy en las plazas de Europa al de Bengala, y se exportan mas de doscientos mil quintales para Francia é Italia.

dando á otro sitio, y si algunos permanecen, es tan caprichosa la accion de las corrientes del aire, y resultan tan extravagantes las formas que les dan, que aun de cerca no se distinguen bien sus desigualdades y variedades.

Hay pocos paises en que como en Egipto y su desierto, se levante su polvo en columnas por los remolinos de viento: estas columnas gigantescas y giratorias que se elevan perpendicularmente hasta las nubes, á veces se quedan inmóviles, pero de ordinario, vuelan por espacio de muchos minutos con ligereza, hasta que un árbol, una pared, una casa ó una desigualdad del terreno las rompen, ó la calma del viento las hace desaparecer.

El aspecto del desierto produce, en el que lo ve por primera vez, una impresion grave y solemne: excita al alma á pensamientos grandiosos, y así no me admiro que los primeros cristianos hubieran escogido estas profundas soledades, como el lugar en que el hombre puede tratar mas directamente con Dios, y entrar en una contemplacion silenciosa delante de sus insondables grandezas. Cuanto han escrito los poetas acerca de las inmensidades del oceano, se puede aplicar al desierto. El aislamiento en que uno se halla en medio de estos espacios es aun mayor, porque se siente un silencio, del que no se puede dar idea al que no ha experimentado sus efectos, y que ni siquiera es interrumpido por el murmullo monótono de las olas. La primera sensacion que se recibe en medio de estas llanuras sin lími-



CAPÍTULO III.

Desierto.—Viento abrasador.—Mirage.—Oasis.—Alejandro.—Jardines de Oriente.

Los terrenos arenosos é incultos que están mas allá de las dos cadenas de montañas que limitan por ambos lados el Egipto, forman sus desiertos. La superficie de estas soledades contiene guijarros, piedras y arenas: estas se componen únicamente de granos de quartzo sin mezcla de otra materia. En otro tiempo, segun parece, estuvieron cubiertas por las aguas. Se amontonan las arenas en mil lugares formando eminencias de varias alturas. Ordinariamente las plantas, ú otro cuerpo sólido cualquiera, son los núcleos sobre los cuales se va reuniendo la arena. Casi todos estos montecillos se deshacen con el viento, el que los va trasla-

tes, cuyos tintes blanquizcos animados por los rayos del sol, parecen un vasto horizonte nevado, es el sentimiento de la independencia, y la conciencia de una libertad tan ilimitada como los espacios en cuya inmensidad se dilata la vista. Allí se representa uno el estado del primer hombre despues de la creacion: semejante á él, se siente uno señor, se siente uno rey, y se respira con una viva felicidad el aire del desierto cuya pureza dilata voluptuosamente el pecho acostumbrado á la pesada atmósfera de los lugares habitados.

Kamsim. Hacia al equinoccio sopla el Kamsim, viento violentísimo del sur, cuyo nombre significa en árabe *cincuenta*: se le llama así, porque es como de cincuenta dias el periodo en que sopla. Los árabes le dan tambien el nombre de *semoum*, esto es, veneno. Al presentarse, cúbrese el cielo de un tinte rojizo: la atmósfera es una nube inmensa de polvo: un calor excesivo deseca la traspiracion: el termómetro de Reaumur sube á veces hasta cuarenta grados: la respiracion es difícil, y se siente cierto disgusto general, una postracion completa, frecuentemente se inflaman los ojos, duele la cabeza, ó dá apoplejía: bajo la influencia de este viento funesto, se agravan los enfermos si hay epidemia, y la mortalidad es mayor. A veces es tan violento el Kamsim, que casi llega uno á creer las relaciones fabulosas de que las caravanas y los ejércitos enteros han acabado al soplo del terrible viento del desierto. Por fortuna, durante los cincuenta dias, no sopla con alguna violencia, sino cinco ó seis veces, y la duracion de sus ráfagas

rara vez pasa de veinticuatro, ó cuarenta y ocho horas. Muchas ocasiones he sido batido por el kamsim que levantaba á mi derredor turbillones de guijas que indudablemente me habrian lastimado, si no me hubiera puesto á cubierto de sus terribles remolinos.

Mirage (*). Obrando una temperatura muy caliente en las vastas llanuras que presenta el suelo del bajo Egipto, da origen á un fenómeno particular conocido en frances con el nombre de *mirage*: cuando está muy abrasado el suelo con el calor del sol, en el resto del dia se manifiesta de esta manera; parece al viagero que el terreno termina como á distancia de una legua por una inundacion general. Las aldeas y rancherías que están mas allá de esta distancia parecen islas situadas en medio de aquel gran lago, y de las que está uno separado por una estension de agua mas ó ménos considerable. Esta llanura de agua fantástica refleja la imágen de todos los objetos que están en su radio, como lo haria una laguna verdadera: pero á medida que se acerca el observador á la aldea que parece estar colocada en la inundacion, se aleja la orilla de la agua imaginaria: los brazos de mar que á nuestro entender nos separaban del objeto observado, se angostan, y desaparecen por fin enteramente, pero se reproducen de repente, y se ve otro nuevo conjunto de casas mas lejanas, ó cualquiera otro objeto elevado. Todavía se acuerdan en el país de los engaños crueles que este fenómeno causó á

(*) Nombre francés cuyo equivalente español no conocemos.—TT.
TOM. III 4

nuestros sedientos y calorosos soldados, durante su marcha por el desierto entre Alejandría y el Cairo, porque veían poblaciones enteras y vastas llanuras de agua cuando estaban á enormes distancias del río, y de lugares habitados. No solo se ven objetos grandes, sino tambien aun sus pormenores mas pequeños, así es que se miran los troncos y ramas de los árboles bambolearse y ceder á la menor agitacion del viento.

Refiere Clarke que estando cerca de Roseta, él y sus compañeros, percibieron de repente esta ciudad, sus altas torres y minaretes del otro lado de un grande lago que parecia estar entre ellos y Roseta. Este espectáculo les causó tanta mas admiracion, cuanto que estaban en la misma ribera del Nilo que la ciudad, y por lo mismo no creían necesario atravesar aquella agua para llegar allá. Despues de varias reconvencciones de los viageros, se echaron á reir los árabes, y se divirtieron á costa del error de los extrangeros, á quienes hicieron volver los ojos atrás por el camino que habian traido, y entónces se convencieron de que todo era ilusion, porque notaron allá el mismo fenómeno. ¡Qué engaño tan fatal para el viagero desgraciado, perdido en los desiertos, muerto de calor, de sed y de fatiga, á cuyos ojos se presentan falsos bosques de verdura y fuentes claras y puras, tambien falsas!

Oasis. Así se llaman unas islas verdes y floridas llenas de aves, y regadas de aguas hermosas, en medio de un mar de arena.

La mayor parte de los desiertos está absolutamen-

te árida, ó solo ofrece por toda vegetacion malezas desmedradas, porque las pocas lluvias de invierno dejan algunos depósitos de agua en los terrenos bajos: en estos terrenos que conservan alguna humedad nacen las semillas, y se presentan algunas yerbas, que se secan al aproximarse el estio. Otras partes, bien que en corto número, se pueden cultivar todo el año, porque tienen fuentes de agua. A estos se les llama terrenos Oasis, palabra derivada del antiguo egipcio que significaba habitacion, ó morada. Con mucha verdad se ha dicho que son unas islas fértiles, verdes y floridas en medio de inmensos mares de arena. Seis oasis pertenecen á Egipto, y están situadas en el desierto de Libia, son muy fecundas, y producen azúcar, café, rubia, y principalmente añil. Entre estas las mas célebre en la antigüedad es la de Sionah, por estar allí el templo de Júpiter Amon, y por la peregrinacion que Alejandro el Grande hizo al templo de esa divinidad: tiene cinco leguas de largo y cuatro de ancho. Es muy digno de referirse ese viage del héroe de Macedonia. Era esta una jornada, dice un escritor antiguo, sumamente trabajosa, aun á quien la hiciese con ménos tropas y sin el mucho aparato que llevaba Alejandro, por la gran sequedad que padece aquella region tan poco favorecida del cielo, como de la tierra. Compónese toda de esterilísimos arenales, los cuales, heridos de los rayos del sol, de suma actividad y eficacia allí, quedan tan abrasados, que queman las plantas de los que los huellan. No son solos la sequedad y el

ardor con quienes se lucha en este camino, tambien causa considerable fatiga la misma arena, cuya crecida profundidad es tan grande, que undiéndose á cada paso en ella los piés, no se sacan sin gran trabajo. Representaban los egipcios todas estas dificultades á Alejandro, aumentándose las aun mas de lo que eran; pero él, inflamado del ardiente deseo de visitar el templo de Júpiter, á quien creía, ó queria que se creyese por padre suyo, no satisfecho de la colmada grandeza á que en lo humano se habia elevado, atropellando por ellas, se embarcó con los que gustó que lo acompañasen, y descendió por el rio á la laguna Mareotis, donde le llevaron los embajadores de los Cyrenenses algunos presentes, pidiéndole la paz, y que se sirviese de entrar en sus ciudades: admitiólos, y habiendo hecho alianza con ellos, prosiguió su camino. Pareciéndoles tolerables la primera y segunda jornada, por no haber entrado aun en medio de aquellos dilatados y espantosos desiertos, aunque caminaban por una tierra estéril y seca; pero cuando se hallaron en sus vastas llanuras cubiertas de multitud de montes de arena, dilataban por ellas (como pudieran por un inmenso piélago) la vista hácia todas partes, por si divisaban alguna tierra. Ninguna empero se les ofrecia, en la que se descubriese un árbol, ni señal alguna del menor cultivo; hasta la misma agua que llevaban los camellos en odres, se habia consumido, sin haber una gota en aquel arenoso territorio. Llegábase á esto el intensísimo ardor del sol, que lo abrasaba todo, y de quien participe el aire, no per-

mitia aun la respiracion sin la fatiga de alguna congoja. En medio, pues, de este conflicto, ó acaso por especial favor de los dioses, improvisamente se cubrió el cielo de nubes, que dilatándose por todo él, ocultaron el sol, con gran beneficio y alivio del ejército, aunque faltó de agua: si bien, habiendo descargado crecida lluvia, hicieron todos provision, hallándose algunos tan sedientos, que sin esperar otras vasijas en que recoger las aguas, abiertas las bocas, las recibian como caian en ellas. Cuatro dias gastaron en pasar aquellos desiertos, y llegar al sitio del oráculo; en cuyas cercanías vieron gran cantidad de cuervos, que volaban delante de las primeras banderas del ejército, abatiéndose unas veces, cuando este caminaba á paso lento, y adelantándose otras, como para servirle de guia, hasta que llegó al templo del Dios. Donde es digno de admiracion que constituido en medio de una vasta soledad, le cerquen tan umbrosos bosques, que apenas puedan penetrar por su espesura los rayos del sol: rieganlos y fecúndalos muchas fuentes de agua dulce, haciendo tan apacible aquel sitio la benigna templanza del aire, que en él es todo el año continuada primavera. Los moradores de este impenetrable territorio, llamados Hammonios, habitan en cabañas, separadas unas de otras, y tienen en la mitad del bosque la fortaleza cercada de tres órdenes de murallas. Dentro de la primera está el palacio que fué de los antiguos reyes: en la segunda, los cuartos de sus mugeres, de sus hijos y de sus concubinas: y tambien el oráculo del

Dios: y en la última, los arqueros y las demas guardias del rey. Ofrécese otra floresta de Hamnon, en medio de la cual corre una fuente, á cuya agua llaman *del sol*. Está al amanecer tibia, y fria á medio dia, desde cuyo extremo pasa á calentarse á proporcion del curso de la tarde, hasta que llega á media noche á hervir, y desde esta empieza á disminuir su calor, conforme se va acercando el dia, en cuya alternativa continúa siempre. No observa el simulacro del dios que adoran en este templo la misma forma con que suelen los pintores y escultores representar á los demas dioses; compónese de esmeraldas y de otras piedras preciosas, y desde la cabeza hasta el ombligo guarda la figura de un carnero. Llevan á él los sacerdotes, cuando le consultan, un navichuelo dorado, guarnecido de muchos vasos de plata, pendientes de ambos lados. Siguelos grande acompañamiento de mugeres y de doncellas, cantando ciertas canciones groseras á su usanza, por medio de quienes creen merecer propicio á Júpiter, y obtener de él con claridad y certeza las respuestas que se solicitan. Habiéndose adelantado el rey al templo, *le llamó su hijo* el mas antiguo de los sacerdotes, asegurándole *le concedía este honor Júpiter su padre*. Respondióle Alejandro, olvidado de su naturaleza: *que le admitia y reconocia por tal*; y pasando á preguntarle *si le tenia destinado para dueño del universo*, tan preocupado el sacerdote de la lisonja, como el rey de la vanidad, le aseguró *que sí*.

Jardines de Oriente.--Es muy general la fama de los

jardines del Oriente, y algunas descripciones los han hecho populares entre nosotros. La especie de culto ideal que les dan los árabes, es cosa bien fácil de comprender, porque los habitantes de paises áridos, sometidos á la temperatura abrasadora de los trópicos, han debido considerar la vegetacion vigorosa y el espeso verdor de las yerbas y arboledas como maravillas espléndidas, así como á las sombras que prodigan y al agua que las vivifica y conserva en su grata frescura como un respetable beneficio de Dios, y en fin, como un goce celestial el reposo á que convidan todas estas delicias animadas, y por eso han colocado el paraíso en medio de estos objetos de sus sueños agradables, y han escogido un jardin para teatro de una felicidad que no debe acabar.

En nada se parecen los jardines del Oriente á los de Europa, porque en aquellos no hay sábia simetría, nada que recuerde nuestros cuadros de flores diestramente trazados, ni las combinaciones afectadas que presentan los jardines ingleses. Aquellos se componen de árboles ó hermosos frutales, plantados sin regularidad, confundiendo por tanto sus ramas, cuyo número jamas disminuye la podadera, y no perturba sus caprichosas direcciones. Son tan espesos los bosqueillos que forman estos vergeles llenos de árboles, que no se puede pasar debajo de sus bóvedas si no es inclinando el cuerpo á la tierra. Los árboles de cidras, de limones, los naranjos, las higueras, los sicómoros, las palmas de dátiles están como apretados en los jardines de Egipto: las flores forman frecuentemente en medio de las aguas

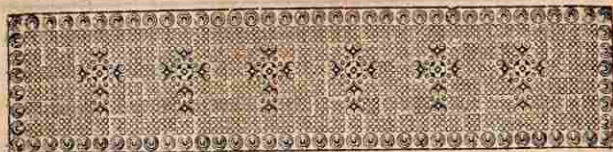
calles olorosas: chorros numerosos de agua saltan en las tazas de las fuentes, y derramándose forman arroyos pequeños y tortuosos que bañan los piés de los árboles: en medio de los grupos de verdes vegetales se levantan elegantes pabellones, conocidos con el nombre de Kioscos.

Hoy se encuentra el Egipto cubierto de árboles de muchísimas especies, que ya forman como bosques en las cercanías del Cairo, y en el Delta, lo que se debe al grande hombre que lo gobierna. El virey ha hecho plantar en muy pocos años diez y seis millones de árboles en el bajo Egipto, y su hijo Ibrahim ha mandado hacer á sus espensas plantaciones desmedidas en el valle del Nilo. Este valle debe á su eficacia cinco millones quinientos y treinta y cuatro mil árboles extranjeros de veinticinco especies diferentes, y quinientos ochenta y seis mil doscientos quince árboles frutales de cuarenta y una especies, y setecientas treinta y cuatro variedades, lo que llega á una suma como cosa de veinte y dos millones de árboles. Hace pocos años que el número de especies propias de este país apenas pasaba de doce, y solo habia diez y ocho especies de arbustos de mas de dos piés de altura.

Jardines del virey y de su hijo.—Estos personajes han dado impulso á la agricultura y horticultura con la creación de sus magníficos jardines, de los cuales los mas importantes son dos, de los cuales uno situado cerca del Nilo, á cosa de una legua arriba el Cairo. Una bellísima hilera de árboles da sombra al terreno que le separa de

la capital y le sirve de entrada. Este jardin tiene una casa de recreo del virey, hermoso edificio construido al estilo bizantino, y cuyo interior es muy notable por la riqueza de sus muebles, y el buen gusto que hubo en la eleccion y distribucion de los adornos que lo embellecen. En la extremidad del jardin opuesta al palacio hizo construir Mehemet-Alí un elegante kiosco ó pabellon, edificio cuadrado de cerca de mil piés en contorno, sostenido por columnas de mármol, ó de alabastro oriental, y en cuyo interior conserva constantemente una deliciosa frescura un ancho recipiente de mármol de Carrara lleno de agua. Durante la noche un aparato de gas á cargo de un ingles, derrama en este hermoso edificio una luz abundante y clarísima. Por lo demas, el jardin está en armonía con las brillantes construcciones que encierra. Su recinto está animado por la mas rica vegetacion de numerosas especies de árboles fructíferos, de árboles extranjeros, preciosos por su rareza, y plantas olorosas que forman un conjunto agradable y variado. Lo atraviesan hileras semejantes á las de los jardines de Europa.

En una isla pequeña está el otro jardin cuya fertilidad siempre ha sido celebrada, debe á Ibrahim nueva hermosura, despues de haberlo comprado. Lo ha dividido en dos jardines, de los que uno está dirigido segun el sistema de horticultura inglesa, y el otro segun el sistema frances, y á la cabeza de ellos están dos jardinerías. Esta isla reúne hoy la mayor parte de las plantas de Europa, de América y de la India.



CAPÍTULO IV.

ALEJANDRÍA.

Entre las ciudades modernas de Egipto, solo dos merecen una descripción particular, y son el Cairo por ser la capital, y Alejandría porque es su puerto el más concurrido, y por los recuerdos históricos que presenta á los viajeros.

Alejandro, según Napoleón, se hizo más ilustre con la fundación de Alejandría, y con el proyecto de trasladar allí la capital de su imperio, que por sus más brillantes victorias, porque debió ser la metrópoli del mundo. Está situada entre el Asia y el Africa, y cerca de la India y de la Europa. Su puerto es el único fondeadero que hay en quinientas leguas de costa que se

estende desde Tunez, ó la antigua Cartago, hasta Alejandreta, y además está colocada en una de las embocaduras del Nilo. Todas las escuadras del mundo pueden anclar allí, y en su puerto viejo están al abrigo de los vientos y de cualquiera ataque. Antes de Mehemet-Aly estaba prohibida la entrada á los navios cristianos, los que no podían abordar sino en la rada peligrosa del oriente. La ciudad actual no ha recibido de la antigua otra herencia más que su nombre y sus ruinas. Aquella tenía, según Plinio, como cinco leguas de circunferencia, y una población de trescientos mil ciudadanos, y otros tantos esclavos: una calle de dos mil pies de longitud, y ciento de anchura, la atravesaba de norte á sur, la que estaba cortada en ángulo recto por otra calle casi igual. Magníficos palacios, templos, gimnasios, circos, teatros, y monumentos de toda especie se presentaban en su recinto.

Los judíos desde la fundación de Alejandría consiguieron del ilustre hijo de Filipo, habitar en esta ciudad, concediéndoles los mismos privilegios que á los macedonios. Tanto Alejandro, como Ptolomeo hijo de Lago, y sus sucesores escribieron cartas muy honoríficas para los judíos alejandrinos, y aun se mandó levantar en esa ciudad una columna, en que estaban grabados los privilegios que César les concedió. Los grandes honores y confianzas que les dispensó Alejandro, fueron debidos al valor y buena fé que le habían manifestado al conquistador, cuyo sucesor les encomendó la custodia de varias plazas fuertes, confiado en

la firmeza y honor de los hijos de Abraham. Philadelfo les dió grandes sumas de dinero, y se empeñó vivamente en conseguir para la biblioteca de Alejandría una traduccion de los Libros santos, y en adelante Cleopatra fió á su valor y fidelidad no solo esa capital, sino todo el reino de Egipto.

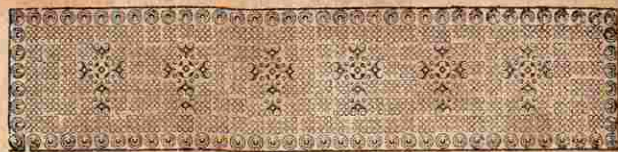
Cuando Alejandría fué tomada por Amrou, estaba compuesta de tres ciudades. En la relacion que este conquistador dió al califa Omar, dice que contenia cuatro mil palacios, igual número de baños, cuatrocientos edificios públicos, y doce mil almacenes. Un sucesor de Saladino la cercó con un recinto de dos leguas de circunferencia, flanqueado con cien torres, recinto que aun subsiste, y lo ha reparado el virey Mehemet-Alí. Bajo el dominio turco, y especialmente de los mamelucos, decayó rápidamente Alejandría, así es que cuando la invasion francesa no era mas que una aldea, y un puerto de piratas, cuya poblacion apenas llegaba á ocho mil almas: sus fortificaciones se estaban arruinando, y los beduinos llegaban hasta el pié de sus murallas á cometer impunemente sus robos, y apenas se podia sin escolta ir á visitar la columna de Pompeyo, á la que se puede ir en diez minutos.

Luego que se elevó al poder Mehemet-Alí comprendió con la vivacidad y seguridad de su talento la triple importancia militar, marítima y comercial, que ha dado la naturaleza á Alejandría, así es que estableció allí un puerto militar, y un arsenal, y abrió de nuevo un canal navegable hasta el Cairo, de cuya manera ha puesto la

tierra de Egipto en estado de defensa contra las incursiones exteriores, y ha facilitado el comercio activo y pasivo de Europa. Con semejantes medidas está muy aumentada la poblacion que hoy asciende á sesenta mil almas; cuya tercera parte se compone de las tripulaciones de la armada, y de obreros del arsenal, y eso sin contar con la poblacion transeunte que llaman allí los negocios y la curiosidad de viajar.

Se ha cambiado completamente el aspecto de la ciudad en estos últimos años, porque se han dejado fuera los inmensos cimiterios que habia en su interior, al paso que se han desecado los pantanos: aunque no están empedradas las calles, pero son muy limpias: se han edificado en mil lugares, construcciones de todas clases, arsenales, palacios, cuarteles, fábricas, hospitales, etc. Los contornos de Alejandría en dos leguas á la redonda, están cubiertos de ruinas inmensas, que prueban que no han exagerado los historiadores cuando hablaron de las maravillas de la antigua ciudad, con cuyas ruinas se ha edificado la ciudad árabe, y esto sin tocar á los escombros considerables y multiplicados que al escavar se hallan aun á veinte varas de profundidad.



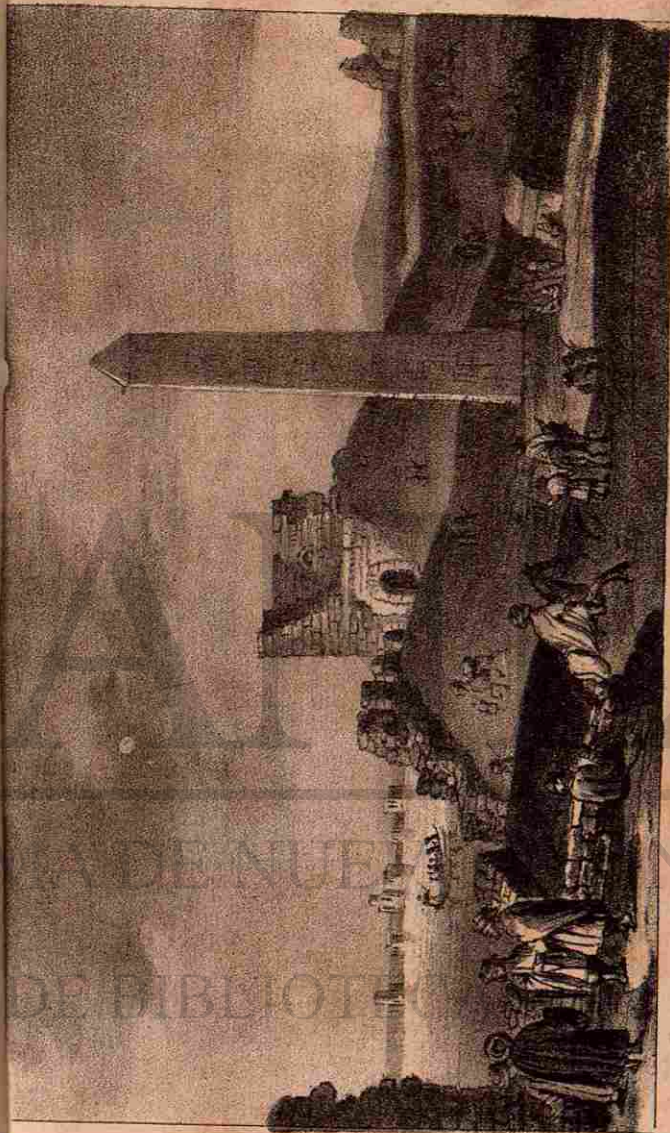


CAPÍTULO V.

AGUJAS DE CLEOPATRA Y COLUMNA DE POMPEYO.

Al llegar á Alejandría por mar, el célebre Michaud, dice, que no encontró las maravillas de que hablan los poetas árabes, pues no vió sobre la ribera *ni el sauce ni la acacia que dan sombra á los navegantes, ni la palma cuya frente se inclina con suavidad como la cabeza de una hermosa que se está durmiendo.* A las siete de la mañana estábamos enfrente de la columna de Pompeyo, y pasada una hora en nuestra posada.

Muchas veces he recorrido los sitios en que están los obeliscos llamados las agujas de Cleopatra, las que estando descritas por otros, no me detendré en hablar



Obelisco de Alejandría llamado aguja de Cleopatra.

de ellas (*). De los dos obeliscos, uno está en tierra, y el otro en pie. Se cree que ambos monumentos vinieron de Heliópolis, y tienen muchas inscripciones geroglíficas, en las cuales leyó Champollion los nombres de Meris y de Sesostris: sin duda la reina Cleopatra los hizo traer á Alejandría para colocarlos delante del templo de César, y por eso se les dió el nombre de esta reina de Egipto, que conservan y conservarán para siempre.

Hace años que se trató de trasladar ambos obeliscos á Europa, uno fué regalado á Francia y otro á Inglaterra; pero el gobierno británico no quiso hacer los gastos del trasporte, y el frances aunque no se negó á gastar, pidió al pachá que en lugar de la aguja de Cleopatra, le cediese uno de los obeliscos de Luxor, lo que le fué concedido. Hoy ocupa este inmenso monumento un lugar en la plaza de la Concordia de Paris.

Los obeliscos de Cleopatra despues de haber servido de ornato en las avenidas del templo del Sol, sirvieron para adornar la entrada del Cesarion, y así nos indican el lugar en que estuvo el templo de Cesar: una torre romana que tenemos delante, segun dicen, era parte del monumento fúnebre dedicado al dictador de Roma por Cleopatra y Antonio: esta torre se conserva bien, y está hecha de basalto y mármol blanco, y aun se distinguen en ella nichos en que dicen que

(*) Estos monumentos son de granito muy duro, y sus geroglíficos están grabados á la profundidad de una pulgada. Son de una sola pieza, y en su base tienen cinco piés de diámetro, y su altura es de sesenta y tres.

Cleopatra colocó dioses egipcios que lloraban la muerte de César. Este edificio consagrado á la memoria de un romano en la ciudad de Alejandro, es una de las páginas mas instructivas de la historia: de aquí vino á los emperadores romanos la locura de mandar que se les hiciesen los honores divinos, y de colocarse entre los dioses.

Recorrimos los lugares cercanos á los obeliscos, y caminamos á los cuatro vientos sin hallar una ruina, ni una piedra que llamara la atención. Por aquí se elevaba el palacio de los reyes; cerca de este palacio estaba el de las ciencias y de las artes: al sur del obelisco vimos el sitio que ocupó el museo con sus jardines y sus pórticos, con su biblioteca compuesta de cuatrocientos mil volúmenes, con aquella escuela célebre que retardó por muchos siglos la decadencia de las luces. Recorrimos asimismo la parte oriental, y allí se nos mostró la iglesia de San Marcos y la de Santa Margarita, de las que una pertenece á los griegos, y la otra á los coptos; esta última acaba de ser reedificada. Luego fuimos al convento de los capuchinos, cuyo edificio es cómodo, grande y sólido: vimos el claustro, el dormitorio y la iglesia, todo bien dispuesto: apenas se cuentan cinco ó seis monges en este convento.

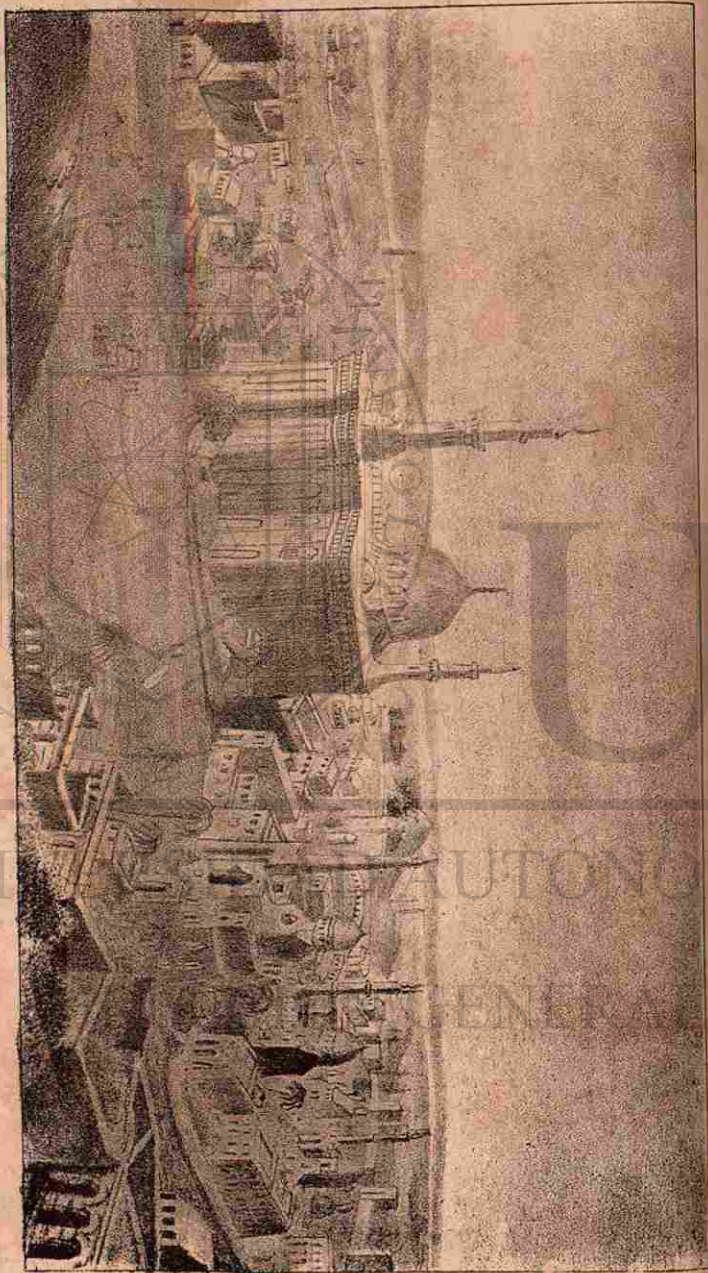
Pregunté al superior de los franciscanos si conocía la mezquita en que se conservó la tumba de Alejandro, y luego me llevó á pocos pasos del convento, y me enseñó el lugar donde vi algunos restos de cimientos y dos bases de columnas medio enterradas: allí estuvo

el edificio en que fueron depositados los restos del héroe de Macedonia, de modo que el sitio en que estuvimos, encerró dos templos dedicados á la memoria de los dos mayores capitanes de la antigüedad, Alejandro y César, porque ambos monumentos estaban cerca el uno del otro: el templo del fundador de Alejandría fué en tiempo de los cristianos convertido en iglesia de San Atanasio, la que pasó despues á ser mezquita: bajo el dominio de los cristianos la tumba de Alejandro sirvió para bautizar á los catecúmenos, y los musulmanes usaban de ella para sus abluciones. Segun muchos viajeros que vieron esta tumba, era esta de una sola piedra verde llena de geroglíficos: al fin de la expedicion de Bonaparte una cuadrilla de peones entró en la mezquita, y el misterioso sarcófago fué tomado á viva fuerza *entre los gritos y aullidos del pueblo musulman*. Cuando se trató de evacuar el Egipto, la tumba de Alejandro fué objeto de animadas reclamaciones entre los franceses é ingleses. Siento mucho que este bello despojo de Oriente no haya tocado á la Francia. ¡Qué espectáculo hubiera sido para Paris ver á Bonaparte y á sus compañeros volviendo de las orillas del Nilo con la tumba de Alejandro! Pero la fortuna de las armas lo decidió de otro modo, y el precioso monolito y la piedra de Roseta enriquecen hoy el museo británico.

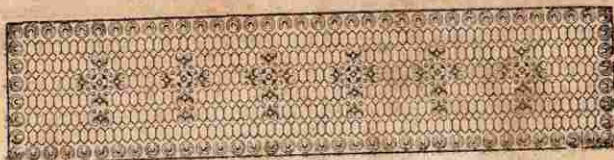
Columna de Pompeyo.--Mil opiniones han reinado acerca del destino de esta magnífica columna y sobre el tiempo en que se mandó hacer; algunos la atribuyen á

César, quien dicen que la mandó erigir en memoria de la derrota de Pompeyo en Farsalia: otros quieren que pertenezca á Septimio Severo. La inscripcion siguiente parecia probar que fué levantada en honor de Diocleciano: „Al prudentísimo emperador, protector de Alejandria, Dioclesiano, Polion (ó Pomponio) prefecto de Egipto.” Con todo eso, hoy convienen los mas inteligentes en que la existencia de esa columna remonta á época mas remota, y que la dedicacion es muy posterior al monumento, porque un anticuario moderno sumamente sabio en la materia, ha leído en el pedestal de la columna de Pompeyo una inscripcion geroglífica del tiempo de Psamético II, uno de los Faraones saitas, de lo que puede inferirse que esta masa de granito servia para adular á los príncipes de quienes se temia ó se esperaba el mal ó el bien, y así se les dedica á muchos alternativamente este obsequio.

La columna es de órden corintio, y se compone de un capitel, un fuste ó cuerpo, una base y un pedestal, cada uno de una sola pieza de granito, que juntos forman el monumento cuya altura total es de ochenta y ocho piés y seis pulgadas, y si á esto se agregara la estatua que segun algunos indicios dominaba en el capitel, se tendrá alguna idea de las magníficas obras de la antigüedad egipcia.



El Gran Cairo.



CAPÍTULO VI.

EL CAIRO.—CARAVANA DE LA MECA.

El Cairo es la capital del Egipto y residencia del vi-
rey, y la ciudad mas considerable del imperio otoma-
no despues de Constantinopla: tiene de circunferencia
mas de veinticinco mil varas. Está rodeada de colinas
polvorosas, formadas con los escombros de las cons-
trucciones frágiles de los egipcios modernos. Saladi-
no la amuralló y la flanqueó con torres; pero hoy so-
lo quedan algunos restos: un canal la atraviesa de un
lado á otro: el Cairo tiene como treinta mil casas y
trescientos mil habitantes, los que viven separados en
varios cuarteles destinados á cada religion ó secta; así
es que hay cuartel para los griegos, para los judíos,

011107

para los armenios etc. Las calles, como todas las de las ciudades musulmanas, son tortuosas, grandes y chicas, atravesadas por callejones de una ó dos varas de ancho y por calles cerradas. Tiene cuatro plazas principales y muchos bazares, en los que se encuentran las ricas telas de Bengala, los chales de cachemira, los tejidos de seda de Florencia, los paños de Francia, los tapices y diamantes de Persia, los dientes de elefantes y las plumas de avestruz de Etiopía, la azúcar de Egipto, el incienso del Yemen, las porcelanas de China y del Japon, las babuchas de Constantinopla, el hierro de Suecia y las perlas del oceano Indico.

Hay en el Cairo cuatrocientas mezquitas, de las que muchas están arruinadas: los cristianos de diversas sectas tienen como treinta iglesias ó capillas, y los judíos cuentan varias sinagogas. Los judíos del Cairo habitan, como en casi todo el Oriente, el cuartel mas mal edificado, mas sucio y mas enfermizo; calles angostas, casas en que casi se tocan los techos, puertas bajas por las que se cree descender á cámaras sepulcrales, una poblacion que parece huir de las miradas de los demas, he aquí lo que he notado en el cuartel judío: las gentes del pais dicen que la peste cuando llega al Cairo, invade desde luego este cuartel, donde hace mas destrozos que en otra parte: los judíos ejercen allí libremente su culto, y á pesar de que su poblacion no excede de tres mil almas, tienen ocho sinagogas, y están divididos en dos sectas, se gobiernan por sus leyes, tienen una policía particular, y no abrazan ninguna pro-

fesion mecánica mas que la de plateros; los que no pueden subsistir por su industria ó su comercio, viven mas bien de limosna que de el trabajo de sus manos. Cada año tienen la obligacion de coger el azadon y los instrumentos de albañilería, porque se les precisa á romper el dique del canal que atraviesa la ciudad; por lo demas, el cuartel de los judíos es el mas pacífico de la capital, y á pesar de las incomodidades que allí tienen, nunca lo abandonan por su gusto: cuando viajan hablan del Cairo como hablaban sus padres de la tierra prometida: *¿dónde está el Cairo?* decia una jóven judía que habia estado algunos meses en Paris, *¿dónde está el cuartel judío?* Por esto se puede calcular el imperio que tiene el hábito en nuestras sensaciones.

El movimiento y bullicio de la poblacion comienzan en el Cairo á las seis de la mañana, y se interrumpe en las horas del calor, esto es, desde el medio-dia hasta las tres de la tarde. Cuantos viajeros han escrito de Egipto, hablan del efecto pintoresco que produce en las calles y plazas el gentio variado que las llena, y de los numerosos contrastes que presentan: el rico y poderoso con sus vestimentas espléndidas y cargadas de oro, al lado del pobre lleno de harapos: el hombre de negocios, pasando violentamente junto al indolente santón que tirado con negligencia en el suelo, recibe los toques de las mugeres supersticiosas que esperan obtener por su contacto su curacion, ó bien otro favor milagroso: hombres de diversas religiones ó sectas, y de varias naciones que se distinguen entre sí por sus carac-

teres físicos, y por sus trages originales: en medio de ellos, mugeres que bajo sus grandes velos ocultan las caras, sin que se vea otra cosa mas que los ojos, y que parecen fantasmas: despues abriendo camino entre la gente, el pollino aguijoneado por su amo petulante, allá el grave y lento camello, mas léjos, algun gran señor en su caballo magníficamente enjaezado, y la mula del curial que camina á paso suave y mesurado; en fin, numerosos jugadores de manos que divierten á los transeuntes, y contadores de consejas que en los cafés encantan al fumador ocioso y contemplativo. A estas singularidades de la poblacion, añádase la fisonomía particular que dan al Cairo las azoteas de sus casas, calles tortuosas, los innumerables minaretos que descollan sobre los edificios, y se tendrá una ciudad como no la hay en ninguna otra parte, una ciudad que tiene todo el carácter árabe.

Caravana de la Meca.--Cada año sale del Cairo, veinte dias despues del fin del Ramadan, una caravana de *Hadjis* ó peregrinos que van á la Meca. Un gran concurso de espectadores se reúne en las calles por las que desfila esta imponente comitiva. Los turcos tan poco curiosos en apariencia, cubren los techos y balcones de las casas, y ademas hacen levantar á sus puertas tablados, para colocar mayor número de curiosos.

Los principales personajes que toman parte en la funcion, están montados en caballos magníficos. La comitiva desfila en silencio. Los diversos gremios de artesanos están representados en ella por diputaciones que

desplegan banderas, en que están estampadas las insignias de sus profesiones respectivas; los bufones, colocados de trecho en trecho, interrumpen la monotonía y la gravedad del ceremonial.

La procesion comienza á las nueve de la mañana, y marcha en el orden que sigue:

Se ven por principio tres camellos, que cada uno lleva dos cañoncitos de cobre: otros camellos y un gran número de mulos van cargados de provisiones y de mercancías de toda especie, sacos de trigo ó de arroz, odres llenos de agua etc. Sobre algunos se ven hombres tocando un tambor ó címbalos: una muger con la cabeza descubierta y que representa una cortesana penitente, etc.

Hacia la mitad de la comitiva va un gefe árabe con una túnica blanca. Está montado sobre un caballo blanco, conducido por pages vestidos del mismo color y tiene en la mano derecha el estandarte de Mahoma. Este estandarte es de seda, y lleva escrita en lengua árabe la famosa divisa del Islamismo, *Alá es el solo Dios, y Mahoma es su profeta.*

Viene en fin un camello, que se escoge entre los de mayor estatura. Su freno está guarnecido de oro y piedras, y es conducido por dos gefes vestidos de verde. Sobre su espalda se eleva una especie de dosel de ocho piés de ancho, cubierto de paño verde, y bajo del cual está colocada la soberbia alfombra de Persia, que se debe hacer consagrar sobre el sepulcro del profeta. Felices los que pueden tocar de cerca este objeto precioso.

so. Los espectadores colocados en las ventanas, procuran hacer tocar á él los pañuelos que suspenden de un largo hilo.

Cierran la procesion trescientos árabes que marchan en desórden, llevando cada uno un fusil sobre el hombro izquierdo, un sable, un puñal y un par de pistolas en la cintura. Entre ellos se encuentran cuatro gefes montados sobre dromedarios, y á los que toda la reunion parece tener mucho respeto.

El cañon del castillo anuncia la salida de la comitiva de la ciudad, y continúa despues disparando á cada minuto.

Se camina así hasta las cuatro de la tarde, sin otra interrupcion que tres intervalos de diez y ocho minutos cada uno, durante los que los bufones, los danzarines y los músicos divierten á la multitud.

Van por la tarde á una aldea llamada Birky á algunas leguas del Cairo, donde se encuentra una fuente de agua excelente. Allí se arman las tiendas, y los peregrinos permanecen en ellas nueve ó diez dias esperando que su reunion esté enteramente completa, y que se hayan traído de la ciudad las provisiones necesarias. Cargan despues sus camellos, y se ponen en marcha luego que perciben la nueva luna.

Los agás de los genizaros y de las otras tropas, los mamelucos y las personas notables que forman parte de la procesion, sin emprender la peregrinacion, jamas pasan de Birky.

Los peregrinos llegan algunas veces al número de dos

mil. Tienen por escolta cerca de doscientos genizaros, y los seis cañoncillos llevados por los camellos, les sirven para defenderse contra los beduinos en caso de ataque. Ademas de esta tropa regular, los peregrinos se ven obligados á hacerse conducir por un millar de árabes, escogidos entre las diferentes tribus de los países por donde deben pasar. Sin esta precaucion no solo se correria el peligro de ser robado, sino que seria imposible procurarse la agua de los pozos del desierto, sino dando un combate cada vez que se necesitase.

No hay en todo el camino de Gaza á la Meca, sino dos lugares donde sea posible comprar víveres. Todo es extremadamente caro en la Arabia Petrea. De aquí resulta, que los que emprenden esta piadosa peregrinacion sin recursos pecuniarios suficientes, corren peligro de morir de fatiga, de calor, de hambre y de sed. Un miserable pajarraco se vende en mas de un peso de nuestra moneda; los corderillos, las cabras, los carneros se pagan á proporcion, y frecuentemente no puede conseguirse sino una corta racion de harina, de arroz, de agua y de sal.

Los habitantes de aquellas regiones no se mantienen mas que con pan, miel y algunos dátiles, y reservan las provisiones más esquisitas para los peregrinos de la Meca á fin de sacarles algun dinero.

Cuando los peregrinos vuelven al Cairo, entran en el mismo órden y van á depositar su alfombra en la gran mezquita. El camello que la ha conducido no debe volver á trabajar: un individuo se encarga de ali-

mentarle y cuidarle hasta que muere de vejez. A pesar de su extrema sobriedad, su paciencia y su propiedad de conservar en uno de los cuatro estómagos de que le ha provisto la naturaleza una enorme cantidad de agua, este animal con dificultad resiste á las fatigas extraordinarias que de él se exigen. En la travesía del Cairo á Suez, que no es mas que de cuarenta á cuarenta y seis horas, incluso en ellas las paradas, los camellos, dice Mr. Volney, ni comen ni beben. Mas estas dietas repetidas les debilitan como á todos los animales. Entonces tienen un aliento cadavérico: su paso ordinario es muy lento, pues no andan mas que mil setecientas ó mil ochocientas toesas por hora: es inútil apurarles: no andan mas breve, y pueden con pausas caminar quince ó diez y ocho horas por día.

La carga ordinaria de los camellos es un peso de setecientas libras: se les da indiferentemente paja, yerba silvestre, huesos de dátiles machacados, cebada etc., por todo una libra de alimento seco y otra de agua cada día. Se les hace caminar semanas enteras.

Todos los años el emir Hadji, es decir el gefe de la piadosa caravana, impone sobre los francos y sus cónsules comerciales una contribucion considerable á fin de subvenir á su gasto. Algunas veces se ha exigido en semejante ocasion hasta quince ó veinte mil patacas ó thalers de Alemania.

Al principio la contribucion era voluntaria y cada nacion hacia un presente anual de mil escudos. Poco á poco el gobierno del Cairo se ha hecho mas exi-

gente. Ya no hay para esto regla fija. „Así es, dice el viagero Parsons, como los derechos de aduana se han levantado insensiblemente hasta el doble de su importe primitivo, y lo mas triste es el que los alcahaleros fijan arbitrariamente el precio de las mercancías, y no hay modo de reclamar su decision.”

La caravana de Damasco marcha con poca diferencia en el mismo órden. El pachá que va á su cabeza en virtud de uno de los deberes impuestos á su cargo, se hace responsable de los accidentes que podrian sobrevenir por el camino. El mosallam ó gobernador del castillo le entrega en ciertas ocasiones el *senjak-scherifi*, ú oriflama del profeta, y el pachá se obliga ante testigos á volverla á traer.

Cuando está de vuelta en Damasco se envian expresos á Constantinopla; llevan al gran señor agua del famoso pozo *Zemzen*, y dátiles cogidos en Medina.

En Damasco muchos ricos peregrinos se hacen llevar en literas; pero el mayor número viaja en cestos asegurados al lomo de los camellos.

Llegada á Suez la caravana, se embarca para Rabboch, á la otra orilla del mar Rojo. Allí todos los peregrinos, excepto las mugeres, se desnudan de sus vestidos y se envuelven en dos mantos llamados *hiram*: este traje es pintoresco en su simplicidad.

Algunas veces uno de estos mantos pasa por encima de su cabeza á guisa de capucha; pero mas frecuentemente tienen la cabeza descubierta, y los piés calzados con sandalias: van por tierra á la Meca. Es-

ta travesía es muy penosa: el ardor del sol quema su outis y hace á veces hinchar la cabeza hasta el punto de causar una enfermedad mortal. Sin embargo, es permitido si hay peligro de la vida relajar un poco tales austeridades. Los devotos peregrinos vuelven á tomar en este caso sus vestidos; mas bajo la condicion de que cuando lleguen á la Meca, matarán un cordeiro y distribuirán la carne á los pobres.

Aquí comienza una penitencia de siete dias, durante los cuales es prohibido cortarse las uñas; debe haber abstinencia de toda enemistad, y deben abjurar los resentimientos, aun los mas legitimos: y por temor, segun parece, de perder la tranquilidad del alma esencial para su purificacion, *matando una pulga con demasiada cólera*, se recomienda al peregrino no atentar contra la vida de los insectos que la devoran.

Hay en Dgedda, cerca de la Meca, personas cuyo oficio es servir de guías á los peregrinos é instruirles en el ceremonial que deben observar; bajo pena de quedar inútiles tantos trabajos para la salud de su alma.

Despues de las abluciones acostumbradas en las fuentes sagradas, los peregrinos dan la vuelta siete veces á la Kaaba ó santuario, y se deshacen en lágrimas, sea por los recuerdos que escitan en ellos estos santos lugares, ó sea por el arrepentimiento de sus pecados.

La gran mezquita de la Meca, destruida por los Waabytas, era un edificio cuadrado, y pasaba por el mas hermoso templo que existia en la Turquía entera. El techo y los numerosos minarets deslumbraban con su

dorado. El interior presentaba soberbias tapicerías, homenaje de una multitud de príncipes.

La Kaaba en el centro de la mezquita, era tambien un edificio cuadrado de treinta piés de largo, sobre otros tantos de ancho, y veintidos de altura. Grandes trozos de piedra perfectamente pulida formaban su masa; pero no habia recibido del cincel ornato alguno extraño. El monumento estaba enteramente cubierto de una colgadura de seda, donde se leian sentencias árabes bordadas de oro.

El umbral de la puerta del monumento sagrado se encontraba á mayor altura que la que puede alcanzar un hombre de estatura comun; así es que no podia subir sino por una especie de escala. La puerta enteramente cubierta de plata, estaba oculta los mártes y los viénes por una cortina que colgaba hasta la tierra, y que se levantaba los demas dias.

Todas las partes del monumento, todo lo que tenia con él la mas ligera relacion, era objeto sagrado y de un culto piadoso para los peregrinos. Se les veia en tiempo de lluvia agruparse bajo una canal por donde corrian las aguas pluviales que habian regado el techo, y recibian sobre su cuerpo con delicia esta agua santa, esforzándose á beber algunas gotas de ella.

La agua del pozo de *Zemzem* no es ménos honrada por los mahometanos, pretenden que es mas dulce que la leche, pero los viajeros que beben sin prevencion le encuentran un gusto salobre. Los peregrinos no temen beber con un exceso que les es fu-

nesto. Las disenterias y las erupciones cutáneas producidas por este brevage léjos de disipar su error, sirve para mantenerle; creen que esta purgacion violenta tiene el efecto de purificarlos al mismo tiempo de sus inmundicias espirituales. ¡Tan cierto es que hombres ciegos con el fanatismo tienen siempre respuesta á los mas sólidos argumentos!

La agua de *Zemzem* se guarda en vasijas de estaño: los peregrinos la llevan á su patria y obsequian con ella á sus amigos. Los que tienen la felicidad de recibirla en el hueco de la mano, tragan algunas gotas, y con el resto bañan su rostro y sus manos desnudas.

„Durante los cuatro meses que pasé en Meca, dice un viagero ingles, Mr. José Pilts, obtuve un favor que otros mil han solicitado en vano: entré allí dos veces. El musulman que penetra en este santuario debe tener levantada la mano derecha, pronunciar en alta voz estas palabras: „Salud, ó enviado de Dios” y hacer despues su oracion. Ninguno de los peregrinos se atreve á dirigir sus miradas alderredor: pretenden que los hombres que han tenido la audacia de dirigir sus ojos á la derecha ó á la izquierda, se han visto heridos con una ceguedad repentina.

„En cuanto á mí, poco inquieto de las consecuencias de la contravencion á semejantes preceptos, examiné furtivamente los objetos que me rodeaban; mas no vi cosa notable. Dos columnas de madera que sostienen el techo del edificio: tres ó cuatro lámpara de plata colgadas de una vara de hierro, el suelo y las

paredes cubiertos de mármol, y colgaduras de telas de seda; he aquí lo que se presenta al observador.”

Los musulmanes hacen sus oraciones muy cortas. Despues de haber estado medio cuarto de hora en el recinto sagrado, se retiran los devotos y ceden á otros el puesto.

Niebuhr está conforme con José Pilts en hacer pocos elogios del recinto sagrado, llamado Kaaba, y asegurar que todo lo que los musulmanes cuentan de la riqueza de este lugar, de la abundancia de las lámparas y de los candelabros de oro y de plata es imaginario. Lo que hay, dice, mas notable en este edificio es la piedra negra, que está embutida en plata é incrustada en la pared en el ángulo del sud-oeste á poca distancia del suelo. Se pretende que fué traída del cielo por el ángel Gabriel para la construccion de la Kaaba.

En otro tiempo, dicen los musulmanes, esta piedra no solo era blanca sino que lanzaba un esplendor tan vivo, que se distinguia su luz á cuatro jornadas de distancia. Los pecados de los hombres la han empañado poco á poco, y ha acabado por ponerse del todo negra.

Esta piedra es el objeto de un culto constante: los peregrinos le besan cada vez que dan la vuelta á la Kaaba, ó se esfuerzan al ménos á tocarla con la mano, si les embaraza la multitud.

El cherif ó emir de la Meca es de la raza del profeta. Preside con grandes ceremonias al acto de barrer la Kaaba. Va á ella con una numerosa comitiva,

se riega con agua sagrada del Zemzem, y despues con agua comun: como no se entra al recinto por escalera, sino por una escala, se retira esta y el pueblo viene á colocarse abajo, para recibir el agua sucia que corre. Se hacen pedazos las escobas que han servido para limpiar, y se arrojan los fragmentos sobre la multitud. Los peregrinos que tienen la dicha de apoderarse de algunos de ellos, los conservan como una reliquia inestimable.

Se ven en la Meca millares de palomas azules, á las que nadie se atreveria ni aun á espantar, porque se llaman pichones del profeta. Estas aves están tan domesticadas, que vienen á tomar su alimento en la mano de las personas que les presentan un poco de grano. Segun una tradicion del país, jamas estos pichones se toman la libertad de volar por encima de la Kaaba; pero los viageros aseguran positivamente lo contrario.

Hasta entónces los viageros no tienen sino el título modesto de *meunin*. Antes de tomar el de *hadjis* que no se dá sino á los que han llenado todas estas formalidades, vuelven á tomar sus vestidos de penitencia y se van á la montaña que se llama *Djebel-el-orphat*, es decir, la montaña del saber. Se reunen allí, segun se dice, mas de setenta mil personas cada año, en el espacio de los dos meses nueve dias siguientes al ramadan. Este número es tan rigurosamente indispensable, que segun los musulmanes, si no estuviese completo, Dios mandaria ángeles para reemplazar á los ausentes.

„No pienso, dice José Pitts, que la cantidad de piadosos viageros sea tan considerable. Es ademas un espectáculo penoso ver á millares de individuos con la cabeza descubierta espuesta á los rayos de un sol ardiente, las mejillas inundadas en lágrimas, lanzando sollozos y suspiros, implorar del cielo el perdon de sus pecados, prometer reformar su conducta y permanecer tres ó cuatro horas en esta fatigosa actitud.”

Entónces es cuando el iman les confiere el título de *hadjis* que desde este momento unen á su nombre propio. En seguida todos se vuelven á poner en camino hácia la Meca al sonido de las trompetas. Despues de haber recorrido el espacio de una legua se detienen para pasar allí la noche, y entre el número de las devociones que les están prescritas, entra la de reunir cuarenta y nueve piedrezuelas del tamaño de una nuez.

Al dia siguiente por la mañana visitan un lugar llamado Mounah, donde segun la leyenda mahometana Abraham recibió del Señor la orden de inmolar, no á su hijo Isac, sino á Ismael, que habia tenido de Agar. Los árabes pretenden ser los descendientes de Ismael, y no dejan de decir que este último era el hijo querido del patriarca.

Los peregrinos plantan sus tiendas sobre el Mounah: cada uno de ellos lanza contra una columnita siete piedras de las que se ha provisto, gritando: „Esta piedra es para el diablo y para los que le sirven.” El segundo y el tercer dia hacen la misma ceremonia, lanzando sus piedras alternativamente contra la columna de

que acaba de hablarse, y contra otras dos colocadas cerca.

Durante estos tres dias los hadjis inmdan corderos y se regalan. Vuelven despues todos juntos á la Meca, y deben todavia permanecer allí diez ó doce dias.

Al mismo tiempo se tiene una gran feria adonde concurren diversas mercaderias de las Indias. Los peregrinos que ejercen el comercio hacen allí ganancias considerables, porque no se cobra derecho alguno de aduana ni de otros impuestos, sobre las mercancías que transporta la caravana de la Meca. No es pues la devocion sola la que pone en movimiento tan gran número de hombres.

Una de las compras que no dejan de hacer es una pieza de lienzo, para ser enterrados en ella despues de su muerte: ántes de partir la mojan en la agua venerada del Zemzem, y por todas partes la llevan consigo.

El dia que precede á su partida de la Meca hacen su despedida solemne de la Kaaba: se alejan de ella andando para atras, con las manos levantadas al cielo y los ojos vueltos hácia este edificio sagrado, hasta que le pierden de vista. Entónces se deshacen en lágrimas como unos niños.

Medina, situada á poca distancia de la Meca, tambien es visitada por los peregrinos, y objeto de veneracion por estar en ella los sepulcros de Mahoma, de Moubekre y de Omar, mas este viage no es para ellos de obligacion. Solo las caravanas de Siria y de Egipto al volver de la Meca hacen un corto rodeo para pa-

sar por Medina. Muy pocas personas obtienen el favor de entrar en el edificio construido sobre el sepulcro: solo se permite mirarle por entre una reja.

La sepultura del profeta presentaba poca magnificencia. Consistia en un simple cuadrado de cal y canto: no habia notable en este lugar mas que la riqueza de las lámparas que le iluminaban. Trescientas lámparas de plata ardian continuamente. Se veia tambien una de oro macizo guarnecida de piedras preciosas, y un diamante que valia mas de mil ducados; pero estos objetos preciosos fueron robados por los Wahabytas, y aun los mismos edificios fueron destruidos.

Cerca del sepulcro de Mahoma existia otro, vacio y abierto, para recibir á *Seidnah-Issa*, es decir, á nuestro Señor Jesucristo, el cual segun los mahometanos debe venir en los últimos tiempos, y morir en Medina.

La mezquita donde se encuentran estos sepulcros estaba guardada por cuarenta eunucos. Se escogian espresamente semejantes hombres, para evitar que el deseo de enriquecer á su familia, les indujese á apropiarse una parte del tesoro.

En Europa no se conoce á la Meca y á Medina, sino por los dibujos que han permitido sacar los musulmanes, y estos dibujos parecen bastante imperfectos. Una de estas imágenes groseras es la que sin duda ha dado lugar á la fábula acreditada tanto tiempo en Europa de que el ataud de Mahoma estaba suspendido en el aire sin pender en lo absoluto de cosa alguna. Malos físicos pretenden esplicar esta maravilla por la

doble atraccion de dos imanes; pero la cosa es de toda imposibilidad. Los mismos musulmanes jamas han dicho cosa semejante.

Lo que hay singular en Medina son los minaretos que tienen encima una cruz: en las otras mezquitas jamas se ven semejantes ornamentos.

La situacion de Medina en un llano cubierto de palmeros es de las mas agradables. Mahoma echó allí los fundamentos del poder de su nacion el año 622 de nuestra era. Los califas sus vicarios ó sucesores inmediatos, todavia fueron árabes. Los Omniades se establecieron en Damasco de Siria, y los Abbassides reinaron en Bagdad por el año de 763.

Despues de la pintura que acaba de verse de la peregrinacion á la Meca, precepto fundamental de la religion de Mahoma, no parecerá estraño hablar de otro esencialísimo para todo buen musulman, y es el ayuno anual, llamado Ramadan, entre los sectarios del profeta de Medina.

El ayuno en el mes de *Ramadan* es el cuarto precepto divino. Consiste en no comer, beber, fumar, ni aun oler los aromas ó frutas, y observar perfecta continencia, desde el momento del *feger* ó crepúsculo, antes de salir el sol, hasta que se pone, durante los veintinueve ó treinta dias del mes de Ramadan.

Este ayuno obliga á todos los hombres y mugeres, excepto los enfermos, viajeros, mugeres embarazadas ó en estado de impureza legal, nodrizas, mineros, viejos débiles, personas cuya abstinencia podria comprome-

ter su salud, y los dementes. Si se interrumpe el ayuno por olvido ó distraccion, por enfermedad, viaje ú otro motivo legítimo; está uno obligado á satisfacer esta deuda ayunando otros tantos dias en otro tiempo á discrecion; pero si la trasgresion del ayuno de un solo dia, ha sido voluntaria sin causa legitima, entónces en espiacion de esta falta se ha de ayunar setenta y un dias.

Desde la puesta del sol hasta la hora de la oracion de la mañana, se puede comer, beber, fumar y divertirse cuanto se quiera durante la noche; mas las personas timoratas emplean el tiempo en rezar en sus casas ó en las mezquitas, leer el coran, hacer obras de caridad, reunirse en una sociedad fraternal y agradable, pero siempre circumspecta. En este tiempo cesan las enemistades, se reunen las familias, y los pobres se ven socorridos mas que nunca con abundantes limosnas.

Las mezquitas están abiertas é iluminadas durante la noche todo el tiempo del Ramadan, y la multitud entra y sale incesantemente; las tiendas abiertas y frecuentadas por ambos sexos, igualmente que los cafés, pero estos únicamente son concurridos por los hombres, y siempre conservando el carácter de gravedad que distingue al musulman.

Como todo el dia lo pasan sin comer ni beber, aguardan con impaciencia la hora del mogareb ó puesta del sol; á la primera señal del mudden ó gritador público, colocado en lo alto del minareto, todo el mundo se po-

ne en movimiento, y por el pronto come una especie de puches de harina con miel, azúcar ú otro condimento nutritivo: luego hacen la oracion, y poco despues se ponen á comer. Muchos comen tres ó cuatro veces en la noche; pero yo solamente tomaba té, y por la mañana, ántes de la aurora, unas puches ó un poco de alcuzeuz.

Los ricos apénas sienten el ayuno de Ramadan; pues pasan el día durmiendo, para desquitarse ampliamente de sus privaciones por la noche, de suerte que no hacen sino cambiar la época de sus goces diarios: pero es penitencia bien fuerte para la gente del pueblo, pues no teniendo otros medios de subsistencia que el trabajo del día, tampoco puede eludir el rigor del precepto alterando su método de vida. Se observa con tanta puntualidad el ayuno del Ramadan, que un musulman que lo quebrantase voluntariamente, sin causa legítima, y sobre todo á presencia de testigos, seria tenido por digno de la pena de muerte como infiel.

Siendo lunares los meses árabes, y empezando cada uno desde el momento que se descubre la luna nueva á la simple vista, los musulmanes están sumamente atentos á observar el cielo; tienen para ello tacto finísimo y vista sumamente penetrante, de modo que varias veces me señalaban el paraje donde veían la luna nueva, que á mí me era imposible percibir, y despues con ayuda de un telescopio, la descubria exactamente en el punto del cielo que me habian indicado comparada con un objeto terrestre. Para hacer proclamar la entrada

del mes, basta la declaracion de dos testigos que depongan ante el kadí haber visto la luna, y en caso que las nubes impidiesen verla, el cumplimiento de los treinta días del mes anterior da lugar al nuevo. A fin de facilitar las observaciones calculaba yo de antemano los días de la aparicion de las lunas nuevas, y les daba una especie de almanaque: lo exacto de mis pronósticos me habia conciliado toda su confianza, y se conformaban con ellos sin escrúpulo para empezar y concluir el Ramadan, hasta el punto de mandar el sultan que esta ceremonia no se verificase sin haberlo yo indicado.

El principio del Ramadan se anuncia por tiros de fusil disparados desde una altura vecina, y por el lúgubre sonido de las trompetas que tocan los gritadores públicos desde lo alto de todos los minaretos de las mezquitas; el momento de concluir el principio de dicho mes ó el de la pascua, se anuncia igualmente á fusilazos desde los terrados de las casas. ¡Pobres de aquellos que aman la tranquilidad, y sobre todo, pobres enfermos! que se quedan aturridos por el estruendo de las armas de fuego, y los gritos de alegría universal. A pesar del carácter augusto que imprime la religion en el mes del Ramadan, muchos moros del pueblo bajo se vuelven casi frenéticos. Los mas pierden la cabeza de tanto rezar y leer el coran; los otros de leer libros ascéticos ó sagrados; otros finalmente, por la debilidad del estómago y la tristeza que es su compañera inseparable; y á todos altera el horrible y fúnebre sonido de las trompetas que suenan de lo alto de los minaretos á

diferentes horas del día y de la noche, lo cual produce muchas contiendas en el populacho.

La noche del 27 hay continuamente en las mezquitas un ministro, que sin tener libro delante, recita el coran en alta voz; el pueblo se mantiene de pié escuchándole. Este rezo va interpolado con oraciones; la persona que reza es sucesivamente relevada por otra, de suerte que al apuntar el día se ha recitado ya el coran todo entero. En la misma noche hay iluminacion en las calles y terrados; el gentío es inmenso, y por todas partes se ven mugeres á bandadas que van á visitar las mezquitas, en las cuales innumerable multitud de niños de todas edades, mugeres, santones, imbéciles buenos y malos, mueven una behetría infernal: y entretanto, ó se recita el coran ó se dicen oraciones.

Todas las noches del Ramadan, ántes de amanecer, hay dependientes de las mezquitas que corren por las calles, armados de enormes mazas, con las cuales dan repetidos golpes en las puertas de las casas, para que sus moradores se levanten á comer ántes de la hora de la oracion de la mañana.



CAPÍTULO VII.

ANTIGÜEDADES EGIPCIAS.

CUANTOS viageros van á Egipto, quedan pasmados al ver dos edificios magníficos que nos han quedado de la grandeza de los Faraones, y admiran la vastedad de sus planes, la firmeza de sus voluntades y la inmensidad de los gastos para levantar aquellas obras, de las que algunas han sobrevivido á tantos siglos, á tantas generaciones y á tantos imperios, y que indudablemente subsistirán por muchos años despues que haya desaparecido la generacion actual sobre la tierra. De las prodigiosas construcciones que hoy existen, solo se hablará de aquellas cuya nombradía se ha entendido por toda el globo, desde Pekin á Paris, y des-

diferentes horas del día y de la noche, lo cual produce muchas contiendas en el populacho.

La noche del 27 hay continuamente en las mezquitas un ministro, que sin tener libro delante, recita el coran en alta voz; el pueblo se mantiene de pié escuchándole. Este rezo va interpolado con oraciones; la persona que reza es sucesivamente relevada por otra, de suerte que al apuntar el día se ha recitado ya el coran todo entero. En la misma noche hay iluminacion en las calles y terrados; el gentío es inmenso, y por todas partes se ven mugeres á bandadas que van á visitar las mezquitas, en las cuales innumerable multitud de niños de todas edades, mugeres, santones, imbéciles buenos y malos, mueven una behetría infernal: y entretanto, ó se recita el coran ó se dicen oraciones.

Todas las noches del Ramadan, ántes de amanecer, hay dependientes de las mezquitas que corren por las calles, armados de enormes mazas, con las cuales dan repetidos golpes en las puertas de las casas, para que sus moradores se levanten á comer ántes de la hora de la oracion de la mañana.



CAPÍTULO VII.

ANTIGÜEDADES EGIPCIAS.

CUANTOS viajeros van á Egipto, quedan pasmados al ver dos edificios magníficos que nos han quedado de la grandeza de los Faraones, y admiran la vastedad de sus planes, la firmeza de sus voluntades y la inmensidad de los gastos para levantar aquellas obras, de las que algunas han sobrevivido á tantos siglos, á tantas generaciones y á tantos imperios, y que indudablemente subsistirán por muchos años despues que haya desaparecido la generacion actual sobre la tierra. De las prodigiosas construcciones que hoy existen, solo se hablará de aquellas cuya nombradía se ha entendido por toda el globo, desde Pekin á Paris, y des-

de Patagonía al Canadá, á cuyos monumentos se añadirá algun otro, que si bien está arrasado hoy, fué sin embargo el pasmo de los tiempos antiguos.

Pirámides.—Iba navegando en el Nilo, con direccion á Menfis, el viagero Michaud, entregado, dice, á vagas reflexiones, cuando derepente oí gritar junto á mí: *¡Las pirámides! ¡Las pirámides!* Sali de mi cámara, y se me presentaron en el lejano horizonte las tres pirámides de Giseh, las que segun nuestros marineros, distaban mas de ocho leguas. Se levantan sobre una superficie plana y bajo un cielo blanco, y el espacio que nos separa de ellas las hace parecer transparentes. Es difícil definir la sensacion que se experimenta á la primera vista: es una especie de inspiracion grave de la soledad, mezclada con las ideas del cielo y de sus maravillas, es el misterioso Egipto que sale del sepulcro, y levanta su cabeza al firmamento: hiere allí á la imaginacion la vasta extension del desierto y su profundo silencio: no se experimenta terror á su aspecto, como lo pretende Clarke, sino que las pirámides causan cierta turbacion y cierta moeion semejante á la que causa un gran pensamiento moral, como un canto de la Iliada, ó como un bello pasage de los profetas. Se siente uno penetrado de no sé que sentimiento religioso, que nos trasporta á los tiempos antiguos, y nos inspira seguridad para lo futuro, y por eso concibo bien ahora las palabras que dirigió Bonaparte á sus soldados: *Desde la cumbre de las pirámides os contemplan treinta siglos.* Son en realidad estos monumentos, co-



Las Pirámides de Egipto y el Eslingo

mo columnas colocadas en el camino de la eternidad, y si la inmortalidad fuera capaz de personificarse, y se nos apareciera, yo creo que se manifestaría á la tierra desde la punta de las pirámides.

Vistos una vez los monumentos de Giseh, no he dejado de tenerlos siempre presentes, y en mis correrías en los alrededores del Cairo, continuamente he tenido delante estas grandes imágenes de los tiempos pasados, y deseaba verlos de cerca, contemplarlos á mi satisfacción, y al efecto me uní con una caravana de viajeros. Escortados de una multitud de árabes llegamos á la falda de la montaña líbica: subimos algunas colinas de arena cuya superficie desnuda y parda contrasta con el rico verdor de las campiñas de las orillas del Nilo: en fin, vedme aquí delante de la gran pirámide de Cheops: los guías nos hicieron entrar en una gruta subterránea junto á la basa del gran monumento. Si se me preguntara qué impresiones he sentido, y qué ha pasado en mi espíritu cuando he visto y tocado esta masa gigantesca, diría, que mis ideas, como las de otros viajeros, han sido muy confusas, de modo que es difícil explicarme: al principio sentí algo de aquella sorpresa que se experimenta al mirar un lugar muy elevado, ó al aspecto de un peñasco que amenaza con su caída: despues me puse á pensar en el espíritu poderoso del hombre de cuyas manos salió esta montaña de piedra. Así en las obras maestras del arte, creemos al primer instante ver algun espectáculo grande de la naturaleza, pero la reflexion nos

conduce despues á considerar el talento creador del artista: cuando vemos en la *Iliada* á Júpiter arqueando as cejas, y lanzando el rayo desde la cumbre del monte Ida, creemos asistir á una escena del Olimpo; pero luego pensamos en el genio poético que ha pintado este cuadro grandioso, y la emocion que nos causó el espectáculo sublime se convierte en admiracion hácia el poeta, autor de esta maravilla. Lo mismo sucede con las pirámides, á quienes se admira al primer aspecto como á un prodigio de la creacion, y despues como á una maravilla del trabajo y de la inteligencia de un gran pueblo.

Dimos un paseo alrededor de la pirámide, y atravesando arenas y escombros llegamos á la abertura por la que se entra en lo interior del monumento. Todos mis compañeros se resolvieron á entrar por ella, y aun yo, sin consultar mis fuerzas, quise seguirlos: bajamos por un primer conducto, en el que no podiamos estar derechos: un árabe iba por delante de mí, y otro por detras, llevando cada uno de ellos una hacha encendida: al principio solo me dejé resbalar sobre piedras lisas, pero en llegando al primer canal, se presentaron otras dificultades, porque se estrecha el paso, y tiene uno que arrastrarse entre arenas y ruinas, luego se sube por otros conductos estrechos, de modo que mis árabes tan pronto me tiraban por los brazos, tan pronto me empujaban por los hombros. Entonces reflexé en que me ocurrió ya muy tarde el pensamiento de ver las pirámides. Finalmente, me faltó el valor y tuve re-

celo de dejar mis huesos en el sepulcro de los Faraones, con cuyo motivo volví atras mis pasos, y al fin salí por donde habia entrado. Al cabo de tres cuartos de hora salieron mis compañeros, pálidos, desgarrados y cubiertos de polvo, y sin haber visto mas que lo mismo que han descrito todos los viajeros.

Las salas de la reina y del rey se hallan en el centro de la pirámide, y para llegar allá se baja por el conducto de que ántes hablé, y se sube á continuacion por otro canal: se atraviesa despues una especie de galería que conduce á la primera sala, en cuyo lugar colocan los viajeros el sepulcro de la esposa de Faraon: para llegar á la sala del rey, que está arriba, es preciso pasar por caminos aun mas difíciles que los primeros, porque se sube por un conducto muy pendiente, llegando al término de este se atraviesan grandes pasadizos, se pasa debajo de bovedas, unas bajas y otras altas, y al fin se entra en la sala misteriosa, donde se halla un sarcófago de granito, lo que ha dado motivo á creer que estuvo sepultado allí el rey, fundador de la pirámide.

Mis compañeros despues de un momento de reposo quisieron subir á la cumbre del monumento; pero yo me quedé sentado en mi piedra, siguiendo con los ojos á la alegre caravana, que subió doscientos tres escalones en ménos de media hora: cuando llegó á la extremidad, parecia una parvada de águilas parada en la punta de una roca: cuando bajaron mis viajeros me dijeron que yo y los árabes les habiamos parecido hor-

migas: por esto se ve que en las pirámides como en el mundo político, parece uno pequeño ó grande según el lugar donde está colocado: ¡á cuántos hombres en nuestras revoluciones de Europa se les ha tenido por águilas, cuando se les veía desde abajo, y que no parecen mas grandes que las hormigas, cuando se les ve desde arriba!

Para formar alguna idea de esta pirámide, se deben conocer sus dimensiones, y al efecto puede leerse la descripción de Jomard que midió con la mayor exactitud la base, la altura y los lados de este monumento. Hoy sabe todo el mundo que la primera pirámide tiene cuatrocientos veintiocho pies y medio de altura sobre el zócalo, pero contando con este y con dos hileras de piedras que le faltan, la altura primitiva fué de cuatrocientos cincuenta pies: su base cubre un espacio como de quinientos quince mil pies cuadrados. Estos cálculos presentan la idea de una masa espantosa; mas para aumentar, si es dable, la admiración, y para hacer mas familiar la imágen de estas extraordinarias dimensiones, y presentar á los ojos de algun modo este prodigio, diré que la pirámide de Cheops es cuatro veces mas alta que la columna de la plaza de Vandome, y cada uno de sus lados es igual á la fachada del palacio de las Tullerías. Todo el monumento tiene setenta y cinco millones de pies cúbicos, y podria contener tres mil setecientas salas como las del rey y de la reina. Tengo á la vista el cálculo de Fourier, secretario perpetuo del instituto de Egip-

to, y mi compañero en la Academia, y resulta de este cálculo, que si se emplearan todas las piedras de la gran pirámide en hacer una muralla de diez pies de alto y de un pie de grueso, cubriria esta muralla el espacio de seiscientas cincuenta y cinco leguas: Bonaparte que se ocupó tambien de este problema aritmético, obtuvo el mismo resultado, y decia que era capaz de construir con el monumento de Cheops un muro que encerrara en su recinto toda la Francia. Según estos cálculos me parece que con las tres pirámides de Giseh, se edificaria una ciudad mayor que Londres ó Paris. El ápice no termina en punta sino en una plataforma de seis varas y media en cuadro. Savary hace una pintura muy viva del magnífico espectáculo que se le presentó cuando llegó á subir á la cúspide de este monumento. „Sentado, dice, sobre la obra humana mas maravillosa, como sobre un trono, veiamos alternativamente ya un desierto espantoso, ya fértiles llanuras donde los campos Eliseos fueron imaginados; pueblos esparcidos por un lado, rodeados de palmas y arboledas: un magestuoso rio sobre el que los barcos surcaban á toda vela, y por cuanto alcanzaba la vista no se descubrian sino obras al parecer de gigantes. El universo entero no presenta un paisage mas variado, mas magnífico ó mas tremendo.”

Pero ¿quién fué el genio atrevido que concibió y ejecutó proyecto tan grandioso? ¿Con qué designio pudo hacer una obra tan suntuosa? Herodoto dice que fué edificada la gran pirámide por el Faraon Cheops; pero

el célebre Champollion, fundado en la autoridad de Manethon y en algunas razones, atribuye esta empresa maravillosa á Souphi, primer rey de la cuarta dinastía. Este monarca existió algunos siglos despues del diluvio; pero si, ántes de la llegada de Abraham á Egipto, de donde se infiere que esta prodigiosa pirámide es hoy la obra tal vez mas antigua que ha salido de la mano de los hombres, y muy anterior á Cheops, quien segun Herodoto vivió cinco reinados ántes que Sabacon el etiope, personage que existió en la época de la fundacion de Roma. En quanto al destino de este monumento y de los otros de su clase que están cerca de él, hay mil opiniones; pero lo cierto es, que en la sala llamada del rey, aun se conserva una sarcófago de granito, y en la pirámide de Chefren, (cuya mole solo tiene como trece varas ménos de altura que la primera) se halló otra cámara con su sarcófago donde encontró Belzoni unos huesos de buey, que hoy están en el museo británico. Este hallazgo, por extravagante que parezca, no lo será para los que sepan los grandes honores que en Egipto se daban á los bueyes, especialmente á Apis.

Para hacer Souphi su pirámide, tuvo primero la necesidad de mandar construir una calzada que sirviera para conducir por ella las enormes piedras del edificio principal. En hacer la calzada se gastaron diez años; pero en fabricar el monumento piramidal se gastó doble tiempo, como que á todas las dificultades de la empresa fué preciso añadir la de labrar, trasportar y co-

locar piedras tan grandes, que segun Herodoto ninguna tiene ménos de diez varas de tamaño.

No léjos del monumento de Souphi, están las pirámides de Chefren y Micerino, obras tambien gigantes cas, bien que menores que la primera: hay ademas muy cerca de esta otras cinco pirámides pequeñas que tambien fueron tumbas reales. A gran distancia están las pirámides de Sakhara, las que á pesar de ser muchas, no llaman demasiado la atencion de los viageros, porque ni son tan grandes como las de Giseh, porque algunas son de ladrillo, y por estar muy deterioradas; pero segun Champollion parecen anteriores á las magnificas de Cheops, Chefren y Micerino.

A la gran pirámide.

¡Montaña artificial, resto tremendo,
Estructura sublime y poderosa,
Del desierto atalaya misteriosa,
De la desolacion trono estupendo!

En tu cumbre inmortal se dá la mano
La eternidad que fué con la futura:
La voz de lo pasado en tí murmura,
De una tierra ya muda escombros vano.

¿Qué tiempos, di, qué triunfos, qué mudanzas
Has presenciado? Cuánta muchedumbre
Siglo tras siglo contempló tu cumbre!....
¿Qué se hicieron sus penas y esperanzas?

Cien imperios espléndidos, que fueron
Nuevos en tu vejez, se han abismado,
Reyes, sabios, guerreros, han pasado,
Y en el olvido misero se hundieron.

De tus autores pereció la historia,
Tal vez su polvo, que arrebató el viento,
Deforma el exterior del monumento
En que pensaban perpetuar su gloria.

Ancha en tu base, á un punto disminuida
Do te acercas al cielo, ¿no figuras
El orgulloso error de las criaturas,
Y su esperanza al suelo reducida?

Cuando tu incierto origen indagamos,
Escribe en tí, cual en funérea losa,
El irónico tiempo: ¡Obra gloriosa
Del soberbio, del grande que ignoramos!

Esfinge.—Pero dejando á un lado estos sepulcros gloriosos, pasemos á otro soberbio monumento que está cerca de la grandiosa obra de Chefren: hablamos de la Esfinge colossal. Esta es una enorme estatua que representa un monstruo fabuloso con cabeza de muger y cuerpo de leon, y está esculpido en una roca maciza. Tiene su cuerpo mas de treinta y una varas de longitud, y está casi todo él cubierto de arena sobre la que levanta su cabeza que tiene como veintiocho varas de contorno en la frente. Aunque la nariz y el labio superior están mutilados por los bárbaros, tiene la cara las fac-

ciones de un etiope ó negro. Es prodigiosa la anchura del contorno de las orejas de la Esfinge; y está cubierta su cabeza con una caperuza colocada encima de las cejas, muy ancha, y acanalada en toda su extension. La situacion de este coloso, cerca de la segunda pirámide y de su templo, anuncia claramente que estaban en relacion ambos monumentos. Asegura Plinio que en su tiempo habia una comunicacion subterránea entre una pirámide y el cuerpo de la Esfinge, y aun hoy se nota en lo alto de su cabeza una escavacion de mas de una vara, y el resto de su profundidad estaba lleno de arena. M. Coutelle emprendió con suceso quitar la arena de los alrededores de la Esfinge, y descubrió el lomo y piernas de leon. Denon, despues de examinar este coloso dice: aunque las proporciones son gigantescas, el contorno es puro, y la expresion dulce, graciosa y tranquila: la fisonomía es africana, y aunque son gruesos los labios, la boca muestra una dulzura y delicadeza de ejecucion verdaderamente admirable, y parece de carne y que tiene vida. Debió haber llegado la escultura á un alto grado de perfeccion cuando fué trazado este monumento.

Belzoni con la asistencia de algunos árabes consiguió quitar la gran cantidad de arena que cubria el pecho y manos de esta figura, hasta descubrir entre las manos de la Esfinge un templo de gran dimension, formado de una sola piedra, y un sepulcro debajo de una de sus garras. Lo que Belzoni llama templo, para otros son

galerías subterráneas cavadas en la piedra que comunicaban con la pirámide.

En la cabeza de este monstruo colosal pudo leer un viagero una inscripción en caracteres geroglíficos que datan del reinado de Faraon Toutmosis IV. Este hallazgo interesante prueba la prodigiosa antigüedad del monumento, porque este rey fué nieto de Totmosis III. (Meris) que es el Faraon que se anegó en el mar Rojo cuando iba en persecucion del pueblo de Israel, y por lo mismo la Esfinge es contemporánea de Moises que aun vivia en tiempo de Toutmosis IV.

Batalla de las pirámides--A la vista de este coloso y de las estupendas pirámides, el general Bonaparte dió la ruidosa batalla de este nombre digna de un gran recuerdo, no porque se hubiera dado para sostener una causa tal vez injusta, sino porque prueba la destreza del general y la superioridad que en todos tiempos se ha debido á la táctica y disciplina militar.

El ejército se veia precisado á marchar tomando grandes precauciones. Toda la llanura se habia cubierto de mamelucos montados en excelentes caballos árabes, armados con pistolas, carabinas y mosquetes, los mas de ellos de las mejores fábricas inglesas; cubiertas las cabezas con soberbios turbantes cuyos plumages ondeaban en el aire; adornados con ricos vestidos y armas que centelleaban con los rayos del sol. Mirando con el mayor desprecio al ejército frances, compuesto casi todo de infantería, aquella brillante caballería de bárbaros espiaba todas las ocasiones para atacarlos, de

suerte que ni un solo rezagado podia escaparse del cortante filo de sus alfanges; sus acometimientos eran rápidos como el viento, y como los frenos de las bridas de sus caballos les permitian detenerlos repentinamente ó hacerles volver atras sin dejar el galope, sus retiradas no eran ménos veloces. Aun los mas veteranos del ejército de Italia por de pronto se aturdieron con este nuevo modo de pelear, y perdieron varios hombres; sobre todo, cuando el cansancio les precisaba á separarse de sus filas, pues entónces nada podia salvarles; pero muy luego se familiarizaron con los ataques de los mamelucos cuando descubrieron que cada gineete llevaba consigo todo su caudal, que en algunos de ellos ascendia á sumas considerables en oro.

Durante estas alarmas, se sostenia la jovialidad de los franceses, á pesar del cansancio y de los peligros de la marcha. Los borricos, que son los únicos animales de carga que se encuentran fácilmente en Egipto, servian de caballerías á los sabios que seguian la expedicion y llevaban sus instrumentos científicos. El general habia mandado que se vigilase mucho para su seguridad; pero como los soldados no miraban con mucha importancia á aquellos ciudadanos, reian á carcajadas en todas las filas, cuando preparándose á recibir á los mamelucos, los generales de division gritaban con el laconismo militar: „Colóquense los borricos y los sabios en medio del cuadro.” Los soldados tambien se divertian llamando semisabios á los borricos; pero en algunos momentos apretados, maldecian á aquello

infelices animales, y las ciencias tambien participaban de los sarcasmos de los soldados, que se imaginaban que el único objeto de la expedicion era para satisfacer su pasion á indagaciones que para los militares eran de poquisimo interes.

Creemos que podrá dudarse que, en semejantes circunstancias, aun los sabios mismos estuviesen muy satisfechos, cuando al cabo de siete dias de una marcha penosa, y habiendo llegado á seis leguas del Cairo, comenzaron á descubrir las famosas pirámides, pero supieron al mismo tiempo que Murad Bey estaba á la cabeza de los mamelucos con veintidos hermanos suyos, y que habia formado un campo atrincherado en un lugar llamado Embabeh, á fin de cubrir el Cairo y dar batalla á los franceses. Como estos continuaban avanzando, el 11 de julio descubrieron al enemigo que les estaba esperando. La mayor fuerza que los mamelucos desplegaron fué una soberbia línea de caballería mandada por Murad y los demas beyes: su derecha se apoyaba sobre un campo mal atrincherado, en el cual habian colocado veinte mil hombres de infantería y cuarenta piezas de artillería; pero esta infantería no era mas que un populacho indisciplinado, y los cañones faltos de cureñas estaban montados sobre unos maderos informes: pocos obstáculos ofrecian las fortificaciones del campo, apenas bosquejadas. Bonaparte tomó sus disposiciones: estendió su línea hacia la derecha, de modo que estuviese fuera de tiro de los caño-

ñes y no tener que sostener sino el choque de la caballería.

Murad Bey notó este movimiento, y previendo cuales serian sus consecuencias, se dispuso para atacar con su brillante caballería, diciendo que partiria los franceses en dos, como unas calabazas. Bonaparte hizo formar su infantería en cuadro para recibir el ataque de los mamelucos, y dijo á sus soldados: „Cuarenta siglos os están mirando desde la cima de estas pirámides.” Los mamelucos cerraron con los franceses con una celeridad incomprendible dando gritos furiosos; pusieron en desórden á uno de los primeros cuadros de infantería, que hubiera sido acuchillado en un instante si toda la masa de este ejército valiente no hubiese estado inmediatamente detras de su vanguardia. Los franceses tuvieron un momento para restablecer el órden, y se aprovecharon de él: la batalla pareció entonces, bajo algunos aspectos, á la que veinte años despues se dió en Waterloo; la caballería enemiga atacaba con furor los cuadros de infantería, procurando romperla, con esfuerzos increíbles de valor, al paso que las terribles descargas de fusilería y de metralla, cruzando sus fuegos, respondian á su audacia: jamas se habia visto encarnizamiento igual al que manifestaron los mamelucos. No pudiendo penetrar con sus caballos en los cuadros franceses, hubo algunos de ellos que volvieron los caballos tirándose á reculones contra las filas enemigas, con la esperanza de romperlas á coces: pero viéndose siempre rechazados por aquellas falanges inmóviles y cada vez

mas furiosos, les arrojaron sus pistolas, puñales y carabinas. Los que caian heridos todavía se arrastraban hácia los franceses para cortarles las piernas con sus alfanjes corvos; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles.

Los mamelucos, despues de una gran mortandad fueron enteramente batidos, y como no podian runirse con órden, fué su retirada una verdadera derrota. Por de contado los mas de ellos quisieron volver á su acampamento, por aquella especie de instinto, decia Napoleon, que inclina á los fugitivos á retirarse en la misma direccion que habian seguido avanzando: de esta suerte se colocaron entre el Nilo y el ejército frances; el fuego sostenido y terrible de este les precisó á buscar un refugio en las aguas del rio, creyendo poder pasar á nado á la márgen opuesta: esfuerzo vano de desesperacion que á muy pocos salió bien. En el mismo momento su infanteria abandonó el campo sin ninguna resistencia, y precipitándose á los barcos intentó atravesar el Nilo que á los mas de ellos les sirvió de sepultura. Los soldados franceses, aun mucho tiempo despues de esta batalla, iban á las orillas del Nilo buscando cadáveres para recoger las riquezas que traian encima. Murad Bey y una parte de sus mamelucos mas esforzados, escaparon de la matanza por un movimiento combinado, y se retiraron por Gizeh al alto Egipto.

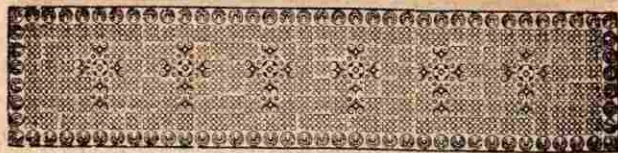
Así fué destruida, en gran parte, la caballeria mas bella de todo el mundo, considerando cada ginete individualmente. „Si yo hubiese podido agregar la caballeria de los mamelucos á la infanteria francesa, dice

Bonaparte, me habria considerado como dueño del universo.” La destruccion de un cuerpo que hasta entónces se habia creido invencible, atemorizó no solo el Egipto, sino el Africa, el Asia y todos los paises donde reinaba la religion mahometana; y el fuego sostenido que habia decidido la victoria valió á Bonaparte el dictado oriental de sultan Kebir ó rey del fuego.

Despues de este combate que Bonaparte denominó batalla de las Pirámides para darle mas importancia á los ojos de los parisienses, el Cairo se entregó sin resistencia. Los restos dispersos de los mamelucos que habian atravesado el Nilo y se habian reunido bajo las órdenes de Ibrahim Bey, se vieron forzados á retirarse á Siria. Una partida de trescientos hombres de caballeria osó atacarlos en Salahieh, pero fué rechazada por Ibrahim y su tropa, que mató varios de ellos, y prosiguió su retirada sin que nadie le inquietase. El Bajo Egipto quedó en poder de los vencedores, y hasta aquí la expedicion de Bonaparte habia salido perfectamente bien; pero no permitió el cielo que aun el mas afortunado de los hombres evitase reveses, y Napoleon iba á experimentar uno muy terrible.

Fué grande la impresion que hizo en Egipto esta batalla, y con este motivo un poeta árabe compuso unos versos de los que lo siguiente es un fragmento. „Todo se conmueve y se confunde, y el espantoso ruido derrama á lo léjos el terror: parece la llanura un horno encendido. El tierno niño que en los combates comunes ignorando el riesgo, solo piensa en sus jue-

gos sencillos, siente sus cabellos erizársele sobre la frente y emblanquecérsele de espanto. Los beyes tiemblan y se turban, y beben á grandes tragos la copa de la amargura, y sus almas consternadas se abandonan á la desesperacion al ver esta jornada tan funesta. ¡Jornada memorable! ¡Libranos, ó Dios, de un combate tan terrible! Se dispersa espantada en los desiertos, una innumerable multitud derrotada que los beyes armaron para su defensa. La muerte los persigue, la muerte vuela sobre sus cabezas, como si irritado el cielo con sus crímenes, hubiera lanzado sobre ellos las llamas vengadoras de su cólera."



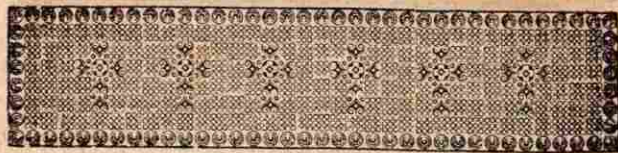
CAPÍTULO VIII.

SIGUEN LAS ANTIGUEDADES EGIPCIAS

LABIRINTO.—LAGO MERIS.

LOS Egipcios, dice Herodoto, despues de la muerte del sacerdote de Vulcano se hallaban libres é independientes; mas como en ningun tiempo han podido vivir sin rey, establecieron doce, entre quienes se dividió el Egipto. Reunidos estos reyes por lazos de familia, convinieron entre sí que ninguno intentaria oprimir á sus vecinos, ni estender sus dominios á espensas de otro, y así confederados reinaron todos á un tiempo. Observáronse religiosamente estos tratados, porque al principio de estos reinados habia predicho un oráculo:

gos sencillos, siente sus cabellos erizársele sobre la frente y emblanquecérsele de espanto. Los beyes tiemblan y se turban, y beben á grandes tragos la copa de la amargura, y sus almas consternadas se abandonan á la desesperacion al ver esta jornada tan funesta. ¡Jornada memorable! ¡Libranos, ó Dios, de un combate tan terrible! Se dispersa espantada en los desiertos, una innumerable multitud derrotada que los beyes armaron para su defensa. La muerte los persigue, la muerte vuela sobre sus cabezas, como si irritado el cielo con sus crímenes, hubiera lanzado sobre ellos las llamas vengadoras de su cólera."



CAPÍTULO VIII.

SIGUEN LAS ANTIGUEDADES EGIPCIAS

LABIRINTO.—LAGO MERIS.

LOS Egipcios, dice Herodoto, despues de la muerte del sacerdote de Vulcano se hallaban libres é independientes; mas como en ningun tiempo han podido vivir sin rey, establecieron doce, entre quienes se dividió el Egipto. Reunidos estos reyes por lazos de familia, convinieron entre sí que ninguno intentaria oprimir á sus vecinos, ni estender sus dominios á espensas de otro, y así confederados reinaron todos á un tiempo. Observáronse religiosamente estos tratados, porque al principio de estos reinados habia predicho un oráculo:

„que aquel de los doce, que en el templo de Vulcano hiciera sus libaciones con una patena de bronce, reinaria sobre todo el Egipto:” debe observarse que tenían estos reyes sus asambleas en cualquiera templo.

Estos reyes quisieron dejar todos juntos un recuerdo de sus reinados, y por sus órdenes fué construido el labirinto que está situado un poco arriba del lago Meris, frente de la ciudad de los cocodrilos. Yo he visto este monumento que me parece superior á su fama, y aun creo que reunidos todos los edificios construidos, todas las obras de los griegos, aun se quedarían inferiores á esta construcción, tanto por el trabajo, como por los gastos, por mas que el templo de Éfeso, y el de Samos sean justamente celebrados. Las mismas pirámides eran entonces ciertamente monumentos que excedían á su nombre, porque cualquiera de ellas podía compararse á lo que los griegos han hecho mas grande, y con todo eso, el labirinto es superior á ellas. En lo interior de aquel monumento, se ven doce palacios cubiertos de un solo techo, y cuyas puertas están enfrente unas de las otras. Seis de estos palacios están al Norte y seis al Sur, están contiguos y situados dentro de un recinto formado por un muro exterior. Las salas ó piezas del labirinto son todas dobles, unas abovedadas y subterráneas, y las otras están encima de las primeras: son por todo tres mil, mil y quinientas en cada piso. Yo visité las de arriba, y así solo hablo de lo que vi: en cuanto á las subterráneas solo sé lo que me han dicho, porque los conserges no

han querido por nada de esta vida enseñármelas; ellas encierran, segun dicen, las tumbas de los reyes, que antiguamente hicieron construir el labirinto, y las de los cocodrilos sagrados, y por lo mismo no puedo hablar de estas cámaras sino por lo que me han contado. Por lo que mira á las del piso superior, no he visto cosa mas grande entre las obras salidas de las manos de los hombres: la infinita variedad de pasadizos y de galerías comunicadas las unas con las otras, que se atraviesan para llegar á los otros palacios, causan mil sorpresas á los que recorren estos lugares, pasando tan pronto de uno de los patios á las salas que los rodean, tan pronto de estas salas á los pórticos, ó de los pórticos á otros patios: los techos son todos de mármol, así como las paredes, las que están llenas de multitud de figuras esculpidas en hueco. Cada palacio está adornado de un peristilo casi siempre de mármol blanco. En el ángulo donde termina el labirinto, hay una pirámide de ochenta varas de alto adornada con grandes figuras esculpidas en hueco: se comunica con esta pirámide por un camino subterráneo.

He aquí lo que dice Herodoto y la impresion que le causó el labirinto. Strabon es igualmente pródigo en elogiarlo, y dice que es un palacio compuesto de otros palacios, cuyas palabras indican sobradamente lo que Herodoto llama *aula*. Habia, dice Strabon, tantos palacios como provincias, y era una obra digna de admiracion, puesto que cada pieza estaba techada con una sola piedra, y los pasadizos lo estaban igual-

mente con piedras que alcanzaban de una á otra pared; así que cuando se subia á lo alto del edificio se veía solo un gran llano de piedra, estimándose la estension de costado de todo el edificio en seiscientos cincuenta piés: y para completar los datos relativos á los usos del labirinto, añade Strabon que habia sabido que el número de palacios era igual al de las doce provincias, porque era costumbre que se reuniesen en él los diputados de ellas, enviando ademas cada una sus sacerdotes y sacerdotisas para hacer los sacrificios y juzgar de los negocios importantes.

Por maravilloso que sea el labirinto, aun me parece mas admirable el lago Meris, cerca del cual está edificado aquel. El lago tiene de circuito tres mil seiscientos estadios, y por tanto es igual á toda la longitud de Egipto siguiendo la ribera del mar: su figura es oblonga de Norte á Sur, y su mayor profundidad es de cien varas. Al ver en medio de este lago dos pirámides cubiertas de agua hasta la altura de cien varas, y levantando otro tanto encima de ellas, no queda duda alguna que fué fabricado por la mano de los hombres. En la punta de cada pirámide hay un coloso de piedra que representa una figura sentada en un trono: estas pirámides, como se ve, tienen una altura total de doscientas varas. El agua que llena el lago no brota allí, y al revés, el pais es sumamente seco, sino que viene del Nilo por canales subterráneos, y esta agua corre seis meses del Nilo al lago, y seis del lago al rio. Durante este último periodo, la venta del

pescado hace entrar en el tesoro real un talento de plata cada dia: mas cuando la agua pasa al lago, la pesca solo produce al dia veinte minas (cien pesos).

Heliópolis.--Una de las mas interesantes escursiones que hice, dice Geramb, tuvo por objeto visitar á la antigua Heliópolis de Egipto, célebre por su templo del sol, y aun mas, por la mansion que hizo allí la santa familia, cuando se vieron obligados José y María á dejar la Judea, para sustraer al niño Jesus de los sangrientos decretos del cruel Herodes. Despues de haber visto tantos monumentos profanos, que por dignos que fuesen de admiracion por lo que mira á las artes, me habian entristecido, recordándome ménos las obras del genio, que las supersticiones absurdas y vergonzosas, me era muy agradable dirigir mis pasos á los lugares santificados con la presencia de mi Salvador, y de ver nuevos recuerdos, y nuevos monumentos de mi fé.

Acercándome á Heliópolis, el primer objeto que vimos fué un obelisco de granito rojo de una pieza, semejante por la forma y altura á las *Agujas de Cleopatra*. En uno de sus lados vimos una cruz esculpida que ha dado lugar á varias interpretaciones de los sabios, y de que yo no he tenido ideas exactas. Hoy Heliópolis es una mala aldea, donde solo se ven paredones y ruinas. Aquí se immortalizó el general Kleber con la famosa batalla en que derrotó al ejército del gran visir, diez veces mas numeroso que el suyo, y aseguró por algun tiempo á la Francia la conquista del Egipto.

La antigua ciudad en cuyo sitio está hoy la aldea,

tenia segun los historiadores ciento cuarenta estadios de circuito, y su origen se pierde en las tinieblas de la mas remota antigüedad. Los hebreos le llamaban *On*, y los griegos *Heliópolis*, ciudad del sol, nombre que se lee en los libros santos. De allí era Aseth, hija de Putifar, sacerdote de Heliópolis, y á la que destinó Faraon para esposa de José. Los judíos refugiados en Egipto cuando la persecucion de Antioco Epiphanes, habitaron allí gran número de ellos en el reinado de Ptolomeo Philometor, y obtuvieron de este príncipe el permiso de levantar cerca de allí un templo al verdadero Dios, donde conservaron el culto hasta el tiempo de Vespasiano, quien mandó á los gobernadores romanos destruirlo.

No queda del famoso templo del Sol mas que ruinas apenas conocidas, y no pueden dar idea de su magnificencia. Se sabe por Diodoro Sículo que Sesóstris mandó levantar delante de este monumento dos obeliscos de ciento y veinte codos de altura, y ocho de ancho en su base, los mismos que el emperador Augusto hizo trasladar á Roma, despues que conquistó y redujo el Egipto á provincia romana. Las *Agujas de Cleopatra*, segun Champollion, se hallaban tambien en otro tiempo á la entrada de este mismo templo de Heliópolis, de donde fueron trasportadas á Alejandría. Atribuye este ilustre sabio la ereccion de estas agujas á Meris, que segun eso, seria el mismo Mespheo de quien habla Plinio, y añade que sus inscripciones son de Meris, de Sesóstris y de su sucesor. Para contradecir las

aserciones, por otra parte tan graves y tan precisas de Champollion, se fundan algunos hombres instruidos, no solo en el silencio de la historia, sino tambien, especialmente, en el de Diodoro Sículo; y no pudiendo creer que este historiador, que segun ellos, visitó el Egipto, despues de hablar de los obeliscos de Sesóstris en Heliópolis no hubiera dicho una palabra de los de Meris que existieron en el mismo lugar, colocan la nueva opinion en el número de las conjeturas mas ó ménos oscuras ó probables de la ciencia. (*)

Se vé en Heliópolis un antiguo sicómoro que casi todos los viajeros visitan, y es muy grato, especialmente á los cristianos, porque segun la tradicion descansó bajo su sombra la santa familia en su fuga. Este sicómoro respetado en lo general en el Oriente, se halla en medio de un gran jardin, ó mas bien, en un bosque de naranjos. Parece que en su tronco enorme ingertaron algunas ramas que hoy son considerables, y ofrece uno de los fenómenos mas extraordinarios de la vegetacion. Yo y M. Champion medimos su grosor, y tiene mas de seis brazadas de circunferencia. Muchas gentes han grabado sus nombres en la corteza de este árbol magestuoso, cuyo aspecto causa impresiones tanto mas vivas quanto que recuerda á la piedad cristiana las memorias mas á propósito para conmovérle, á saber, la persecucion de un tirano contra un niño, las angus-

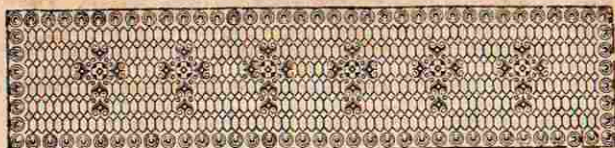
(*) Champollion atribuye la construccion de los obeliscos de Alejandría á Meris, que es el faraon que se ahogó en el mar rojo; pero el obelisco actual de Heliópolis segun el mismo viajero, es obra de Osortasen I, monarca contemporáneo de José, y por lo mismo muy anterior á Meris.

tias maternas de María, y la solitud y cuidados de José. Nos quedamos un instante considerándolo, y admiramos, cómo desde la persecucion que nos recordaba el sicómoro, hasta las de estos tiempos, ha triunfado milagrosamente la debilidad sobre la fuerza; cómo la inocencia se ha escapado de las redes y furores del crimen del poderoso; cómo en fin, acabau todos los perseguidores, comenzando por Herodes, á quien sus infames aduladores llamaron *El Grande*, y la justicia del cielo condenó á podrirse vivo, y cuyos gusanos no aguardaron á que muriera para devorar su grandeza.

Al tiempo de retirarme de allí recogí algunos ramitos del árbol hospitalario y me los llevé como una reliquia preciosa. A cincuenta pasos de allí, vimos la fuente de la Virgen, que segun la tradicion fué debida á un milagro: dicen que Dios la hizo brotar de la tierra para apagar la sed del niño Dios, de María y de José en un país abrasado con los ardores del sol, donde el calor y la sed son los tormentos mas duros para el viajero. Es dulce y agradable el agua de esta fuente, la de las otras es salobre y de mal gusto. Yo se bien que si contara este prodigio á un filósofo, se reiria; pero ¿de qué no se rie un filósofo? Por lo que á mi toca, sin pretender que este hecho merezca la misma fé que los libros revelados, veo una relacion sensible entre este suceso, y los que le han precedido. Era natural que Dios hiciera por su Hijo, por María y por José lo que no se desdeñó hacer por medio de Moises en el monte Horeb á favor de un pueblo mumurador é ingrato. Se-

gun la misma tradicion, la santa familia, retirándose del sicómoro, se dirigió por el rumbo de Memphis, y se detuvo en el lugar en que hoy está el viejo Cairo, donde permaneció hasta la muerte de Herodes. El retiro en que se ocultó, existe en el monasterio de S. Sergio, que yo he visitado. Es vastísimo el recinto del monasterio, y sus muros por su elevacion y espesor parecen de una fortaleza. En lo interior, la iglesia es pequeña, pobre, y sin otro adorno mas que algunas lámparas de vidrio ó de madera* suspendidas de la bóveda por una cuerda. A cada lado del altar mayor hay una escalera de doce escalones, por la que se baja á una capilla ó gruta subterránea de unos veinte piés de largo, y doce de ancho, y se asegura que allí habitaron Jesus, María y José. Encima del altar de esta capilla está un cuadro muy antiguo que representa á la Virgen sobre la ribera izquierda del Nilo. Este cuadro cierra la entrada de otra gruta mas pequeña, que los religiosos llaman el *Horno* porque tiene esta figura, y era una parte de este asilo modesto.





UNIVERSIDAD AUTONOMA DE MEXICO
ALERE FLAMMAM
VERITATIS
CAPÍTULO IX.

SIGUEN LAS ANTIGUEDADES EGIPCIAS.

MIENFIS.—ESTATUA DE SESÓSTRIS.

Atravesamos el Nilo, frente del pueblo de Gisé, en un sitio en que el río es muy ancho y peligroso. Luego que desembarcamos nos dirigimos á la izquierda, dejando á la derecha el desierto y las pirámides, que aunque distantes tres leguas, parecían estar á nuestro lado. Teníamos delante las de Sakara, y nuestro proyecto era ir á dormir allá, despues de visitar las ruinas de Menfis, reservando para el día siguiente la visita del desierto y de las pirámides de Gisé.

Erá magnífico el camino en que íbamos, porque

los campos de lino, de cebada, de lentejas, de habas, de trigo etc. nos admiraban con su pasmosa vegetacion. A mayor distancia, pacian numerosos ganados en las praderas, cuya yerba de un verde muy variado era tan alta, que ocultaba á nuestra vista una parte considerable de sus cuerpos: mas allá, se entra en el desierto, en que muere esta hermosa naturaleza: aquí se ve la muerte al lado de la vida. Pasamos por aldeas agradablemente situadas pero casi sin habitantes, y toda la poblacion se reduce á algunas mugeres, á niños y viejos, pues los que estaban en estado de llevar armas se los ha llevado Mehemet-Alí para su ejército.

Despues de caminar tres horas, entramos en un gran bosque de palmas, á cuya extremidad pudimos contemplar el suelo de la antigua capital de Egipto, cosa fácil de conocer por la descripcion que de ella dan los sabios, y por los montones de escombros que se encuentran acá y allá en un terreno de muchas leguas de circuito.

Despues de la decadencia de Tebas, llegó á ser Menfis la primera ciudad de Egipto, y residencia de los Faraones: su inmensa poblacion, sus palacios, sus edificios públicos, sus templos, sus monumentos de toda especie, tanto sagrados como profanos, los muchos canales por donde circulaban las aguas del Nilo, su opulencia, sus artes, el genio de sus príncipes, la sabiduría de sus sacerdotes, el juicio de su política, la fama de sus leyes, y de sus instituciones, todo contribu-

yó á asegurarle el mas alto lugar en el mundo pagano, todo parecia prometerle una perpetua duracion. Pero embriagada Menfis con su grandeza, se creyó omnipotente: con sus ídolos y vanas supersticiones irritó al Dios que habia hecho á José ministro de uno de los Faraones: ingrata esta capital persiguió y oprimió al pueblo de Israel, y era preciso que se cumpliera el anatema pronunciado contra ella por Ezequiel.

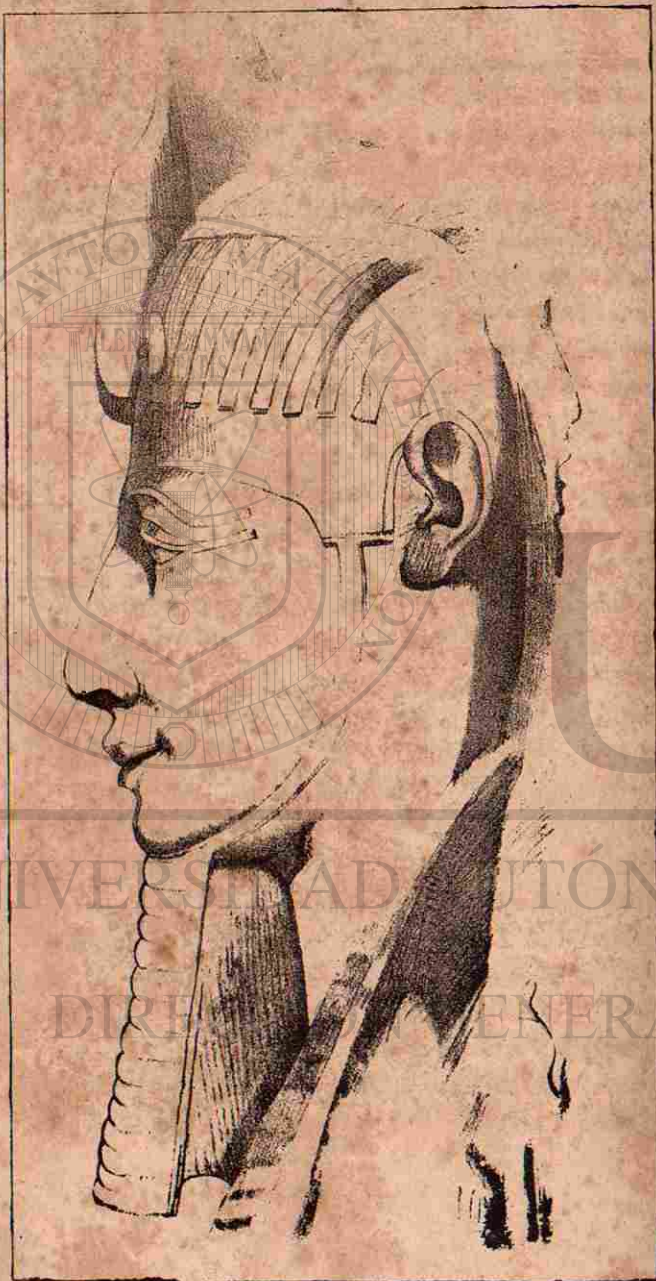
„Esto dice el Señor Dios: Caerán por tierra los que sostienen al Egipto, y quedará destruido su soberbio imperio: comenzando desde la torre de Syene, pasados serán á cuchillo los *egipcios*, dice el Señor Dios de los ejércitos.

„Esto dice el Señor Dios: yo destruiré los simulacros, y acabaré con los ídolos de Menfis, y no habrá mas rey propio en la tierra de Egipto, y enviaré el terror sobre ella.

„Y entregaré el Egipto á las llamas. Como la muger que está de parto, sentirá dolores Pelusio, y Alejandria será asolada, y Menfis estará en continua congoja.

„Y ejerceré mi juicio contra el Egipto; y conocerán que yo soy el Señor.”

Al presente y despues de muchos siglos, no queda de una ciudad tan grande, tan poderosa y tan honrada entre las naciones, mas que las ruinas que tenemos á la vista. Las mas considerables estan cerca del pueblo de Mit-Rahinelh: en ciertos lugares se hallan amontonadas, cubiertas de polvo, y recuerdan tanto mas tristemente la nada de las grandezas humanas, cuanto



Retrato de Sesóstris.

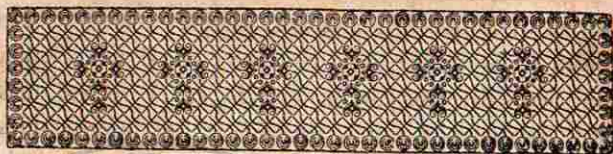
que se asemejan á los montones de tierra acumulada sobre la tumba de los muertos. Recorriéndolas nos detuvimos á ver algunos trozos de piedra, cuyo destino no pudimos adivinar: luego llegamos á una estatua colosal, que segun todos convienen, es de Sesóstris, de la que habla Herodoto. Esta estatua, de una sola pieza de granito rojo de quince varas, está cerca del sitio en que se levantaba el templo de Vulcano, uno de los edificios mas bellos de Egipto. La estatua está caída en tierra de cara; le falta una parte de las piernas que se le han quebrado, todo lo demas se conserva perfectamente y tan completo, que se creeria estar viendo una obra acabada de salir de la mano del escultor. Es notable la espresion de la cara por la nobleza y gracia de las facciones. En la ciudad donde reinó el mas ilustre de los conquistadores y cuyo nombre ha llenado el universo, aquella estatua es todo lo que recuerda su gloria, aquella gloria, que en el estravio del orgullo „el hombre tiene en hacer hablar mucho de sí, en invadir con las armas y la violencia muchas provincias, y en hacer muchos desgraciados,” como dice Rollin. Una estatua mutilada, una cabeza altanera y soberbia que manifiesta á los espectadores mas bien el talento del artista que la hizo, que las facciones y heroismo de su modelo, está cabeza inclinada mas ignominiosamente sobre la tierra, que las de los monarcas y príncipes vencidos, que aquel conquistador unció á su carro; ved aquí todo lo que el tiempo ha respetado del *Rey de los reyes*, y señor

de los señores, como él mismo mandó que se le llamara. Inclinado yo sobre este resto, me puse á considerarlo con ojos pensativos y en silencio. Aunque en el curso de mi vida, mezclada de estrañas vicisitudes, habia asistido á las mas estupendas escenas de un espectáculo en que la vanidad humana se elevó á tal altura que por algun tiempo se creyó el árbitro absoluto de los destinos del universo; aunque despues de haber esa vanidad, si no uncido, á lo ménos arrasrado á su carro pontífices y reyes, cayó á mi vista súbitamente y como una masa de plomo al abismo de la nada, jamas esta nada de las cosas del mundo me ha conmovido mas, ni he admirado mas profundamente los inefables caminos de la Providencia, que en presencia de este coloso que he visto volcado delante de los escombros de un templo que desapareció, y en el sitio mismo de una ciudad que, de todós los monumentos de su esplendor y magnificencia, no ha podido transmitirnos mas que algunas piedras por lo comun informes, y algunas cenizas.

Dentro de este recinto donde estaban los principales monumentos de Menfis, dice Champollion, hemos visto el gran coloso desenterrado por M. Caviglia. Deseaba yo vivamente examinar este monumento, del que habia oido hablar muchísimo, y confieso que fui sorprendido agradablemente al encontrar un magnifico trozo de la escultura egipcia. El coloso de cuyas piernas ha desaparecido una parte, no baja de 34 pies y medio de tamaño. Está caido de cara sobre

el suelo, lo que la ha conservado perfectamente. Me bastó su fisonomía para reconocer en él una estatua de Sesostris, porque en grande es el retrato mas fiel del bello Sesostris de Turin: las inscripciones del brazo, del pectoral y de la cintura confirmaron mis ideas, y así no cabe duda de que en Turin y en Menfis hay dos retratos del mas grande de los Faraones. Mandé diseñar esta cabeza con estremada exactitud, y copiar todas sus inscripciones. Esta estatua representa á Sesostris con el morrion listriado en la cabeza, y el penacho encima: tiene al cuello un collar de siete hilos que rematan en uno de perlas: sostienen dos cordones el rico pectoral, en cuyo centro hay una inscripcion en relieve que espresa el sobrenombre del rey protegido por el dios Vulcano y la diosa Pascht de cabeza de leon: une el cinturon un broche que tiene tambien grabados los nombres y sobrenombres del príncipe, y un grande puñal cuyo puño está adornado con dos cabezas de gavilan respaldadas, pasa por debajo del cinto en una direcciou muy inclinada; la hoja parece contenida en una vaina que imita un rollo ó hacecito de varillas y remata en un boton como de punto de lanza: tiene tambien unos brazaletes sencillos en los puños, y un papiro enrollado en la mano izquierda.





dos ó tres millas de Abouzabel está un cerro muy elevado que llaman los árabes *la montaña de los Judíos*. Mr. Hamont me llevó á este lugar, muy visitado de los viajeros: al paso que se acerca uno á ella, la montaña de los Judíos parece un grande monton de escombros: despues de pasar un canal que ahora está seco, subimos á ciertas alturas cubiertas de ladrillos y de tierras ennegrecidas con el sol, y es preciso recordar el modo de construir que tenian los antiguos egipcios, para saber que hubo allí una ciudad en otro tiempo, como me sucedió en Sais: entre las ruinas se ven algunas cavidades que podrian tener-

se por cámaras sepulcrales, y paredones que aun están enteros. Para recorrer este recinto abandonado, es preciso bajar alternativamente por barrancos y subir por terrenos escarpados, y por todas partes hay arena, ladrillos crudos, tiestos, todo mezclado, de manera que para formarse alguna idea de esta confusion es preciso figurarse una *forma de letra empastelada*, forma donde estuvieran expresados los pensamientos mas nobles, y que despues solo ofrece un monton informe de letras de polmo, mezcladas en desórden sin quedar en pié una frase ó palabra: este es el único modo con que puedo pintar á esta antigua ciudad.

Esta parte del Egipto fué en otro tiempo *el pais de Gessen*; aquí se debe buscar la posicion que llamaron los romanos *Campamento de los judíos*, en este lugar vecino al desierto colocó la geografia sagrada el lugar que la Escritura llama *Onion*, en el cual el pontífice Onias hizo edificar un templo, rival del de Jerusalem: allí tambien habian ántes construido los israelitas dos ciudades en tiempo de su esclavitud, llamadas Ramessés, y Phithom, y no es inverosímil que la *montaña de los Judíos* ocupe el lugar de una de estas ciudades; allí se han descubierto vasos y estatuas de bronce, y ya se sabe que los judíos eran diestros en trabajar los metales.

Despues de visitar las ruinas de la antigua ciudad, recorrimos un recinto que bien pudo ser un cementerio; pero nada dicen las piedras ni pudimos confirmar estas conjeturas. Desde la cumbre de la monta-

ña de los judíos se derramaban nuestras miradas por todos lados sobre un inmenso horizonte: al Oriente se ve el barrio de Tantah, al Mediodía el monte Mokatan y el obelisco de Heliópolis, al Poniente las pirámides de Gisé. El aspecto de las pirámides por donde quiera que se vean, produce en el espíritu del viajero una viva impresión; pero esta es mas profunda cuando se perciben estas masas eternas desde algunas grandes ruinas, y cuando se tiene bajo los pies la tumba de una ciudad.

Recorriendo con la vista el pais en que estoy, confieso que á veces me olvido de Menfis y de Tebas, y que me ocupo mas gustoso de los recuerdos bíblicos. Siento que los viajeros modernos que han descrito con tanta exactitud otros lugares de Egipto, se hayan descuidado tanto de la tierra de Gessen: siento que no se haya formado un mapa circunstanciado de esta, y así reconocer todos los lugares que habitaron los hijos de Jacob, de cuya manera podriamos seguir al pueblo de Dios en su salida de Egipto en medio de una larga serie de milagros, y recordar aquella sublime epopeya que comenzó en la ribera oriental del Nilo, y terminó en la orilla del Jordan. Cuando en el último Julio volvía yo á leer la Iliada en los campos donde estuvo Troya, me parecía poético cuanto me rodeaba, y caminaba de maravilla en maravilla; pero leyendo el Exodo en el pais de Gessen, otros son los prodigios que vienen á la memoria. ¡Qué espectáculo aquel en que pasan delante de los ojos las pla-

gas de Egipto, desde la conversion de las aguas en sangre, desde la calamidad de los moscardones y las ranas, desde la granizada, la sequedad y la peste, hasta la desolacion de aquellas noches llenas de terribles fantasmas, y de tinieblas tan espesas que se podian tocar con las manos, hasta la esterminacion de los primogénitos en todas las familias egipcias, desde la del rey hasta la del esclavo molinero. Aquí no es como en la Iliada, el Simois, quien lleva rodando los morriones y los cuerpos de los héroes, no es el Escamandro el que hincha sus aguas, sale de madre, y arranca de cuajo los árboles para contener al ardiente hijo de Tetis; es el mar el que abre sus abismos, y que se levanta en dos muros para que pase Israel. El Señor, añade la Escritura, miró al ejército de Faraon, y este ejército cayó al fondo del mar, como una piedras ó como una masa de plomo. Homero á veces nos pinta á los dioses del Olimpo, mezclados con los griegos y troyanos en los combates; pero todos estos dioses tendrán la magestad de Jehovah que metido en una nube luminosa marcha delante de los batallones de Jacob? ¿Quién podrá comparar al poderoso Júpiter tronando sobre el monte Gargaro, y á este padre de los dioses teniendo en la mano sus balanzas de oro, con el Dios de los ejércitos cuyo pedestal es el firmamento, y á quien los israelitas no se atraven á mirar á la cara de miedo de morir? Me admiro que ningun poeta haya tomado por asunto de sus cantos al pueblo de israel al salir del pais de Gessen. ¡Cuánta poe-

sía hay en la vida de esta nacion escogida de Dios, á quien defendió y protegió en medio de los peligros, como el águila protege con las alas á sus polluelos! ¡Qué escenas tan animadas, en las desgracias, los combates, las pasiones de aquel pueblo de corazon tenaz; que muchas veces echó en cara á su conductor el haberlo llevado al desierto, y que muchas veces tambien mezcló á sus cantos sagrados, murmuraciones contra Dios!

¡Cuánto ha excedido en grandeza el conductor de los hebreos á los héroes celebrados en la epopeya profana! De infante, un milagro lo salvó de las aguas, y prodigios numerosos anunciaron su mision: vió á Jehovah en las nubes del Sinai, y le habló como un hombre le habla á otro hombre: él no está armado de un broquel divino como el invencible Aquiles y el piadoso Eneas; su carro no vuela sobre el polvo, no lleva en la frente ni morrion de bronce ni brillante penacho; pero la magestad del Todopoderoso echa rayos de su frente, su vara manda á los elementos, y en sus manos están las tablas de la ley. ¿Qué cosa hay que mas pudiera animar la inspiracion de los poetas? Y el que hubiera cantado todos estos prodigios, ¿no podría decir como Moises en su último cántico? *Escuchad mi voz, pueblos de la tierra.*

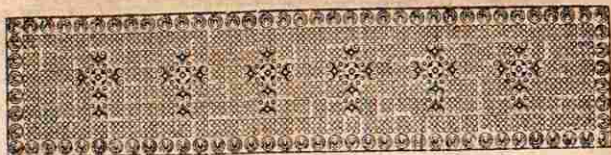
Si yo tuviera tiempo y fuerzas para ello, seguiria el camino de los hebreos hácia el mar Rojo, lo seguiria en todas las soledades que nombra la Escritura, y que son hoy lo que eran entónces: buscaria en el límite del desierto el lugar llamado *Socóth* donde fueron á acampar

el primer día de su partida, y adelantándome con ellos bácia el golfo de Suez, reconoceria su segunda mansion que el Exodo llama *Phihahiroth* y que hoy conserva casi el mismo nombre. Mas allá del golfo visitaria el desierto de *Sin* donde las codornices viageras llegan todavia en la estacion de su tránsito, y se dejan coger con la mano como en tiempo de los hebreos (*): recorreria la soledad de *Sin*, donde el maná semejante á los granos de cilantro comenzó á caer alrededor de las tiendas de Israel: acompañaria á los hijos de Jacob á la fuente milagrosa de Horeb, á los pozos de Mara de aguas amargas, y me detendria en el desierto de Elim en el lugar *de las doce fuentes y de las setenta palmas*. Prolongaria mi viaje hasta las ardientes arenas de *Caleb* y de *Pharán*, donde los viageros modernos han hallado una espantosa multitud de serpientes y escorpiones que suscitó Jehovah contra su pueblo ingrato. Pero no me es dado hacer tan larga peregrinacion, ni veré la tierra de Canaan como Moises desde la cumbre del monte Nebo: por eso sentado sobre las ruinas que cubren á la *montaña de los judios*, y no teniendo delante otra perspectiva que la de un desierto sin nombre, me veo precisado á buscar en los libros las verdades de la historia y de la geografia, y leo alternativamente el Exodo, el libro de los Números, y los antiguos historiadores profanos.

(*) El milagro, dice Calmet, consistió principalmente en que Dios hizo soplar un viento que llevó al campamento las codornices, y esto al tiempo preciso que había señalado de antemano el Señor.

Las ruinas que han atraído á los viajeros hace ya tres mil años, y aun á los del presente siglo, al sitio de Tebas, ocupan un espacio de dos ó tres leguas á lo largo del Nilo por cada orilla, y por no haber vestigio alguno que indique la existencia pasada de puentes, se refiere que no hubo ninguno, y la razón probable es, que la forma del arco era entonces desconocida. Cual sería la gloria de aquella ciudad no es posible averiguar, perteneciendo á un periodo anterior á la historia auténtica, lo que espresó enfáticamente el viajero Mr. Pocock diciendo, que „la fecha de la destrucción de Tebas es mas antigua que la de la fundación de otras ciudades.”

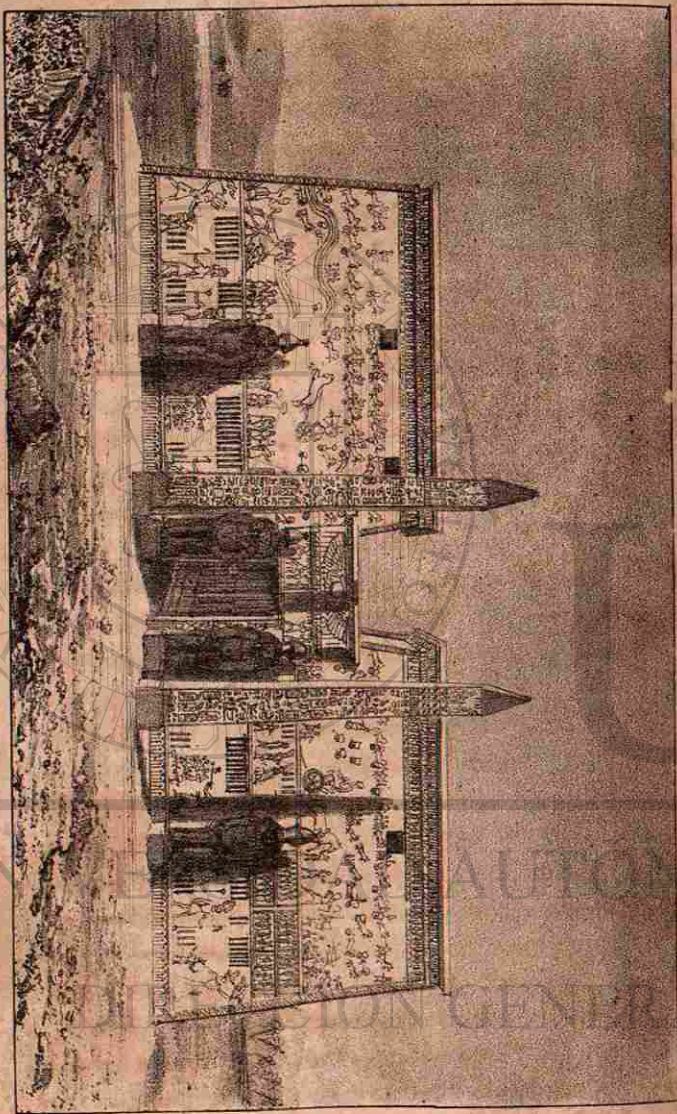
El sitio de Tebas no presenta ahora mas que unos lugarcillos separados, compuestos de miserables cabañas en los magníficos patios de los templos y palacios arruinados. Sin embargo, aquellas antiquísimas estructuras se conservan hasta hoy en bastante preservación para excitar la admiración de los viajeros, „sintiéndose uno,” como dice el citado escritor, „con los pies inmovibles, como si estuvieran remachados al suelo, sin saber adonde dirigirse ó adonde fijar la atención.” Casi toda la extensión de las tres leguas está cubierta de portales magníficos, ricamente decorados con obeliscos, bosques de columnas, y calles de estatuas colosales. Estas ruinas portentosas han sido divididas por los viajeros en grupos, dando á cada uno el nombre del lugarcillo mas inmediato, y por este plan es mas fácil describirlas sin confusión.



TEBAS, la capital del territorio de Beocia, en la antigua Grecia, fue una ciudad famosa y celebrada entre los Helenos, pero aun en su mayor esplendor no podía compararse con la otra Tebas, capital de la Tebaida en el Egipto Superior, cuyas ruinas solas eclipsaban el nombre de la otra. La Tebas Egipcia estaba situada en ambas orillas del Nilo, á distancia de 90 leguas del Cairo, y desde la mas remota antigüedad ha sido el tema de los elogios, y el asunto de admiración de los poetas, historiadores y viajeros. Su grandeza le adquirió el nombre de „la ciudad de cien puertas,” como el mas espresivo de su suntuosidad.

Ruinas de Luxor.--La villa de Luxor es el pueblo mas principal, la capital del partido, la residencia del *Cachef* ó corregidor, y el cuartel de la guarnicion Turca, ahora de la tropa de Pachá. Las casas de Luxor están edificadas con adobes, las paredes terminan en almenas, y las vigas de los techos proyectan mucho hácia fuera, para la habitacion de las palomas de que está cubierto el pueblo, porque sin pertenecer á ninguno son cuidadas por todos. Tan favorecidos son estos animales, que algunos viajeros imprudentes que han matado alguno, han hallado dificultad de escapar con la vida, mas sin una fuerte paliza. Pero muy pocas son las casas que merecen el nombre, porque en general son chozas de barro, y de apariencia tan miserable, que desgraciarian las Pampas de Buenos-Ayres en la frontera de Indios, ó los Llanos de Venezuela junto al Orinoco. ¡Qué contraste! Entre aquellas zahurdas de los Coptos y Arabes, existen las mas estupendas columnatas, templos del mas grandioso estilo de arquitectura, y los mas hermosos obeliscos del mundo, formados de granito color rosado, que se elevan á la altura de cien piés.

Las ruinas mas grandes de Luxor presentan á la vista el esqueleto de un inmenso edificio, erigido sobre una elevacion artificial de tres varas, y rodeada por una muralla de ladrillo. Su forma es oblongada, como trescientas varas de largo y setenta y cinco de ancho, á la orilla del Nilo. La entrada principal está en la estremidad del norte, y se compone de dos



BIBLIOTECA
UNIVERSIDAD
Palacio de Luxor.

inmensos vestíbulos,, á la altura de sesenta y dos piés del suelo actual, y estendiéndose doscientos veinte y ocho piés de frente, cuyo grosor en la basa es de once varas. Inmediato al frente del frontispicio hay dos estatuas colosales una al lado de la otra, y mirando exactamente á los dos vacios que servian de puertas; son casi de un mismo tamaño, y por la diferencia de trages se supone representan á un hombre y una muger. Aunque enterradas las figuras hasta mas de la cintura (es mas probable que estén sentadas), tienen ocho varas de alto desde el suelo al tope de la cabeza. En frente de estas estatuas están los dos famosos obeliscos, señalando al cielo con sus puntas, y tan intactos como si acabasen de salir de las manos del atrevido escultor. Las figuras y geroglíficos que los adornan están hermosamente grabados en el duro granito, con tanta limpieza de corte como si acabaran de hacerse. Uno de estos obeliscos fué traído á Francia en 1833, como presente del Pachá Mehemet Ali; este tiene noventa y cuatro piés castellanos de alto; el otro tiene tres piés mas, y se dice que el Pachá lo ha ofrecido al rey de Inglaterra. Ambos son *monolitas*, esto es, formados de una sola pieza. El traído á Francia pesa doscientas cuarenta toneladas.

Entrando por entre los dos vestíbulos se halla el viagero en un patio, de doscientos cincuenta y cinco piés de largo y ciento noventa de ancho, con dos hileras de columnas medio destruidas todo alrededor, y en medio hay varias chozas de árabes. En el otro ex-

tremo hay otros dos vestíbulos menores que los primeros, y mas allá está la gran columnata de ciento cuarenta y cuatro piés de largo, formada por dos hileras de siete columnas, de cuatro varas de diámetro en la base y treinta y ocho piés de alto: Entrando por este vestibulo se encuentra otro patio, de ciento setenta y cinco piés de largo y ciento sesenta y cinco de ancho; con dos hileras de columnas á los dos lados, y terminando en un pórtico cubierto y compuesto de treinta y dos columnas en cuatro filas paralelas. Mas allá de este pórtico hay muchos cuartos pequeños, estendiéndose hácia el lado meridional del edificio, entre los que hay algunos que estaban apropiados á ceremonias religiosas.

Pero la parte mas celebrada de este estupendo edificio consiste en las esculturas que cubren el ala oriental del frontispicio del norte. Contienen en grande escala la representacion de una victoria, ganada por alguno de los antiguos reyes de Egipto, sobre alguna nacion asiática. El número de figuras humanas allí introducidas llegan á mil quinientas, de las cuales hay quinientas á pié y mil en carros. Entre todas se distingue el conquistador, no solo por su posicion y por ser colosal mas por llevar detras de sí el estandarte real. Todas las figuras están muy animadas, particularmente los caballos del carro imperial. El momento escogido para la representacion, es el principio de la derrota general del enemigo, teniendo los artistas

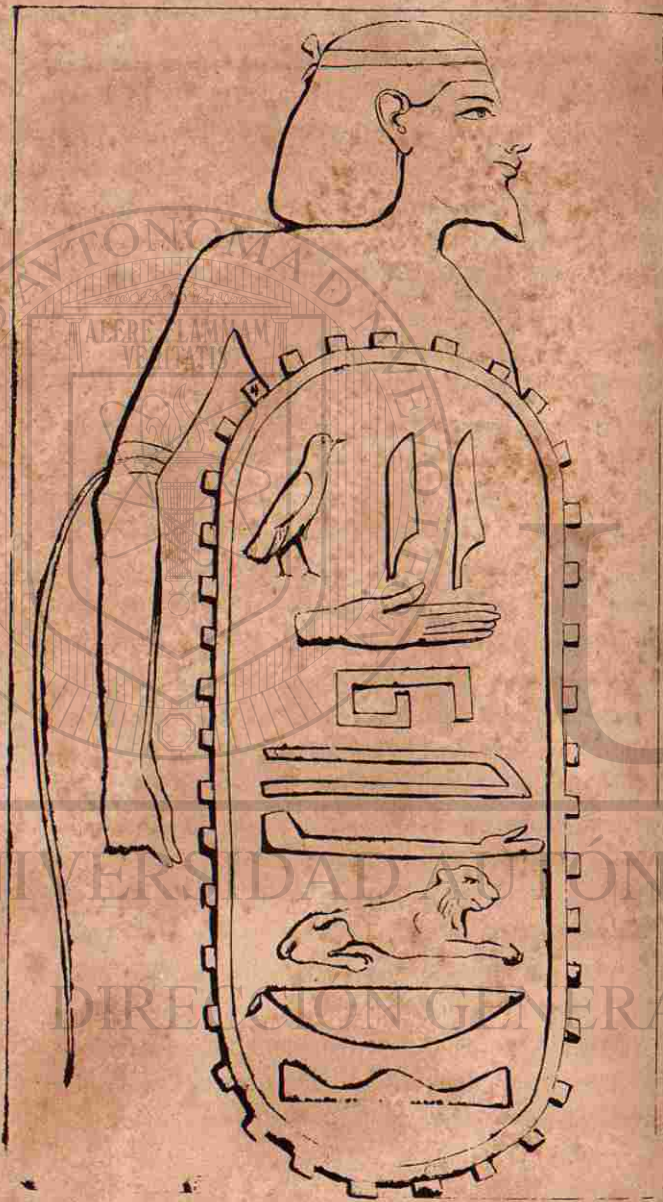
oportunidad de mostrar los estragos de una batalla, como lo hicieron con gran habilidad.

Dejé, dice Champollion, la ribera izquierda del Nilo para visitar la parte oriental de Tebas. Vi desde luego á Luxor, palacio inmenso, precedido de dos obeliscos de cerca de ochenta piés, de un solo trozo de granito rosado, de un trabajo exquisito, acompañados de cuatro colosos de la misma materia, de treinta piés de altura, y están enterrados hasta el pecho. Esta parte del palacio pertenece á Ramses el Grande. Las otras partes del palacio son de los reyes Mandouci, Horo y Memnon, y ademas hay reparaciones de Sabacon el etiope, y de algunos Ptolomeos. Me fuí, en fin, al palacio, ó mas bien á la ciudad de los monumentos, á *Karnac*. Allí se me presentó toda la magnificencia faraónica, todo lo que los hombres han imaginado y ejecutado mas grandioso. Cuanto habia visto yo en Tebas, cuanto habia admirado con entusiasmo en la ribera izquierda, me pareció miserable en comparacion de las concepciones gigantescas de que estaba yo rodeado. Buen cuidado tendré de no describir nada, porque ó mis expresiones no equivaldrán en nada á lo que debo decir, al hablar de estos objetos, ó bien si formara de ellos un dibujo aun débil y descolorido, se me tendria por un entusiasta, y tal vez por un loco. Bastará decir que ningun pueblo antiguo ni moderno ha concebido á la arquitectura en una escala tan sublime, tan ancha y tan grandiosa como lo hicieron los antiguos egipcios: pensa-

ban como hombres de treinta varas de alto, y nuestra imaginacion que en Europa vuela por encima de de nuestros pórticos, se detiene y cae impotente á los piés de las ciento cuarenta columnas de la sala hypostila de Karnac.

En este palacio maravilloso contemplé los retratos de la mayor parte de los antiguos Faraones conocidos por sus grandes acciones, y estos retratos son verdaderos; están representados mil veces en los bajos relieves de las paredes interiores y exteriores, y conserva cada cual una fisonomía propia que no tiene relacion con la de sus predecesores y sucesores: en cuadros colosales de una estatura verdaderamente grande, muy heroica y mas perfecta de lo que puede creerse en Europa, se ve allí á Mandouci combatiendo contra los pueblos enemigos de Egipto, y entrando triunfante en su patria: mas allá, las campañas de Sesóstris: de otro lado está *Sesonchis* arrastrando á los piés de la Triada tebana (Ammon, Mout, y Kenons) á los gefes de mas de treinta naciones reunidas, entre las cuales han hallado como debia ser, y con todas sus letras, *Joudahamalek*, esto es, *el reino de los judtos*, ó de *Judá*. Este es un comentario digno de añadirse al capítulo 14 del libro tercero de los Reyes, que cuenta en efecto la llegada de *Sesonchis* á Jerusalem, y su victoria; y así la identidad que hemos establecido en otra parte entre el *Sesonchis* de Manethon, y el Sesac de la Biblia está confirmada de la manera mas satisfactoria.

Segun la Biblia, Sesac atacó y tomó á Jerusalem el



año quinto del reinado de Roboan, y esta es la victoria que recuerda el bajo relieve de Karnac, y que se representa en la lámina. Está personificado el reino de Judá, y sin duda con aquella fidelidad que usaban los egipcios para representar á los pueblos vencidos. Quizas Roboan hijo de Salomon sirvió de original.

Los viajeros han dado el nombre de colosos sentados á dos estatuas por su actitud; pero los naturales las nombran con las apelaciones familiares de *Shamy* y *Tamy*. Se ha supuesto, y no sin razon, que fueron puestas allí originalmente haciendo frente á la entrada de algun templo ú otro edificio enorme que ha desaparecido totalmente. Su situacion, cualquiera que haya sido su objeto, es en la parte occidental de Tebas como á media distancia entre el desierto y el rio. Los que desembarcan en aquella orilla y se dirigen á visitar el sepulcro de Osymandyas, ó el Memnonium, no pueden dejar de encontrar á estos colosos en su camino. Su altura es de cincuenta y un piés castellanos sin el pedestal, el cual tiene diez y siete piés, pero este está enterrado dos ó tres varas, por lo que se puede suponer que tendrán de sesenta y siete á setenta piés de alto.

Las dimensiones de miembros y partes siguientes darán mejor idea de estas colosales esculturas: desde la coronilla de la cabeza hasta el hombro, once piés y ocho pulgadas; de hombro á hombro veinte y medio piés; desde el tope del hombro hasta el codo, diez y ocho piés; desde el codo hasta la punta de los da-

dos diez y nueve piés ocho pulgadas: longitud del dedo pequeño, cuatro piés y once pulgadas; desde la rodilla hasta la planta del pié, veintiun piés y nueve pulgadas. Ambas estatuas son de Amunoph III, el que ascendió al trono 1430 años ántes de Jesucristo y fueron erigidas por él, y por consiguiente hace ya tres mil doscientos sesenta y seis años que fueron formadas. Este es el monarca egipcio á quien los escritores griegos llaman Memnon: En el museo de Lóndres hay una enorme cabeza de granito traída de Egipto, llamada comunmente el Memnon Chico, pero está averiguado que es parte de una estatua de Ramses el Grande. En el mismo museo hay otra estatua de piedra negra, poco mas de tres varas de alto, exactamente en la misma postura que las colosales, siendo su representacion en miniatura.

El monumento ó palacio de Osymandyas--Estrabon aplica el nombre *Memnonium* á una parte de Tebas en la orilla occidental del Nilo, pero los viajeros modernos han dado este nombre á una masa de ruinas que se supone son del palacio ó monumento de Osymandyas, descrito prolijamente por Diódoro. Las dimensiones del edificio son quinientos ochenta y tres piés de largo y doscientos veinte de ancho, y se ha hecho famoso por las estupendas estatuas colosales halladas en el interior. Entre ellas habia una en postura sentada, que era la mayor de todo Egipto, como se podrá juzgar por alguna de sus dimensiones: medida alrededor de los hombros tiene sesenta y nueve

piés; longitud del pié por la parte de arriba, siete piés cinco pulgadas; longitud de uña del segundo dedo, trece pulgadas; longitud del dedo gordo del pié desde la insercion de la uña, cinco piés y dos pulgadas. Esta enorme estatua de granito rosado fué hecha pedazos por los árabes en el siglo catorce ó quince, conservándose allí los fragmentos. Los que conocen la dureza del granito, no admiran ménos los esfuerzos que debe haber costado el destruirla, que los hechos para erigirla, y el atrevido genio del escultor. Diódoro que tomó las dimensiones de este coloso, declara que era el mayor de todos en Egipto, y refiere que al pié de la estatua estaba escrito: „Yo soy Osymandyas, rey de reyes, si quereis saber cuán grande soy, haced obras mayores que las mias.” Quien era ese Osymandyas, nadie lo ha comunicado á la posteridad, pero no hay duda que fué un monarca poderoso para perpetuar su nombre con tales monumentos.

En el mismo palacio, y junto á la estatua deshecha que acabamos de mencionar, habia otra estatua colosal de singular perfeccion. Los franceses durante su famosa expedicion de Egipto, separaron la cabeza con un barreno de pólvora, para traerla á Europa; mas por una causa ú otra la dejaron. El viajero Belzoni la trajo despues á Lóndres y fué depositada en el museo. Se pretende que la estatua representaba á Memnon; pero no se sabe cuál era aquel Memnon, habiendo úno hijo de Titon y de Aurora, segun la fábula; otro un rey de los asirios; y otro un rey de Abysinia. La cabeza es-

tá bien conservada, y con mucha expresion en la boca, cuyos labios en corte y grosor son como los de los abysinios.

Ruinas de Karnac.—A distancia de medio cuarto de legua del Nilo está el lugarillo el Karnac, donde se hallan las ruinas mas grandiosas de Tebas, aunque no en tanta preservacion como las de Luxor. Las ruinas del Templo de Karnac son las mas maravillosas sobre la tierra; no habiendo viágero que no confiese haber quedado absorto en admiracion al ver aquel testimonio mudo y desplomado, pero expresivo, de la magnificencia y poder de los antiguos monarcas de Egipto.

Esta famosa estructura tiene doce entradas principales, compuestas de magníficos vestíbulos, y puertas colosales; uno de los vestíbulos está fabricado todo de granito, adornado con geroglíficos prolijamente trabajados, con estatuas colosales á los lados, unas sentadas y otras en pié, de doce á ocho varas de alto; con esfinges y gran variedad de figuras en toda direccion. El frente principal está al Oeste mirando al Nilo, á cuya orilla se iba por una calle de esfinges y otras figuras. El vestíbulo por esta parte tiene 396 piés de largo y 165 de alto, y la altura de la puerta principal llega á 70 piés. ¡Qué dimensiones tan portentosas! Esta entrada conduce á un patio de 362 piés de largo y 302 de ancho, con una hilera de 30 columnas á cada lado; y por el medio, todo á lo largo, hay otras dos hileras de columnas de cincuenta y cinco piés de alto. Caminando por esta gran galería de en medio, se llega á una puer-

ta gigantesca con dos estatuas colosales enfrente. Entonces se sube por 27 gradas, y luego se entra en el gran salon hipostilo en el que 140 columnas soportan el techo ó azotea de losas enormes de piedra.

Este es el salon hipostilo (*) que desde tiempo remoto ha excitado la mas entusiasta admiracion de los viágeros: tiene 361 piés de frente, y 187 de fondo, con nueve hileras de columnas. Las dos hileras de en medio se componen de doce inmensos pilares cada uno, 72 piés de alto, sin incluir el pedestal ni el abaco, y 13 piés en diámetro. Las columnas de las otras hileras, aunque comparativamente chicas, tienen 45 piés de alto y 9 en diámetro. No causa menos admiracion el ver los cantos de piedra macizos que descansan sobre cada dos columnas para formar el techo. Siendo el destino y servicio de los grandes palacios y templos correspondientes á su grandeza, no podemos dejar de admirarnos, al imaginar la suntuosidad de las fiestas allí celebradas, la pompa de los dias de gala en la corte de los antiguos faraones. Es probable que esta seria la sala de audiencia, adonde los reyes feudatarios venian á presentar sus tributos.

Mas allá de este salon hay otro patio menor, al que se entra por su apropiado vestíbulo, y en el que hay dos hermosos obeliscos de 100 piés de alto, y 8 piés y medio de ángulo en la basa; el uno se mantiene erigido, pero el otro está en el suelo y quebrado. En el fondo de este

(*) Un salon *hypostylo*, es una gran pieza cuyo techo está sostenido por hileras de columnas.

patio hay varias cámaras, apropiadas quizás al santuario, y habitaciones de los sacerdotes; la principal tiene 22 piés de largo, 18 de ancho y 14 y medio de alto. El techo está formado de solo tres losas de granito, pintadas de azul, y tachonado con estrellas doradas. Este es sin duda el mayor edificio que jamas se erigió sobre la tierra.

La grande antigüedad del templo de Karnac está fuera de duda, hallándose grabado en la muralla principal el nombre de Osirtesen I, que ascendió al trono 1740 años antes de la era cristiana, y reinaba en Tebas cuando el patriarca José fué llevado á Egipto, como se menciona en la Biblia, mucho antes de trasladarse el gobierno á Ménfis.

Esculturas en Karnac.--En el exterior de las paredes del gran salon hay varias esculturas en relieve, al estilo de las de Luxor, representando una gran victoria de Osirei I, y su vuelta triunfante á Tebas. En otra parte están representadas las conquistas de Rameses II, el Grande, conocido entre los griegos por el nombre de Sesóstris.

Sepulcros de los Faraones.--Aun existen gran número de sepulturas reales en Egipto: los de los reyes de las XVIII.^a, XIX.^a y XX.^a dinastías originarias de Tebas se pueden ver en el valle de Biban-el-Molouk que depende de esta antigua capital. Copiaremos aquí la descripción de estas tumbas vistas por Champollion el menor en el mes de mayo de 1829.

--El valle de Biban-el-Molouk, antiguamente *Biban-Ourou*, *hypogeos de los reyes* era el panteon real;

y en efecto, el lugar mas propio [para tan triste objeto era un valle árido, cerrado por altas rocas perpendiculares y montañas, cuya superficie irregular estaba cruzada por largas hendiduras ocasionadas ya por el calor solar ó por derrumbamientos internos, y cuyas faldas cubrian grandes fajas negras como si hubiesen sido quemadas; ningun animal habita este valle de la muerte si esceptuamos las moscas, las zorras, los lobos y las hienas, que atraen los cuerpos de las sepulturas y el olor de nuestras cocinas.

Penetrando en la parte mas retirada del valle por una abra estrecha evidentemente hecha á mano y que muestra aun algunos restos de esculturas egipcias, se distinguen al pié de las montañas ó sobre sus rampas porcion de puertas cuadradas, condenadas la mayor parte, á las que es preciso acercarse para percibir bien las decoraciones; estas puertas, que todas se asemejan dan entrada á las *tumbas de los reyes*. Cada una de ellas tenia la suya, y antes ninguna comunicaba con la otra, siendo los desenterradores de tesoros modernos y antiguos los que han abierto algunas comunicaciones.

Cuando llegué á Biban-el-Melouk me apresuré por afirmarme si estas tumbas, que eran diez y seis (hablo de las que conservan las esculturas y los nombres de los reyes para quien fueron hechas), serian como habia deducido ya por varias consideraciones las de los reyes de la dinastía *tebana*, es decir, cuya familia era originaria de Tebas. El rápido exámen que entónces hice de estas excavaciones, antes de llegar á la segunda

catarata, que hice allí y á la mansion de algunos meses á mi regreso, me han convencido plenamente que estos *hypogeos* han encerrado los cuerpos de los reyes de la XVIII.^a, XIX.^a y XX.^a dinastías, que son efectivamente las tres llamadas *diospolitas ó tebanas*.

Ni en la eleccion del lugar, ni en la colocacion de las tumbas se ha seguido orden alguno; cada cual ha hecho cavar donde creyó mas fácilmente poder abrirla segun el tamaño de la excavacion proyectada. Imposible es dejar de sorprenderse cuando despues de traspasar una sencilla puerta se entra en tan grandes galerías, llenas de esculturas cuidadosamente conservadas y en gran parte aun con el brillo de los mas vivos colores, que conducen á los salones sostenidos por pilares aun mas ricos de ornamentos, hasta llegar á la sala principal que los egipcios denominaban la *sala dorada*, mayor que todas las demas, y en medio de la cual reposa la mómia del rey sobre un enorme sarcófago de granito. Solo el verlas puede dar una idea exacta de la extension de estas escavaciones y del inmenso trabajo que habrán costado para labrarlas á fuerza de pico y cincel. Los valles están casi todos interrumpidos por colinas, formadas por lo que se ha extraido en estas inmensas excavaciones del seno de la montaña. Apenas me han bastado algunos meses para redactar una noticia algo detallada de los numerosos bajos relieves que encierran estas tumbas, y copiar las inscripciones mas interesantes; sin embargo, daré una idea general de estos monumentos con la descripcion rápida y sucinta del que per-

tenece al faraon *Rhamses*, hijo y sucesor de Meiamoun, pues que el ornamento de las tumbas era sistemático, y lo que se halla en una se encuentra en casi todas las demas con algunas escepciones, como advertiré en adelante.

El friso de la puerta de entrada está adornado con un bajo relieve, que es igual al de todas las demas tumbas reales, que viene á ser como si dijéramos el *prefacio* ó mas bien el *resúmen* de todo el ornamento de las tumbas faraónicas. Se compone de un disco amarillo, en cuyo centro está el sol figurado con cabeza de carnero, es decir, el sol poniéndose, adorado por el rey que está de rodillas; á la derecha del disco, que significa el Oriente, está la diosa Nephthys, y á la izquierda, esto es, Occidente, la diosa Isis que ocupan los dos extremos del curso del dios Sol en el hemisferio superior; al lado del sol, en el disco está grabado un gran escarabajo que representa aquí, como en los demas lugares donde se le halla, el símbolo de la regeneracion ó renacimiento sucesivos, y el rey está arrodillado sobre la montaña celeste, en la que que se apoyan tambien los pies de las diosas.

El sentido general de este emblema se refiere al rey difunto; durante su vida, semejante al sol en su curso de Oriente á Occidente, debia ser el rey, el vivificador, la antorcha de Egipto, y el germen de todos los bienes físicos y morales necesarios á sus habitantes; muerto fué naturalmente comparado al sol, poniéndose y descendiendo al tenebroso hemisferio inferior, que debe

recorrer para renacer de nuevo al Oriente y esparcir la luz y la vida en el mundo superior (que es el que habitamos), del mismo modo que debía renacer el rey difunto, ya para continuar sus transmigraciones, ya para habitar el mundo celeste y ser absorbido en el seno de Amon, el padre del universo.

En el cuadro que hemos descrito, hay, como en todos, una leyenda cuya traduccion literal insertamos, puesta por *Osiris*, señor del amenti (region Occidental habitada por los muertos), que dice así: „Te he concedido una mansion en la montaña sagrada de Occidente como á los demas dioses grandes, (los reyes sus predecesores). A tí, *Osiris*, rey y señor del mundo, *Rhamses* etc., vivo aun.“ Esta última expresion probaria, si fuera necesario, que las tumbas de los faraones, obras inmensas y que exigian un trabajo de larga duracion, eran comenzadas *en vida de ellos*, y que uno de los primeros cuidados de los reyes egipcios era, conforme al espíritu conocido de esta nacion singular, el ocuparse incesantemente de la formacion del monumento sepulcral que debía ser su último asilo.”

Lo que hemos dicho se demuestra aun mejor en el primer bajo relieve que se halla siempre á la izquierda de la entrada de todas estas tumbas, que evidentemente tenia por objeto el consolar al rey vivo, del negro augurio de la escavacion de su tumba, en el instante mismo que estaba lleno de vida y salud. El cuadro representa al Faraon con vestido real que se presenta al dios *Phre* con cabeza de Gavilan, que es decir, al sol

en todo su brillo al mediodia, el cual dirige á su representante sobre la tierra, estas palabras consoladoras: „Nosotros te concedemos larga serie de años para reinar en el mundo y ejercer las atribuciones reales de *Horus* sobre la tierra.“--En el techo de este primer pasadizo del sepulcro se leen tambien las grandes promesas hechas al rey en esta vida, y el pormenor de los privilegios que le esperan en el cielo; parece pues que se hayan puesto aquí estas inscripciones como para hacer ménos fatigosa la grande inclinacion que tienen estos pasadizos hasta llegar á la sala del sarcófago.

En seguida de este cuadro, que es como si dijéramos, una especie de preámbulo oratorio sumamente delicado por el cual se entra en cuestion, hay otro simbólico en que se ve el disco del sol *eriacéfalo*, salido del Oriente, y corriendo hácia la frontera de Occidente que está representada por un cocodrilo, emblema de las tinieblas, en las que el dios Sol y el rey van á entrar cada cual de un modo distinto.

Una sala pequeña que se sigue comunmente á este primer pasadizo encierra las imágenes esculpidas y pintadas de los setenta y cinco *paredros* ó zonas del sol, precedidos de un inmenso cuadro en el que se representan las setenta y cinco zonas y sus habitantes, de que mas adelante hablaremos.

A estos cuadros generales ó de conjunto siguen los pormenores; las paredes de los pasadizos y salas que se pasan (casi siempre las del lado oriental) están cubiertas de una infinidad de cuadros que representan el curso

del sol en el hemisferio superior, imágen del rey durante su vida, y sobre las paredes opuestas el del hemisferio inferior, imágen del rey despues de su muerte. Otras salas siguen á este pasadizo adornadas igualmente de pinturas y esculturas; la que precede á la del sarcófago, generalmente consagrada á los cuatro genios del *Amenti*, ó *infierno*, contiene en las mejores tumbas el acto de la comparecencia del rey ante el tribunal de los cuarenta y dos jueces divinos que deben decidir de la suerte de su alma, del cual no era mas que una fugaz imágen el que en la tierra les rehusaba ó concedia el honor de la sepultura. Toda una pared de esta sala en la tumba de Rhamses V muestra los retratos de estos cuarenta y dos asesores de Osiris, y las justificaciones que el rey se ve precisado á presentar ó hacer presentar en su nombre á sus severos jueces, los que parecen encargados cada cual de indagar el descubrimiento de un pecado distinto y de castigarlo en el alma sometida á su jurisdiccion. Este gran testo dividido por consiguiente en cuarenta y dos columnas ó versiculos no es mas, propiamente hablando, que una *confesion negativa*, como se podrá juzgar por los ejemplos siguientes.

¡Oh Dios! (el que sea) El rey, sol moderador de justicia, aprobado por Amon, no ha cometido maldades, no ha blasfemado, no se ha embriagado, no ha sido perezoso, no ha quitado los bienes destinados á los dioses, no ha dicho mentiras, no ha sido libertino, no ha manchado su conciencia con impurezas, no ha sa-

currido la cabeza al oír las verdades, no ha alargado inútilmente sus discursos, ni ha tenido que devorar su corazon, es decir, arrepentirse de alguna accion mala.

La gran sala de la tumba de Rhamses V que encierra el sarcófago, que es la última de todas, sobrepuja á las demas en extension y magnificencia. El techo forma bóveda y está bellamente cincelado, conservando aun las pinturas tan frescas y vivas, que es menester estar ya acostumbrado á ver los milagros de la conservacion de los monumentos egipcios, para persuadirse que unas débiles tintas han podido resistir al curso de treinta siglos. Las paredes de esta vasta sala están cubiertas, desde su base hasta el techo, de cuadros esculpidos y pintados como en las demas, y llenas de infinidad de geroglíficos que son las leyendas esplicativas; tambien el sol está representado en estos bajos relieves, y tambien contienen muchos de ellos, bajo formas emblemáticas, todo el sistema cosmogónico y los principios de física general de los egipcios. Solo un largo y detenido estudio puede dar á conocer el sentido de estas composiciones que he copiado, transcribiendo al paso los textos que los acompañan, y se nota en ellas el mas refinado miticismo, encubriendo probablemente bajo estas apariencias emblemáticas, antiguas verdades que nosotros creemos muy nuevas.

He omitido en esta descripcion, tan breve como me ha sido posible hacerla, de una sola de las tumbas reales, hablar de los bajos relieves, de los pilares que sostienen los techos de las salas, que representan la ado-

racion de las divinidades de Egipto, en especial las que presiden al destino de las almas.

Las demas tumbas de los reyes de Tebas que están en el valle de Biban-el-Molouk y en el del Oeste, se hallan decoradas, ya en su totalidad ó en parte, por los cuadros que llevo indicados, segun son mayores ó menores, y principalmente cuando están mas ó ménos bien rematadas; porque efectivamente algunas se reducen á una sola sala que es la sepulcral, otras tienen dos, y otras no son mas que un pequeño recinto hecho de prisa, toscamente pintado, en el cual han depositado el sarcófago aun imperfecto del rey. Esto prueba evidentemente que el primer cuidado de un rey á su advenimiento al trono, era escoger el lugar de su sepultura y continuar su construccion hasta su muerte; pero si esta cortaba sus días, cesaban los trabajos y quedaba incompleta la tumba. Puede calcularse la duracion del reinado de cada rey por el estado mas ó ménos adelantado y perfecto de la escavacion destinada para su sepultura; así es que las tumbas de los que por mas tiempo reinaron son las mas extensas y adornadas con mas suntuosidad. Es de notarse que en la de Rham-ses-Meiamoun hay pinturas cuya representacion nada tiene de funeraria, y entre otras varias de esta clase están las de las cocinas, muebles diversos y elegantes, porcion de armas de todas clases y las enseñas ó banderas de las legiones egipcias, las barcas y canges reales con todas las decoraciones, y por último los músicos, seguramente tocadores de harpa de veinte y una cuer-

das. Tambien se han recogido en las tumbas interesantes datos astronómicos, muy útiles á la historia de las ciencias é instituciones públicas de Egipto.

Acabo de visitar, dice Geramb, aquellas ciudades egipcias que despues de llenar el mundo pagano con el ruido de su grandeza, de su poder, de su sabiduría y de sus artes, parecian condenadas al olvido, y cuya gloria, dormida cual polvo de los siglos, ha despertado la ciencia moderna. Dendera, Tebas, Karnac, Luxor, etc., etc., me han manifestado sucesivamente casi cuanto nuestros viajeros mas célebres han descubierto de curioso, de extraordinario y de magnifico, en aquellos monumentos que ha respetado el tiempo. He visto de cerca sus admirables ruinas, las obras gigantescas de su arquitectura, esos colosos, esos obeliscos, esos palacios, esos templos, esas capillas, esos altos muros cargados de inscripciones, de bajos relieves y de pinturas, esas columnas, esas esfinges, esos hipogeos, esas tumbas, que manifiestan concepciones, tareas, y esfuerzos de que no hubiera yo creído capaz ni al genio ni á las fuerzas del hombre. He habitado, he comido, he dormido en aquellas salas subterráneas, y bajo las bóvedas sepulcrales donde depositaron á los Faraones, aquellos Faraones, que poniendo en acción todos los medios que les daba su poder, trataron de asegurar la inviolabilidad de sus tumbas, y cuyas tumbas sin embargo fueron violadas por manos avarientas, que escudriñaron sus entrañas embalsamadas para encontrar oro, y dispersaron despues sus reliquias

ultrajadas; quise saludar á la famosa estátua de Memnon tan celebrada en la historia, y desde ántes de amanecer me senté en sus enormes rodillas; pero en vano aguardé alguno de aquellos sonidos armoniosos, que segun las antiguas tradiciones, salian de su pecho de granito, y que oyó Germánico, segun dice Tácito. Se derramaron mis miradas á lo léjos en aquellos desiertos que en las primeras edades de la iglesia, y aun desde el tiempo de las persecuciones se poblaron de cenobitas y de anacoretas: en aquellos desiertos donde vivieron en el ayuno, en la mortificacion, en las austeridades de la mas dura penitencia, Pablo, Hilarion, Macario, Pacomio y sus incontables discípulos. He penetrado en algunas de estas grutas, abiertas, unas por la naturaleza, y otras por las manos de los solitarios, y que les sirvieron de celdas. He contemplado con una satisfaccion mezclada de tristeza aquellos restos de monasterios, de iglesias antiguas, y sobre todo, aquellas arenas y rocas, vasto teatro en que millones de cristianos fueron á consagrar á la meditacion de las cosas celestiales, los largos años de su vida, á rogar á Dios, á hacer la guerra á sus inclinaciones, á purificar su corazon, y dar al pueblo mas supersticioso de la tierra el maravilloso espectáculo de sacrificios y virtudes que solo puede inspirar la verdadera religion.

No quiero dejar de la mano el asunto de las grandezas de Egipto, de cuyos pormenores no me encargaré, sin declarar que sea cual haya sido mi admiracion y la impresion que súbita y fuertemente he sentido, la

que en verdad me ha producido con mas frecuencia el aspecto de los templos egipcios, ha sido una impresion de pena, de dolor y de lástima causada por el extraño contraste entre la magnificencia, la magestad de estos incomparables monumentos, y la vanidad y la nada de los dioses absurdos en cuyo honor fueron erigidos.

El egipcio, que parece tan grande cuando se le ve en sus obras maestras, parece lo que es, es decir, pequeño, abyecto, estúpido desde que se le considera en los objetos del culto al que se dedicaron estos edificios. Ningun pueblo ha envilecido tanto á la Divinidad, ninguno ha degradado y humillado mas á la humanidad. Mas supersticiosos que los otros pueblos, no se contentaron con prostituir sus homenajes delante de ídolos comunes á muchas naciones, como Apolo, Mercurio, Baco y Venus; entre ellos, el ibis, el buey, el cocodrilo, el perro, el gato y otros muchos animales, si se cree á Luciano y á Juvenal, las plantas, las legumbres de los jardines tuvieron su parte en los honores divinos. Esta extravagancia tan deplorable y tan criminal á los ojos del que tiene la felicidad de conocer al verdadero Dios y que comprende hasta donde ella lo ultraja, esta extravagancia, digo, llegó á tanto, que aun el mundo idólatra se burló de ella, y lo que es digno de notarse, la filosofia pagana ménos indiferente á las artes que la nuestra, no juzgó tanto á los egipcios por sus monumentos, como por las vergonzosas locuras de su supersticion. „Vereis en ellos,

dice Ciceron, mas credulidad y mas respeto á ciertos animales, que el que nosotros tenemos á los templos é imágenes de los dioses. Entre nosotros se ven templos robados, estatuas arrancadas de los lugares mas santos, pero no se ha oido jamas que un egipcio haya herido á un cocodrilo, á un ibis ó á un gato. ¿No es cierto que los egipcios adoran como á un dios á su santo buey Apis? Sí, y tan devotamente como vosotros adorais á vuestra Juno tutelar."

Dice S. Clemente de Alejandria que eran magnificos los templos egipcios, y relucian con el oro, la plata y piedras preciosas de la India y la Etiopia. „Los santuarios, añade, los cubre un tegido de oro; pero si avanzais al interior y buscáis la estatua, uno de los empleados se adelantará con aire grave y cantando un himno en lengua egipcia, y levantará un poco el velo como para mostraros el Dios; ¿qué es lo que veis? ¡Un gato, un cocodrilo, una serpiente indígena, ú otro peligroso animal! ¡el Dios de los egipcios. ...! ¡Una bestia salvaje revolcándose sobre un tapiz de púrpura!"



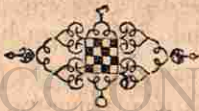
CAPÍTULO XII.

Rápida ojeada sobre la Historia Antigua de Egipto.

CON respecto á los tiempos fabulosos de Egipto, es cosa sabida que los sacerdotes daban á esa nacion una existencia de millares de años, durante los cuales, segun pretendian, fué gobernada por los dioses y por los semidioses. El periodo de la dominacion de los primeros fué de cuarenta y dos mil años, de los cuales, doce mil reinó Vulcano, y treinta mil el Sol, á cuyas épocas sucedió la dominacion de los semidioses, que son los doce grandes dioses de los griegos, á saber, Saturno, Júpiter etc. Pero dejando á un lado estas fábulas, digamos algo de los tiempos históricos.

dice Ciceron, mas credulidad y mas respeto á ciertos animales, que el que nosotros tenemos á los templos é imágenes de los dioses. Entre nosotros se ven templos robados, estatuas arrancadas de los lugares mas santos, pero no se ha oido jamas que un egipcio haya herido á un cocodrilo, á un ibis ó á un gato. ¿No es cierto que los egipcios adoran como á un dios á su santo buey Apis? Sí, y tan devotamente como vosotros adorais á vuestra Juno tutelar."

Dice S. Clemente de Alejandria que eran magnificos los templos egipcios, y relucian con el oro, la plata y piedras preciosas de la India y la Etiopia. „Los santuarios, añade, los cubre un tegido de oro; pero si avanzais al interior y buscáis la estatua, uno de los empleados se adelantará con aire grave y cantando un himno en lengua egipcia, y levantará un poco el velo como para mostraros el Dios; ¿qué es lo que veis? ¡Un gato, un cocodrilo, una serpiente indígena, ú otro peligroso animal! ¡el Dios de los egipcios. ...! ¡Una bestia salvaje revolcándose sobre un tapiz de púrpura!"



CAPÍTULO XII.

Rápida ojeada sobre la Historia Antigua de Egipto.

CON respecto á los tiempos fabulosos de Egipto, es cosa sabida que los sacerdotes daban á esa nacion una existencia de millares de años, durante los cuales, segun pretendian, fué gobernada por los dioses y por los semidioses. El periodo de la dominacion de los primeros fué de cuarenta y dos mil años, de los cuales, doce mil reinó Vulcano, y treinta mil el Sol, á cuyas épocas sucedió la dominacion de los semidioses, que son los doce grandes dioses de los griegos, á saber, Saturno, Júpiter etc. Pero dejando á un lado estas fábulas, digamos algo de los tiempos históricos.

El punto de partida que puede designar la crítica, está consignado en la nomenclatura de las dinastías egipcias formada por Manethon, grande sacerdote de Heliópolis, que vivía trescientos años ántes de nuestra era, y se encargó, de orden de Ptolomeo, de redactar conforme á los archivos sagrados que guardaba, la Historia Antigua de Egipto: de su importante trabajo no nos queda mas que las tablas cronológicas de las dinastías que conservaron diversos historiadores antiguos; pero hay la circunstancia de que presentan variantes y lagunas, á pesar de lo cual fijan con certidumbre ó probabilidad los puntos principales de esta remota historia: los conocimientos modernos que han llegado á arrancar á los geroglíficos parte de sus secretos, frecuentemente han encontrado en las inscripciones que cubren las ruinas egipcias, la confirmación de las noticias de Manethon, y á veces los medios de corregir las equivocaciones que nos han transmitido los historiadores.

Desde la primera dinastía hasta la conquista de los Pastores.--El primer rey de la primera dinastía fué Menei, llamado Menes por los griegos, y substituyó el poder real al gobierno teocrático. Dicen que en su tiempo el terreno que llaman Delta aun era un pantano, y añaden que el monarca abrió un nuevo cauce al Nilo, y echó los primeros cimientos á esa famosa ciudad de Menfis, cuyas ruinas se encuentran hoy en las aldeas de Menf, de Mocanan, y sobre todo de Mit-Phainé. Tuvo Menes por sucesores una larga serie de re-

yes, cuyos nombres y hechos por la mayor parte son desconocidos. Estas dinastías no dejaron á la historia otros recuerdos mas que los monumentos que levantaron, y que aun admiran los viajeros, los sabios y los artistas. De la tercera dinastía datan los monumentos mas antiguos del mundo conocido, como son las pirámides de Daskour y de Sakara. Las pirámides de Gisé cuyas enormes moles forman una maravilla en el globo, y de las cuales tanto se ha hablado, fueron edificadas por los tres primeros reyes de la cuarta dinastía, llamados *Souphi I*, *Seusouphi*, y *Mankeri*, y les sirvieron de sepulcros. Un rey de la duodécima dinastía, llamado Labares, hizo construir el laberinto que ya se describió en esta obra, y fué tan famoso en la antigüedad que se le tuvo por una de las siete maravillas. Parece que estaba destinado á un objeto muy importante, cual era el de servir para la reunión de los diputados de las provincias de Egipto, llamados en circunstancias graves á dar su opinion sobre las decisiones que debia publicar el gobierno. Hoy no quedan ni vestigios de aquel monumento.

Invasión de los Pastores.--Llamaban pastores los egipcios á las tribus errantes del desierto, que hoy se llaman beduinos. En tiempo de la dinastía décima sexta aquellos hombres intrépidos, acostumbrados á todos los peligros de la guerra, á las fatigas y privaciones de una vida frugal, se precipitaron sobre el Egipto por el istmo de Suez, y se apoderaron del Delta, que gobernaron sucesivamente seis de estos extrange-

ros por el espacio de doscientos sesenta años (1082 años de nuestra era); bajo el cuarto de estos reyes, José hijo de Jacob fué ministro y llamó á Egipto á su padre y á su familia, tronco de la nacion judía.

En el reinado de Timao, dice Manethon, citado por Josefo, irritóse Dios sin que sepamos la causa, y precipitándose imprevistamente de las regiones del Oriente multitud de hombres de raza innoble, invadieron el Egipto, penetraron en la comarca, se apoderaron de ella en poco tiempo y casi sin combatir, oprimieron á los gefes del pais, incendiaron las ciudades con furor y destruyeron los templos de los dioses. Se portaron como enemigos crueles de los habitantes de Egipto, redujeron á la esclavitud parte de las mugeres y niños, y para colmo de tantas desgracias, escogieron de entre ellos mismos uno, llamado Salatis, haciéndole rey. Hizose Salatis dueño de Menfis, separó el alto Egipto del bajo, impuso contribuciones, colocó guarniciones en los puntos convenientes, y fortificó particularmente la parte oriental del pais. Ya poderoso y proyectando otra empresa contra los asirios, entónces ya muy numerosos, fué á la provincia de Metraite, reedificó una ciudad antigua situada al oriente del brazo bubástico del Nilo, llamada Abarim, la rodeó de fuertes murallas y juntó en ella doscientos cuarenta mil hombres: visitábala en la primavera, y en ella mantuvo á sus soldados colmándolos de presentes, y ejercitándolos en las maniobras militares con el fin de inspirar respeto y temor á las naciones extranjeras: murió por fin

despues de un reinado de diez y nueve años. Añade luego Manethon que el Faraon se retiró á Nubia, de donde despues de algunos años volvió con un poderoso ejército, y atacó, pero en vano á los pastores, con cuyo motivo hizo con ellos un convenio para que se retiraran pacíficamente del pais llevando todos sus intereses, cosa que verificaron, y se retiraron á Judea.

La semejanza, aunque remota, de esta historia con la de los israelitas en Egipto, hizo creer á Josefo que los reyes pastores que dominaron aquel pais eran los hebreos; pero en esto se equivocó el célebre historiador, ya por los muchos rasgos de diferencia que hay entre la relacion de Manethon y de Moises, ya porque el mismo Manethon cuenta en otra parte de un modo muy diverso la salida de Egipto del pueblo escogido, y añade que fué esta despues de la retirada de los pastores. Estas narraciones del egipcio Manethon tan llenas como están de fábulas, prueban dos cosas: la primera que en los archivos antiguos de aquel pais habia noticias, aunque equivocadas, de la salida de los judíos, y la segunda que los extrangeros que ocuparon el Egipto no fueron los israelitas, quienes, segun los mejores anticuarios, entraron á establecerse allí en tiempo de Apophis que fué el cuarto de los reyes pastores. Por estas razones parece evidente la equivocacion de Flavio Josefo.

Seis fueron los reyes extrangeros que dominaron el bajo y medio Egipto, y otros seis fueron los Faraones que conservaron el cetro de la parte superior ó meri-

dional de aquella tierra. De los primeros nada casi ha quedado en los monumentos actuales que recuerde su memoria, pero de los segundos sí se conservan varios datos curiosos. Se puede ver y tocar hoy en el obelisco de Heliópolis uno de los monumentos mas antiguos que han salido de la mano del hombre, porque como consta de sus inscripciones, fué mandado hacer por el rey Osortasen, cuyo nombre en caracteres alfabéticos está grabado en él; pues bien, este monarca es contemporáneo de José, sin que esto se oponga á que Apophis sea el Faraon protector del hijo de Jacob, porque como se ha dicho, este Apophis era rey pastor, que gobernaba en la parte septentrional de Egipto, al paso que el otro mandaba en el Mediodia.

Al cabo de muchos años de la dominacion extranjera, los reyes del Egipto superior fueron sacudiendo el yugo de los pastores, hasta que Amosis con un ejército poderoso los estrechó vivamente, y habiendo muerto concluyó la empresa de la espulsion su hijo Amenofis, que fué el primer monarca de la dinastía décima octava. El tiempo de su reinado, así como de sus inmediatos sucesores Tomes I, II y III fué el siglo mas brillante para el Egipto por los grandiosos y multiplicados monumentos que inmortalizaron aquel pais, y que con razon pudiera compararse al siglo de Pericles en Grecia. De todos estos soberanos el que mas interes ofrece á los judios y cristianos es Totmes III que es el Meris de los griegos y el Faraon del mar Rojo. De él se conservan varios monumentos magnifi-

cos, como es el templo de *Amada* en Nubia, los dos obeliscos de Alejandria, el de San Juan de Letran en Roma, y el gran lago del Fayoum, ántes llamado *lago Meris*. En el museo de Turin hay una estátua suya colossal de granito negro con manchas blancas: varias lápidas del museo de Paris recuerdan á este rey perseguidor y cruel, y su nombre es el que se halla con mas frecuencia en dijes y amuletos: en el mismo museo de Turin se conserva un manuscrito egipcio el mas antiguo de fecha cierta que se conoce, y es el del año quinto de Meris. Su reinado fué solo de doce años y nueve meses, al cabo de los cuales pereció ahogado en el mar Rojo con su inmenso ejército, cuando perseguia al pueblo de Israel. Cree Champollion que el Faraon perseguidor fué Sesóstris; pero su cálculo cronológico está notoriamente equivocado, porque supone que el pueblo escogido estuvo en Egipto cuatrocientos treinta años, siendo así que solo vivió allí, segun Calmet y otros, doscientos quince años, y el resto hasta los cuatrocientos treinta se deben contar desde el viage de Abraham á aquella tierra, hasta la llegada de Jacob y sus hijos al pais de Gessem.

Todos saben las graves persecuciones de los judios y las tareas inmensas que les impuso Totmes III y su antecesor, y así no es extraño que de esos Faraones, especialmente de Meris, hayan quedado restos de obras tan grandiosas, cuyos pormenores pueden verse en los viajeros que recientemente han trabajado en esas y otras investigaciones curiosas.

Durante la dinastía décima octava hubo otros reyes célebres por sus empresas militares, y por la grandeza de monumentos que dejaron, y entre ellos el mas notable fué Sesóstris, llamado Ramses el Grande. Este monarca llevó sus conquistas hasta la India despues de haber dominado por las armas otras muchas provincias. Empleó el inmenso botin que adquirió con sus victorias, y los tributos que impuso á los pueblos conquistados, en ejecutar inmensas obras de utilidad publica: á él se le atribuyó la idea de dar comunicacion al Nilo con el mar Rojo por medio de un prodigioso canal. Enriqueció ademas el Egipto con importantes construcciones de que aun se conservan grandes fragmentos, entre los cuales sobresale la hermosa sala de columnas del palacio de Karnac. Este monumento, dice un viagero, es la fábrica mas magnífica que ha levantado la mano del hombre.

Bajo el reinado de Sesóstris tocó el Egipto al mas alto grado de prosperidad interior y de poder exterior. Reconocian la dominacion inmediata y la soberanía del Faraon la Nubia, la Abysinia y el Senaar y un gran número de provincias del mediodia del Africa, todas las tribus errantes en los desiertos del Nilo, de Siria y de Arabia, los reinos de Babilonia y Ninive, una gran parte del Asia menor, la isla de Chipre, y muchas del Archipiélago, y los reinos que hoy forman la Persia. Pero ántes de ejecutar tamañas empresas, cuidó de levantar tropas, de disciplinarlas y darles oficiales instruidos y obedientes: con un ejército de seiscientos mil

infantes y veinticuatro mil caballos, sin contar con veintisiete mil carros armados, empezó sus expediciones por Etiopia, que subyugó fácilmente: con una flota de cuatrocientas velas se apoderó de las islas y ciudades situadas á las orillas del mar Rojo, y él en persona al frente de su ejército de tierra sujetó la Asia y penetró en la India mas adelante que Baco, Hércules y Alejandro: conquistó á los Scitas, la Armenia, la Capadocia y Tracia, y dejó ademas una colonia en el reino de Colchos, de modo que su imperio se extendia desde el Ganges al Danubio. Recompensó abundantemente á sus soldados y oficiales, y levantó cien templos á los dioses en accion de gracias por tantas conquistas, con la particularidad de que para tantas obras se sirvió solo de los cautivos. Habiendo cegado en su vejez, se mató despues de un reinado de treinta y tres años.

Despues de muchos reyes se presentan otros de quienes se habla en la Biblia.

Sesac.--Sesac ó Sesouchis es el rey de Egipto de quien se fué á valer Jeroboan huyendo la cólera de Salomon que le queria quitar la vida. Este hombre se mantuvo en aquel reino hasta despues de la muerte del rey que volvió á Jerusalem, y habiéndose hecho cabeza de los rebelados, se hizo declarar rey de diez tribus que usurpó á Roboam.

El mismo Sesac en el año quinto del reinado de Roboam marchó contra Jerusalem porque los judios habian ofendido á Dios. Llevaba consigo mil dociientos carros de guerra, sesenta mil caballos, y ade-

mas la infantería que era innumerable, y se componia de Libios, Trogloditas y Ethiopes; con cuyo ejército se apoderó de las plazas mas fuertes del reino de Judá, y puso sitio á Jerusalén. Entónces el rey y los primeros de la corte, clamaron al Señor, que les anunció por el profeta Semeyas, que pues se habian humillado é implorado su misericordia, no los destruiria como lo merecian; pero que quedarian sujetos á Sesac: á fin, les dijo, que aprendan la diferencia que hay entre servirme, y servir á los reyes de la tierra. Sesac se retiró despues de haber pillado los tesoros de la casa del Señor, y los del palacio del rey, llevando tambien consigo los trescientos broqueles de oro que Salomon habia puesto en ella.

Zara.--Zara, rey de Ethiopia, y sin duda al mismo tiempo de Egipto, hizo la guerra á Asá, rey de Judá. Su ejército se componia de un millon de hombres, y de trescientos carros de guerra. Asá le salió al encuentro, y puso su gente en batalla, lleno de confianza en el Dios de Israel, á quien hizo esta deprecacion: „Señor: una misma cosa es para vuestro poder el socorrernos contra un número pequeño de enemigos, que contra un millon de ellos; y así, confiados en vos y en vuestro nombre, hemos venido á pelear contra esta multitud. Sois, Señor, nuestro Dios, y no habeis de permitir que el hombre pueda mas que vos.” Oyó el Señor una deprecacion tan llena de fé, y al embestir el ejército de su pueblo introdujo tal terror en el de los ethiopes, que volvieron la espalda

y fueron deshechos, sin que uno solo quedase vivo; porque el Señor era, dice la Escritura, el que los hacia pedazos miéntras que su ejército combatia.

Tharaca es el rey, que con un ejército de Ethiopes vino á socorrer á Jerusalem con Sethon, á quien sucedió en el reino de Egipto, que gobernó hasta su muerte, por espacio de diez y ocho años, siendo el último de los reyes ethiopes, y con su fallecimiento hubo en Egipto un interregno de dos años, que ocasionó muchos desórdenes, por no convenirse los pueblos en el nombramiento del sucesor.

Nechao.--Nechao, á quien la escritura sagrada llama Faraon Nechao, emprendió la union del Nilo con el mar Rojo, haciendo un canal del uno al otro. El espacio que los dividia era de cincuenta leguas, y despues de haber perecido en la obra ciento veinte mil hombres, la abandonó, porque un oráculo á quien envió á consultar le respondió, que con el nuevo canal se abriria la puerta de Egipto á los bárbaros, que así llamaban aquellos naturales á los otros pueblos.

Otra empresa le salió mejor á Nechao, porque habiendo hecho embarcar en el mar Rojo á unos marineros Fenicios de mucha habilidad que tenia en su servicio, y enviádoslos á descubrir las costas de Africa, la dieron felizmente la vuelta, y volvieron á Egipto al tercer año de su navegación por el estrecho de Gibraltar; viáge muy extraordinario para un tiempo en que no se conocia la aguja de marear. Esta navegacion se hizo veinte y un siglo ántes que el portugues

Vasco de Gama, con el descubrimiento del cabo de Buena Esperanza, hallara en el año del Señor de 1497 el mismo camino para ir á las Indias, que desde ellas habian traido los fenicios hasta el Mediterráneo.

Los babilonios y los medos, habiendo destruido á Ninive, y con ella el imperio de los asirios, se hicieron tan poderosos, que se conciliaron la envidia de sus vecinos; por lo que Nechao para detener sus progresos marchó hácia el río Eufrates al frente de un ejército poderoso. Josías, aquel rey de Judá tan recomendable por su piedad, viendo que este príncipe intentaba atravesar la Judea, determinó impedirle el paso, á cuyo efecto juntó las fuerzas de su reino, y se acampó en el valle de Mageddo (*). Nechao le envió á decir con un rey de armas, que nada tenia que ver con él, y que eran otros los enemigos que buscaba; que la guerra que habia emprendido era de parte de Dios, que estaba con él, y así le aconsejaba que no se mezclase en ella, porque podria salirle mal su intento. No hicieron fuerza estas razones á Josías; y conociendo que un ejército tan poderoso con solas sus marchas, no dejaría de arruinar su reino, y recelando tambien que despues de la derrota de los babilonios, caería el vencedor sobre él, y que le quitaria alguna parte de sus estados, le salió al encuentro, dió la batalla, y no solamente la perdió, sino que habiendo recibido desgraciadamente una herida, murió luego de ella en Jerusalen.

* Esta ciudad estaba situada en la tribu de Manasés de la parte de acá del Jordan, y Herodoto la llama Maglole.

Animado Nechao con esta victoria, continuó su marcha: llegó hácia el Eufrates, venció á los babilonios, les tomó á Charcamis, una de las mayores plazas que tenia en aquellos parages; y habiendo dejado en ella buena guarnicion, se puso en camino al cabo de tres meses, para volver á Egipto. Supo en su marcha, que Joachas, sin pedirle licencia, se habia hecho declarar rey de Jerusalen; por lo que habiéndole mandado ir á Rebla en la Siria, le hizo prender á su llegada, y lo envió prisionero á Egipto, en donde murió. Siguiendo Nechao su camino, llegó á Jerusalen y dió la corona á Joakin, uno de los otros hijos de Josías, impuso sobre aquel reino un tributo anual de cien talentos de plata, y uno de oro, y se volvió triunfante al suyo.

Haciendo mencion Herodoto de esta expedicion del rey de Egipto, y de la batalla que ganó en Mageddo, dice, que despues de la victoria, tomó la ciudad de *Caditis*, que representa como situada en las montañas de Palestina, y de la grandeza de Sardes, entónces capital de la Lidia, y de la Asia Menor, cuya descripcion solo puede convenir á Jerusalen, que se hallaba situada en la misma forma, y era la sola de aquellas partes que pudiera compararse á Sardes. Parece ademas de esto por la Escritura sagrada, que Nechao tomó á Jerusalen, y que tambien se hallaba en aquella capital cuando dió la corona á Joakin; y aun el mismo nombre de *Caditis*, palabra hebrea, que significa santa, denota claramente la misma ciudad, como lo prueba el docto Mr. Prideaux.

Nabopolasar, rey de Babilonia, viendo que con la toma de Charcamis se habían separado de su obediencia la Siria y la Palestina, y no permitiéndole su edad avanzada ni sus achaques ponerse en campaña para reducir á los rebeldes, asoció á su imperio á su hijo Nabucodonosor, y le envió con un ejército á aquellas partes. Este príncipe desbarató en las cercanías del Eufrates al de Nechao, recobró á Charcamis, hizo volver á su obediencia las provincias rebeladas, como lo había profetizado Jeremías; y ganó en esta expedición á los egipcios todo lo que poseían, desde lo que llamaban el Arroyo de Egipto hasta el Eufrates, que comprende toda la Siria y la Palestina.

Nechao murió despues de haber reinado 16 años, y dejó el reino á su hijo.

Apries.—Apries, que la Escritura Sagrada llama Pharaon Ephreé, ú Ophra, sucedió á su padre Psammis, y reinó 25 años, habiendo sido en los principios tan feliz como ninguno de sus antecesores. Hizo una expedición á la isla de Chipre, atacó por mar y tierra la ciudad de Sidon, la tomó, y sucesivamente se apoderó de toda la Fenicia, y de la Palestina.

Unos sucesos tan rápidos lo envanecieron extraordinariamente, y dice de él Herodoto, que se había ensoberbecido de manera, y que estaba tan fatuamente encaprichado de su grandeza, que se alababa, imaginando que no había cosa mas sólida que su poder, que ni aun los dioses podrian quitarle la corona; por cuyo modo de pensar el profeta Ezequiel le pone en la boca es-

tas palabras llenas de una vanidad loca é impía. *El río es mio, y yo soy el que lo he hecho.* El verdadero Dios le hizo conocer bien presto que no era mas que un hombre infeliz; y ya mucho ántes había declarado por sus profetas el modo con que tenía resuelto castigar su soberbia.

A poco tiempo de haber este príncipe entrado á reinar, Sedecias, rey de Judá, le envió embajadores, hizo con él alianza; y el año siguiente, quebrantando el juramento de fidelidad que había hecho al rey de Babilonia se reveló declaradamente contra él.

Dios había mandado á su pueblo, que no recurriese á Egipto en sus calamidades, y que pusiese toda la confianza en su omnipotencia; pero sin embargo de esto, y de las experiencias que tenían los israelitas de lo inútiles que les eran los esfuerzos de los egipcios, y que últimamente lo habían tocado en el tiempo del rey Ezequías, siempre les parecía que aquel reino era un recurso seguro en sus peligros, por lo que hicieron en esta ocasion lo propio, sin embargo de las amonestaciones y amenazas del profeta Jeremías, y recurrieron á Ophra, que hinchado con los felices sucesos de sus armas, y discurriendo que no habría quien le resistiese, se declaró el protector de Israel, y le prometió librarle de la sujeción de Nabucodonosor; por lo que Dios irritado de que un mortal se atreviese á querer ocupar su lugar, hizo declarar por su profeta el castigo que enviaba á Egipto, y á su rey, y las calamidades, muertes, y otros males que padecerian aquellos pueblos.

Muy distante estaba Sedecías de dar crédito á estas profecías, porque cuando vió que el ejército del rey de Egipto se acercaba, y que Nabucodonosor levantaba el sitio que tenia puesto á Jerusalem, creyéndose libre triunfaba de gusto; pero su alegría duró poco, porque los egipcios al acercarse los caldeos, no se atrevieron á acometer á un ejército tan numeroso, disciplinado y experto, como el de Nabucodonosor; y así, habiendo vuelto la espalda, y retirándose, dejaron al rey de Judá en medio de los peligros de la guerra en que ellos mismos le habian metido; y Nabucodonosor, libre del recelo que le causaron los egipcios, volvió á poner sitio á Jerusalem, y la tomó y quemó, como lo habia profetizado Jeremías.

Algunos años despues empezó Apries á experimentar los castigos con que Dios le habia amenazado, porque los Cireneos, que era una colonia de griegos que se habia establecido en Africa entre el Egipto y la Libia, habiendo tomado y dividido entre sí una gran parte de este reino, obligaron á los libios, despojados de su patria, á recurrir á aquel príncipe que envió contra los Cireneos un ejército poderoso; pero habiendo sido enteramente desbaratado, y quedado muertos casi todos los soldados, los egipcios se persuadieron, á que el fin de su soberano en haber enviado el ejército á la Libia, habia sido para hacerle perecer y reinar despues con mas despotismo, por lo que se rebelaron contra él. Apries, para apaciguar la rebelion, envió á uno de los oficiales principales de sus tropas, llamado Amasis, á

quien á su llegada proclamaron rey los rebeldes, poniéndole un morrion en la cabeza en señal de que le daban la corona; y habiéndola él aceptado, fomentó la rebelion.

Colérico Apries con la noticia, envió á Peterbemis, otro de sus oficiales, y uno de los señores principales de su corte, con orden de prender á Amasis, y de llevarle á su presencia; pero no habiendo podido ejecutarlo, porque halló á Amasis rodeado del ejército de los rebeldes, experimentó á su vuelta los efectos de la cólera del rey, que sin hacerse cargo de que no habia sido culpa suya, sino defecto de poder, el no haber cumplido con su orden, le hizo cortar las narices y las orejas. Una ofensa tan sangrienta, hecha á un hombre de su calidad, irritó tanto á los egipcios, que la mayor parte lo abandonaron; y agregándose á los levantados, se hizo general la rebelion, de tal suerte, que Apries tuvo que refugiarse al Egipto Alto, en donde se mantuvo algunos años, y su competidor ocupó todas las demas partes de sus estados.

Nabucodonosor, noticioso de esta rebelion, no quiso malograr ocasion tan favorable para acometer á aquel reino, y fué Dios quien le inspiró este designio, porque este príncipe, sin saberlo, era el instrumento de que se valia su mano poderosa contra los pueblos á quienes queria castigar. El ejército babilonio acababa de tomar á Tiro, en cuyo sitio él y sus soldados habian padecido fatigas increíbles, por lo que Dios para recompensarlos les abandonó el Egipto, como lo tenia

expresamente declarado por boca de los profetas Ezequías y Jeremías, añadiendo por la de este último, que los babilonios entrarían en aquel reino, se harían dueños de todo, y cargarían con sus despojos y riquezas con la misma facilidad que un pastor carga su capa al hombro y se va. Palabras memorables que denotan con cuánta facilidad, en siendo la voluntad de Dios, todo el poder y riquezas de un estado pasan á otro dueño.

Entró Nabucodonosor en Egipto al frente de su ejército, y subyugó desde Migdol, ó Magdole, que está á la entrada de aquel reino hasta Siena, que se hall al extremo opuesto hácia las fronteras de Ethiopia, destruyendo y matando cuanto encontraba, de suerte que puso aquella tierra en tal desolacion, que no se pudo restablecer en cuarenta años; despues de lo cual teniéndola ya sujeta, hizo paz con Amasis, lo dejó en calidad de su virey, y se volvió con su ejército á Babilonia cargado de despojos.

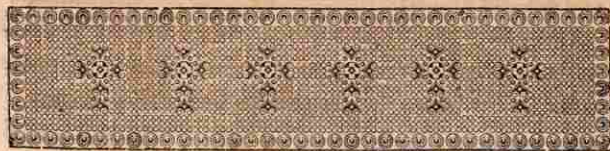
Salió entonces Apries de su retiro, y marchando hácia las costas del mar, por la parte, al parecer, de la Libia, tomó á su sueldo un ejército de carios y de jonios, y otros extranjeros, con los cuales buscó á Amasis y le presentó la batalla; pero habiendo sido derrotado y hecho prisionero, lo llevaron á Sais, en donde lo ahogaron en su propio palacio.

Todas las circunstancias de este suceso las habia anunciado Dios por sus profetas, y fué quien quebrantó las fuerzas y poder de Apries en el principio tan formidables, poniendo en manos de Nabucodonosor la es-

pada, para humillar y castigar su soberbia. En las profecías está expreso el fin desgraciado de aquel príncipe, nombradas las plazas que tomara el babilonio, y las calamidades que padecería Egipto en el espacio de cuarenta años, quedando aquella tierra en tan infeliz estado, y tan sujeta, que nunca volvería á mandarla príncipe alguno de la nacion. Todo se verificó al pié de la letra, porque cumplidos los cuarenta años, quedó reducida á provincia de los persas, y despues, siempre ha estado gobernado por extranjeros, porque luego que pereció el imperio persa, quedaron los egipcios sujetos á los macedonios, y sucesivamente á los romanos, á los sarracenos, á los mamelucos, y en fin, á los turcos, que al presente dominan aquel reino.

En tiempo de la dominacion romana, presentó Egipto el teatro de sangrientas sediciones. Fué conquistado por Zenobia, reina de Palmira. El cristianismo se introdujo en tiempo de Domiciano, y se extendió grandemente á pesar de las persecuciones con que los emperadores procuraban sofocarlo, de cuya manera adquirió un nuevo género de celebridad; porque la Tebaida se pobló de monges y fueron santificados sus desiertos por la fé que entonces estaba conquistando la tierra. Alejandría especialmente tomó una gran parte en el movimiento religioso de esa primera época del cristianismo. El herege Arrio era de esta ciudad, y su infatigable adversario S. Atanasio era el patriarca, y no es de olvidarse que en Alejandría se refugió la iglesia cristiana cuando algunos emperadores griegos protegieron en públi-

co ó en secreto el arrianismo. Permaneció el Egipto bajo la dominacion de Bizancio hasta que el califa Omar se apoderó del pais, en el que se mantuvo la autoridad de sus sucesores; pero hácia el año de 1171 estableció el famoso Saladino el imperio de los mamelucos. Los descendientes de este príncipe tuvieron reinados gloriosos, y aun extendieron los límites del imperio, hasta que por fin recibió la ley de Selim emperador de los turcos, bajo cuya dominacion se ha conservado por medio de los bajás. En tiempo de las cruzadas de Palestina, tuvo tambien el Egipto motivo de mezclarse en aquellas campañas; pero solo hablaremos de la de S. Luis rey de Francia.

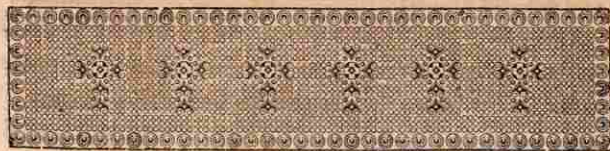


CAPÍTULO XIII.

DESEMBARCO DEL EJÉRCITO FRANCÉS EN EGIPTO.

Los primeros objetos que se presentaron á la armada francesa al acercarse á tierra, fueron dos grandes ejércitos; uno, con multitud de navíos y galeras, defendia la embocadura del Nilo, y el otro cubria la ribera del mar para oponerse al desembarco, que sin embargo resolvió efectuar el rey S. Luis. La mayor parte de los caballeros y soldados se traspordaron de las naves á las barcas planas y chalupas. La bandera de S. Dionisio, ó la oriflama estaba enarbolada en el buque que precedia á todos los que acompañaban al rey. Hecha la señal, todo se puso en movimiento, y los arqueros y ba-

co ó en secreto el arrianismo. Permaneció el Egipto bajo la dominacion de Bizancio hasta que el califa Omar se apoderó del pais, en el que se mantuvo la autoridad de sus sucesores; pero hácia el año de 1171 estableció el famoso Saladino el imperio de los mamelucos. Los descendientes de este príncipe tuvieron reinados gloriosos, y aun extendieron los límites del imperio, hasta que por fin recibió la ley de Selim emperador de los turcos, bajo cuya dominacion se ha conservado por medio de los bajás. En tiempo de las cruzadas de Palestina, tuvo tambien el Egipto motivo de mezclarse en aquellas campañas; pero solo hablaremos de la de S. Luis rey de Francia.



CAPÍTULO XIII.

DESEMBARCO DEL EJÉRCITO FRANCÉS EN EGIPTO.

Los primeros objetos que se presentaron á la armada francesa al acercarse á tierra, fueron dos grandes ejércitos; uno, con multitud de navíos y galeras, defendia la embocadura del Nilo, y el otro cubria la ribera del mar para oponerse al desembarco, que sin embargo resolvió efectuar el rey S. Luis. La mayor parte de los caballeros y soldados se traspordaron de las naves á las barcas planas y chalupas. La bandera de S. Dionisio, ó la oriflama estaba enarbolada en el buque que precedia á todos los que acompañaban al rey. Hecha la señal, todo se puso en movimiento, y los arqueros y ba-

llesteros no cesan de hacer descargas de flechas y ballestas contra los sarracenos, y cuando las barcas se ven baradas en los bajíos, se arrojan los soldados á la mar, forman batallones en la playa, se cubren con sus broqueles, y avanzan contra el enemigo enristrada la lanza. Una de las primeras lanchas que llegaron á la ribera, era la que llevaba la oriflama ó estandarte real. S. Luis que á todo atendia, no bien hubo visto el estandarte flotando ya en tierra firme, cuando sin esperar á que su bote estuviera bastante aproximado á la orilla para desembarcarse, se echó á la mar (cuya agua le daba hasta los hombros) colgado el escudo á un costado, con el morrion en la cabeza y en la mano la espada; lo mismo hicieron todos los caballeros, y el ejército se formó en batalla en medio de las olas.

Rechazados los sarracenos por las primeras tropas que desembarcaron en la ribera, se llenaron de terror al ver al ejército cristiano que marchaba contra ellos en buen orden, y con el rey á su cabeza. Desde este momento se debilitó su resistencia, y bien pronto se pusieron en fuga, dejando entre los muertos en el campo de batalla al gobernador de Damietta. Fué tan completa su derrota, que no pensaron siquiera en cortar el puente de barcas, por el que podian los franceses entrar en la ciudad, y fué tal la consternacion que los fugitivos esparcieron en ella, que sus habitantes no tuvieron mas recurso que llevarse sus bienes mas preciosos, y salvarse, despues de entregar sus casas á las llamas.

No se portó mejor la armada egipcia, pues subió el

Nilo con tanta precipitacion, que fué imposible darle alcance.

Imprudencia del conde de Artois.--Despues de permanecer muchos meses en la ciudad de Damietta, donde entraron los franceses sin un tiro, el rey dirigió su marcha hácia el Cairo, capital de Egipto. Mas en el paso de un brazo del Nilo en 1250 tuvo S. Luis el dolor de perder á su hermano Roberto, conde de Artois que mandaba la vanguardia. No bien hubo este príncipe atravesado el rio, cuando sin aguardar al resto del ejército, y á pesar de la promesa que hizo al rey de no trabar combate con los sarracenos acampados á la orilla, avanzó á la cabeza de algunos caballeros, y se puso á perseguirlos. Los dos Grandes Maestros de los templarios y de los hospitalarios le gritaban diciéndole que esta fuga era un ardid, de que estos pueblos tenian costumbre de usar delante de sus enemigos; mas como el príncipe llevado de su ardor, no hacia caso de esta observacion, los caballeros no queriendo que se les imputase la muerte del conde de Artois, se arrojaron con él sobre los sarracenos.

Sorprendidos los infieles de un ataque tan imprevisto, abandonaron su campo, se retiraron á la ciudad de Masoura, y no se reunieron sino cuando se hallaron tan distantes de los franceses que no pudieron verlos. Facardin, general del ejército sarraceno, murió en la accion, y nada faltaba á una victoria tan feliz, si el conde se hubiera contentado y moderado su ardor; pero persiguió al enemigo á toda brida, y viendo medio

abandonada la ciudad de Masoura, atravesó por ella á pesar de las reconvenções del Gran Maestre de los templarios. En vano le representó este viejo guerrero que solo se debía aquella ventaja á un terror pánico, y á la persuasión en que estaba el enemigo de que todo el ejército cristiano habia pasado el brazo de Nilo, y se habia hallado en el combate, y que si se seguía el alcance, reconociendo el corto número de tropas que los hacian huir, se reunirían de nuevo, volverían al ataque y los envolverían por todos lados. Recibió este aviso el jóven príncipe con el orgullo que le inspiraba la victoria que empezaba á lograr.

Guillermo Larga-Espada, conde de Salisbury, señor ingles, que habia acompañado al rey de Francia, tambien procuró calmar la efervescencia del conde de Artois: „Pienso, le dijo en tono respetuoso, que ningun partido mejor podeis tomar que seguir el consejo de un personaje tan virtuoso, y de un capitán tan hábil como lo es el Gran-Maestre. Jamas se deshonran los jóvenes cuando se fian de un hombre de su edad y de su mérito.” Guillermo fué tratado con la misma insolencia y desprecio que lo habia sido el Gran-Maestre. „¡O príncipe, replicó prontamente el conde de Salisbury, yo os protesto que hoy me adelantaré tanto hácia los enemigos, que vos no os acercaréis siquiera á la cola de mi caballo.” Al decir estas palabras, el príncipe ingles arremetió como un furioso, y el conde de Artois se precipitó detras de él seguido de su caballería y de las órdenes militares.

Muy pronto percibieron los fugitivos el corto número de sus vencedores: se replegaron, volvieron caras y cercaron por todos lados á Roberto y á sus caballeros. El jóven príncipe encerrado en la ciudad de Masoura se defendió largo tiempo en una casa donde se habia parapetado; pero por fin fué asesinado con cuantos se habian refugiado allí con él. Los demas franceses atacados en las calles sucumbieron bajo las piedras, el aceite hirviendo y las flechas que arrojaban sobre ellos desde lo alto de las casas. Percieron en esta empresa desgraciada, ademas del hermano del rey, el conde de Salisbury, Raoul, Roberto de Vert que llevaba la bandera de Inglaterra y que al morir se envolvió en ella, mas de trescientos caballeros de su comitiva, doscientos cincuenta templarios, y siete mil doscientos soldados. El Gran-Maestre llegó por fortuna á escapar, pero perdió un ojo.

Valor de S. Luis.—El resto del ejército cristiano acababa de pasar el rio á las órdenes del rey. Contando los infieles con una victoria segura, despues de la derrota de Artois, vinieron todos á atacar á los cruzados: eran aquellos tantos, que hubieran podido cercarlos completamente, si no tuvieran á la espalda el rio. El ataque fué tan vigoroso, y arrojaron tantas flechas, que algunos soldados cristianos sobrecogidos de un terror pánico, abandonaron sus filas y huyeron hácia al rio en que se ahogaron. La habilidad y sabias disposiciones del rey restablecieron el orden; pero como el combate era tan largo como sangriento, S. Luis irritado de tan-

ta resistencia de parte de los sarracenos, se precipitó con intrepidez en lo mas espeso de los batallones enemigos á la cabeza de los señores y caballeros que formaban su comitiva, y se avanzó solo, en medio de mil enemigos que lo dejaron cortado de su guardia.

A la nueva del peligro del rey, debido á su valor temerario, volaron á su socorro el condestable de Beaujeu y Joinville, pero no sin tomar todas las precauciones que saben los capitanes sabios y prudentes. El bravo Joinville recibió cinco heridas, y su caballo veinticinco. El ejemplo del rey y el riesgo que habia corrido inflamaron de modo el valor de la tropa, que despues de sostener por muchas horas los esfuerzos de un ejército infinitamente mas numeroso, lo obligaron al fin á retirarse despues de una pérdida considerable, y á dejarles el campo y todas las máquinas de que se habia apoderado el conde de Artois al principio de esta jornada.

Mandaba entónces á los sarracenos Bendocdar. Este general que habia reemplazado á Facardin era hombre lleno de valor, de destreza y de actividad. Desde el tercer dia, sin desalentarse, y sin dejar á su tropa descansar, resolvió aun otra vez probar la suerte de las armas. Para animar á sus soldados, hizo llevar por todo su campo en la punta de una lanza, la cota del conde de Artois, sembrada de flores de lis de oro, y anunciar al propio tiempo que aquella cota habia sido del rey mismo, quien quedó muerto en el campo de batalla. Tambien hizo publicar que el ejército cristiano

estaba sumergido en tan profunda consternacion por la muerte de aquel príncipe, y de tantos bravos guerreros que habian perdido, que seria muy fácil vencerlos, si se les atacaba inmediatamente en sus atrincheramientos. Le surtió perfectamente tal estratagemá; y todo el ejército inflamado de un nuevo ardor, pidió á gritos que se le condujera al combate.

Por fortuna, avisaron á S. Luis sus espías que se preparaban los sarracenos á darle nueva batalla. En este combate, que no fué ménos sangriento que el anterior, y en que la victoria estuvo de parte de los franceses, salvó el rey con su propia mano á su hermano el conde de Anjou que iba ya á quedar prisionero de los sarracenos. El conde de Poitiers que era tambien hermano de S. Luis fué asimismo arrancado de manos de los infieles; á los vivanderos y asistentes de su seccion, se debió esta gloria, porque aquellos valientes se echaron con admirable valor en medio de los enemigos, se arrojaron sobre los que se llevaban al príncipe, lo libraron y lo condujeron en triunfo á su batallon que acababa de reunirse.

Retirada de los cruzados.—Despues de esta victoria, el rey cuyo ejército se debilitaba de dia en dia, se halló incapaz de sostener los esfuerzos del enemigo. No quedaba otro partido que tomar, que abandonar el campo y retirarse á Damietta, para aguardar allí nuevos refuerzos, y reponer las tropas fatigadas de tantos combates; pero en vez de esta prudente resolucion, prefirió S. Luis quedarse en el campo toda la

cuaresma. En este intervalo de dos meses, el sultan Almoadan llegó á Masoura á la cabeza de un poderoso ejército que reunió en Siria. Su presencia en Egipto reanimó el valor abatido de los Sarracenos, y fué el principio de todos los desastres que alligieron al ejército cristiano.

El primer azote de que tuvo que defenderse fué una enfermedad contagiosa: al contagio se añadió el hambre, á consecuencia de la pérdida de los convoyes que cayeron en manos de los sarracenos. Para colmo de tantas desgracias, el rey mismo fué atacado de la enfermedad que afligia casi á todos los señores y soldados del ejército. Entonces se pensó en una retirada casi impracticable con tropas poco numerosas y debilitadas. El rey que conocia, aunque tarde, la gravedad del peligro, no quiso levantar el campo hasta obtener del sultan la paz ó una tregua; pero habiendo este exigido que se le entregara el rey como garantía del cumplimiento del tratado, los comisionados franceses indignados de pretension tan insolente, se retiraron jurando que se dejarían hacer pedazos ántes que entregar la persona de su rey. El 5 de abril comenzó la retirada del ejército: embarcaron desde luego á los enfermos en buques del Nilo: el resto de las tropas tomó el camino de tierra, y el rey se puso á la retaguardia que mandaba Gacher de Chatillon. Apenas los enemigos, que eran diez veces mas, percibieron la retirada, se pusieron en movimiento para atacar á los cruzados. Llegaron tan pronto, que no tuvo tiempo la re-

taguardia de cortar el puente que acababa de pasar, y los sarracenos se apoderaron del campo ántes que los enfermos que allí habia, se hubieran embarcado en las naves que los aguardaban. Todo se volvió entonces un espantoso desórden y una general carnicería. En el campo fueron degollados despiadadamente todos los enfermos, y los transportes que estaban en el rio cargados de equipages y de enfermos fueron tomados ó quemados por los del enemigo, al paso que embistió un numero prodigioso de sarracenos á todo el ejército por tierra.

Rendicion de S. Luis y de su ejército. No encontrando los sarracenos obstáculo, llegaron hasta donde estaba el rey que defendió con el mayor valor á Geoffroi de Sargines. Cuando estaba en la aldea de Kasal, conoció que era imposible defenderse contra los enemigos que rodeaban al ejército por todos lados. En vano se esforzó para abrirse camino por en medio de tantos batallones: los mejores guerreros despues de hacer prodigios de valor, cayeron muertos en el campo de batalla ó quedaron prisioneros. Como se temia la muerte del rey cuya enfermedad lo habia reducido al último extremo, un heraldo, ó porque hubiera recibido órden para ello, ó por su propia voluntad, se puso á dar voces diciendo, que rindieran todas las armas, no fuera á morir el rey. Obedecieron las tropas, y de este modo quedaron en poder del enemigo, el rey de Francia, Alfonso, conde de Poitiers, y Carlos, conde de Anjou,

hermanos suyos, y ademas todos los señores que habian quedado. Los bárbaros, en vez de compadecerse de tantos bravos guerreros, cuyo valor debieran haber admirado, se pusieron luego á degollar á todos los enfermos y heridos. Despues, habiendo separado á los gefes y oficiales de los soldados y criados del ejército, cortaron la cabeza á todos los de esta última clase, que se negaron á profesar el mahometismo.

Libertad de S. Luis. Valor de la reina Margarita. El sultan Almoadan tuvo con el rey las consideraciones que exigian la humanidad y la alta dignidad de S. Luis. Mandó que lo trataran con dulzura y respeto, y aun le envió su médico que en pocos dias lo curó completamente. Luego que el rey recobró su salud, pidió tratar con el sultan, y los dos príncipes concluyeron un tratado, cuyos principales artículos eran relativos á que entre ambas partes contratantes habria una tregua de diez años: que todos los prisioneros de una y otra parte, hechos despues de la tregua que concluyó Federico con el sultan Meledin, veinte años ántes, serian puestos en libertad: que los cristianos quedarian en pacífica posesion de todas las plazas que ocupaban en Palestina y Siria: que el rey pagaria ochocientos mil besantes de oro por el rescate de todos los prisioneros, y por el suyo entregaria la ciudad de Damietta al sultan.

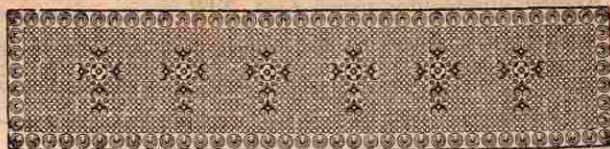
Este tratado debía poner término á un cautiverio, durante el cual, se hizo admirar el santo rey por la heroica firmeza, y la incontrastable fuerza de alma

que oponia á los insultos; pero una revolucion repentina lo puso en nuevos peligros. Los gefes mamelucos formaron una conjuracion contra el sultan, y despues de asesinar á este príncipe, amenazaron con igual suerte al rey y á sus caballeros. Con todo, sea que solo pensaran en espantarlos, sea que la avaricia los inclinara á medidas mas suaves, ello es que se decidieron á cumplir el tratado.

La reina Margarita se habia quedado en Damietta con otras princesas. Apenas supo la derrota entera del ejército y la prision del rey, cuando penetrada del mas vivo dolor, y creyéndose caer ya en manos de los infieles, se echó á los piés de un viejo caballero de edad de ochenta años que siempre la acompañaba, y le obligó á prometerle con juramento hacerle el favor de cortarle la cabeza, si los enemigos se apoderaban de la ciudad. ¿Quién creeria, si la veracidad del señor Joinville no lo acreditara, quién creeria, digo, que este buen caballero le prometiera hacerle este servicio, añadiendo con candor, que ántes de que ella le hubiera hecho el honor de suplicárselo, él ya habia pensado en este arbitrio para librarla de las violencias de los sarracenos?

La congoja que habia estimulado á esta virtuosa reina para hacer demanda tan singular, aceleró tambien el término de su preñez, y entónces dió á luz un hijo á quien dió el nombre de Tristan, para indicar las tristes circunstancias en que habia nacido. Pero la viveza de su dolor no le quitó la firmeza de

su alma. Fué para esta princesa motivo de un gusto inesplicable el ver venir al rey y demas señores al puerto de Damietta en cuatro galeras á las órdenes de Geoffroi de Sargines. El príncipe no entró en el puerto, y apenas salió de Damietta la reina y su comitiva, cuando tomaron los sarracenos posesion de la ciudad.

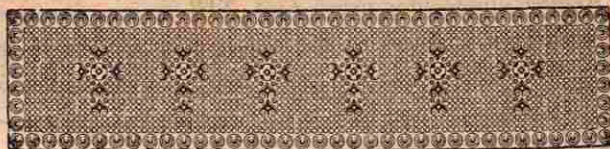


CAPÍTULO XIV.

NAPOLEON EN EGIPTO.

Dos beyes, á saber, Mourandé Ibrahim se habiau dividido el gobierno de Egipto cuando se desembarcó allí Bonaparte el dia primero de julio de 1798. Los motivos inmediatos de la expedicion de treinta y seis mil hombres que envió el directorio á las riberas del Nilo, fueron las numerosas vejaciones que hacian sufrir los mamelucos á nuestros negociantes; pero un objeto mas grandioso, y mas profundo que la represion de sus insolentes piraterias, fué el que condujo en esta empresa al célebre Napoleon. Parece que una especie de atraccion providencial nos llama al Africa.

su alma. Fué para esta princesa motivo de un gusto inesplicable el ver venir al rey y demas señores al puerto de Damietta en cuatro galeras á las órdenes de Geoffroi de Sargines. El príncipe no entró en el puerto, y apenas salió de Damietta la reina y su comitiva, cuando tomaron los sarracenos posesion de la ciudad.



CAPÍTULO XIV.

NAPOLEON EN EGIPTO.

Dos beyes, á saber, Mourandé Ibrahim se habiau dividido el gobierno de Egipto cuando se desembarcó allí Bonaparte el dia primero de julio de 1798. Los motivos inmediatos de la expedicion de treinta y seis mil hombres que envió el directorio á las riberas del Nilo, fueron las numerosas vejaciones que hacian sufrir los mamelucos á nuestros negociantes; pero un objeto mas grandioso, y mas profundo que la represion de sus insolentes piraterias, fué el que condujo en esta empresa al célebre Napoleon. Parece que una especie de atraccion providencial nos llama al Africa.

Algunos momentos pensó Luis XIV en un plan que le presentó Leibnitz en que se proponía apoderarse de Egipto. A su vuelta de Italia, Bonaparte se alimentó de las ideas de aquel filósofo, y concibió un gran entusiasmo. „Los grandes nombres solo se adquieren en Oriente, decía el héroe de Arcola con calor. „General, le dijo Kleber, ¡sois grande como el mundo!” y mas tarde, el tiempo le probó que no se había engañado cuando pidió al país de las pirámides el prestigio y la gloria, talisman irresistible que une la humanidad á la suerte de los grandes hombres.

Napoleon en solo dos palabras expuso el motivo político de su expedicion. „El principal objeto, dice, de la expedicion de los franceses al Oriente, era abair el poder inglés. Del Nilo debía partir el ejército que iba á dar nuevos destinos á la India. El Egipto debía reemplazar á Sto. Domingo y á las Antillas, y conciliar la libertad de los negros con los intereses de nuestras manufacturas. La conquista de ese país llevaria consigo la ruina de los establecimientos ingleses en América y en la península del Ganges. Los franceses hechos dueños una vez de los puertos de Italia, de Corfou, de Malta, y de Alejandria, el Mediterráneo era ya un lago francés.” Pero este hermoso sueño no pudo realizarse.

A los dos dias del desembarco estaba Alejandria en poder de los franceses. Gastó algun tiempo Bonaparte en organizar el gobierno, y marchó sobre la capital. El 13 de julio Mourad-Bey, que había ofre-

cido con la presuntuosa fanfarronería que da la ignorancia de partir á nuestros soldados como calabazas, fué á atacar al ejército; pero su impetuosa caballería se estrelló contra las bayonetas de nuestros cuadros. En su impotencia, los mamelucos para explicar una táctica desconocida para ellos, se imaginaron que nuestros infantes estaban amarrados unos con otros, y cubiertos de estacadas de ballonetes; sin embargo no se desalentaron con esta desgracia primera, y reservaron todas sus fuerzas para disputarnos el Cairo. Aguardaron á los franceses entre el Nilo y las pirámides, y se gloriaban de que verian acabar allí nuestra fortuna; pero se engañaron de nuevo sus esperanzas, porque la batalla fué decisiva, y quedó derrotado un ejército de sesenta mil hombres que habían reunido. Diez mil musulmanes, entre los cuales había cinco mil mamelucos, quedaron en el campo de batalla, ó se ahogaron en el Nilo. Esta jornada nos entregó el Cairo, y casi todo el Egipto.

Pero á los diez dias de esta victoria, quedó aniquilada nuestra escuadra en las aguas de Aboukir, y con ella los brillantes resultados que nos prometian nuestros primeros sucesos. La pérdida de la batalla de Aboukir tuvo grande influjo en los negocios de Egipto, y aun en los del mundo entero: si se hubiera salvado la armada francesa, no hubiera tenido obstáculos la expedicion de Siria, se hubiera podido trasportar con seguridad y mas allá del desierto la artillería gruesa, y San Juan de Acre no habria detenido á los ejér-

bitos franceses. Destruida la flota, se apresuró el Divan á declarar la guerra á la Francia, y el ejército perdió un grande apoyo, su posicion en Egipto cambió enteramente de aspecto, y Napoleon debió perder la esperanza de asentar jamas el poder frances en Occidente, de resultas de la expedicion de Egipto.

Nuestro ejército de oriente reducido á sí solo, sin medios de comunicarse con Francia que estaba entonces ocupada con los repentinos reveses que sufrió en Italia y Alemania, no podia pensar en conservar sus conquistas. Así es que cuando Bonaparte, despues de haber conseguido contra los turcos en Aboukir un desagravio de nuestra derrota naval, se volvió á Francia, Kleber á quien quedó el mando, debió preparar los medios de abandonar el Egipto con el mayor honor que fuera posible, y así es que concluyó un convenio con los turcos, conforme al cual debía dejar el Egipto ántes de tres meses, y la Puerta-Otomana se comprometeria á dar al ejército frances el numero necesario de buques para trasportarlo á Francia, con armas y bagages. Pero cuando los franceses iban á salir del Cairo, significó el almirante Keith á Kleber que no consentiria la Inglaterra en la capitulacion sino bajo la condicion expresa de que el ejército frances entregara las armas y abandonara buques, municiones y bagages. Kleber respondió á este ultimatum publicándolo, y añadiéndole la frase siguiente dirigida á su ejército: „¡Soldados! á tal insolencia, no respondo sino con la victoria: preparaos á combatir.”

Era preciso en efecto para quedar allí, atacar y dispersar un ejército de setenta mil turcos, y esto fué lo que hicieron nueve mil franceses en la inmortal batalla de Heliópolis. Pero mientras que Kleber echaba á Siria los restos fugitivos del ejército del gran Visir, la poblacion del Cairo, levantada por los turcos fanáticos, habia asesinado á los europeos que estaban allí, y tenia bloqueados en un palacio á ciento ochenta franceses que habian quedado de guarnicion en la capital, y se defendieron dos dias de una muchedumbre encarnizada y sostenida por mas de mil soldados. Iban á sucumbir estos valientes por falta de municiones, cuando vino á librarlos un destacamento de nuestro ejército victorioso. Pero ni la presencia de Kleber ni de sus tropas pudo sofocar el movimiento, y los revoltosos no imploraron la clemencia del vencedor sino cuando vieron reducidos á cenizas muchos cuarteles de la ciudad.

Kleber, obligado á sostenerse en Egipto, asegurado con la victoria de Heliópolis, desembarazado de los turcos, sin temor á los ingleses cuya atencion estaba concentrada en Europa, conmovida con la victoria de Marengo; estaba sostenido ademas en el pais con la alianza de Mourad-Bey, á quien cedió el gobierno del alto Egipto; consolidaba mas y mas su poder, cuando cayó bajo el puñal de un asesino instigado por los ulemas, y fué víctima de la gloria que habia dado al nombre frances que tan noblemente representaba.

Era Kleber quizá el único general que podia con-

servar el Egipto, porque su gran reputacion tenia mucha influencia moral en los soldados, y la confianza del ejército en su gefe duplicaba sus fuerzas, pero su sucesor hubo de capitular en Alejandria, y los restos del ejército tuvieron que embarcarse para Francia en setiembre de 1801. Quedó tan impresa en Egipto la memoria de Napoleon, que segun Taylor, los Beduinos han enseñado á sus yeguas á relinchar al oír el nombre del *sultan del fuego*, cuyo nombre dan á Bonaparte.



CAPTULO XV.

MEHEMET-ALÍ Y SU FAMILIA.

PARECE conveniente, dice un viajero, dar á conocer la gloriosa familia á la que están unidos irrevocablemente los destinos de Egipto. Mehemet-Alí nació en 1769 en la Caballa, y tiene por consiguiente setenta y un años (en 840). No es alto de talla, la que no pasa de cinco piés y dos pulgadas: es fuerte su constitucion, y su temperamento es eminentemente sanguíneo-nervioso. De jóven tenia blondos los cabellos y la barba: su frente es elevada y descubierta: muy manifiestos los arcos de las cejas, los ojos de castaño claro sumidos en sus órbitas, nariz mediana, y algo

servar el Egipto, porque su gran reputacion tenia mucha influencia moral en los soldados, y la confianza del ejército en su gefe duplicaba sus fuerzas, pero su sucesor hubo de capitular en Alejandria, y los restos del ejército tuvieron que embarcarse para Francia en setiembre de 1801. Quedó tan impresa en Egipto la memoria de Napoleon, que segun Taylor, los Beduinos han enseñado á sus yeguas á relinchar al oír el nombre del *sultan del fuego*, cuyo nombre dan á Bonaparte.



CAPTULO XV.

MEHEMET-ALÍ Y SU FAMILIA.

PARECE conveniente, dice un viajero, dar á conocer la gloriosa familia á la que están unidos irrevocablemente los destinos de Egipto. Mehemet-Alí nació en 1769 en la Caballa, y tiene por consiguiente setenta y un años (en 840). No es alto de talla, la que no pasa de cinco piés y dos pulgadas: es fuerte su constitucion, y su temperamento es eminentemente sanguíneo-nervioso. De jóven tenia blondos los cabellos y la barba: su frente es elevada y descubierta: muy manifiestos los arcos de las cejas, los ojos de castaño claro sumidos en sus órbitas, nariz mediana, y algo

ancha abajo, boca pequeña, y pequeños bigotes retorcidos, barba blanca, y poco poblada, color castaño claro. El conjunto de estas facciones forma una fisonomía sumamente agradable: este semblante vivo y movable, animado de un mirar penetrante, presenta una feliz combinación de finura, de nobleza y de amabilidad.

Tiene Mehemet-Alí manos muy bonitas, pequeñas y gordas, y chico su pié: es hombre bien organizado, y sus pasos muy firmes con algo de exactitud y regularidad militar: al andar saca para afuera la punta de los piés, y algo se balancea su cuerpo: se pone muy derecho y cruza sus manos hácia atrás: le gusta pasearse por las salas, cosa notable, por no estar esto en uso entre los turcos. De ordinario tiene el turbante inclinado á la izquierda, y sin llevar jamas insignia ninguna, ni aquellos vestidos enriquecidos con el oro que tanto agradan á los Osmanlis, es muy cuidadoso del aseo: y siempre ha tenido modales fáciles y distinguidos, propios de un gran señor.

Es muy vivo y susceptible el virey, y con dificultad oculta las sensaciones que experimenta, y con eso tiene mucha ingenuidad y lealtad, de manera que le ha de ser muy penoso el disimulo. Delicado en puntos de honor y religiosamente fiel á su palabra, es incapaz de una traición: es poco comun su generosidad, la que llega á veces á hacerlo pródigo. Como excelente padre de familia ama á sus hijos, y vive en lo interior de su casa con la sencillez de un buen ciudadano: es

extraordinaria su sensibilidad, y no habria yo formado esta idea, así como de la bondad de su corazón, si no hubiera sido testigo de sus efectos: se le ha visto inconsolable por la muerte de sus hijos, y derramar lágrimas por la pérdida de sus compañeros de armas. Su solicitud llega hasta la terneza con aquellos empleados que le sirven de cerca. Con dificultad se decide á castigar, y por lo comun perdona y olvida las faltas aun las mas graves.

Mehemet-Alí ama mucho la gloria, y piensa demasiado no solo en la fama de su nombre durante su vida, sino tambien en la que dejará despues de su muerte. Hace que le traduzcan los periódicos, y los lee: no es insensible á las calumnias que han levantado contra su persona: su actividad es superior á cuanto pueda decirse, pues no se contenta con estar ocupado todo el dia, sino que tambien se desvela y duerme apenas algunas horas, y su sueño es muy agitado, de modo que ya está en pié á las cuatro de la mañana. Diariamente le dan cuenta los ministros, y dicta todos los acuerdos, despues pasa revistas, visita los almacenes, los grandes talleres etc. Como está dotado de un tacto fino para los negocios, de un juicio recto, de un ojo seguro y rápido, por lo comun en las discusiones mas difíciles aun de materias extrañas para él, tiene la mejor manera de ver las cosas, y forma de ellas las opiniones mas exactas, como lo prueba á cada momento la historia de su larga carrera política.

Calcula admirablemente sin haber estudiado matemáticas. Es cosa sabida que empezó á aprender á leer á los cuarenta y cinco años de edad, lo que forma uno de los mas bellos rasgos de su vida, y en esta empresa, no gastó ni mucho tiempo ni mucho trabajo: despues se entregó al estudio de la historia, especialmente de la de Alejandro y Napoleon. Es verdad que no conoce ninguna lengua extranjera, pero es tal su perspicacia, que en las conversaciones con los europeos, frecuentemente adivina en los ojos, lo que se ha querido decirle, ántes que acabe la traduccion el intérprete. El mas grande y vivo placer que pueda dársele, consiste en hablar con los europeos y con hombres instruidos, con quienes trata de las materias mas altas, y las comprende con la mayor exactitud.

El virey observa su religion sin fanatismo, ni gashmoñería, ha tenido siempre la myor tolerancia para nuestro culto, y es el primer soberano musulman que ha protegido ampliamente á los cristianos, que los ha hecho severamente respetar, que ha dispensado á muchos de ellos su confianza y amistad, que les ha dado grados, mandos, y los ha elevado á la dignidad de beyes. Para sobreponerse á las preocupaciones mas arraigadas, le ha sido preciso desafiar con valor la crítica de su corte y de su pueblo, zeloso de los favores que concede á los extranjeros.

Mehemet-Alí como he dicho, es hombre muy sencillo en su casa, donde se entrega á los placeres mas inocentes. Le gusta mucho el juego del ajedrez y de

las damas, en lo que es mas inteligente. Juega sin orgullo con oficiales de grados poco elevados, y á veces con los soldados rasos. Yo tambien he tenido muchas veces el honor de jugar con él á las cartas.

Mucho le agrada montar á caballo, en el que se tiene muy bien y con gracia y gentileza.

Aun nada he dicho de las calidades militares del virey; respecto de ellas me parece que su historia dice sobrado, porque se sabe que salió de las filas del ejército, y llegó por su valentía y su mérito al puesto mas elevado; pudiera, sin embargo, añadirse que su valor llevado á veces hasta la temeridad no solo en la guerra, sino tambien en las circunstancias ordinarias de la vida, ha sido siempre uno de los rasgos mas notables del carácter de Mehemet-Alí, de modo que á lo que parece, le es desconocido el miedo. Desde el principio de su carrera ha salido al frente de todos los peligros, y aun el último año se ha visto, á pesar de su edad, emprender un viage de seiscientas leguas á desafiar los escollos del Nilo, romperse su barca, echarse á nado, y montado despues en un dromedario, andar al traves de los desiertos gran parte de un camino largo y peligroso.

Mehemet-Alí se ha engrandecido aun con la crisis política que llama al presente la atencion de la Europa sobre el Oriente. Nunca se ha encontrado este hombre extraordinario en circunstancias tan solemnes ni sobre teatro tan vasto de operaciones. Hace un año que el radio de su influencia se ha extendido hasta comprender á toda la Europa. Como un antiguo romano,

en los pliegues de su toga lleva la paz ó la guerra, y de él depende el equilibrio europeo. En coyuntura tan difícil, con su habilidad práctica y su prudente y generosa moderación, mas bien que con medidas ruidosas, se ha colocado al nivel de los hombres de estado mas consumados de Occidente. Moderado y prudente como debe serlo todo buen político en la era pacífica que vivimos, ha probado que su prudencia no era efecto de cobardía, y desplegando con vigor recursos inesperados, adivinó con su instintiva sagacidad la máxima de *si quieres la paz, prepárate para la guerra*. Él solo lo prevee todo, y hace frente á todo, porque, no se crea, que tiene un grande apoyo en sus ministros, pues aunque muchos de ellos son hombres capaces de darle buenos consejos, pero en una posición tan difícil no se atreverían á cargar con la responsabilidad de una importante resolución, y así es que el virey, solo en sí mismo encuentra sus recursos, y no pide inspiraciones sino á su inteligencia y á su corazón.

En resumen, se puede asegurar sin exageración, que Mehemet-Alí bajo todos aspectos es un hombre de los mas notables, y uno de los genios mas grandes que ha producido el Oriente.

Mehemet-Alí nació de padres que tuvieron una mediana fortuna. Desde muy temprano manifestó un espíritu emprendedor y activo, bajo la protección de un agá de quien mereció mucho aprecio: hizo un buen casamiento con una viuda rica, y dedicado al comercio del tabaco, se formó un capital independiente y

grande. Cuando Napoleon invadió el Egipto, al levantar la Puerta Otomana un ejército, mandó poner sobre las armas, en la población que habitaba Mehemet-Alí, trescientos hombres, entre los que él estaba. Asistió á la batalla de Abunkir, tan funesta para los franceses, y en ella se distinguió, y por eso fué nombrado jefe de mil hombres.

El virey que entonces gobernaba el Egipto, se hallaba en la difícil posición de atacar á los mamelucos, y de contener á los albaneses cuyas pagas estaban atrasadas, lo que le hizo poco popular, al paso que Mehemet-Alí adquiría popularidad diariamente. El virey le dió órdenes para que se retirara á su tierra, las que no obedeció, aunque fingía estar pronto á partir, porque los albaneses viendo en él un protector no lo dejaron obedecer, y despues habiendo ellos depuesto al virey, confirmaron la autoridad vireinal á su jefe Mehemet-Alí, cuya medida confirmó el Gran Señor. Muchas fueron las dificultades que tuvo que arrostrar el nuevo virey para sostenerse en el puesto, ya la escasez de numerario, á lo que ocurrió con contribuciones exigidas con energía, ya las negociaciones de Inglaterra que tiraban á quitar del Egipto al nuevo jefe; pero viendo los ingleses que nada conseguían, hicieron un desembarco en Alejandría, cuyo desenlace fué desgraciado, porque despues de haber tomado este puerto, fueron completamente derrotados, tomándoles muchos prisioneros, los que puso el vencedor en libertad generosamente y sin rescate.

El virey sin declararse por la independencia del Egipto, pagaba al Gran Señor anualmente como un millon y medio de pesos, y obedecia aun al gobierno turco: este le mandó que atacara á los árabes wahabytas, reformadores del Coran, al que querian restituir, segun decian, su sencillez primitiva: ya los novadores con cuarenta mil hombres estaban apoderados de toda la Arabia, y aun de la Meca y de Medina, cuyos santuarios robaron destruyendo el célebre templo de la Kaaba, y el sepulcro de Mahoma, desastres que derramaron la consternacion en todo el mundo musulman. Pero antes de comenzar esta guerra, debia el virey dejar bien puesta la seguridad del pais y su propia autoridad entre los mamelucos que preparaban proyectos en perjuicio de su persona. La cuestion era de vida ó de muerte, y el virey usó del derecho de legitima defensa, y fué señalado el dia 1.º de Marzo de 1811 para un acto de terrible justicia. Fueron invitados los mamelucos para este dia, á fin de que asistiesen en la ciudadela del Cairo á la investidura del hijo del virey, llamado Tousson pachá, general designado para la expedicion contra los wahabytas: cercados en un desfiladero por las tropas albanesas, cuatrocientos setenta fueron fusilados sin recurso. En las provincias tambien fué exterminada la mayor parte de los mamelucos, y algunos débiles restos se salvaron en la Abysinia. Por lo demas, destruido ya el cuerpo, prohibió el virey que se persiguiera á los que escaparon del primer golpe, de modo que le hizo la guerra á

la casta, no á las personas, y así es que tomó á su servicio individuos de los que sobrevivieron, dejándoles las riquezas á los que las tenian, y dando pensiones á las mugeres é hijos de los que murieron.

La guerra contra los reformadores fué larga y difícil, pero al fin los domó Ibrahim, hijo del virey, y aunque estas campañas han sido laboriosas, le fueron á este muy útiles, ya porque le han dado reputacion y popularidad, ya porque con este pretesto ha formado un ejército regularizado á la europea, que es la base de su poder. Con estos elementos Mehemet-Alí siguió trabajando con mas éxito en el engrandecimiento de sus dominios, desenvolviendo sus recursos interiores, y entre otros, la cultura del algodón, cosa que produjo una revolucion importante en la agricultura: dió al comercio mucha extension, lo que aumentó grandemente las rentas: siguió organizando el ejército: llamó de Francia generales, oficiales y médicos, y fundó escuelas, hospitales y fábricas, y como conocia bien la política de la Puerta, se puso en estado de defensa, temiendo que de otro modo le mandaria el visir un sucesor ó una cuerda con que se ahorcara, de modo que su conducta ménos se debe á la ambicion que á la necesidad de conservar su vida. Cualquiera hombre habria hecho en su caso lo mismo.

Cuando la revolucion de Grecia, obligó el sultan al virey de Egipto á que enviara tropas y buques contra los insurgentes; y aunque al principio mandó un auxilio de poca importancia, cuando se hizo mas im-

nente la fuerza de los griegos, tuvo que enviar recursos mas considerables. En Julio de 1824 su escuadra compuesta de sesenta y tres velas y de cien trasportes de todas naciones, ménos de Francia, salió para la Morea, llevando diez y seis mil hombres de infantería regular, setecientos caballos, cuatro compañías de zapadores, y artillería de sitio y de campaña. Ibrahim pachá mandaba la expedición, con la que pacificó á Candia y obtuvo ventajas en la Morea, donde, dígase lo que se quiera, tuvo una conducta humana con los griegos. Pero ya se sabe de qué manera tan fatal para el imperio otomano se terminó la guerra con la batalla de Navarino, en que quedó arruinada la marina de Mehemet-Ali y la del sultan. A pesar de esto, los griegos en Egipto continuaron gozando de la proteccion del virey, y sus estados sirvieron de asilo á muchas familias obligadas á huir de las persecuciones atroces de los otros pachás. La derrota de Navarino lejos de desalentarle, le inspiró la idea de reponer la escuadra perdida con otra mejor, que en efecto crió en Alejandría con increíble prontitud. Despues mandó á Siria una expedición de ochenta mil infantes y cuatro regimientos de caballería, con lo que se apoderó Ibrahim de Gaza, Jaffa, Caiffa, y por último de San Juan de Acre, y en ménos de un año era ya dueño de toda la Siria, lo que dió causa á que fuera declarado rebelde Mehemet-Ali. Ibrahim derrotó tres ejércitos que envió el sultan contra él. La última de estas batallas, en que el hijo del virey deshizo un ejér-

cito de sesenta mil turcos, si él hubiera querido hubiera puesto á su disposición á Constantinopla, y habria podido el vencedor acabar con la raza de Otoman, pero justo y prudente se contentó con pedir el gobierno de Siria. En tanto Ibrahim ya estaba á cincuenta leguas de la capital de turquía, cuando el sultan puso su causa en manos de la Rusia que mandó á Constantinopla, veinte mil hombres, y por su intervencion se hizo un tratado (1833) por el cual se cedían á Mehemet-Ali la Siria y la Adana, y él se declaró vasallo del sultan, y se comprometió á pagarle anualmente el tributo señalado á los pachás de Siria. A pesar de todo, el sultan Mahmoud, siempre celoso del virey, fomentaba las discordias interiores, trataba de oponer los intereses de Europa á los de Mehemet-Ali, y despues de cinco años de maniobras, y cuando habia reorganizado su ejército y su armada, hizo marchar á principios de 1839 al pachá Hafiz contra la Siria, pero las tropas turcas fueron derrotadas otra vez completamente por los egipcios en Nezib, cuya noticia habiendo llegado á la escuadra otomana se pasó entera al vencedor.

Ibrahim-Pachá.--Ibrahim-Pachá es el hijo primogénito de Mehemet-Ali, y así es falso el rumor que corria de que solo era su hijo adoptivo. Nació en 1789 en la Cavalla, dos años despues del casamiento de su padre; y así es que Ibrahim tiene 51 (en 840). Es de mediana estatura, pues tiene de alto cinco piés y dos pulgadas: su constitucion es fuerte, y las fatigas de la guerra han encanecido desde muy temprano sus cabellos y

barba que eran como azafranados: su cara es larga y picada de viruelas, y la nariz larga tambien y afilada, y los ojos pardos. Su temperamento es sanguíneo bilioso: es naturalmente serio, bien que á veces manifiesta alegría: su voz es fuerte: no tiene los modales amables de su padre, y á primera vista intimidada, sin ser duro ni desagradable.

Ibrahim recibió la educacion que en su tiempo se daba á los príncipes orientales, de modo que posee la lengua turca, la persiana y la árabe que es la que habla, lee y escribe con facilidad, sabe ademas muy bien la historia del Oriente.

A la edad de diez y seis años se encargó del mando de tropas y de la administracion de las provincias. Dedicado desde muy temprano á los negocios, ya se entiende que se le han hecho muy familiares, que está en todos los pormenores del gobierno de Egipto, y que la experiencia le ha sugerido una multitud de ideas exactas acerca de la administracion. En 1816 se puso á la cabeza de una expedicion contra los Wahabytas, expedicion que él terminó felizmente, y á vuelta de ella fué recibido en triunfo en el Cairo. Cuando comenzó su padre á organizar sus tropas á la europea, Ibrahim fué de los primeros que se instruyeron en el ejercicio y maniobras militares, para despues mandar como general en jefe. Todo lo aprendió, desde los primeros rudimentos del manejo de armas, hasta las evoluciones mas complicadas, con cuyos conocimientos estaba preparado cuando fué nombrado general de la expedicion

de Morea, durante la cual, equivocados los periódicos con sus inclinaciones acaloradas á favor de una buena causa, lo han representado falsamente como hombre atroz y sanguinario. Es imposible citar un hecho bien averiguado que le merezca una acusacion de crueldad, cuyo sentimiento es incompatible con el valor calmado y generoso que se nota en Ibrahim. La expedicion de Morea fué para él una escuela no ménos útil, porque allí se vió en posiciones difíciles, y su presuncion de general jóven, acostumbrado á vencer, y creyéndose siempre dueño de la victoria, recibió lecciones, que presentándole la guerra bajo aspectos que no conocia, han dado el fruto de madurar su juicio. Le causó el mayor placer lo que vió en las tropas francesas, y allí tuvo ocasion de conocer á los generales Maison y Sebastiani y á otros muchos oficiales franceses, los que concibieron una alta idea de su capacidad militar: supo ademas sacar gran partido de sus reveses. Hasta entónces se creia en Oriente que la caballeria turca era superior á la caballería regular de Europa; mas Ibrahim conoció bien pronto la falsedad de esta opinion, y que la caballería de línea formándose en partidas, y manobrando en masas conforme á una táctica precisa debian obtener en el campo de batalla las mismas ventajas que la infantería ejercitada en sábias y severas evoluciones. Así es que desde su llegada á Egipto se ocupó de la organizacion de la caballería regular, y formó regimientos de las principales armas, cazadores, lanceros, dragones y coraceros.

A poco de su vuelta de Grecia comenzó Ibrahim la expedición de Siria. Ya se sabe cuánto honor alcanzó su bravura y sus talentos militares con esta conquista, la que concluida, emprendió Ibrahim otra, que sin tanto brillo y renombre, ni era ménos difícil ni ménos honorífica, hablo de la organizacion completa de los países conquistados, en lo que usó muchas veces de la alta política, sometiendo á toda la Siria á la unidad del gobierno y á la centralizacion de los negocios. Descargó el país de multitud de pequeños gefes feudales que eran otros tantos tiranos, y mantenian en esta vasta y rica provincia una interminable anarquía. Desarmó á todas las tribus, las que no se servian de sus armas sino para combatir unas con otras y comprometer de este modo la tranquilidad pública: por estos actos y por la firmeza con que los ha sostenido, dió á la Siria una seguridad desconocida hasta entónces, y que Mehemet-Alí supo mantener, gracias á la energia de su gobierno en todos los países á que se ha extendido su dominio.

Ibrahim ha tenido que reprimir en Siria muchas revoluciones, señaladamente la de Naplousa, y la de los Druzos, la que fué terrible, y nosotros fuimos testigos de su represion, y vimos de cerca el valor de Ibrahim y su clemencia con los vencidos, en cuyas circunstancias no se le puede echar en cara un solo rasgo de inhumanidad.

En el fondo es muy humano Ibrahim, digan lo que quieran sus anónimos y calumniosos acusadores, por-

que siempre ha tenido mucho interes en el establecimiento de hospitales, y de otras instituciones de caridad, y ademas se aficiona fácilmente á las personas, de modo que sus demostraciones de amistad llegan hasta la familiaridad frecuentemente; lo que sí se le nota es que no quiere á los cortesanos ni á los aduladores serviles. La primera de sus calidades morales en mi dictámen es su prodigiosa actividad: es muy perspicaz, y se distingue por un amor excesivo del orden, de la economía y de la disciplina. Acostumbrado á todas las fatigas, desprecia demasiado las comodidades personales, bajo este aspecto, el cuidado y las precauciones, porque en cualquiera lugar se acuesta en campo raso como un soldado, duerme en el suelo á pesar del frio, de la lluvia y de la nieve, con cuya conducta ha contraído dolores reumáticos. Lo adoran sus tropas, y causa en ellas la fascinacion mágica que Napoleon producía en sus soldados.

Ademas de las calidades militares, posée Ibrahim una excelencia, especialmente en un príncipe destinado á gobernar el Egipto, y es el amor á la agricultura. En los intervalos de reposo que le deja la guerra, se ocupa siempre de ella con predileccion, y se ha declarado su ilustrado protector.

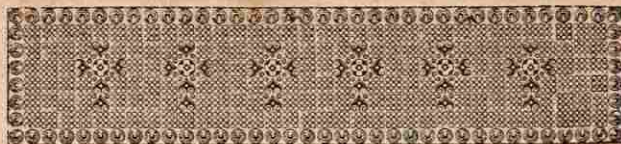
La última campaña de Ibrahim tuvo por resultado la victoria de Nezib, la que consolidó por último en la familia de Mehemet-Alí el vireinato egipcio-siro, que Ibrahim dignamente dirigirá cuando lo llame el destino á suceder á su ilustre padre.

Para hacer y sostener despues contra los turcos la independencia del Egipto y de la Siria, ha tenido Mehemet-Ali la necesidad de levantar y organizar á la europea un ejército formidable, sin cuya medida hace tiempo que lo hubiera quitado de en medio el sultan. Admira cómo unos países de recursos respectivamente escasos, puedan tener sobre las armas tropas tan numerosas como se nota en la siguiente recapitulacion:

Tropas regulares	130.302
Id. irregulares.	41.678
Guardia nacional (cívicos). . .	47.800
Obreros de fabricas en ejercicio.	15.000
Personas preparadas para el servicio en las escuelas militares.	1.200
Armada con el arsenal.	40.663

Total. 276.643

Admira ademas cómo puede sostenerse tal ejército, y como se hacen otros gastos con solo diez millones de pesos que anualmente se gastan en Egipto y Siria: esto solo se puede explicar atribuyendo este fenómeno á una severa economía, y á la voluntad firme y decidida de Mehemet-Ali.



CAPÍTULO XVI.

LOS JUDIOS EN EGIPTO.

ES cosa sabida que los hijos de Jacob, y hermanos de José, por envidia que le tenian á este pensaron en matarlo, y que por indicacion de Ruben lo echaron en una cisterna seca, de donde este se proponia salvarlo despues; pero aconsejados por Judás, que era otro hermano suyo, lo sacaron y vendieron á unos mercaderes ismaelitas que caminaban para Egipto. Tambien se sabe que el virtuoso José fué comprado por un capitán de las guardias de Faraon, en cuya casa tuvo que dar pruebas de su prodigiosa castidad, conducta que le atrajo la cólera violenta de una muger, y de ahí el encarcelamien-

Para hacer y sostener despues contra los turcos la independencia del Egipto y de la Siria, ha tenido Mehemet-Ali la necesidad de levantar y organizar á la europea un ejército formidable, sin cuya medida hace tiempo que lo hubiera quitado de en medio el sultan. Admira cómo unos países de recursos respectivamente escasos, puedan tener sobre las armas tropas tan numerosas como se nota en la siguiente recapitulacion:

Tropas regulares	130.302
Id. irregulares.	41.678
Guardia nacional (cívicos). . .	47.800
Obreros de fabricas en ejercicio.	15.000
Personas preparadas para el servicio en las escuelas militares.	1.200
Armada con el arsenal.	40.663

Total. 276.643

Admira ademas cómo puede sostenerse tal ejército, y como se hacen otros gastos con solo diez millones de pesos que anualmente se gastan en Egipto y Siria: esto solo se puede explicar atribuyendo este fenómeno á una severa economía, y á la voluntad firme y decidida de Mehemet-Ali.



CAPÍTULO XVI.

LOS JUDIOS EN EGIPTO.

ES cosa sabida que los hijos de Jacob, y hermanos de José, por envidia que le tenian á este pensaron en matarlo, y que por indicacion de Ruben lo echaron en una cisterna seca, de donde este se proponia salvarlo despues; pero aconsejados por Judás, que era otro hermano suyo, lo sacaron y vendieron á unos mercaderes ismaelitas que caminaban para Egipto. Tambien se sabe que el virtuoso José fué comprado por un capitán de las guardias de Faraon, en cuya casa tuvo que dar pruebas de su prodigiosa castidad, conducta que le atrajo la cólera violenta de una muger, y de ahí el encarcelamien-

to. Se sabe que el rey tuvo un sueño en el que vió salir del Nilo siete vacas gordas y otras siete flacas, las que se tragarón á las primeras: soñó en seguida, y vió siete espigas llenas y hermosas que fueron devoradas por otras siete agostadas y enjutas: deseoso Faraon de entender la significacion de sus sueños, supo por su copero mayor que en la cárcel estaba un intérprete muy sabio en este género: venido José á presencia del monarca, y contada la vision, el jóven hebreo, iluminado por Dios, le manifestó que las vacas gordas así como las espigas lozanas significaban siete años de abundancia que habria en Egipto, á los que se seguirian otros siete de esterilidad, representados en las vacas flacas y espigas vanas: dióle ademas al príncipe consejos muy saludables para evitar el hambre en los años estériles que vendrian despues de los abundantes, con cuyo motivo, fué colmado de honores José, y constituido en una dignidad solo inferior á la de Faraon, y fué comisionado ademas para tomar las medidas mas adecuadas para evitar el mal que amenazaba.

Treinta años tenia José, cuando, en cumplimiento de su comision y empleo, visitó en persona todas las provincias de Egipto, á fin de disponer el modo como se habia de recoger en todo el reino la quinta parte de los frutos. Vino pues la fertilidad de los siete años que habia predicho José; en cuyo tiempo se encerró en los graneros tanta abundancia de trigo y de todo género de frutos, que excedian toda medida. Finalmente, el octavo año sucedió la carestía anunciada por José; la que

no solo se sintió en el Egipto, sino que llegó á otras regiones, especialmente á la Palestina, ó Cananitis, residencia y domicilio de Jacob. A todos los egipcios y á todos los extrangeros, que de todas partes acudian á Egipto para proveerse de granos, los remitia Faraon á José, como al principal y único comisionado. Abrió José los graneros y empezó á vender trigo por oro y plata. Oyendo esto Jacob, envió sus hijos á Egipto á comprar que comer, quedándose en casa solamente con Benjamin, para que le sirviese de alivio y de consuelo en su vejez. Apenas vió José á sus hermanos postrados á sus piés sin ser conocido de ellos, los recibió ásperamente; les dijo que eran espías que habian venido á informarse de las fuerzas de Egipto, y de como estaban sus presidios y fortalezas. Los hijos de Jacob, para echar de si una nota que podia serles muy fatal, afirmaban que solo habian venido á Egipto á comprar que comer; que los habia enviado á este fin su padre, el cual aunque habia tenido doce hijos, pero solo habian venido diez; porque el uno, que era el menor, se habia quedado con su padre; y el otro habia desaparecido. Respondióles José que todo cuanto le decian no era capaz de desvanecer la sospecha en que estaba de que eran espías; que los tendria por tales, mientras no le dieran pruebas ciertas de lo contrario: traedme ese hermano vuestro menor; si no, por vida de Faraon que no habeis de salir de aquí. Mandó despues que los metieran en la cárcel. Pero al tercer dia los sacó de la prision, y les dijo se fuesen á su casa á llevar el trigo, pe-

ro que habian de volver y traer consigo á su hermano menor, quedándose entre tanto preso uno de ellos. Diéronle palabra de hacerlo así; y entónces fué cuando acordándose de lo mal que se habian portado con su hermano José, se dijeron unos á otros: *Justamente padecemos esto, porque pecamos contra nuestro hermano, cuando viendo las angustias en que se hallaba, y rogándonos que no le hiciésemos mal, no quisimos oirlo.* Añadió Ruben: *¿No os dije que no pecárais contra el muchacho, y no me oisteis? Ahora su sangre pide venganza contra nosotros.* Pensaban los hermanos que José no entendia su conversacion, porque este hablaba por intérprete. De esta narracion parece colegirse que los hermanos de José no necesitaban de intérprete para darse á entender á los egipcios: si José se valió de él, quizá lo haria para infundir terror á sus hermanos, y para mostrarles mayor severidad. Conociendo José por la conversacion de sus hermanos que estaban arrepentidos de lo que habian hecho con él, se compadeció de ellos, y se puso á llorar; pero para que ellos no lo advirtiesen, se retiró un poco. Volviendo despues adonde estaban sus hermanos, mandó que en presencia de todos atasen á Simeon, el que quizá habia sido el peor, diciendo que no lo habia de soltar, hasta que hubiesen vuelto de Canaan. Despachando despues á sus hermanos, mandó poner en los sacos de todos el precio del trigo, sin advertirlos ellos, proveyéndoles al mismo tiempo la alforja de cuanto podian necesitar para el camino.

Habiendo llegado á una posada, como uno de ellos fuese á echar de comer á su jumento, halló en la boca del saco el precio del trigo; lo cual visto por los otros, se admiraron mucho. Finalmente, vueltos á casa, contaron á Jacob todo lo que les habia pasado; y habiendo abierto sus sacos, encontró cada uno su dinero. Oyó el padre con dolor la condicion de llevar á Benjamin á Egipto; lo resistió mucho y por bastante tiempo; pero finalmente, precisado del hambre y rogándose los demas hijos, les entregó á Benjamin, ofreciéndole Júdas y Ruben volverlo otra vez á Canaan. Mandóles tomasen de los frutos mas escogidos de la tierra, y tambien resina, miel, lágrimas de estoraque y de mirra, terebinto y almendras, para regalar al gobernador de Egipto, y doble dinero del que habian encontrado en los sacos. Por último, pidió encarecidamente á Dios, que ablandara el corazon del gobernador de Egipto, para volver á ver á Simeon y á Benjamin, juntamente con los otros hijos de que quedaba por entónces huérfano. Bajaron pues á Egipto con Benjamin: luego que lo vió José, mandó á su mayordomo dispusiese un banquete, é hiciese entrar á una sala á todos los hermanos para que comiesen con él. Temiendo ellos no fuese el dinero encontrado en los sacos pretexto para hacerlos esclavos; se descubrieron con el mayordomo, y le dijeron haber sucedido aquel fracaso por imprudencia de ellos; pero que estaban prontos á pagar aquel dinero juntamente con el que habian traído para comprar el trigo. Pero rehusando



محمد علي

Mehemet Ali

tomarlo el mayordomo, porque así se lo había mandado José, les dijo que el dinero que habian pagado, ya habia entrado en su mano; que debian atribuir á particular favor de Dios el haber encontrado otro dinero en sus sacos; y que así no tenian porque temer. Dicho esto, sacó de la prision á Simeon, y les dió agua con que lavarse los piés y comida para los jumentos. Llegado el medio dia vino José.

„Pero él, resaludándolos con afabilidad, les preguntó: ¿Goza de salud vuestro anciano padre, de quien me hablasteis? ¿Vive todavía?»

„A lo que respondieron: Salud goza vuestro siervo, nuestro padre: aun vive. Y otra vez inclinados le adoraron.»

„En esto, alzando José los ojos, vió á Benjamin, su hermano uterino, y dijo: ¿Es ese vuestro hermano el pequeño, de quien me hablasteis? E inmediatamente añadió: Dios te dé su gracia, hijo mio, y te bendiga.»

„Y retiróse á toda prisa, porque se le conmovieron las entrañas á causa de su hermano, y se le saltaban las lágrimas; y entrando en su gabinete, prorumpió en llanto.»

„Y saliendo fuera otra vez, despues de haberse lavado la cara, se reprimió, y dijo á sus criados: Traednos de comer.»

Para probar José la fidelidad de sus hermanos, y el amor que profesaban á Benjamin, mandó al mayordomo de su casa metiese otra vez en cada uno de sus sacos el precio del trigo, y que en el de Benjamin ademas del di-

nero pusiese la copa en que él acostumbraba beber. Dispuesto así todo, la mañana del dia siguiente despachó á los hermanos. Apenas habian salido de la ciudad, envió tras ellos á su mayordomo para que los alcanzara, los detuviera, y les echara en cara lo mal que habian correspondido á los beneficios del gobernador de Egipto; pues le habian hurtado la copa de plata de que usaba aquel magnate para beber y adivinar. Diciendo esto aquel hombre ignorante, sin duda estaba persuadido, como otros muchos egipcios, que José se habia dado á la Magia, y que especialmente adivinaba y descubria los secretos cuando usaba de aquella copa.

Negaron los hijos de Jacob el delito que se les imputaba; y diciendo que estaban prontos á ir á la cárcel y al suplicio, añadieron que aquel en quien se encontrase la copa, fuese condenado á muerte, y los demas á quedar esclavos. Dijoles á esto, que él no buscaba sino al que habia hecho el hurto; que á los demas los dejaria ir libres. Habiendo abierto los sacos encontró la copa en el de Benjamin; al ver esto los hermanos, rasgaron sus vestiduras, y volvieron á la ciudad; recibiólos José con un rostro grave y severo, y les dijo, que era tan hábil en la ciencia de adivinar, que sabia muy bien quien era el que habia hurtado la copa. A lo cual Júdas no teniendo que responder, conoció y dijo que aquello era castigo de Dios, por lo mal que se habian portado con José; y añadió que allí los tenia por esclavos, así á él como á sus hermanos. Pero José: no será así, le dijo, sino que

el que ha hurtado la copa, ese sea mi esclavo: por lo que toca á vosotros, libres sois, volved á vuestro padre. Entónces Júdas procuró con los mayores esfuerzos librar á Benjamin, por cuanto habia ofrecido á su padre volvérselo; y diciéndoselo así á José, le pedia con las mayores instancias lo recibiese á él por esclavo en lugar de Benjamin; porque de otro modo tenia por cierto que el miserable viejo no habia de poder sobrevivir á este golpe.

„Entónces Júdas acercándose mas á José, dijo alentadamente: Permite ¡oh señor mio! que tu siervo hable una palabra en tus oídos, y no te enojés contra tu esclavo: porque tú eres después de Pharaon.“

„Tú, señor mio, la primera vez preguntaste á tus siervos: ¿Teneis padre, ú otro hermano?“

„Y nosotros, mi señor, te respondimos: Tenemos un padre anciano, y un hermano mas pequeño, que le nació en su vejez; cuyo hermano uterino es muerto: y este solo queda de su madre, por lo que le ama su padre tiernamente.“

„Y dijiste á tus siervos: Traédmele acá, que quiero verle.“

„Mas respondimos á mi señor: No puede el chico dejar á su padre: porque si le deja, le costará al padre la vida.“

„Pues si no viniere vuestro hermano menor con vosotros, nos dijiste tú á tus siervos, no teneis que volver á mi presencia“

„Con esto habiendo llegado á casa de nuestro padre

y siervo tuyo, le contamos todas las cosas que habló mi Señor.“

„Y como nuestro padre, *pasado algun tiempo*, nos dijese: Volved á Egipto, y compradnos un poco de trigo,“

„Le respondimos: No podemos ir allá *solos*: si nuestro hermano menor viene con nosotros, iremos juntos: de lo contrario, sin él no tenemos valor para presentarnos ante aquel señor.“

„A lo que respondió: Vosotros sabeis que he tenido dos hijos de mi esposa *Rachél*:“

„Uno salió de casa, y dijisteis: Una fiera le ha devorado: y hasta ahora no pareció.“

„Si os lleváis tambien á este, y le sucede algun azar en el camino, sereis causa de que mis canas descendan con dolor á la sepultura.“

„Si yo voy pues á casa de tu siervo nuestro padre, y no llevo á este muchacho (de cuya vida está pendiente la del padre),“

„Luego que vea que no vuelve con nosotros, morirá, y tus siervos abrumarán su vejez con tan gran dolor, que le conducirá al sepulcro.“

„Sea yo personalmente tu esclavo, yo que le he recibido á mi cargo, y salí por fiador, habiendo dicho: Si no te le restituyere, seré para siempre reo de pecado contra mi padre.“

„Por tanto yo quedaré por esclavo tuyo, y serviré á mi señor en lugar del muchacho, á fin de que pueda este volverse con sus hermanos.“

„Porque yo no puedo volver á mi padre sin el mu-

chacho: por no presenciar la extrema aflixion que ha de acabar con él.»

„Ya no podia José contenerse mas en presencia como estaba de mucha gente: por lo que mandó que todos se retirasen, para que ningun extraño asistiese al mútuo reconocimiento.»

„Y luego prorumpió en llantos á voz en grito, que oyeron los Egipcios, y toda la familia de Faraon.»

„En seguida dijo á sus hermanos: Yo soy José: ¿Y vive todavía mi padre? No podian sus hermanos responderle á causa de su grande terror y espanto.»

„Mas él con semblante apacible: Llegaos á mí, les dijo: y habiéndose ellos acercado, añadió: Yo soy José vuestro hermano, á quien vendisteis para *ser traído á Egipto.*»

„No temais, ni os desconsoléis por haberme vendido para estas regiones: porque por vuestro bien dispuso Dios que viniese yo ántes que vosotros á Egipto.

„Y arrojándose sobre el cuello de su hermano Benjamin, abrazado con él, echó á llorar, llorando este igualmente sobre su cuello.»

„Besó tambien José á todos sus hermanos, llorando sobre cada uno de ellos; despues de cuyas demostraciones cobraron aliento para conversar con él.»

Despues de esto mandó José á sus hermanos á toda prisa á dar noticia á su padre de lo ocurrido; que le dijese el valimiento que tenia con Faraon, y el poder que ejercia en todo el reino; que lo trajesen á Egipto, y se le daría la tierra de *Gesen*, en don-

de pudiesen vivir ellos, sus familias y sus ganados. Abrazándolos despues á todos, y espécialmente á Benjamin, derramó sobre ellos muchas lágrimas. Los egipcios que estaban fuera oyendo los lloros y la conversacion, se discurrieron luego lo que ello era; é inmediatamente fueron á contárselo á Faraon; el que alegrándose mucho, mandó á José que cuanto ántes enviase sus hermanos á Canaan, para que trajesen á Egipto á su padre y á todas sus familias; que les persuadiese no reparasen si acaso se veian precisados á abandonar algunas cosas; pues todo lo tendrían de sobra en su reino; y finalmente que les preguntase qué necesitaban para traer sus mugeres y sus hijos, y se lo diese todo sin detenerse. Dióles pues José, no solo carruage para conducir á Egipto todas las familias con sus alhajas y muebles, sino tambien vituallas para todo el camino. Asimismo regaló á cada uno dos vestidos; pero á Benjamin le dió cinco muy ricos, y trescientos escudos. La misma cantidad, el mismo número de vestidos, y diez jumentos cargados de toda especie de preciosidades, dió á sus hermanos para que en su nombre los regalasen á su padre; y finalmente encargándoles la paz entre ellos en el camino, los despachó.

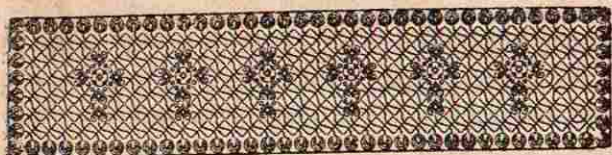
Luego que llegaron á casa de su padre, le contaron cuanto les habia pasado; el buen viejo como si despertara de un profundo sueño, no quiso dar crédito á la relacion de sus hijos, hasta que vió el carruage y todos los regalos que le enviaba José. En-

tónces lleno de gozo exclamó, que no le faltaba otra cosa para su consuelo sino el poder abrazar á José ántes de morir. Moviéndose pues con toda la familia del valle de Mambré, llegó á Bersabé, en donde despues de haber ofrecido un sacrificio en el altar que en otro tiempo habia consagrado él mismo al Señor, oyó le decia Dios en sueños que prosiguiese su camino á Egipto, y supiese que José le habia de asistir en la última hora, y habia de recibir sus postreros alientos; y que su generacion aumentándose considerablemente en Egipto, habia de volver finalmente á Canaan, y transportar su cadáver á la tierra de promision.

Apenas supo José, por Júdas destinado para llevarle la noticia, que su padre habia llegado á la tierra de Gesen en donde se habian convenido hiciese alto, cuando se plantó allá á toda diligencia; y despues de haberse abrazado, y haber derramado muchas lágrimas uno y otro, dijo Jacob: Ya moriré alegre, porque he visto tu cara y te dejo en vida. Encargóle José, así á él como á sus hermanos, que confesasen delante de Faraon, á quien queria se diese aviso de su llegada, que eran pastores de ovejas, para que de este modo les consignase para habitacion la tierra de Gesen: *Porque los egipcios, añadió José, aborrecen á todos los pastores de ovejas.* La provincia de Gesen era la mas pingüe de todas, y segun conjeturamos, llovia en ella, lo que es muy raro en todo Egipto, particularmente en el superior. El nombre *Gesen* lo deriva S. Gerónimo del hébreo *Geschen*, que signifi-

ca lluvia. Aquel trecho de tierra se extiende al Oriente y septentrion en el bajo Egipto. Los geógrafos llaman Nomo, ó gobierno Arábigo, á la region mas vecina á la Arabia y al Mar Rojo, opuesta al Nomo Tánico. La capital de Gesen era Rameses. Tambien se cree haber sido una de sus ciudades On, llamada despues Heliópolis.

Habiendo avisado José á Faraon la llegada de su padre y hermanos, le presentó cinco de ellos: los que preguntados sobre el ejercicio en que se ocupaban, respondieron que eran pastores de ovejas; y que el motivo de haber venido á Egipto, era porque siendo cada dia mayor la esterilidad en la tierra de Canaan, les habia faltado á los ganados la yerba; y así le supplicaban les permitiese morar en la tierra de Gesen. Otorgóles el rey su peticion, mandando á José diese providencia para ello; y si acaso veia ser hombres industriosos y fieles, les diese á guardar tambien los ganados reales. Introducido despues Jacob á la audiencia de Faraon, le manifestó cuánto deseaba que su reinado fuese el mas feliz y mas largo. Preguntado por su edad, respondió que los dias de su peregrinacion ascendian á ciento y treinta años, malos á la verdad, y pocos especialmente si se comparaban con la dilatada vida de sus padres. A poco tiempo, puso José á su padre y hermanos en posesion de la tierra de Gesen; la cual se llamó tambien Rameses, del nombre de la ciudad así llamada; y mientras duró el hambre, los proveyó de cuanto necesitaron.



CAPITULO XVII.

PERSECUCION DE LOS ISRAELITAS. --MOYSÉS.

DESPUES de la muerte de José, tuvieron los hebreos por algun tiempo una vida tranquila; y habiéndose multiplicado prodigiosamente, llenaron de habitantes de su raza la tierra de Gesen. Sabemos que en el tiempo que estuvieron en Egipto, se apartaron del culto del verdadero Dios, y declinaron al de los ídolos; resabio que no desecharon de todo punto, ni saliendo de Egipto, ni caminando por el desierto. Sucedió en este intermedio, que empezó á gobernar el reino de Egipto un monarca que ignoraba lo mucho que debía á José la república. Como el pueblo elegía los

antiguos reyes de Egipto, y por otra parte, siendo los súbditos en aquella region una especie de siervos y esclavos, y habiendo pasado desde la muerte de José, cuando menos sesenta años, tiempo en que habia tenido el Egipto muchos reyes; no es de admirar se hubiese borrado la memoria de los beneficios de José. Algunos piensan que este nuevo rey fué Asirio; segun unos fué *Salatis*, el primer rey de los pastores que sujetaron el bajo Egipto; otros creen haber sido *Aménofis*; otros finalmente *Rameses-Miameo*. Cualquiera que fuese este nuevo monarca; viendo que los hebreos crecian en número y en fuerzas; y temiendo que juntándose con los enemigos en caso de alguna irrupcion, podian maquinara alguna novedad contra el reino, ó escaparse de sus manos, con notable detrimento de la república; trató con sus magnates sobre el modo de debilitarlos y disminuir su número. A este fin, pareció oportuno oprimirlos con trabajos superiores á sus fuerzas. Mandó, pues, Faraon aplicar los israelitas á la construccion y fábrica de *Misquemot*, *Fiton* y *Rameses*, dándoles por sobrestantes unos ministros duros y desapiadados, con orden que dieran prisa á los trabajadores para que se acabaran pronto las obras. *Misquemot*, que quiere decir *Tabernáculos*, parece no era otra cosa que un pósito, para tener en él los granos y viveres que se recogiesen de todo el reino, como trigo, vino y aceite. Brochard afirma que las dos ciudades, *Fiton* y *Rameses*, estaban cinco leguas mas arriba de la separacion del Ni-

lo, á la otra parte del rio. Los ramisos y patamos, que Plinio junta con los árabes de la parte de Egipto, quizá son los mismos habitadores de Rameses y Fiton. Añaden aquí los setenta, que los hebreos edificaron tambien la ciudad de *On*, por otro nombre *Heliópolis*, ó ciudad del Sol; pero nada se dice de ella en el hebreo, ni en las demas versiones. Grocio les atribuye asimismo la portentosa fábrica de las pirámides. Lo que sabemos es, que en aquellas obras todo lo que habia que hacer, por trabajoso que fuese, se les mandaba á los hebreos, como era, destinarlos á recoger, preparar y conducir los materiales.

Frustró Dios el consejo de Faraon, haciendo que los hebreos, aunque atropellados y oprimidos con tantos trabajos y fatigas, se aumentasen mas y mas cada dia. Viendo esto el rey, mandó á las comadres que asistían á los partos de las mugeres hebreas, que sofocasen todos los niños luego que naciesen, reservando solamente las niñas. Séfora y Fua, dos famosas comadres, perdonaban á los niños igualmente que á las niñas; porque temian á Dios, dice el texto: lo cual nos hace pensar que acaso eran hebreas. Llamadas por Faraon para que dijese por qué no obedecian sus órdenes, respondieron que las mugeres de los hebreos no acostumbraban buscar quien las ayudase en sus partos; que ántes bien, solian desembarazarse ántes que fueran las comadres á asistirles. Se cree que la excusa que alegaron, fué una ficcion suya. Sin embargo, por el respeto que mostraron tener á Dios, re-

cibieron del Señor en premio, que todo sucediese prósperamente en sus casas.

Viendo Faraon que todos sus proyectos se le desvanecian, expidió un edicto, en que mandaba á los egipcios sumergieran en las aguas del Nilo los varones de los hebreos, inmediatamente que supiesen haber salido á luz; y esto, aunque sus padres no quisiesen. Se cree que esta inhumana ley fué promulgada despues de nacido Aron; pues este fué criado por sus propios padres, sin que nadie se los prohibiese. Por otra parte, sospechamos que este edicto estuvo poco tiempo en observancia; porque si se hubiera puesto en ejecucion todos los ochenta y mas años que duró la opresion, no hubieran podido salir de Egipto sino los viejos.

Despues de promulgada la ley que mandaba matar á los niños, Jocabed, muger de Amram, parió á Moysés. Tuvo Moysés un hermano llamado Aron; el cual nació tres años ántes que él; y una hermana llamada María; la cual se cree haber salido á luz cinco ó seis años ántes que Aron. Los padres, á quienes tenia prendados la peregrina belleza de Moisés, lo tuvieron oculto tres meses en casa, temiendo se divulgase su nacimiento, y experimentase todo el rigor de la ley. Pero conociendo que era imposible preservar por mas tiempo de la muerte al niño (quizá porque entónces habian de ser registradas por los egipcios las casas de los hebreos), resolvieron sacarlo de casa, encomendándolo al cuidado de la Providencia. Para esto lo pusieron en

una cestilla hecha de juncos, y embreada con pez y betun; y de este modo lo dejaron á la orilla del Nilo; quedando entre tanto María hermana del niño observando desde lejos lo que sucedia. Sucedió pues, que la hija de Faraon, la que Josefo llama *Termitis*, vino al río acompañada de sus damas, ó á bañarse, ó á lavar, y como viese la cestilla entre las cañas á la orilla del río, mandó se la llevasen, y la abriesen en su presencia. Habiendo visto al niño que estaba dentro, se enterneció sobremanera; considerando por una parte su belleza, y por otra el riesgo y calamidad á que lo habian expuesto sus padres, los que luego conoció no podian ménos de ser hebreos. Aprovechándose María de la ocasion, la preguntó si queria se buscase para criar al niño alguna ama hebrea. Luego que la princesa dijo que sí, hizo venir á su madre Jocabed; la que se encargó de criar el niño, prometiéndola la hija del rey gratificarla como era razon. Cumplió Jocabed con su encargo á toda satisfaccion; y habiendo crecido el niño, se lo llevó á la hija de Faraon; la que adoptándolo por hijo, quiso se llamase Moysés por cuanto *Moy-sés* en lengua egipcia quiere decir lo mismo que *sacado de las aguas*; pues, segun Josefo, *Mó*, ó *Moy*, significa en aquel idioma agua; y la voz *yses* guardado ó sacado. Lo cierto es, que aquella señora procuró que el niño fuese instruido en todas las ciencias de los egipcios. Habiendo crecido el niño, rogó el rey á *Termitis* lo dejase ir por general de las armas contra los Etiopes, prometiéndola con juramento, como ella se lo pedia, que no haria con Moysés cosa de que se le pudiese seguir el



Moysés libertado de las aguas.

menor daño. En aquella expedición tomó Moisés la ciudad de Saba, que después se llamó Meroe, habiéndola puesto en sus manos Tarbi hija del rey de Etiopía, prendada de su valor y destreza; y pactando que se había de casar con ella, convino Moisés en ello; y de este modo se acabó la guerra de Etiopía. Luego que volvió á Egipto, en lugar de darle las gracias por lo que había hecho en beneficio de los egipcios, supo que la envidia de sus enemigos lo había delatado al rey por un homicidio que había hecho. Faraon que no gustaba mucho de que Moisés fuese tan aplaudido, había ya determinado quitarlo del medio. Pero noticioso Moisés de lo que se maquinaba contra él, se retiró en secreto de palacio, y se huyó á tierra de Madian por sendas ocultas y extraviadas, para engañar á los soldados que se habían apostado en los caminos reales con orden de prenderlo. Se ignora de donde sacó estas cosas Josefo. Nosotros solo referiremos de Moisés lo que sabemos ser cierto, por contarlo la Escritura.

Restituido Moisés á Termutis, permaneció con ella hasta la edad de cuarenta años, en cuyo tiempo, animado del divino Espíritu, renunciando la gloria de hijo adoptivo de tan gran señora, abandonó el palacio y se fué á los israelitas, teniendo por mejor ser afligido con ellos, que permanecer expuesto á los peligros de pecar en casa de la hija del rey. Estando con sus hermanos, vió que un egipcio maltrataba á un hebreo; y no pudiendo sufrir aquella inhumanidad, se arrojó sobre el egipcio, y pensando que nadie lo veía, lo mató, y enterró sa

cadáver en la arena. S. Estevan parece excusar este hecho, insinuando que tuvo para ello un particular instinto del Espíritu Santo, que le persuadía estar destinado por Dios para cuidar de su pueblo. Como el día siguiente por la mañana viese venir á dos hebreos, amonestó al uno de ellos que no hiciese mal á su hermano; pero habiéndole respondido este con un tono de enfado y de desprecio, y por otra parte echándole en cara el homicidio, conoció Moysés haberse divulgado la muerte del egipcio; y temiendo, no sin razón, ser el blanco de la indignación de Faraon, quien noticioso de aquella muerte, buscaba á Moysés para castigarlo, se retiró á Madian, al otro lado del Mar Rojo, en la Arabia Petrea, junto al monte Sinai.

Habiendo llegado á Madian, sucedió que siete hijas de un sacerdote de Madian, llamado Jetró, vinieron á abreviar sus ganados. Habiendo llenado ya de agua las canales para que bebiera el ganado, sobrevinieron unos pastores que querían echarlas de allí; pero habiendo Moysés tomado por su cuenta la defensa de las pastoras, desvió de allí á los pastores, y juntamente las ayudó á abreviar los ganados. Lo mismo fué volver á casa las pastoras, que contar á su padre el favor que habían debido á un extranjero. Luego que supo Jetró ser Moysés el sugeto de quien le hablaban sus hijas, lo hizo venir á su casa, y lo tuvo de huésped por algun tiempo. Prometiéndole despues Moysés que se estaría siempre con él, se casó con una de sus hijas llamada Séfora, de la cual tuvo dos hijos, Gersan y Eliezer.

Estando Moysés guardando las ovejas de Jetró, y penetrando á lo interior del desierto, llegó hasta el monte Oreb. Viendo allí una zarza ardiendo sin quemarse las espinas, al principio se paró, pasmándose del prodigio; luego despues se acercó mas para explorar la causa de aquella maravilla. Pero oyóse al punto del medio de la zarza la voz de Dios, ó mas bien la de un ángel que hacia las veces de Dios; la cual le mandaba que no se acercase, sino que primero se descalzase, para pisar el lugar santo con mas reverencia. De aquí se creé haber tenido principio la costumbre de descalzarse en el templo los sacerdotes y demas israelitas. Añadió el Señor, que él era el Dios del padre de Moysés, y el Dios de Abraham, de Isac y de Jacob; que habiendo oido los clamores de los israelitas, agobiados por los egipcios, estaba pronto á aliviarlos, ponerlos en libertad, y trasladarlos á una tierra que manaba leche y miel; pero que toda la obra de sacar al pueblo, y conseguir de Faraon que lo dejara salir, se la encargaba al mismo Moysés. Mientras Dios se explicaba de este modo, Moysés estaba atendiendo, teniendo no solo los piés descalzos, sino tambien la cabeza descubierta. Mas luego que oyó que habia de tratar con Faraon de libertar á los hebreos, prorumpió en decir que él no era capaz de dar salida á un cargo tan grande; pero prometiéndole el Señor su ayuda, lo alentó y lo confirmó. Y para que no juzgase que aquella vision era alguna ilusion, le predijo que despues de haber sacado el pueblo, él mismo habia de ofrecer un sacrificio á Dios en aquel propio monte.

Preguntó entonces Moysés, qué era lo que habia de responder, si al intimar sus órdenes á los israelitas, le preguntaban estos cuál era el nombre del Señor. A lo cual respondió el Señor: *Yo soy el que soy*, diras, pues, á los que te preguntan por mi nombre: *El que es*, llamado vulgarmente *el Señor Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isac, el Dios de Jacob* me envió á vosotros, para que sacándoos del cautiverio de Egipto, entreis en posesion de la region prometida á vuestros padres. Diciendo esto, añadió el Señor, te creerán. Hasta entonces los hebreos habian conocido al verdadero Dios bajo el nombre de Dios Omnipotente, Dios Criador, Dios de Abraham; pero no lo habian llamado todavía por su propio y peculiar nombre, no habiéndoselo revelado hasta entonces á los patriarcas.

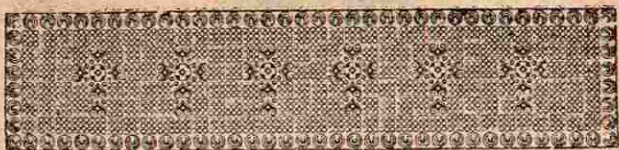
Despues de haber manifestado Dios su nombre á Moysés, le mandó volviere á Egipto; y que llevando consigo los mas ancianos del pueblo, fuese á Faraon, y le dijese que los hebreos tenian que ir al desierto á tres jornadas de distancia, á ofrecer á Dios un sacrificio; y que para ello tenian precepto especial del mismo Dios. Añadió el Señor, que Faraon nunca les otorgaria su peticion; pero que aunque él no quisiera, los sacaria de Egipto su mano omnipotente, castigando á los egipcios con tan terribles plagas, que se veria precisado Faraon á decirles que se saliesen cuanto antes de su tierra.

Despues de la conversacion con Dios, se volvió á su

casa Moises, y con el permiso y vénia de Jetró, tomó el camino de Egipto con su muger y sus hijos, no prestando otro motivo para su viage, sino el de visitar á sus hermanos. En el camino le mandó Dios, que hiciese milagros en presencia del nuevo rey; y que al mismo tiempo le dijera que moriria su hijo primogénito, si no dejaba salir del reino de Egipto á Israel, á quien amaba sobre todos los demas hijos, y miraba como á su primogénito.

Entre tanto, dijo Dios á Aron que saliese al encuentro á su hermano Moysés que volvia de Madian á Egipto. Habiendo caminado Aron hasta el monte Oreb, se encontró allí con Moysés, el cual, despues de haber saludado y abrazado á su hermano, y recibido de él las mismas señales de benevolencia, le descubrió lo que el Señor le habia dicho. Habiendo llegado entrambos á Egipto, y convocado los magnates de los hebreos, les expuso Moysés su embajada por medio de Aron; y para confirmar ser cierto lo que les decia, hizo que en presencia de ellos su vara se convirtiese en serpiente; que su mano se llenase de lepra; y que las aguas del Nilo tomaron el color y apariencia de sangre. Creyóle con esto el pueblo, y alabaron todos á Dios.





CAPÍTULO XVIII.

MOYSÉS Y FARAON.—PLAGAS.—LA PASCUA.

DESPUES, se presentaron Moysés y Aron juntos delante de Faraon, pidiéndole permiso para dejar ir á los hebreos al desierto de Arabia, á distancia de tres jornadas, á ofrecer á Dios un sacrificio, como el mismo Señor les habia mandado. Dijoles Faraon que él nada tenia que ver con el Dios de los hebreos, y que así nunca dejaría salir de Egipto al pueblo. Por otra parte, pensando Faraon que la demasiada ociosidad daba motivo á aquel pueblo para proyectar cosas nuevas, mandó que en adelante no se les diese paja para amasar los ladrillos que fabricaban, sino que fuesen ellos á buscarles por los

campos; y que sin embargo se les pidiese diariamente el mismo número de ladrillos que ántes. Los ministros del rey castigaban con pena de azotes á los sobrestantes de los hebreos, cuando no daban la cantidad de ladrillos que se les habia mandado construir. A vista de un rigor tan injusto, empezaron los hebreos á murmurar contra Moysés y Aron: quejóse de ello Moysés al Señor, el cual le dijo que descargaría sus iras sobre Faraon, y lo castigaría con tantas y tan terribles plagas, que lo precisaría á que finalmente dejase salir al pueblo. Que fuese otra vez con Aron á palacio, se presentase al rey, y si acaso le pedia alguna señal, arrojase Aron á tierra la vara, la que al punto se convertiría en serpiente. Fuéronse, pues, los dos hermanos á Faraon, expusieronle su embajada, y habiendo arrojado Aron á tierra la vara, se convirtió inmediatamente en serpiente. Visto esto por Faraon, mandó llamar á sus magos, entre los que sobresalian Janes y Mambres, los que convirtieron igualmente en serpientes sus varas; pero sucedió la particularidad que la serpiente de Moysés se tragó inmediatamente las de los magos.

Mandó Dios á Moysés dice Calmet, que volviese á Faraon al otro día por la mañana, cuando habia de salir para ir al Nilo, sin duda á purificarse. Moysés y Aron se hallaron á la orilla del Nilo: repitieron al rey las órdenes del Señor, y para convencerle de que era el Señor quien los enviaba, hirieron en su presencia el agua del Nilo, y se convirtió inmediatamente en sangre. Los peces que habia en el rio murieron, y no teniendo los egip-

cios que beber (porque todos en Egipto bebían del río), fueron atormentados de la sed: por otra parte, todos los arroyos, estanques, lagos y todas las aguas que había en vasijas de madera, barro ó piedra, también se convirtieron en sangre; pero este milagro no fué capaz de hacer impresion en el corazón de Faraon. Sus mágicos imitaron por sus encantos el milagro de Moisés, y convirtieron en sangre el agua que se trajo, ó de la mar, ó de la tierra de Gesen, que era donde moraban los hebreos, y donde las aguas ninguna alteracion habían padecido; ó en fin de los pozos que se cavaron á lo largo del Nilo, y donde se halló agua pura, como el mismo Moisés nos lo dice.

Esta plaga de las aguas convertidas en sangre duró siete dias: despues de los cuales, Moisés fué de nuevo por orden del Señor á buscar á Faraon, y denunciarle que si no dejaba ir á su pueblo, castigaria todo su reino, llenándole de ranas que saldrian del río, y se esparcirían en todo el país, en las casas, en los cuartos, y hasta en las camas, en los hornos, y aun en la comida de los egipcios. Faraon menospreció las amenazas del Señor; y habiendo Aron extendido su mano con la vara milagrosa, se vió una infinidad de ranas salir del río, de los arroyos y lagunas del país, y cubrir todo el Egipto. Los mágicos de Faraon, para persuadir al rey que Moisés no era mas que un mágico ó encantador, hicieron lo mismo, y produjeron como él ranas en todo el país.

Con todo eso, cansado Faraon de estos animales, lla-

mó á Moisés y Aron, y les prometió dejar ir al pueblo para que sacrificase al Señor, con tal que ellos le librasen de la plaga de las ranas. Moisés le respondió: señaladme un tiempo, en que queráis que yo pida por vos, y por vuestro pueblo, para que os liberte de estas ranas, y no queden mas que en el río, cumpliendo vos la palabra que acabais de darme. Faraon les señaló el dia siguiente; y Moisés le prometió que en aquel mismo dia ya no habría ranas en Egipto, sino solo en el río. Moisés salió del palacio de Faraon, y habiendo clamado á Dios por el cumplimiento de su promesa, el Señor le oyó; y las ranas murieron en los campos, en las villas y en las casas: se juntaron grandes montones, que pudriéndose, causaron grande infeccion en el país.

Mas Faraon, viéndose libre de esta plaga, endureció su corazón, y no cumplió la palabra que había dado á Moisés y Aron: por lo que, mandó Dios á Aaron que extendiese su vara sobre el polvo de la tierra, para que todo el Egipto se llenase de mosquitos, ó de los pequeños insectos que se llaman cínifes, que son mas incómodos en Egipto que en otras partes. Luego que Aaron tocó el polvo del Egipto, se vió una infinidad de estos insectos sobre los hombres, y sobre los animales, de modo que parecia que todo el polvo del país se había convertido en mosquitos. Los mágicos de Egipto quisieron hacer lo mismo por sus encantos, pero no pudieron, y se vieron obligados á decir á Faraon: el dedo de Dios obra

aquí. Con todo eso Faraon endureció su corazon: no escuchó á Moysés ni Aron, ni hizo lo que el Señor le mandaba.

Dios le hizo aun amenazar de otro castigo. Moysés y Aron fueron á buscarle, cuando salia por la mañana para ir al rio; y le dijeron de parte de Dios, que dejase ir á los hebreos para sacrificar á Dios, pues de lo contrario, que iba á enviar contra él y contra todo el pueblo una infinidad de moscas de toda especie; y para mostraros, añadió, que yo soy el Señor de toda la tierra, pondré esta diferencia entre mi pueblo y el vuestro, que en toda la tierra de Gesen en que vive mi pueblo, ninguna de estas moscas se hallará. Mañana vereis este prodigio.

Sucedió como Moysés lo habia predicho. Todo el pais se llenó de moscas peligrosas que causaron á los egipcios violentos dolores por sus mordeduras, y destruyeron todo el pais. Entónces Faraon habiendo llamado á Moysés y á Aron, les dijo: podeis ir á sacrificar á vuestro Dios, pero hacedlo en este pais. No, dijo Moysés, esto no puede ser; porque nosotros debemos ofrecer á nuestro Dios cosas y animales que los egipcios adoran, y cuya inmolacion miran como un sacrilegio y una abominacion: ellos nos apedrearán si ofrecemos semejantes sacrificios á su presencia. Es menester para obedecer á la intencion del Señor, que andemos tres jornadas de camino en el desierto para ofrecerle nuestros sacrificios. Faraon respondió: consiento en que váyais al desierto para sacrificar en él á vuestro

Dios, mas con la condicion de que no ireis lejos, y de que no abandonareis el Egipto para siempre: pedid por mí. Moysés respondió: pediré por vos luego que me haya separado de vos, y mañana quedareis libre de las moscas que os afligen; mas no falseis á la palabra que me habeis dado de dejar ir á Israel para sacrificar al Señor. Moysés hizo lo que habia prometido: todas las moscas se disiparon, pero el rey se endureció aun mas, y no dejó ir al pueblo, aunque lo habia prometido.

El Señor mandó despues á Moises que fuese á decir de su parte á Faraon, que si no dejaba ir los hijos de Israel, castigaria con una peste muy peligrosa todos los animales del pais, sin que los hebreos, que vivian en la tierra de Gesen, padeciesen la menor incomodidad, y que no le concedia mas que aquel dia para deliberar; porque desde el dia inmediato debia experimentarse el mal en todo el pais. Todo sucedió como habia sido predicho: Dios hirió de peste los ganados de los egipcios, murió gran número de ellos, y habiendo el rey enviado á la tierra de Gesen, se le dijo que esta peste no se habia experimentado en ella, y que ninguna bestia habia muerto; mas Faraon endureció aun mas su corazon, y no dejó ir al pueblo.

Entónces el señor dijo á Moysés y á Aron: llenad vuestras manos de ceniza tomada del hogar, y que la eche Moysés al aire delante de Faraon: esta ceniza así esparcida producirá en los hombres y en las bestias, úlceras y postillas hinchadas y dolorosas. Moysés y Aron ejecutaron las órdenes del Señor, y el efecto suce-

dió segun sus predicciones y amenazas. Los hombres y los animales fueron cargados de úlceras y ardientes postillas, de modo que los magos no pudieron parecer en esta ocasion delante de Faraon, ni imitar por sus encantos los verdaderos milagros de Moysés, porque ellos mismos estaban inficionados de úlceras, como los demas egipcios.

Esto no fué capaz de ablandar la obstinacion de Faraon. Continuó en menospreciar las amenazas del Señor, y sus órdenes, que Moysés y Aron le intimaban. Mandó pues Dios á Moysés, que fuese á decir á este principe, que iba á castigarle con todas estas plagas, para que acabase de conocer que nada en la tierra es semejante al Señor. Estas plagas de que le amenaza, son el granizo, los truenos, el fuego del cielo, la lluvia, las langostas y la muerte de los primogénitos, con que efectivamente los castigó poco despues. Moysés fué inmediatamente á anunciarle las órdenes del Señor, y decirle de su parte: Yo os he escogido para manifestar en vos toda mi Omnipotencia, y para hacer mi nombre célebre en toda la tierra, por la severidad que he de ejecutar con vosotros: mañana á esta misma hora haré caer un tan terrible granizo, que jamas se haya visto semejante en Egipto desde que comenzó á ser habitado hasta el dia presente.

Moysés añadió: envidad pues ahora á los campos, y mandad retirar vuestro ganado, y todo lo que teneis; porque todo lo que en ellos se hallase, así hombres como animales, será muerto por el granizo. Los que

temian al Señor, siguieron el consejo de Moysés, y libertaron á sus criados y ganados; pero los que menospreciaron sus amenazas, fueron cogidos por la tempestad; y cuando Moysés levantó la vara hácia el cielo, el granizo, los truenos, el fuego y los relámpagos, mezclado todo uno con otro, hicieron una destruccion universal en todo el Egipto. Este granizo era de un tamaño hasta entónces desconocido en todo el pais: mató á los hombres y animales que encontró en los campos: secó las yerbas, y rompió los árboles del pais: la cebada que tenia ya espigas verdes, y el lino que tenia su regular altura, fueron destruidos y machacados por el granizo; pero el trigo, que es mas tardío, no quedó perdido. En Egipto la cosecha de cebada se comienza hácia el mes de marzo, y la del trigo seis semanas ó dos meses despues.

Este granizo y lluvia parecieron tanto mas extraordinarios á los egipcios, quanto en Egipto no llueve sino raras veces. La tierra de Gesen fué defendida de esta lluvia, y nada padecieron por ella los hijos de Israel. No fué insensible Faraon á este azote. Llamó á Moysés y Aron, y les dijo: aun esta vez he pecado: el Señor es justo: mi pueblo y yo somos los impíos: rogad al Señor que cesen estos grandes truenos, y espantoso granizo, para que yo os deje ir. Moysés le dijo: cuando yo haya salido de la ciudad, levantaré mis manos al Señor, y cesarán los truenos y el granizo, para que sepais que el Señor es dueño de la tierra; mas yo sé que ni vos, ni vuestros súbditos temen

aún al Señor. Moysés hizo lo que habia prometido, y repentinamente cesó la tempestad; pero Faraon viéndose libre de este golpe, aumentó su pecado y su obstinacion; no quiso cumplir su promesa ni obedecer al Señor.

Entonces dijo Dios á Moysés: yo he endurecido el corazon de Faraon para hacer manifiestos los prodigios de mi poder sobre su persona, y para que vosotros podais contar á vuestros hijos y nietos con cuántas plagas he castigado el Egipto, y cuántos prodigios he obrado en medio de ellos. Id á decirle que voy á castigar su pais con una infinidad de langostas, que arruinarán todo el Egipto. Moysés y Aron fueron á anunciarle lo que el Señor les habia dicho. Si resistis, le dijeron, y si rehusais dejar ir á su pueblo, haré venir mañana á vuestro pais langostas, que cubrirán toda la superficie de la tierra, de modo, que no se vea: ellas consumirán lo que ha dejado el granizo: ellas roerán los árboles del campo, y llenarán las casas de los egipcios, de modo que ni vos ni vuestros predecesores las háyais jamas visto semejantes.

Entonces los vasallos de Faraon dijeron á este príncipe: ¿hasta cuándo padeceremos nosotros estas desdichas? ¿No veis que el Egipto está todo perdido? Dejados ir á sacrificar á su Dios. Luego clamaron á Moysés y Aron, que salian de palacio, y Faraon les dijo: id á sacrificar á vuestro Dios. ¿Mas quiénes son los que han de ir? Moysés respondió: iremos todos con nuestros niños y viejos, con nuestros hijos é hijas, con nuestros ganados menores y mayores: es una fiesta so-

lemnela que vamos á celebrar en honor del Señor nuestro Dios. Faraon le dijo: sea el Señor con vosotros. ¿Cómo os he de dejar yo ir con vuestros hijos? ¿Quién despues de esto podrá dudar de vuestras malas intenciones? No será así. Mas idos allá los hombres solos, y sacrificad al Señor, porque esto es lo que vosotros mismos habeis pedido; y luego fueron echados de la presencia del rey.

Entonces Moysés, por mandato del Señor, extendió su vara milagrosa sobre el Egipto, y el Señor hizo que se levantase un gran viento del Oriente, seco y abrasador, que sopló todo aquel día y toda la noche; y por la mañana este viento trajo langostas, que vinieron á caer sobre el Egipto, en tan gran cantidad, que nunca se habia visto tanta muchedumbre. Lo destruyeron todo. Toda la yerba del campo, y toda la fruta de los árboles, que el granizo habia dejado, fué consumida por las langostas: nada verde dejaron en todo el pais; por lo que Faraon mandó llamar prontamente á Moysés y Aron, y les dijo: yo he pecado contra el Señor y contra vosotros; mas perdonadme aun esta vez, y pedid al Señor que me libre de esta plaga.

Moysés salió de la presencia de Faraon, pidió al Señor, y el Señor hizo levantar un viento impetuoso del occidente, que se llevó las langostas, y las echó al mar Bermejo. Pero Dios permitió que Faraon se endureciese aún, y no dejase ir los hijos de Israel; por lo que, el Señor dijo á Moysés; levanta tu mano al cielo, y haya en todo Egipto, tinieblas tan espesas, que se pue-

dan palpar. Lo que habiendo ejecutado Moysés, todo el Egipto se cubrió de tinieblas espesas, que duraron tres días; lo que impidió á los Egipcios el poder moverse de su lugar, y el verse los unos á los otros; y en todo este tiempo la tierra de Gesen, donde vivian los hijos de Israel, estuvo clara y serena. Entónces Faraon, habiendo llamado á Moysés y á Aaron, les dijo: id á sacrificar al desierto, dejad solamente aquí vuestras ovejas y ganados: llevad con vosotros vuestras mugeres y niños. Moysés le respondió: tambien nos permitereis llevar nuestros rebaños, para tener que sacrificar al Señor: todos nuestros animales vendrán con nosotros, y no quedará la uña de un pié de un solo animal; porque no sabemos lo que el Señor querrá que se le inmole hasta nuestra llegada al lugar destinado. Faraon irritado con esta respuesta, y siempre endurecido, echó á Moysés de su presencia, y le dijo, que la primera vez que pareciese delante de él, le mataria. Moysés se retiró diciendo: haré lo que me mandeis; ya no veré vuestra cara. En efecto, no la vió mas, sino cuando fué llamado por órden suya.

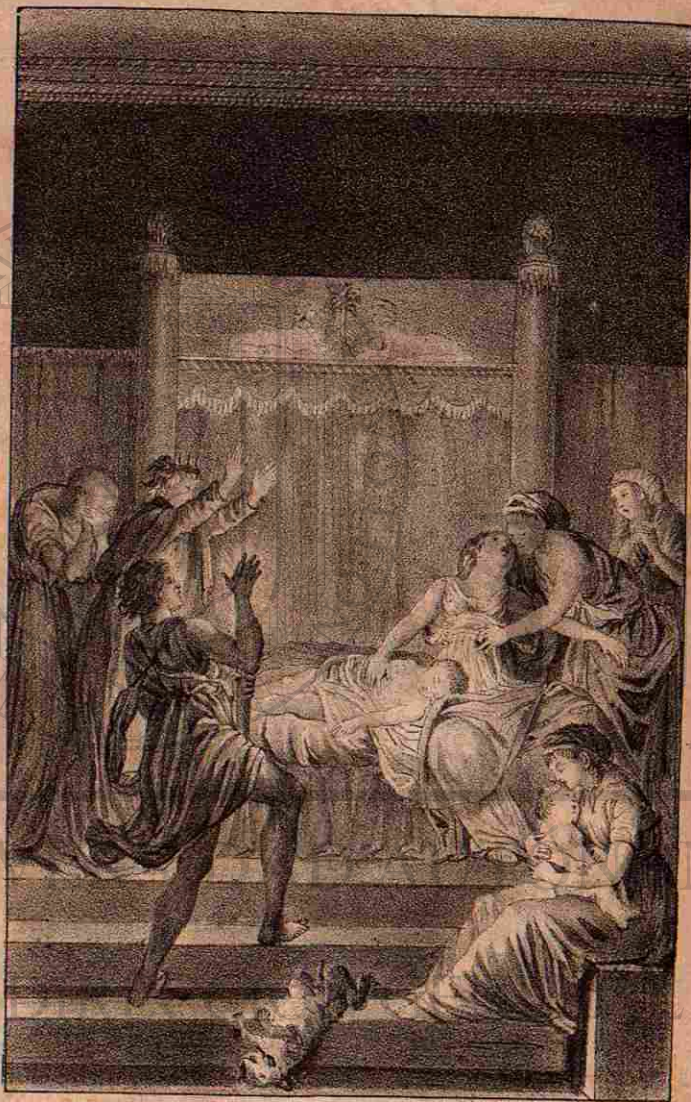
Sabia él ya que luego le habia de herir Dios por la última vez, y que obligaria á Faraon no solo á permitir, mas aun á mandar á los israelitas que saliesen de Egipto; porque Dios le habia dicho ántes de la nona plaga, que fué la de las tinieblas, que entraria en Egipto hácia la media noche, y mataria á todos los primogénitos del pais, desde el de Faraon hasta el primogénito del último de sus esclavos, y de sus animales. Le

dijo pues Moysés al despedirse, que el Señor iba á matar á su primogénito, si continuaba en retener á los hebreos, y que habria un gran llanto y una gran desolacion en Egipto, que jamas habia sido vista, y que nunca se veria semejante, cuando entre los hijos de Israel todo estaria en silencio y suma paz, para que veais, añadió, la gran diferencia que Dios hace entre Israel y los egipcios: entónces todos vuestros siervos que se hallan presentes vendrán á mí, y postrados en tierra, me pedirán con instancia que salga con todo mi pueblo; y entónces será cuando nosotros nos iremos. Moysés salió pues de la presencia de Faraon muy ofendido de sus dilaciones, de sus repulsas, y de su obstinacion, que mantenía, despues de tantos prodigios como el Señor habia obrado en su presencia.

Dios habia dicho á Moysés cinco días ántes, y desde el nueve del mes Nisan: este mes será para vosotros el primero de los meses del año, en cuanto á lo sagrado; y en cuanto á lo civil, se continuó en comenzar el año por el Otoño. Lo sagrado y las fiestas se comenzaban en la primavera en la fiesta de pascua. Habiendo pues Moysés juntado los Israelitas, les dijo, que en el dia diez de aquel mes cada uno separase un cordero ó un cabrito por familia y por casa; y si el número de los que hay en la casa no basta para comer un cordero, que tome lo que falte en la casa de su vecino: este cordero ó cabrito será sin defecto, macho, y nacido en el año: le guardareis hasta el catorce del mes, y entónces toda la muchedumbre de los hijos de

Israel le inmolará por la tarde: tomaréis de la sangre de la víctima, y la pondreis sobre ámbos postes de la puerta de la casa en que se inmole: en la misma noche comereis la carne del cordero asado, con pan sin levadura, y algo amargo, como para avivar el apetito de este manjar: nada de él comereis crudo, ni cocido en agua, sino asado al fuego, aun la cabeza, piés é intestinos, y nada dejareis para otro dia por la mañana, y si queda alguna cosa la quemareis al fuego. Ved aquí el modo con que le debeis comer: os ceñireis los riñones, tendreis puestos vuestros zapatos, y un báculo en la mano, y os dareis prisa á comer, como gentes que están de viage. Esta ceremonia se llamará la Pascua, ó el paso del Señor, porque esta misma noche pasaré por medio del Egipto, y heriré de muerte á todos los primogénitos de los egipcios, desde el hombre hasta las bestias, y ejerceré el rigor de mis juicios sobre todos los dioses del Egipto (esto es, sobre los animales, á quienes los egipcios daban honores divinos, ó sobre los príncipes y los grandes, á quienes la Escritura da algunas veces el nombre de dioses).

Pero la sangre que estará sobre vuestras puertas, y de que vuestros postes estarán teñidos, será una señal que me indicará las casas en que vivis. Yo veré esta sangre, y pasaré adelante: no entraré mas que en las casas de los egipcios, donde no vea teñidos los postes: aquel dia será para vosotros un dia solemne y distinguido, que celebrareis en toda la sucesion de vuestras generaciones, como un dia consagrado al Señor: usareis



Muerte de los Primogénitos de Egipto.

de pan sin levadura por siete días, desde la tarde en que comienza el día quince de este mes, hasta la tarde del día veintiuno. Los hebreos comenzaban á contar el día por la tarde.

El día catorce del mismo mes, que era el día en que Moysés habia hablado á Faraon, y le habia anunciado la muerte de los primogénitos, dijo al pueblo: id, tomad el cordero que habeis preparado cuatro dias ha, é inmoladle esta tarde al Señor, del modo que yo os lo he prevenido. Mojaréis un manojo de hisopo en la sangre del cordero, y rociaréis con ella los postes de la puerta de vuestra casa, y nadie de vosotros ponga el pié fuera de su puerta hasta la mañana; porque el Señor pasará por la noche, y matará los primogénitos de los egipcios, y no permitirá que entre en vuestras casas el ángel exterminador, ejecutor de su venganza. Vosotros observareis estas ceremonias en la sucesion de las generaciones, en el pais que el Señor os ha prometido, y cuando vuestros hijos os pregunten: ¿qué quiere decir esta ceremonia? Vosotros les diréis: ésta es la víctima del paso del Señor, cuando pasó por nuestras casas, en el tiempo que heria á los egipcios. Habiendo oido esto los hijos de Israel, se postraron y adoraron al Señor, y fueron á ejecutar lo que Moysés y Aron les habian mandado de su parte.

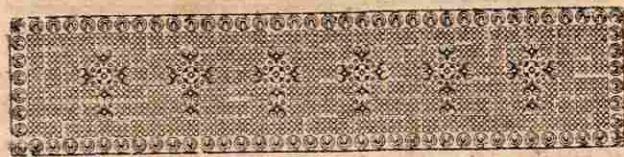
Hacia el medio de la noche el Señor hirió de muerte á los primogénitos de los egipcios, desde el primogénito de Faraon, que estaba sentado en el trono, has-

ta el primogénito de la muger cautiva que estaba en la prision, y hasta el primogénito de los animales. Entónces se levantó un gran grito en todo el Egipto, porque no habia casa alguna en que no hubiese un difunto. Habiéndose levantado Faraon con todos sus criados, mandó llamar á Moysés y Aron: id, les dijo, salid cuanto ántes de en medio de mi pueblo; vosotros y todos los hijos de Israel, marchad á hacer vuestros sacrificios al Señor vuestros Dios: tomad con vosotros vuestros rebaños, y rogad por mí; y los egipcios apretaban á los hebreos para que saliesen, diciendo: nosotros moriremos todos. Esta salida fué tan precipitada, que los israelitas no tuvieron tiempo de amasar su harina y llevar pan: se contentaron con llevar harina en su equipage, cargándola sobre sus espaldas: tomaron prestados de los egipcios vasos de oro y plata, como el Señor lo habia mandado, y se fueron cargados de las riquezas de que habian despojado á los egipcios.



DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

Calles de Egipto de los Holmiers.



CAPÍTULO XXIX.

SALIDA DE ISRAEL DE EGIPTO, MAR ROJO, POESIA, CANTICO.

Habiendo salido de Ramesés, donde estaba designada la concurrencia de todo el ejército, marcharon en derecha á Socoth. Eran en número seiscientos mil hombres de á pié, sin contar los niños: una multitud de gentes en desórden se juntaron á ellos, llevando sus ganados, y todos sus rebaños.

Peró habiendo salido así los israelitas del Egipto, no quiso Dios llevarlos en derecha á la tierra de Canaam por el pais de los filisteos, que está vecino y confinante á Egipto, porque no llegasen á arrepentirse de su salida, si veian luego levantarse guerras contra ellos, y se volviesen á Egipto; mas les hizo tomar un largo ro-

deo por el camino del desierto de la Arabia Petrea costeando el mar Rojo. Marchaban en orden de batalla, y no como fugitivos; y Moisés llevó consigo el ataud con los huesos de José, así como este patriarca lo había hecho prometer ántes de su muerte á los hijos de Israel. Se cree que los capitanes de las tribus llevaban consigo cada uno el cuerpo de su patriarca; y S. Esteban en los Actos apostólicos dice con bastante claridad, que todos ellos fueron enterrados en Sichen.

El ejército de Israel partió de Socoth, y fué á Etham el segundo día de su marcha, y de su salida: se adelantaron hácia la Arabia desierta con la intencion de pasar hácia la punta del mar Rojo, para ir de allí al monte Sinai; pero el día siguiente mandó Dios á Moisés que hiciese al pueblo tomar otro camino y marchar de Etham á Phihahiroth, que está entre Magdalo, y el mar, enfrente de Beelsephon.

Pero el Señor desde Ramesés, segun algunos, ó desde Socoth, segun otros, ó solo desde Etham, segun la mayor parte, dió á los israelitas una columna de nube, clara por la noche y oscura por el día, para guiarlos en todo su camino. Los precedia por la noche en forma de un vasto meteoro inflamado, que los alumbraba; y por el día en forma de una niebla espesa, ó de una nube oscura, que los defendia de los rayos ardientes del sol. Los acompañó desde su salida de Egipto hasta la muerte de Aron, ó aun hasta su entrada en la tierra de promision. Ella servia de señal á los israelitas cuando debian acampar ó levantar el campo:

donde ella se paraba, se paraba el pueblo, y marchaba por donde ella le llevaba; y esta era la prenda mas sensible de la presencia y proteccion del Señor.

Otra razon que había hecho que el Señor diera orden á los israelitas de volver del camino derecho de Etham á Sinai, para llevarlos á Beelsephon, era que Faraon se había de arrepentir del permiso que les había dado de irse de Egipto, y los había de perseguir en su ida, imaginándose que los hallaria oprimidos de cansancio en los montes y desiertos, y que fácilmente los obligaria á volver al pais; pero Dios queria castigar el endurecimiento y orgullo de Faraon: queria hacer que resplandeciese su gloria en la destruccion de este príncipe, y de todo su ejército. Permió pues, que el corazon de Faraon y de sus oficiales se mudase, respecto de los hebreos; y se dijeron unos á otros: ¿en qué hemos pensado para dejar irse á Israel, y darle la libertad? Luego pusieron los caballos en los carros de guerra, y comenzaron á perseguir al pueblo de Dios. El ejército del rey se componia de seiscientos carros, y de todos los socorros que se pudieron sacar del Egipto, añadiendo los que suministraron los gefes militares, y los particulares de la nacion. Se dieron tanta prisa, que hallaron á los hebreos cerca del mar Rojo, en Phihahiroth, donde estaban acampados.

Habiendo los hebreos visto el ejército de Faraon acampado enfrente, se atemorizaron, y dijeron á Moisés: sin duda en Egipto nos faltaban sepulturas; por eso nos habeis traído á este desierto, para que aquí perezcamos.

¿Qué necesidad había de sacarnos de Egipto? Mejor nos hubiera sido permanecer como estábamos, que venir á morir en esta soledad. Moisés los confortó, y les dijo: que ésta seria la última vez que verian á los egipcios: que el Señor pelearia por ellos; que viviesen sosegados. En efecto, el Señor dijo á Moisés: ¿por qué levantas á mi tu voz? Dirás á los hijos de Israel que marchen: levanta tu mano, y extiende tu vara sobre el mar, y separa las aguas, para que los hijos de Israel pasen á pié enjuto por medio de su fondo: Faraon querrá perseguiros en él: mas yo sacaré mi gloria de su destruccion, y de la de todo su ejército. Entonces el Angel del Señor, que llevaba la nube de que hemos hablado, dejó la frente del ejército de Israel, y fué á ponerse á su retaguardia para cubrirle contra Faraon.

Moisés extendió pues la vara milagrosa, y el Señor dividió las aguas del mar, é hizo que soprase toda la noche un viento abrasador é impetuoso, que desecó el fondo. Estando así dividida el agua, los hijos de Israel entraron en medio del mar, teniendo las aguas levantadas como dos paredes á la derecha y á la izquierda. Habiendo en fin notado los egipcios que los hebreos habian levantado el campo, y viendo que la nube que los cubria se metia con ellos en el mar, los persiguieron, y entraron también en medio de la vasta abertura que el mar dejaba seca. Todo el ejército egipcio, sus tropas de á caballo y sus carros habian ya entrado en el mar, cuando el Señor hacía la punta del dia hizo

levantar contra ellos una tempestad acompañada de truenos, relámpagos, de una violenta lluvia y de vientos impetuosos que destruyeron los carros, y gente de á caballo, y al levantar Moisés su vara sobre el mar se descargaron sobre ellos las aguas del mar, que el poder de Dios habia suspendido hasta entónces á favor de los hebreos. Así todo este ejército fué sepultado debajo de las olas, sin que uno solo escapase. Algunos han sostenido que Faraon solo escapó de esta desgracia; pero Moisés dice expresamente lo contrario. Asegura que no volvió uno siquiera. Los cadáveres de los egipcios fueron arrojados por las olas á las orillas del mar; y los hebreos se aprovecharon de los despojos de este grande ejército.

El pueblo de Jacob salido habia
De Ramesés con el placer mas vivo,
Viéndose léjos del monarca altivo
Y viendo rota su cadena impía.

Los viejos besan á sus hijos tiernos,
Estos abrazan á sus buenos padres,
Las doncellas les dicen á sus madres:
Por fin ya libres conseguimos vernos.

Rodaba el cielo cóncavo, y rodaba
El magnífico sol para el poniente,
Quernaba el soplo de huracán vehemente,
Cual si fuera vapor de roja lava.

Estaba el pueblo ya sobre el mar Rojo,
 Cuando volvió los ojos al desierto,
 Y viendo á los egipcios quedó yerto
 Y víctima creyóse de su enojo.

Del ejército grande el polvo miran
 Que en remolinos por el aire sube,
 Y al ver que viene la anchurosa nube
 Tiemblan las tribus y en desórden giran.

Ya se oye la confusa gritería
 Del enemigo que veloz se acerca:
 ¡Ay! ¡que los carros ya se ven de cerca,
 Y de cerca se ve la infantería!

Ya se oye el galopar de sus corceles
 Que avanzan con ardor, y los bufidos
 De las yeguas de Arabia, y los mugidos
 De Apis su dios ceñido de laureles.

¿Quién es aquel de reluciente cota,
 De ropage magnífico de grana,
 De armas brillantes, juventud lozana,
 Casco bruñido, y blanca la garzota?

Negros caballos con la crin flotante,
 Grandes, soberbios, de ademan bizarro,
 Tiran gloriosos su dorado carro
 Y van á toda rienda por delante.

Es el monarca: escolta polvórosa
 En ruidoso tropel lo va siguiendo:
 De sus caballos y armas al estruendo
 De vanagloria el bárbaro rebosa.

¡Congoja amarga, amargo desconcierto
 Para Judá que mira allí su tumba!
 Delante de sus piés el mar retumba,
 A la izquierda y derecha está el desierto.

„¡Caudillo de las tribus! las edades
 „Gemirán al recuerdo de este día.
 „¿Sepulcros en Heliópolis no había?
 „¿Por qué morir en vastas soledades?”

„Mejor nos fuera, orillas del gran río
 „Alzar palacios, y cavar canales,
 „Que perecer en estos arenales
 „Entre las manos del egipcio impío.”

„¡Hijos del padre Abram! valor y esfuerzo,
 Dijo Moisés, la mano Omnipotente
 „Hará desaparecer toda esa gente,
 „Como las hojas que arrebató el cierzo.”

Dijo, y el ángel que en su nube envuelto
 Caminaba del pueblo á la vanguardia,
 De un paso colocóse á retaguardia,
 Como que á todo estaba ya resuelto.

Moisés la vara sobre el mar levanta
 Y el mar abrióse con terrible estruendo:
 El abismo descúbrese tremendo
 Jamas hollado por humana planta.

¿Quién es el fuerte que rompió las ondas
 Y por medio del agua abrió camino?
 ¿Quién las suspende con poder divino
 Dejando secas las arenas hondas?

¿Quién sino aquel Señor que en sus enojos
Al relámpago llama, y obedece,
Que enciende el rayo cuando le parece
Que apaga el sol al brillo de sus ojos?

¿Quién sino aquel que en el inmenso cielo
Hace rodar sus infinitos mundos,
A quienes ni los sabios mas profundos
Pueden seguir en su incansable vuelo?

El anciano Moisés bajó el primero
Con firme paso al tenebroso abismo,
Síguele Aron con inclito heroísmo
Y el pueblo marcha por aquel sendero.

Las gentes silenciosas, entre tanto
En las profundidades solitarias,
Hacen al cielo timidas plegarias
Lloroso el rostro, y pálido de espanto.

„Volad, el rey gritó, los fugitivos
„Caigan al golpe del ardiente acero,
„Y los que escapen del rigor primero
„Vuelvan á Tanis otra vez cautivos.”

Dijo, y la tropa en órden de batalla
Entra en el mar que encadenado ruge:
El armamento en las tinieblas cruge:
Calla el infante, y el ginete calla.

Huye, hijo de Jehová, que ya insolente
El Faraon cual tempestad avanza
Al fondo del abismo, y ya te alcanza
Entre espantosa multitud de gente.

El ángel que escuchó no muy distante
El ruido de los carros y corceles,
Volvió la cara, y viendo á los infieles
Con rostro airado se paró delante.

Al trueno de su voz tembló la tierra,
Y en lluvias el nublado se desata,
Como el agua de inmensa catarata
Que se despeña de fragosa sierra.

En esta noche lóbrega y tremenda
Los cárdenos relámpagos relumbran,
Ruedan los rayos que la mar alumbran
Y brama el viento en la funesta senda.

¡Ay que el monarca desmayarse siente!
Y sus caballos despreciando el freno,
Arrancan espantados con el trueno,
Y estrellan la carroza reluciente.

¡Cuánta desolacion en los soldados!
¡Y qué terror! Legiones con legiones,
Carros con carros chocan, y bridones
Con bridones se mezclan asustados.

Firme el caudillo alzó la fuerte mano
Sobre el pesado mar, y el mar revienta
Y se desploma como gran tormenta
Encima de las tropas del tirano.

Las olas en ruidoso remolino
Envuelven al caballo y caballero,
Y al que tira la flecha, y al hondero,
Y al rey con peto, y casco diamantino.

Echan fuera las aguas entre espumas
 Las espadas, las picas, los escudos,
 Los fuertes cuerpos de guerreros mudos
 Y sus morriones de flotantes plumas.
 También tú, ó rey, cubierto con tu malla
 Tendido estás, helado y sin aliento
 Espuesto al agua, y al calor y al viento
 Junto con tus caballos de batalla.

¿En dónde están tus bravos escuadrones
 Y tu hirviente y atroz infantería?
 Duermen el sueño de la muerte umbría
 Al lado de sus lanzas y pendones.
 Cuando pasare el árabe salvaje
 Detras de sus pacientes dromedarios,
 Aquí hollarán tus huesos solitarios
 Aquí hollarán tu espléndido plumage.

Después de estos sucesos terribles, Moisés y los hijos de Israel entonaron al Señor el himno siguiente.

„Cantemos alabanzas al Señor, porque ha hecho brillar su gloria y grandeza, y ha precipitado en el mar al caballo y al caballero.

El Señor es la fortaleza mía, y el objeto de mis alabanzas, porque él ha sido mi Salvador: Este es mi Dios, y yo publicaré su gloria: el Dios de mis padres, á quien he de ensalzar.

El Señor *se ha aparecido* como un valiente campeon: Es su nombre el Omnipotente.

A los carros de Pharaon y á su ejército los ha pre-

cipitado al mar: sus mejores capitanes han sido sumergidos en el mar Rojo.

Sepultados quedan en los abismos: hundiéronse como una piedra hasta lo *mas* profundo.

Tu diestra ¡oh Señor! ha demostrado su soberana fortaleza: Tu diestra ¡oh Señor! *es la que* ha herido al enemigo *de tu pueblo*.

Y con la grandeza de tu gloria y *poderío* has derribado á tus adversarios. Enviaste *los instrumentos de tu cólera*, la cual los ha devorado como *el fuego* á una paja.

Al soplo de tu furor se amontonaron las aguas: paróse la ola que iba corriendo: cuajáronse en medio del mar los abismos de las aguas.

Iré tras ellos, habia dicho el enemigo, y los alcanzaré: partiré los despojos, y se hartará mi alma: desenvainaré mi espada, y los matará mi mano.

Sopló tu espíritu ¡oh Señor! y el mar los anegó: hundiéronse como plomo en aguas impetuosas.

¿Quién hay entre los fuertes á tí semejante, oh Señor? ¿Quién hay semejante á tí, tan grande en santidad: terrible, y digno de alabanza, y obrador de prodigios?

Extendiste tu mano, y la tierra los tragó.

Por tu misericordia te has hecho el caudillo del pueblo que redimiste, y le has conducido á fuerza de tu poder á tu santa morada.

Se levantaron los pueblos, y montaron en cólera: quedaron penetrados de grande *ira* y dolor los habitantes de la Palestina.

Conturbáronse los príncipes de Edon: los valientes de Moab se estremecieron, y quedáronse yertos los moradores todos de Chanaan.

Caiga de recio sobre ellos el terror y espanto, á vista del gran poder de tu brazo: queden inmóviles como una piedra, en tanto que pasa ¡oh Señor! tu pueblo; hasta que pase este pueblo tuyo que tú has adquirido.

A estos hijos tuyos tú los introducirás, y establecerás ¡oh Señor! sobre el monte de tu herencia, sobre esa firmísima morada tuya, que tú te has fabricado: en *Sion* ¡oh Señor! santuario tuyo, que han fundado tus manos.

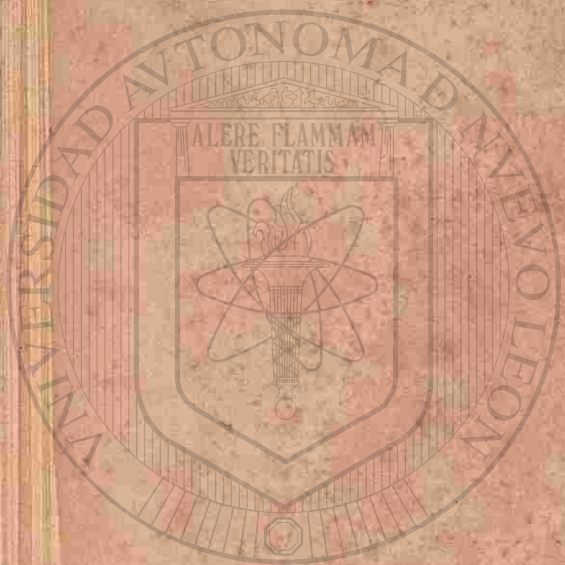
El Señor reinará eternamente, y mas allá de todos los siglos.

Porque Pharaon entró á caballo en el mar, con sus carros, y caballería, y el Señor replegó sobre ellos las aguas del mar: mas los hijos de Israel pasaron por medio de él á pié enxuto."

Mientras que Moysés al frente de los hombres cantaba este cántico, María, su hermana, al frente de las mugeres, comenzó por su parte con panderos y címbalos á hacer corros y danzas, cantando el mismo cántico de victoria. Al salir del mar se encontraron en el desierto de Sur, y caminaron en él por espacio de tres dias sin hallar agua para beber; porque siendo nitroso todo este terreno, no produce mas que aguas acres y salobres, de que ni aun los animales pueden beber.



Paso del mar Rojo.



CAPITULO XXX.

MARA.—ELIM.—RAPIDIM.—SINAI.—POESIA.

HABIENDO llegado á Mara, como el pueblo no hubiese podido encontrar agua con que refrescarse, comenzó á murmurar, y levantarse contra Moysés. Pero Moysés se dirigió al Señor, que le manifestó cierto palo, que echado en el agua, la quitó su amargura.

De Mara fueron los hebreos á Elim donde encontraron doce fuentes de agua dulce, y setenta palmas. Estrabon habla de un bosque de palmas en aquella tierra, que dista cinco días de camino de Jericó. Los habitantes de aquellos lugares ven con veneracion aquel sitio, por sus muchos manantiales de agua, cosa que hace

gran contraste con la aridez de los alrededores que son extremadamente secos.

Salidos de Elim los judíos, fueron al desierto de Sin, en donde faltándoles los víveres, renovó el pueblo sus quejas contra Moysés y Aron, diciendo que mas les valia haber muerto en Egipto entre la abundancia de pan y carne que padecer las incomodidades del camino; despues de manifestarles Moysés y Aron que aquellas quejas mas eran contra Dios que los habia sacado de Egipto que contra ellos, les prometieron de parte del Señor darles de comer carne aquella misma tarde, y panes la mañana siguiente. Y para que les diesen crédito se presentó una luz extraordinaria en la columna de nube, prodigio que testificaba la presencia de Dios, su poder y benignidad para con el pueblo.

La tarde del mismo día sopló un viento, y trajo una inmensa multitud de codornices á los reales de los hebreos. Es verdad que en la primavera que era el tiempo en que se presentó este suceso, acostumbran las codornices pasar del Asia á la Europa, y bajan hácia la costa del mar Rojo, y así no era cosa extraña que se hubiesen posado aquellas aves en el campamento; pero el ser traídas en la tarde precisa de aquel día señalado, á lugar fijo y en tanto número que bastasen á dar de comer á casi dos millones de personas, no pudo suceder sino por un milagro.

La mañana del día siguiente, como lo ofreció Moysés, cayó una especie de granito que en la figura y color se parecia al cilantro, y se asemejaba á las gotas he-

ladas que suele haber en las hojas de las plantas. Viendo los judíos que por todas partes blanqueaba la tierra alrededor de las tiendas, pasmados de la novedad se decian unos á otros: ¿qué era aquello? á lo que les contestó Moysés: Ese es el pan que el Señor os ha dado para comer. Oido esto, se esparcieron todos por los reales y se pusieron á coger aquellos granos; pero el caudillo les mandó á nombre del Señor que el maná que cogiesen cada día para cada persona no excediese la medida de un *gomor*, y que no guardasen nada de él para el otro día, excepto el viénes, en el cual debian coger dos *gomores*, por cuanto el sábado no habia de llover el maná. Este pan es de un sabor exquisito, y segun la Escritura se acomodaba al gusto de todos, lo que al parecer se entiende de los justos.

Del desierto de Sin pasaron los hebreos á Dafear, á Aluz y luego á Rafidim donde viéndose faltos de agua, volvieron á sus quejas contra su caudillo, y faltó poco para que lo apedreasen. Para calmar la sedicion, fué Moysés por orden del Señor al monte Oreb, y allí hirió con la vara un peñasco, del cual saltó agua sobradísima para apagar la sed de todo el pueblo. Este peñasco dista como mil quinientas varas de Sinai.

A los cuarenta y nueve dias de la salida de Egipto llegaron los hebreos á la falda del monte Sinai, donde Dios habia de escribir la ley, y se habian de poner los fundamentos de la república israelítica. Habiendo subido Moysés á la cima del monte, le trajo Dios á la memoria los prodigios terribles que habia hecho

en favor de su pueblo, y le mandó le dijese, que por su parte estaba pronto á hacer un pacto solemne por el cual recibiria á los hebreos por su pueblo con preferencia á todas las naciones de la tierra; pero con la condicion que ellos por su parte se habiau de obligar á guardar todos los preceptos y leyes del pacto que se propondrian dentro de pronto. Luego que bajó Moysés á la falda del monte, espuso al pueblo su mision, y habiendo convenido este en las condiciones del pacto, volvióse al monte para dar cuenta al Señor de su embajada.

Ya habia amanecido el dia cincuenta y dos despues de la salida de Egipto, cuando el repentino estruendo de los truenos, la luz vivísima de los relámpagos, y una nube que cubria la cima del monte, de la cual salia una llama mezclada con humo, y un terrible sonido como de trompetas, daban á entender claramente que estaba allí el Señor. Entónces Moysés acompañado del pueblo fué á la falda del monte hasta ciertos límites prescritos: llamado de allí por Dios subió á la cima del Sinai, de donde se le ordenó bajar otra vez, para volver á intimar al pueblo que no se acercase mas. Entónces Moysés acompañado de Aron subió de nuevo al monte que estaba echando llamas, y se oyó una voz clara como de un gran trueno con la que llamó el Señor la atencion del pueblo y promulgó la ley.

EL MONTE SINAI.

El sensible Jehová, que compasivo
Mostró en Belen un corazon tan blando,
Y en el lóbrego huerto suspirando,
Por los hombres oró bajo el olivo:

Aquel Señor que de una cruz pendiente
De dolor agoniza y de congoja,
Que con sangre y sudor el monte moja,
Y muere como víctima inocente:

Para dar en las vastas soledades
Sus leyes á Judá, bajó tremendo,
Volando entre tiniebla y fuego horrendo,
Como vuelan las negras tempestades.

Al pasar el Señor, quedaron mudas
Las olas del mar Rojo, y la ballena
Huyendo baja á la profunda arena
Para esconderse entre las peñas rudas.

Los ojos de Jehová relampaguean
Tremendamente, y su carroza ardiendo,
De lo alto se despeña con estruendo,
Y sus ejes y ruedas contellean.

Le acompañan las nubes tenebrosas,
Bramando le precede el torbellino,
Y girando en inmenso remolino
Le siguen las tormentas estruendosas.

Llegando al monte, el monte se deprime,
Y su ancho fundamento se estremece,
Una sombra terrible lo oscurece. . . .
Sigue un momento de estupor sublime.

Mas súbito el relámpago relumbra
Mil veces y otras mil: la llama viva
Brilla del Sínai en la cumbre altiva,
Y entrambos mares y el desierto alumbra.

Uno tras otro el trueno se sucede,
Uno tras otro lo repite el eco;
Tiembla el Oreb al estallido seco,
Tiembla espantado el pueblo, y retrocede.

Habló el Señor, y aquella voz severa
Resuena como el mar alborotado:
Dictale leyes á su pueblo amado;
¡Pueblo feliz, si á su Señor temiera!

„Ama, le dice, al Hacedor inmenso,
„Y dobla en su presencia la rodilla,
„Sirvele fiel con voluntad sencilla,
„Y en el altar le ofrecerás incienso.

„No adores á los dioses impotentes
„Que la mano labró del estatuario,
„Pues el sagrado olor del incensario
„Me lo deben á mi todas las gentes.”

„No jures por Jehová, ni por sus leyes,
„Ni por la tierra, ó por la mar undosa:
„En quieta calma el sábadó reposa
„Con tus hijos, tus siervos y tus bueyes.”

„Honra á tus padres con piedad sagrada
„Y llegarás á respetable anciano;
„Jamás oprimas á tu pobre hermano,
„Nunca en su sangre teñirás la espada.”

„Jamás profanes tu inocente lecho
„En los brazos de lúbrica molicie,
„Ni el oro ageno alguna vez codicie
„Ese tu noble y generoso pecho.”

„Cándida la verdad póse en tu labio
„Como en el lirio azul la mariposa:
„No tiendas redes á la agena esposa;
„¡Ay del autor de semejante agravio!”

Dijo, y la tempestad sigue entre tanto,
Y agita ronco el aquilon las nubes:
Con sus alas se cubren los querubes
A cada trueno pálidos de espanto.

El abrasado Sínai parecia
Altísima pirámide de lumbre:
Negros celages vagan por su cumbre
Como las olas de la mar sombría.

Asustada retirase la gente
Del monte oscuro que terrible humea;
Solo Moisés, miéntras la llama ondea,
Con el Señor conversa frente á frente.





CAPÍTULO XXXI.

GERAMB EN SUEZ, Y EN EL DESIERTO.

ES muy laudable la curiosidad de los lectores, que despues de haberse impuesto de una historia grande y prodigiosa, mayormente si pertenece á paises muy remotos y edades muy antiguas, quieren saber los pormenores de los lugares en que acontecieron los sucesos, y especialmente las particularidades de su estado actual. Esto nos ha determinado á dar la traduccion de un viage muy moderno en la parte relativa á los sitios en que pasaron los sucesos singulares que acaban de leerse.

La víspera de partir del Cairo, dice Geramb, aun estaba indeciso acerca de mi cabalgadura. „Id en una

yegua del desierto, me decian unos, y os será mas cómodo y suave el viage. No os aventureis, replicaban otros, seria muy penoso para ella soportar fatiga tan larga: preferid el dromedario, porque él es, como dicen los árabes, el *navio del desierto*.” Yo adopté este consejo, pero me quedaba la dificultad de procurarme un dromedario, y que sobre todo, fuera bueno. Sabedor de mi embarazo, el gobernador me ofreció uno de la caballeriza del virey, el que acepté prontamente. Me envió un bello dromedario blanco, ricamente enjaezado, cubierto de una magnífica silla de terciopelo morado y galoneado: llevaba en la pierna el hierro de su Alteza, hierro que visto desde léjos por los beduinos debia hacerme respetable.

En 14 de Febrero se reunió mi caravana en la casa del cónsul de Austria. El oficial que me custodiaba se presentó al cónsul, se inclinó delante de él y llevó sucesivamente la mano á su cabeza, á su barba y á su corazon, y le ofreció prodigarme todo su cuidado, y defenderme aun con peligro de su vida: los otros beduinos hicieron la misma protesta. Apenas monté en mi dromedario, me admiré de verme tan alto. Salí del Cairo por la puerta de la Victoria, sobre la cual se lee esta inscripcion: „Solo Dios es Dios; Mahoma es el apóstol de Dios, y Alí el amigo de Dios. La gracia divina esté con entrambos.

Mirando á lo léjos descubrí á la izquierda el obelisco de Heliópolis, que me recordó el sicómoro venerable que está junto á él, y que me ocultaban los

árboles que lo rodean. Pedí á la Santa Familia que descansó á su sombra, que bendijera mi viage: invoqué asimismo, en la efusion de mi corazon, á los santos para que intercedieran por mi salvador.

Poco á poco fueron desapareciendo las poblaciones, hasta que mi vista, á cualquiera lado que se dirigiera, no encontró ya mas que una llanura inmensa, desnuda y estéril; en una palabra, el desierto. Una cosa me admiraba, y era encontrar á cada paso maderas petrificadas; y era tanto mayor mi sorpresa, cuanto que yo no sé que haya habido jamas bosques por allí.

Había salido yo del Cairo un poco tarde, y á las cinco horas de caminar, me hizo parar la noche, y ademas estaba yo muy cansado. Descargaron los camellos, é inmediatamente hice formar mi tienda de campaña, á la que iba á entrar cuando el gefe se me acercó, y señalándome el cielo me preguntó con aire suplicante... no es fácil adivinar la pregunta. Miraba el árabe el firmamento con atencion, donde solo brillaban las estrellas, y á pesar de eso, queria saber de mí si realmente estaba puesto el sol. Lo hubiera tenido yo por loco ó ciego, si mi genizaro no me hubiera recordado que los mamelucos que observan el Ramadan ó cuaresma no comen sino despues de puesto el sol, y si no hubiera añadido que mi árabe observando esa devocion, no se atrevería á comer ántes de estar seguro, por el testimonio ageno, que no se engañaban sus ojos.

En lo posible se procura acampar en un lugar del

desierto en que haya malezas, y se descarga pronto á los camellos, los que apénas se ven libres, se van á buscar un pobre alimento. Si se ve uno precisado á detenerse en lugar enteramente falto de yerbas, tau luego como se fija el sitio, salen algunos de descubierta en varias direcciones, y vuelven mas ó ménos pronto con provision de plantas secas con las que se hace una hoguera: todos se sientan á la redonda para preparar la comida, que por lo comun consiste en galletas sin levadura, hechas con harina y agua. Estas galletas son muy delgadas y se cuecen muy aprisa debajo de ceniza: otros comen arroz, cebollas ó lentejas: acabada la comida, se bebe á veces café, que en el desierto forma las delicias de los árabes. Los camellos tienen un instinto notable para hallar á su amo y el lugar que han dejado: á cierta hora vuelven espontáneamente al sitio donde los descargaron, y por todo alimento comen un puñado de habas.

Antes de salir el sol comieron nuestros beduinos lo que les quedó de la vispera, cargaron los camellos, y partió la caravana al alba, y durante once horas de camino solo encontramos arena, y alguna yerba seca. A la noche nos disponiamos cenar, cuando oí á mi gefe pronunciar en voz alta algunas palabras que creí del Coran, y las repitió tres veces, ceremonia que hizo tambien la vispera, y yo no habia notado. Pregunté á mi genizaro ¿qué era aquello? „Es costumbre ántes de comer, decir en alta voz: el que tenga hambre,

acérquese y coma." Esta práctica nace del espíritu hospitalario de los árabes.

Desperté repentinamente á media noche con un ruido y una luz extraordinaria; salí de mi tienda, y vi no lejos alrededor de una hoguera á mis beduinos orando. Aquel color quemado, aquellas barbas negras, aquellos turbantes blancos detras de los cuales estaban reunidos nuestros camellos, todas estas imágenes cuyo carácter hacia mas expresivo la llama que daba gran claridad hasta mi tienda, aquella actitud de recogimiento, aquellas palabras de religion que interrumpian el silencio de la noche, aquel desierto, aquel cielo puro, aquellas estrellas brillantes de que estaba sembrado, todo concurría á producir en mí una impresion viva y profunda. Contemplé conmovido largo tiempo este cuadro, digno de los mas ilustres pintores: él me recordó la oracion nocturna del monasterio; y afectado dolorosamente del pensamiento de que aquellos hombres eran de los que están sentados á la sombra de la muerte, rogué á Dios que los iluminara, derramando sobre ellos su misericordia.

Partimos al salir el sol, caminando entre colinas de arena que limitaban nuestras miradas á derecha é izquierda. Llegando á dos leguas de Suez, percibimos á corta distancia hácia la izquierda el castillo fortificado de Aschiroud, al sur del cual pasa la gran caravana que va á la Meca. Está situado este castillo en una llanura estéril que atravesamos agobiados de un calor inso-

portable, y desde allí comenzamos á ver á Suez y al mar Rojo, que recuerda los mas grandes prodigios de la proteccion divina á favor del pueblo de Israel.

Los alrededores de Suez presentan una melancolía que es imposible pintar: no se halla una hoja de yerba en muchas leguas en contorno: arena, polvo, piedras, esto es todo.

Por cualquiera lado que se vuelva la vista, todo ofrece un tinte pardo: pardo blanco, pardo subido, pardo algo mas claro, pero siempre pardo. Tiene el mismo aspecto que las cercanías desoladas del mar Muerto. Las rocas son áridas, el aire sin habitantes, todo es sombrío y lúgubre, y nada modera esta tristeza sino la perspectiva del mar, cuyas aguas son de un azul admirable. Lo interior de Suez corresponde á lo exterior: casas mal construidas, y miseria profunda: habitantes medio desnudos, y muchachos desnudos enteramente, los que como los egipcios tienen un color cadavérico y son muy feos, y la infancia, tan bella y tan interesante en casi toda la Europa, es horrorosa en Suez. Allí no se ve árbol ni planta, ni hay mas agua que la que se lleva de otras partes. Los habitantes de aquella poblacion mueren sin haber percibido el olor de una flor, sin haber cortado una fruta, y sin haberse refrescado con el agua limpia de una fuente, pues á distancia de dos leguas se va á traer penosamente la necesaria, y esa es de un gusto salobre, y se bebe con disgusto. Hoy se sabe que Suez es la ciudad antigua que en tiempo de los Ptolomeos se llamaba *Arsinoe* y despues *Cleopatria*.

M. Manoula, agente de la compañía de las Indias, me enseñó la cámara que ocupó Bonaparte, la silla en que se sentó y la mesa en que escribió. Yo posé en esta cámara, me acosté en el divan, me senté en esa silla, y escribí en aquella mesa. Abriendo mi ventana, ví el sitio donde este general, al volver de las *Fuentes de Moisés*, queriendo ahorrarse dos leguas de camino en vez de costear la punta del golfo, atravesó el vado que está cerca de Suez: esto sucedió al anoecer, y la marea creció mucho mas aprisa de lo que se había creído, de modo que á pesar de los guías del país que lo acompañaban, poco le faltó para ahogarse. La oleada que se lo hubiera llevado, le habría ahorrado á la Europa mucha sangre y muchas lágrimas. Pero Bonaparte tenía la misión de castigar á la Europa, culpable de mucho tiempo atras, y por eso no debía él desaparecer así como todo azote, sino hasta que hubo cumplido con su encargo. Apoyado en mi ventana, me parecia ver á este hombre extraordinario en medio de las olas: veía yo á su caballo con las crines blancas, presentando el espacioso pecho á las olas amargas, y haciendo esfuerzos inauditos para llegar á la ribera, mientras que el ginetete, calmado, imperturbable, contando con su fortuna, pensaba en cosas diferentes del peligro que le amenazaba.

¡Cuántas reflexiones me asaltaron durante los pocos momentos que posé en la cámara que este hombre habitó! ¡Qué recuerdos se sucedieron entonces en mi espíritu!

„Con el poder de mi mano hice lo que hice, y con mi sabiduría lo tracé; y he mudado los límites de los pueblos, y despojado sus príncipes, y con el poder que tengo, he derribado á los que estaban en altos puestos.

„Y el poderío de los pueblos fué respecto de mi valor como una nidada de pajarillos; y como se recogen *del nido* los huevos que han sido abandonados, así reuní yo bajo mi poder toda la tierra, y no hubo quien moviese una ala, ni abriese el pico, ni piase.

„¿Pero por ventura se gloriará la segur contra el que corta con ella, ó se ensoberbecerá la sierra contra el que la mueve? *Eso es* como si se levantase la vara contra el que la maneja, ó se envaneciese el baston, que al cabo no es mas que un palo.

„Por esto el soberano Señor de los ejércitos enviará la extenuacion á sus robustos guerreros, y arderá debajo de sus galas una como hoguera de fuego que los consuma.”

Así las palabras de Isaías me repetían lo que yo había visto, y me explicaban el fin trágico del conquistador, quien despues de ser por tanto tiempo la gloria de la Francia, viuda de sus reyes, y el espanto del resto del mundo, murió proscrito, confinado á una roca en medio de los mares, á dos mil leguas de un hijo proclamado rey al salir del seno de su madre, á dos mil leguas de aquellos de quienes fué el héroe, y á dos mil leguas de aquellos de quienes fué el azote, y que no dejó otra cosa suya sino un féretro sobre el cual estuvo pesan-

do la mano de Dios. Penetrado yo de un espanto religioso, me caí de rodillas, y adoré los terribles decretos de aquella justicia divina, para quien no hay obstáculos, que quiebra, si le parece, los tronos y los cetros, que forma y destruye las naciones, y da cuando quiere, y como quiere, el imperio, ó la muerte, la diadema, ó las cadenas.

Salí á las cuatro de la tarde para ir á dormir junto á las *Fuentes de Moisés*, y visitar el sitio donde, segun la tradición conservada en la Arabia desde tiempo inmemorial, y conforme á la opinion de los sabios mas ilustres como Pockoke, Shaw, Sicard, etc. los israelitas perseguidos por Faraon pasaron el mar Rojo. Yo habia dado orden á mi jenizaro de llevar mis bagajes y de aguardarme allí costeano la punta del golfo: mi oficial debia seguirle, pero solo hasta la ribera opuesta á la de Suez, y conducir á ese lugar mi dromedario, y aguardarme allí. Pocos momentos despues me embarqué en un buque: como el viento era favorable, fué pronta la travesía, y encontré á mi oficial y á mi dromedario acostados en la arena.

Entré en la Arabia Petrea, por la que se pasa del Africa al Asia por este lado. Comprende este pais, como se sabe, la lengua de tierra que hay entre los dos golfos del mar Rojo, y se extiende hasta el Oriente del mar Muerto y al Jordan: se le llama Petrea por la muchedumbre de rocas que la cubren. Despues de cinco horas de camino en un terreno pedregoso y desigual, divisamos algunas palmas, que nos hicieron conocer que

estábamos cerca de las *Fuentes de Moisés*. Apenas llegamos á estos árboles, una caravana de beduinos que conducian carbon al Cairo, me rodearon al instante como á un objeto de pura curiosidad: los respetos y homenajes los recibió mi dromedario, porque era del virey.

Al rayar el dia me dirigí á las *Fuentes de Moisés*, de las que no distábamos sino algunos pasos: están situadas en la ribera oriental del golfo en frente del valle del *Extravío*, á cuatro leguas al Sur de Suez: son ocho las fuentes y están rodeadas de unas treinta palmas. Sus aguas son azufrosas, yesosas y de gusto desagradable, pero saludables á los animales, y así se apresuraron nuestros camellos á beberlas. Es grande su utilidad para las caravanas, que siempre han hecho paradas allí. Estas fuentes deben sin duda alguna su nombre al gran legislador de los hebreos, quien atravesó el mar Rojo en frente de estos manantiales.

Despues de haberlos visitado, tomé el camino de aquel mar, sobre el cual comenzaba á esparcir sus primeros rayos el sol.

Estaba yo frente á frente del lugar donde „extendió, Moisés la mano sobre el mar, abrióle el Señor por en medio, y soplando toda la noche un viento recio y abrasador, le dejó en seco, y las aguas quedaron divididas.”

„Con lo que los hijos de Isráel entraron por medio del mar en seco; teniendo las aguas como por muro á derecha é izquierda.”

„Entonces dijo el Señor á Moysés: extiende tu mano sobre el mar, para que se reunan las aguas sobre los egipcios, sobre sus carros y caballos.”

„Luego que Moysés extendió la mano sobre el mar, se volvió éste á su sitio al rayar el alba; y huyendo los egipcios, las aguas los sobrecogieron, y el Señor los envolvió en medio de las olas.”

„Así las aguas vueltas á su curso, sumergieron los carros, y la caballería de todo el ejército de Pharaon, que habia entrado en el mar en seguimiento de Israel: ni uno siquiera se salvó.”

¿Cómo podré explicar lo que pasó en mi alma al leer las Santas Escrituras, á la vista de este teatro, siempre memorable, de la infinita bondad de Dios para con Israel, y de su terrible justicia contra sus enemigos? Me parecia estar presenciando el doble espectáculo de la libertad de todo un pueblo perseguido al salir de Egipto, y atravesando el mar á pié enjuto bajo la protección de un brazo alto y poderoso, y del espantoso castigo de todo un pueblo perseguidor que se endurecia mas y mas á los golpes de la venganza divina, y que se abismaba ciegamente en las olas. Yo escuché el grito de desesperacion que Faraon dió á su ejército: „Huyamos, huyamos de Israel: el Señor combate por él contra nosotros.”

Estas palabras de Dios: „Sabrán los egipcios que yo soy el Señor,” resonaban en el fondo de mis entrañas y producian en mí un estremecimiento religioso.

Veja yo á este mar, y á esta ribera cubierta de frag-

mentos y de cadáveres, y delante de estos cadáveres y de estos fragmentos, á los padres, á las mugeres y á los hijos que contemplan pasmados y con ojos tristes á sus egipcios muertos, y reconocen la fuerza del brazo de aquel cuyo nombre es el Todopoderoso. Yo estaba como Israel sobrecogido de terror, y proclamé mi fé al Señor y á su siervo Moysés, y mezclándose al terror los sentimientos mas profundos de admiracion y de amor, quise que la ribera, que tres mil años ántes habia oido el cántico de reconocimiento de Moysés y de su pueblo, escuchara mi voz repitiendo el mismo cántico.

¿Cómo se ensancha el alma, cómo se eleva sobre los pensamientos vanos y las débiles objeciones de los filósofos; en esta tierra de milagros, donde, aun en una nacion infiel se conservan las tradiciones de las terribles venganzas del Señor! No es este el lugar de discurrir sobre las reflexiones que la incredulidad opone á los libros santos, para suscitar á lo ménos algunas dudas acerca de la naturaleza de un prodigio de que fueron testigos millones de personas, de un prodigio testificado con monumentos numerosos, con las ceremonias religiosas y anuales de todo un pueblo cuyos descendientes viven todavía, prodigio celebrado, recordado de edad en edad por los escritores, por los profetas y por los reyes á las generaciones contemporáneas, y sin el cual seria inexplicable la historia de los hebreos y su libertad. La mala fé de la mayor parte de los enemigos de la religion no puede contras-

tar la masa imponente de hechos que están ligados con este, y que sirven para evidenciar la verdad: en su impotencia la filosofía se ha visto reducida á buscar la explicacion en una causa puramente natural. Segun ella, el flujo del mar salvó á unos, y el reflujo sumergió á los otros en el abismo de las aguas: como si el flujo y reflujo pudieran obedecer á una mano extendida sobre las aguas, como si ellos separaran las aguas de ambos lados, y así las contuvieran, y las *condensaran como murallas en medio de la mar*; como si fuera posible suponer, que Israel supo, y que Faraon, sus generales, oficiales, ministros, sacerdotes y sabios, eran todos tan imbéciles que ignoraron lo que saben los hombres mas ignorantes, y aun los niños que habitan las costas marítimas: como si el movimiento sucesivo de las aguas durante el flujo y reflujo no hubiera dado tiempo de retirarse y sustrarse de ellas á la mayor parte de los que habian tenido la temeridad de meterse en el lecho del mar. Esta experiencia la hice yo mismo en Suez en compañía de M. Manuola. Durante el flujo nos adelantamos cuando ménos hasta quinientos pasos dentro de la playa en busca de conchas, y nos convencimos que por pronto que suba la mar, las gentes, aun las de á pié, tendrían tiempo para tomar tierra aunque estuvieran mas léjos que nosotros de la ribera.

Estaba yo en el mismo desierto por donde pasó todo Israel, y aun puedo decir que caminaba sobre las huellas de sus piés. Este dia y los siguientes casi siempre, con la Biblia en la mano, recorrí uno á uno

los diversos prodigios con que el Señor habia guiado, alimentado, vestido y conservado la inmensa muchedumbre que conducia su siervo: aquella columna de nube, luminosa de noche, sombría de dia, que preservaba á todo un pueblo de los ardores de un sol abrasador, y señalando á la noche la hora y lugar de acampar: aquel maná que caía del cielo todas las mañanas, ménos el sábado, para alimentar á todos: aquellos vestidos que no rompía ni el tiempo ni la fatiga: aquellas aguas que á las oraciones de Moysés se hicieron potables perdiendo su amargura. Era para mí esta larga serie de milagros como un pensamiento habitual que me acompañó hasta el Sinaí.

Caminamos nueve horas sin ver la menor vegetacion: teníamos al Oriente montañas áridas, y al Poniente el mar Rojo. En el curso del dia encontramos una cantidad considerable de talcos en el camino, el que parecia estar sembrado de diamantes, ó de fragmentos de espejos. Era tal el brillo que reflejaba de los rayos solares, que me veía yo precisado á cerrar frecuentemente los ojos para no molestarme. Recogí algunos muy hermosos.

El dia 20 desperté ántes de la alba, salí de mi tienda y me senté á su puerta. Mis beduinos dormían cerca de mí, acostados alrededor de unos carbones medio apagados: al menor ruido levantaban los camellos la cabeza, pero se quedaban reposando sobre la arena: todo estaba en silencio. Era miércoles de ceniza, dia que consagra la iglesia especialmente para re-

cordar á los fieles el anatema pronunciado contra el primer hombre despues del pecado. Recogí un poco de polvo del desierto, y con él marqué mi frente, diciéndome: *Acuérdate hombre, que eres polvo, y en polvo te convertirás.* Al otro día caminamos desde la mañana hasta la noche entre montañas y colinas calizas de desigual altura, que forman un inmenso anfiteatro: á lo lejos otras montañas cuyas cumbres mucho mas elevadas se pierden en las nubes, limitaban el horizonte: unas parecían entreabiertas, otras quebradas, y derribadas como por un terremoto, en fin, era aquello un caos de montes, de colinas, de peñascos, de piedras unas sobre otras, y en ninguna parte una hoja de yerba, ni el menor indicio de vegetacion.

A eso de las cuatro vimos cerca de nosotros revolotear un pájaro: la vista de un pájaro en todas partes, es poca cosa, y aun es indiferente, pero en el desierto, y sobre todo, en un desierto del todo pelado, seco y estéril, donde nada anuncia la vida, es preciso haberlo experimentado, para formarse una idea del encanto particular que se siente con semejante encuentro.

Los utensilios de las tribus de los beduinos son tan sencillos como sus trages: consisten en una tienda de un tejido de lana parda que los mismos beduinos tejen, algunos morteros para moler el trigo, unas cafeteras, un instrumento para tostar el café, un mortero de barro cocido para quebrantarlo y un caldero, á todo lo cual añaden las gentes mas acomodadas cierto número de

sacos de lana para trasportar el carbon, artículo de su comercio. A excepcion de raros y pequeños terrenos cercados de malas tapias, no hay propiedades en las penínsulas del Sinai. Uno ó mas camellos, algunas cabras y carneros forman toda la fortuna de una familia árabe. Cada tribu se esparsa en un terreno que no está ocupado por otra, y allí vive con su ganado, hace su carbon y permanece todo el tiempo que la tierra le da lo necesario para vivir. Se mide la riqueza por el número de camellos, y es pobre el que no los tiene: los ganados están mezclados frecuentemente: las tiendas se que dan abiertas: cuidan mucho los árabes de inspirar á sus hijos desde chicos un gran horror al robo, y lo castigan severamente. Una muger infiel, una doncella que pierde su honor, así como un ladrón, son castigados de muerte; pero no es pública la ejecucion, sino que el esposo ó el padre acompaña de algunos parientes llevan al culpable al despoblado de una montaña, donde le imponen la pena. El carácter general de estas tribus es el amor á la independencia: tienen cierto orgullo y sentimientos sublimes. La hospitalidad que les es tan grata, la usan aun con sus enemigos: desdeñan los títulos vanos, y el único que aprecian es el título de padre, y cuando tienen un hijo agregan el nombre de este al suyo.

Si por un lado el padre es muy amoroso para con sus hijos, de otro nada iguala el respeto de los hijos al autor de sus días. Entre los que me acompañan hay dos beduinos casados y padres de familia,

Son excelentes sugetos, y yo me complazco en recompensarles con algunos regalos sus buenos servicios: ni uno ni otro han recibido el menor presente, sin alzar los ojos al cielo, y sin decir: „Esto será para nuestra buena madre.”

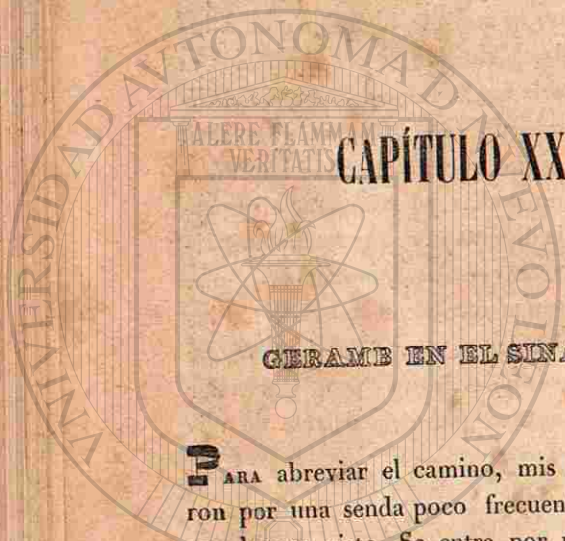
A los diez días de haber salido del Cairo, y á eso de la una y media de la tarde habiendo llegado á la meseta de una colina, percibí por fin la cumbre augusta del monte Sinai, término de mi peregrinacion. Inmediatamente eché pié á tierra, y religiosamente prosternado, adoré con todas las fuerzas de mi alma al Ser, que bajó allí rodeado de fuego para *hablar á la casa de Jacob, y anunciar su ley á los hijos de Israel.*

Muchas veces me he visto en la precision de decir que en ciertas circunstancias de la vida, en ciertas situaciones, se vuelven las sensaciones tan vivas y las impresiones tan profundas, que el lenguaje humano no halla palabras para pintarlas. He tenido la prueba de ello á la vista de Jerusalem, al subir al Calvario, al entrar en la tumba del Salvador, en la gruta de Belen, y por último, á la presencia de la montaña sagrada del Sinai. Estábamos todavía á distancia de seis leguas, y como era imposible llegar aquel dia, hice alto mas temprano que de ordinario. Pero en vez de ir á reposar á mi tienda, entregado enteramente á los recuerdos del Sinai, me quedé largo rato contemplándolo, mientras llegaba la hora en que pudiera estampar mi frente en el polvo de sus rocas.

Pasé una parte de la noche en leer el Exodo: siem-

pre he admirado los recitados de Moisés, cien veces los he leído, y siempre con nuevo encanto, y con el deseo de releerlos, y sin embargo, jamas habia yo sospechado que debieran ser para mí la fuente de una tan dulce sensacion, como la que me hicieron gustar durante esta noche feliz. Al rayar el dia estábamos ya en camino, y despues de media hora desapareció el Sinai á mis ojos, y solo lo veia á largos intervalos. Está rodeado de montañas que producen la impresion mas extraordinaria: no podria yo comparar el aspecto que presentan, á la distancia en que estábamos, sino á las aguas del mar cuyas olas amontonadas á una altura prodigiosa por una terrible tempestad, hubieran quedado petrificadas de repente. Por singular que parezca esta imágen, es quizá la mas propia para dar una idea exacta del cuadro que tenia delante de mis ojos.





CAPÍTULO XXXII.

GERAMB EN EL SINAI Y OREB.

PARA abreviar el camino, mis Beduinos me llevaron por una senda poco frecuentada, y de las peores que hemos visto. Se entra por un desfiladero tan escarpado, que no hubiera yo subido por él, á no contar con la bondad de mi dromedario. Me rodeaban inmensas rocas, cortadas á pico, desplomándose á veces, y tan espantosas por su elevacion como por su tamaño. No es raro que de estas masas se derrumben enormes peñas, de las que algunas detenidas en su caída, quedan como colgadas sobre la cabeza del viajero: al tiempo de pasar, se cree, que van á rodarse sobre uno, y que lo van á arrastrar: muchas tie-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUARAMANGA

nen cincuenta ó sesenta piés de espesor: parece que este pais ha resentido un sacudimiento prolongado de un gran terremoto. Despues de dos horas de una subida difícil y muy penosa, me hallé en una gran llanura que se termina en un declive suave que va á dar á un valle pedregoso y estrecho, en medio del cual está el famoso monasterio de la Trasfiguracion, falsamente llamado por muchos viajeros con el nombre de Santa Catarina. De léjos nos pareció como una fortaleza pequeña: está cinco mil, cuatrocientos veinte piés sobre el nivel del mar Rojo (*).

Habiendo llegado cerca del convento ví unos religiosos en una ventanilla, que por medio de una garucha me echaron una cuerda larga, que terminaba en un gran anillo ó lazada. Me coloqué en esta, é inmediatamente me subieron á una altura como de cuarenta piés y así me introdujeron delante de la comunidad. Yo habria podido entrar por una puerta, porque, digase lo que se quiera, ella existe, pero está tapiada, y solo se abre para recibir al Patriarca que está en Constantinopla, cuyas visitas son muy raras. El superior del Monte Sinaí me habia dado noticia en el Cairo de este viage aéreo, y para ahorrarme esa pena, tuvo la bondad de ofrecerme la entrada por la puerta, y al efecto dió sus órdenes, mas yo no creí que debia aceptar tamaño favor. No convenia á mis

(*) La cumbre del Sinaí está dos mil veinte pies sobre el convento, y por tanto, está siete mil cuatrocientos cincuenta y dos piés sobre el nivel del mar Rojo.—Nota del autor.

sentimientos que los religiosos me creyesen un alto personaje, oculto con el hábito de un Trapista, y además, los Arabes de quienes con razon se desconfía, y contra quienes son estas medidas, hubieran tal vez formado el mismo concepto, y cometido algun exceso.

Habia seis semanas que estaba advertida la comunidad de mi próxima llegada, y me recibieron con entusiasmo: entregué mis cartas de recomendacion al superior, quien me llenó de cumplimientos, y me señaló una cámara muy bonita, donde como en San Sabá habia un cuadro de la Virgen, delante de la cual ardia una lámpara. A este favor añadió el de poner á mis órdenes al padre Juan de Cefalonia, el único que allí hablaba italiano, y de recomendarle que me acompañara á todas partes.

Cuando tocaron á refectorio, pedí acompañar á la comunidad, á lo que accedieron del modo mas placentero, añadiéndome que esta seria la primera y última vez. La cuaresma, segun el calendario griego, comenzaba el dia siguiente, y en los tres primeros debe ayunarse á pan y agua. Manifesté mis deseos de asociarme en esta penitencia á los padres, lo que no se me permitió, y aunque con vergüenza confieso que no lo sentí. Pasar quince dias en el desierto, beber agua mala, sufrir excesivos calores, pasar el dia colgado de un dromedario, pasar las noches en mala cama, dormir poco, todo esto habria fatigado á un cuerpo mas jóven y robusto que el mio.

El monasterio de la Trasfiguracion es una especie

de aldea pequeña rodeada de altas murallas, cuyas piedras son trozos enormes de granito. Su cercado es un cuadro que por cada lado tiene ochenta y tantas toesas de longitud; lo interior es un amontonamiento de edificios irregulares, contruidos sobre varios planes, y en terreno desigual. A excepcion de la iglesia, todo es pobre, pero todo muy limpio.

Una de las cosas que notan los viajeros con mas gusto al llegar al desierto, es la abundancia de aguas, que no faltan jamas. Además de las fuentes que bastan para todas las necesidades, hay un célebre pozo que data, segun dicen, del tiempo de los patriarcas, y se añade que allí cerca se encontró el libertador de los hebreos á las hijas de Jethro. El convento, propiamente dicho, fué edificado en 527 por el emperador Justiniano. Aun se ve el edificio que servia de iglesia á los católicos, de donde fueron expulsados hace ciento cuarenta años por los griegos cismáticos, que al presente son sus dueños. Yo no puedo fijar mis miradas en este monumento sin experimentar un vivo sentimiento de dolor. Si el cielo no socorre á los católicos, el oro y las intrigas de los griegos les quitarán insensiblemente todos sus santuarios, sin dejarles ni un solo establecimiento de los que tienen en Oriente.

Me sorprendió la hermosura de la iglesia, la que tiene tres naves con dos hileras de columnas de granito que sostienen una bóveda pintada de azul con estrellas de oro. Estas columnas que sin ningun motivo están cubiertas de yeso, son de diversos órdenes

de arquitectura, y la mayor parte son del corintio, y pertenecen al sexto siglo. El pavimento así como las paredes del santuario son de mármol blanco y negro de Italia, y de muy buen gusto.

Está alumbrada la iglesia con muchas lámparas de plata, y algunas sobredoradas, regaladas por los rusos, porque allí está el cuerpo de Santa Catarina, á quien veneran mucho. Las paredes están adornadas con numerosos cuadros con ricos marcos, pero ninguna pintura es de mérito.

Después me llevaron á la capilla llamada de la *Zarza ardiente*.

„Empleábase Moysés, dice el Exodo, en apacentar las ovejas de su suegro Jethro, sacerdote de Madian; y guiando *una vez* la grey á lo interior del desierto, vino hasta el monte de Dios, Horeb.”

„Donde se le apareció el Señor en una llama de fuego que salía de en medio de una zarza; y veía que la zarza estaba ardiendo, y no se consumía.”

„Por lo que dijo Moysés: Iré á ver esta gran maravilla, como es que no se consume la zarza.”

„Pero viendo el Señor que se acercaba ya para verlo que era, llamóle desde entre la zarza, y dijo: Moysés, Moysés. Aquí me tienes, respondió él.”

„No te acerques acá, prosiguió el Señor: Quitate el calzado de los piés; porque la tierra que pisas es santa.

„Yo soy, le añadió, *Yo soy* el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de

Jacob. Cubrióse Moysés el rostro, porque no se atrevía á mirar hácia Dios.”

„Díjole el Señor: He visto la tribulacion de mi pueblo en Egipto, y oido sus clamores, á causa de la dureza de los sobrestantes de las obras.”

„Y conociendo cuanto padece, he bajado á librarle de las manos de los egipcios; y hacerle pasar de aquella tierra á una tierra buena, y espaciosa, á una tierra que mana leche y miel, al pais del Canané, y del Hetéo, y del Amorréo, y del Ferezéo, y del Hevéo, y del Jebuséo.”

„En suma, el clamor de los hijos de Israel ha llegado á mis oidos; y he visto su aflixion, y cómo son oprimidos de los egipcios.”

„Pero ven tú, que te quiero enviar á Faraon, para que saques de Egipto al pueblo mio, los hijos de Israel.”

En este mismo lugar manifestó el Señor su presencia por un tan gran prodigio, que segun la tradicion, se edificó allí la capilla para perpetuar su memoria: solo se entra con los piés descalzos, y el santuario es en todo semejante á los de Palestina: un altar elevado, sostenido de columnas, y bajo el altar está el lugar reverenciado.

Asegura Pockocke que los religiosos plantaron en su jardin un zarza parecida á las que crecen en Europa, y que por la mas ridícula impostura, afirman que es la misma que vió Moysés. Es falsa esta asercion y el hecho es enteramente calumnioso.

Dejé para el otro día la visita de la capilla en que se conservan las reliquias de Santa Catarina. Segun me dijeron, se conservaba hace sesenta años, entero todavía el cuerpo de esta gran santa. Despues para sustraerlo al pillage de los árabes, lo han trasladado frecuentemente, y se ha alterado con la humedad, de modo que solo quedan las partes principales, de las cuales solo manifiestan los padres la cabeza y una mano, muy bien conservadas.

Me buscaron á las diez de la mañana con gran ceremonia para llevarme adonde está la caja que iban á abrir. Los superiores y la comunidad estaban en la iglesia, donde vi encendidas todas las lámparas. El superior cogió respetuosamente en sus manos la cabeza, que estaba envuelta en tisú de oro, con una corona de oro tambien, fijada con mucho arte: está negra toda la cabeza. Sacó despues la mano, que se conserva muy blanca. Noté en los dedos, que aun tienen sus uñas, muchos anillos preciosos, de los cuales uno es de diamantes muy hermosos. Al salir de la capilla me regaló el superior dos anillos tocados á la mano de la santa.

Los religiosos de la Trasfiguracion, como los de San Sabá, á nadie niegan el pan: las mugeres y los niños reciben dos tortas pequeñas, y los hombres cuatro, y muchas veces seis. En otro tiempo á esta distribucion la comunidad debia añadir aceite, y aun dinero; mas habiendo robado los beduinos una caravana del

virey que volvia de Tor al Cairo, Mehemet-Alí eximió á los pobres padres de tan oneroso tributo.

Alrededor del monasterio viven bajo sus tiendas cerca de cincuenta familias árabes que en cierto modo le pertenecen: tienen ganado mayor y camellos, y por un tanto señalado, se encargan de los trasportes que necesita la comunidad, y tambien proporcionan monturas á los viajeros.

Al siguiente dia visité la biblioteca, la que es considerable, á pesar de las pérdidas que ha sufrido en diversas épocas, y han desaparecido las obras mas curiosas, y no quedan sino pocos manuscritos, y aun estos no son muy antiguos. Entre ellos dan los padres una gran importancia á la copia de un edicto de Mahoma dirigido á favor de los cristianos. El original, escrito en caracteres kouficos en la piel de una gacela, y sobre el cual puso dos dedos el profeta, se encuentra hoy en el tesoro del Gran Señor: en un tiempo estuvo en el convento de la Trasfiguracion. En 1517 despues de la conquista de Egipto lo pidió Selim I y en su lugar dejó una copia escrita en pergamino y certificada por él. M. Mauchin en su obra sobre el Egipto dió esta traduccion:

„En el nombre de Dios clemente y misericordioso,
 „Mahomed-ebn-Abdallah dió este decreto en general para todo el mundo. Proclama que es el confidente de Dios, y encargado del depósito que le ha hecho de las criaturas. A fin de que nadie preteste ignorancia he escrito este edicto en forma de ordenanza para mi

nacion, y para todos los cristianos de Oriente y Occidente, cercanos y remotos, para los elocuentes y no elocuentes, conocidos y no conocidos. El que no siguiere lo que esta orden contiene y no cumpliera con lo que mando, va contra la voluntad de Dios, y merecerá ser maldecido, sea quien fuere, sultan, ó simple musulman.

„Si algun sacerdote ó ermitaño se retira á una montaña, gruta, llanura, desierto, ciudad, pueblo ó iglesia, yo estaré detrás de él como su protector contra todos sus enemigos, yo mismo en persona, con mis fuerzas y mis súbditos, y por quanto estos sacerdotes son mis súbditos, yo evitaré que se les haga ningun mal. Solo se recibirán de ellos contribuciones voluntarias, sin obligarlos á darlas. No está permitido mudar á un obispo de su obispado, ni á un sacerdote de su religion, ni á un ermitaño de su ermita, ni cosa alguna de sus iglesias debe entrar en la construccion de las mezquitas, ni aun en las casas de los musulmanes. Cualquiera persona que no se conforme con esta disposicion, quebranta la ley de Dios y la de su profeta.”

„Queda prohibido cargar de contribuciones á los sacerdotes, obispos y devotos: yo conservaré sus prerogativas donde quiera que estén, en tierra, en la mar, en el Oriente y en el Poniente, en el Norte y en el Sur, y gozarán de mis privilegios y salvaguardia contra todo lo que les desagrada. Los que siembren y planten en los montes y lugares apartados, no pagarán ni diezmos ni contribuciones, ni aun voluntaria-

mente cuando estén destinadas para sus alimentos: si llega á faltar el trigo, se les auxiliará con una medida á cada casa, ni podrá obligárseles á salir á la guerra, ni á pagar impuestos.”

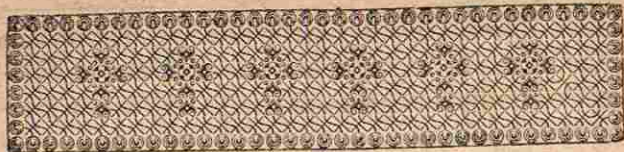
„Los poseedores de bienes inmuebles ó mercancías, no darán por año mas de doce dracmas de plata: á ninguno se moleste, y no debe disputarse con los que siguen los preceptos del Evangelio, sino conducirse con ellos dulcemente, echando á un lado todo lo que sea desagradable, y conservando el ala de la misericordia.”

Quando vaya á la casa de un musulman una muger cristiana, deberá tratarla bien, y autorizarla para que vaya á orar á una iglesia, sin poner obstáculos entre ella y su religion. El que hiciere lo contrario, será considerado como rebelde para con Dios y su profeta.”

„Se auxiliará á los cristianos para conservar sus iglesias y casas, con lo que se les ayudará á conservar su religion: no se les obligará á tomar las armas, sino que los musulmanes las tomarán por ellos, y no se desobedecerá esta orden hasta el fin del mundo.”

„Los testigos que testifican la verdad de este edicto dado por Mahomet-ebn-Abdallah enviado por Dios para todos los cristianos, y que es el complemento de lo que les ha concedido, son los siguientes.-- *Aquí las firmas.*”

„Este edicto fué escrito de mano de Aby-Taleb, el 3 de Mohan del segundo año de la Hegira, y de Jesucristo en 1.º de Agosto de 622; y está firmado por el mismo profeta. Dichoso el que cumpla, y desgraciado el que no cumpla con lo que en él se contiene.”



CAPÍTULO XXXIII.

CONTINÚA LA MATERIA DEL CAPÍTULO ANTERIOR.

ME había fatigado tanto el viage por el desierto, y mis piernas se hallaban tan mal en la difícil posición en que las trage en mi dromedario, que no podía andar sino penosamente. Pasados algunos días de descanso en el monasterio, no podía pensar sin horror que para llegar al Sinaí, había de subir por rocas escarpadas, que no presentan camino alguno. Con todo, me armé de valor, y resuelto á vencer los obstáculos, aunque fuera preciso trepar valiéndome de mis manos, el día 1.º de Marzo al salir el alba, me puse en camino para el santo monte en compañía de un religioso, de un árabe y de mi genízaro.

Comienza la subida á unos cuatrocientos pasos del monasterio, la que es sumamente ruda y escarpada, y fatiga tanto mas, cuanto que no se compone, por decirlo así, mas que de trozos de capas porfiríticas, y de fragmentos de peñascos agudos. Teníamos además que luchar contra montones de hielo, y en algunos lugares, la nieve llegaba á tal altura, que nos costaba trabajo abrirnos paso por ella. Al cabo de una hora ya no podía yo mas. A pesar del rigor del tiempo, á pesar de un viento muy frio que soplabá, sudaba á mares, de modo que no hallé mejor partido que recurrir á la nieve para refrescarme y consolarme. No me acuerdo haber sentido otra vez semejante lasitud, pero los recuerdos y los pensamientos de mi fé venian á mi socorro, y no me dejaron detenerme á pesar de mi postracion, de modo que mis esfuerzos crecian en razon de los obstáculos.

Todo en derredor nos presentaba un aspecto triste y sombrío: todo era solitario y silencioso: ningun vestigio de verdura en los peñascos de granito que se levantaban sobre los hielos y nieves de que estábamos rodeados. A medio camino encontramos una capilla dedicada al profeta Elías, en la que está la gruta donde paró despues de andar cuarenta días y cuarenta noches hasta el Oreb.

„Habiendo llegado allí, dice la Escritura, hizo asiento en una cueva, y dirigiéndole el Señor la palabra, le dijo: ¿qué haces ahí, Elías?

„A lo que respondió él: Me abrazo de celo por tí,

¡oh Señor Dios de los ejércitos! porque los hijos de Israel han abandonado tu alianza, han destruido tus altares, han pasado á cuchillo tus profetas: he quedado yo solo, y me buscan para quitarme la vida.

„Dijole el Señor: sal fuera, y ponte sobre el monte en presencia del Señor; y he aquí que pasará el Señor, y delante de él correrá un viento fuerte é impetuoso, capaz de trastornar los montes y quebrantar las peñas: no está el Señor en el viento. Despues del viento vendrá un temblor de tierra: tampoco está el Señor en el terremoto.

„Tras el terremoto un fuego: no está el Señor en el fuego. Y tras el fuego el soplo de un aura *apacible* y suave.

„Habiendo oido esto Elías, cubrió su rostro con el manto, y saliendo fuera, paróse á la puerta de la cueva, y de repente oye una voz que le dice: ¿qué haces aquí, Elías?

„Abrasarme de celo, respondió él, por el Señor Dios de los ejércitos: porque los hijos de Israel han abandonado tu alianza, han derribado tus altares, y pasado á cuchillo á tus profetas: he quedado solamente yo, y me buscan para quitarme la vida.”

Yo no sé si les ha sucedido á alguno de estos sabios que tienen la desgracia de despreciar la gran ciencia de la salvacion, y de preferirle los vanos conocimientos que solo sirven algunos instantes en el curso rápido de la vida, yo no sé, digo, si les ha acontecido subir á la montaña sagrada de Oreb, visitar la ca-

verna de Elías con la Biblia en la mano, y leer las palabras que acabo de copiar, y confrontarlas con el estado actual de estos lugares, con estos montes entreabiertos, con estas rocas hendidas, quebradas y volcadas; pero si tal cosa les ha sucedido, por poca que sea la buena fé y rectitud que haya dejado en sus almas la indiferencia ó la incredulidad, dudo que á esta lectura y á esa confrontacion, hayan podido negarse á rendir homenaje á la verdad, diciendo: „Sí, el Señor ha pasado por aquí, y un viento impetuoso y violento ha volteado las montañas y quebrantado las rocas delante del Señor; „y despues del viento un temblor de tierra, y despues del temblor, el fuego.”

Al pasmo que produjo en mí tan grande espectáculo, sucedió una dulce sorpresa. Delante de la capilla del profeta, en medio de peñas secas y estériles vimos un magnífico cipres que levantaba magestuosamente su copa, cuando ménos á la altura de cuarenta piés. Como estaba yo muy fatigado, me puse á descansar un rato bajo su follage.

Desde la caverna de Elías seguimos penosamente nuestro camino al traves de la nieve, molestados incesantemente por el viento del Norte que soplaba con violencia. En fin, la cumbre augusta que se nos presentaba á la vista, reanimó mi valor, y parecia que me daba nueva fuerza. Al cabo de una hora quedaron satisfechos todos mis deseos, y en los trasportes de una alegría que me quitaba la pena de mis largas fatigas,

se olvidó mi alma del mundo entero, y gustó las delicias de estos dulces pensamientos.

Estoy sobre aquel monte sagrado, donde „el Señor vino á Moysés en la oscuridad de una nube para que el pueblo lo oyera hablar, y lo creyera para siempre.”

Estoy sobre aquellas mismas rocas en que „desde el alba, comenzaron á oírse truenos y á relucir relámpagos y á cubrir el monte una nube muy densa: y el sonido de la bocina resonaba con mas vehemencia: y atemorizóse el pueblo que estaba en los reales.”

Estoy sobre aquel monte „que todo él humeaba porque habia descendido el Señor sobre él en medio del fuego, y donde, subia el humo como de un horno, y todo el monte estaba terrible.”

Estoy sobre aquel Sinai, donde „el sonido de la bocina poco á poco crecia á mas, y se prolongaba á mayor distancia, mientras que Moysés hablaba, y Dios le respondia.”

Y sobrecogido de un terror religioso me puse de rodillas: pegué mis labios á la santa roca: quedé por largo rato prosternado adorando en silencio al Dios infinitamente misericordioso que por amor á Israel se habia dignado bajar al Sinai desde la altura de los cielos para darle su ley, y despues de haberle dado humildemente las gracias por las continuas bendiciones con que su bondad acompañado mi peregrinacion, descubierta la cabeza, la mano puesta sobre mi corazon, y fijos los ojos en el cielo, pronuncié en alta voz estas palabras suyas: *Yo soy el Señor tu Dios, etc.*



Cumbre del Sinai

Ningun sonido interrumpia mi voz que se dilataba al traves de las rocas de esta profunda soledad, y parecia que la naturaleza entera escuchaba en silencio los oráculos de su divino Autor.

En la cumbre del Sinaí se ven las ruinas de dos iglesias cristianas, de las que una se llamaba de la *Transfiguracion*: tambien está allí una mezquita construida por los turcos en honor del legislador de los hebreos, al que tienen tal veneracion, que llaman á la montaña *Gibel-Mousa*, esto es, montaña de Moysés. Pero de todos los objetos que presenta á los ojos admirados el aspecto del Sinaí, no hay otro que mas los pasmé, que aquel de que habla el siguiente pasage del Exodo.

„¿En qué podremos conocer yo y tu pueblo haber hallado gracia en tu acatamiento, si no vienes con nosotros, para que seamos respetados de todos los pueblos que habitan en la tierra?”

„Respondió el Señor á Moysés: tambien haré lo que me acabas de pedir; porque has hallado gracia en mis ojos, y téngote conocido muy particularmente.”

„Díjole Moysés: Muéstrame tu gloria.”

„Respondió el Señor: Yo te mostraré á tí todo el bien, y pronunciaré el nombre *inefable* del Señor delante de tí. Yo usaré de misericordia con quien quisiere, y haré gracia á quien mas pluguiere.”

„En cuanto á ver mi rostro, prosiguió el Señor, no lo puedes conseguir; porque no me verá hombre ninguno, sin morir.”

„Mas yo tengo aquí, añadió, un parage especial mio: Tú, pues, te estarás sobre aquella peña;”

„Y al tiempo de pasar mi gloria, te pondré en el resquicio de la peña, y te cubriré con mi mano derecha, hasta que yo haya pasado.”

Aun subsiste hoy esta abertura de la roca donde fué colocado Moysés, donde lo cubrió la mano del Señor hasta que hubo pasado su gloria; aun se la reconoce claramente despues de cuatro mil años de haber hablado de ella el escritor inspirado: no hay viagero que no pueda verla: la he visto con mis ojos y la he contemplado, y mi espíritu, de acuerdo con mi corazon rindiendo homenaje á la verdad de la Escritura santa, ha dado gracias al cielo por la felicidad de poder considerar de cerca lo que tantos otros no han visto. Las ruinas de las iglesias han levantado un poco los bordes de la *abertura*; pero muy fácilmente se las distingue de la roca granítica que es muy dura. Entré en ella y permanecí algun tiempo, y con un buen martillo, y á duras penas pude en media hora desprender algunos fragmentos.

Frente á frente del Sinaí está el Monte de Santa Catarina, cuya cumbre, mas elevada que todas las de esta cadena de montañas, se levanta 8452 piés sobre el nivel del mar Rojo. Allí está una roca en la cual dicen que se estampó el cuerpo de la Santa que allí estuvo depositada muchos siglos. Frecuentemente la visitan los peregrinos rusos y griegos, y aun algunas mugeres. Para ir allá hubiera yo tenido que sacrificar un dia. El mal estado de los caminos, peores que los que

habia pasado, el frio, el hielo, la nieve, el viento, todo contribuyó á desanimarme, y por eso no fui allá.

Pasé tres horas sobre el Sinaí; y como los apóstoles en el Tabor, Señor, decia yo, aquí estoy bien, y quisiera fijar aquí una tienda. Mi guia y mi religioso me advirtieron que ya era tiempo de volvernos, cuyo aviso me repitieron muchas veces, y entónces prosternado de nuevo prometí á Dios serle fiel, y le juré *no tener otros dioses delante de él*, y luego partimos. Cuatro horas gastamos en subir y tres en bajar, y volví al monasterio ménos fatigado de lo que yo temia.

A las ocho de la mañana del dia siguiente, bajé con el religioso encargado de acompañarme, quien me condujo al valle de Raphidim, al lugar llamado de la *tentacion*, para enseñarme la roca milagrosa de donde Moysés hiriéndola con su vara, hizo que brotara el agua.

„Habiendo, dice el Exodo, pues partido toda la multitud de los hijos de Israel del desierto de Sin, haciendo sus detenciones en los lugares señalados por el Señor, acamparon en Raphidim, donde no tuvo el pueblo agua que beber:

„El cual, levantando el grito contra Moysés, dijo: Danos agua para beber. Moysés le respondió: ¿Por qué os amotináis contra mí? ¿Cómo es que tentáis al Señor?

„Allí pues el pueblo, hallándose acosado de la sed y sin tener agua, murmuró contra Moysés diciendo: ¿Por qué nos has hecho salir de Egipto para matarnos de sed á nosotros, y nuestros hijos, y ganados?”

„Clamó entonces Moysés al Señor, y le dijo: ¿Qué haré yo con este pueblo? Falta ya poco para que me apedreee.”

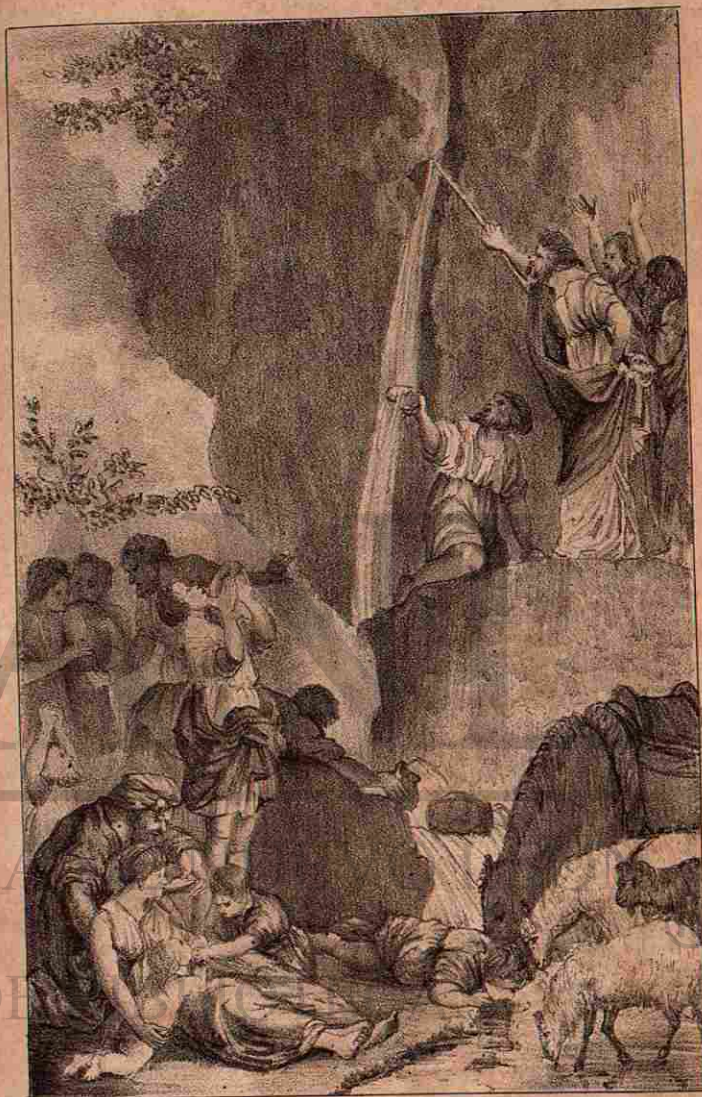
„Dijo el Señor á Moysés: Adelántate al pueblo, llevando contigo algunos de los Ancianos de Israel, y toma en tu mano la vara con que heriste el rio; y vete”

„Hasta la peña de Oreb, que yo estaré allí delante de tí: y herirás la peña, y brotará de ella agua para que beba el pueblo. Hizolo así Moysés en presencia de los Ancianos de Israel.”

„Y puso á este lugar el nombre de Tentacion, por el alboroto de los hijos de Israel, y porque tentaron al Señor, diciendo: ¿Está ó no está con nosotros el Señor?”

En el camino nos detuvimos en una roca, en la que mi guía me enseñó un agujero, que segun la tradicion, es el molde del becerro de oro que fundió Aron para los israelitas mientras que Moysés estaba sobre el Sinai. El padre Sicard que había examinado de muy cerca este agujero, y midió sus proporciones, dice expresamente haber notado la figura, no de un becerro completo, pero sí, de la cabeza con ocico y cuernos, y aun hoy se encuentra alguna semejanza de esto; pero una grave observacion, hace muy dudosa la especie, y es que el supuesto molde abierto en granito siendo de tres piés de diámetro y de tres de profundidad, era preciso suponer que todo el becerro habría tenido los tamaños colosales de un elefante, cosa difícil de concordar con el testo de la Biblia.

La roca de donde segun la tradicion hizo Moysés



Moysés hiere una peña. la que brota agua.

salir el agua, esa si tiene caracteres de verdad mas convincentes, porque no he visto en mi vida monumentos que como este prueben de un modo tan evidente los hechos de la antigüedad que recuerdan. Figurémonos un suelo árido, estéril, desnudo de toda clase de plantas, en cuyos alrededores no se halla una gota de agua; figurémonos, digo, un enorme peñasco de granito de trece á catorce piés de alto, de diez de ancho, y cuando ménos, de cincuenta de circunferencia, desgajado de la montaña, y caido en el valle, en medio de otros trozos considerables de rocas que los derrumbes que causan los años han precipitado allí.

Esta roca, dice un viajero, que la ha visitado, y cuyas opiniones filosóficas no permiten suponerlo adicto á la revelacion, esta roca deja ver en su superficie vertical un canal de unas diez pulgadas de ancho y tres y media de profundidad, átravesado por diez ó doce estrias ó zanjas de cosa de una pulgada de profundidad, formadas por el paso del agua por la parte mas blanda del peñasco que los monges y árabes llaman la *roca de Moysés*.

Esta descripcion, como yo mismo lo observé, es enteramente axacta, y solo es falsa en las palabras *parte mas blanda*, porque el peñasco es al contrario tan duro en todas sus partes, que despues de golpes redoblados por una hora entera, apenas pudimos recoger pequeños fragmentos, y eso que nos valimos de un martillo muy fuerte de hierro, el que no pudo resistir y se amelló. Aun hay una cosa mas notable que no di-

jo el autor citado, y es que aun hoy el lugar donde está la roca, le llaman los árabes con el nombre de *Massab*, y *Meribab*, palabras casi iguales á las de *Massah* y *Meribah* de que usa el testo hebreo, y significa *querella y tentacion*.

Pasé una parte del dia 3 en recorrer el desierto que llega á la falda del monte Oreb y del Sinai, desierto poblado en otro tiempo por millares de solitarios. Mis compañeros Juan de Cefalonia y el padre Neófito de Candia, no podian satisfacer á mis preguntas sobre los puntos que mas interesaban mi curiosidad. Hubiera querido saber de su boca los pormenores mas pequeños para conocer esa tierra de prodigios, y que presenta por todas partes tan extraño carácter: no pude saber mas de lo que cuentan los viajeros cristianos, y me ví reducido á mis impresiones particulares. Habia yo visto esas masas de rocas esparcidas, y los despeñaderos de donde aquellas se habian rodado, hendidos y pronto á dejar desprenderse de su seno otras masas mas enormes todavía; y contemplándolas de nuevo, de nuevo me sentia sobrecogido de espanto. Cuanto me rodeaba me producía en el alma tristeza y horror. Iba yo en silencio al lado de dos religiosos, quienes consideraban sobresaltados aquel espectáculo al que debian estar acostumbrados y me parecia estar asistiendo á las primeras escenas del trastorno de la naturaleza, como las que anuncia la Escritura para los últimos dias del mundo, y para desechar el terror que inspira este pensamiento, tenia la necesidad de recordar que habia pasado por

allí la gloria del Señor, que allí se habia manifestado á Israel, que allí se publicó la santa ley, que allí en medio del terrible aparato de su promulgacion, los rayos hicieron humear los montes y abrasar sus entrañas.

Subí despues al Oreb, y largo tiempo me paré en el lugar que, segun se dice, estaba Moisés cuando vió la zarza ardiente. Es admirable la perspectiva desde este punto, y con ninguna se puede comparar. Tenia á mi izquierda el monte Sinai que levantaba magestuosamente su santa cumbre hácia los cielos: á media legua, y á mis piés, en un valle estrecho y profundo veia la *fortaleza* del monasterio de la Transfiguracion, que es el desconsuelo del árabe, quien codicia lo que contiene, y mide con ojos consternados las murallas que no puede escalar: mas allá, en el jardin del convento veian mis ojos altos cipreses cuyo verdor hacia todavía mas tristes las rocas áridas que rodean el monasterio, y proyectan sus enormes costados en el desierto: á la derecha se extendia mi vista sobre el camino que anduvieron los hijos de Israel para llegar al Sinai, sobre la llanura en que acamparon cuando dió el Señor su ley á Moisés, y mas allá de esta llanura cubierta de malezas pálidas y marchitas, derramaba mi vista sobre un vasto anfiteatro de montañas. Sentado sobre la roca, daba yo libertad á mis pensamientos; despertándose en tropel mis recuerdos, hacian pasar delante de mí, ya los milagros de la predileccion de Dios para con su pueblo, ya los prodigios de ingratitud de aquel pueblo carnal, y nunca percibí con mas fuerza la enormidad

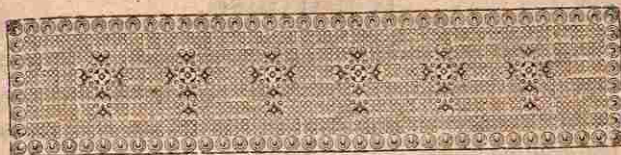
de las prevaricaciones de Israel idólatra, que cuando me ví á la falda de estas montañas. Ya veía en medio del campo el altar sacrilego levantado por Aron, veía el ídolo abominable y los holocaustos y víctimas ofrecidas, y la multitud olvidando al Señor que la había libertado de Egipto, unos sentados para comer y beber, y otros entregándose á insensatas alegrías. Ya veía á Moisés bajando de lo alto del Sínai, quebrar las tablas de la ley en el transporte de su santa cólera, y á los hijos de Leví con espada en mano pasando y repasando el campo desde una á la otra parte, y matando al hermano, al pariente y al amigo: escuchaba la gritería de los culpables que caían y morían de las heridas. Al paso que en este espectáculo terrible veía yo la justicia de la venganza divina, quedaba desconcertado y confundido del exceso de aquella ceguedad é ingratitude que desconoció los mas ruidosos y recientes beneficios: para entender tan extraño misterio, me recogí dentro de mí mismo, y me puse á sondear profundamente las miserias de mi propio corazón, y llegué á reconocer que mas ingrato yo todavía me había sucedido muchas veces adorar divinidades extranjeras, las divinidades del mundo, despues de haber recibido gracias y favores no ménos grandes de parte del Señor; pero yo tuve la fortuna que en el día de mi arrepentimiento encontré en las manos de los levitas de la nueva ley, en vez de la espada que mata, la cruz de mi Salvador, su misericordia y mi perdón.

Habiendo llegado el día cuatro mis camellos, ya ca-

si todo me dediqué á los preparativos de mi viage. En la noche me presenté á la comunidad, cuyos religiosos son de cuarenta y cinco á cincuenta, entre quienes hay muchos ancianos de setenta á ochenta años que apenas parecen tener cuarenta, porque su salud es muy robusta, y aun el mayor que tiene noventa y seis años, presenta todo el vigor de la juventud. En la última conversacion que tuve con el prelado, despues de manifestarle mi gratitud, le hice algunas preguntas interesantes acerca de su comunidad. Había yo leído que el convento tenia una imprenta árabe, y preguntándole sobre eso, me respondió que era un error. Le hablé de los grandes gastos que deben hacerse para conservar tantos edificios que tiene el monasterio, para la iglesia y sus treinta capillas, para ornamentos etc., y le manifesté la admiracion que me causaba que hubiese dinero para todo. El entró en los pormenores de los numerosos recursos que procura la devocion á Santa Catarina, devocion extendida con generalidad entre los griegos: me añadió que llegaban auxilios de partes muy lejanas, aun de la India, y despues de una larga enumeracion, me añadió con entusiasmo: „nuestras paredes podrian ser de oro, si tuviéramos cuanto nos envian nuestros hermanos, y que nos roban los árabes.” Me contaron con ese motivo que recientemente y poco ántes que Mehemet-Alí subiera al trono de Egipto, sufrió el monasterio vejaciones diarias, tan funestas á la vida de los religiosos como á sus riquezas, de modo

que muchos fueron víctimas de su celo en defensa de los intereses de la casa.

Nada exigen los religiosos de los peregrinos y viajeros en recompensa de la hospitalidad que han recibido; pero nunca se les deja sin ninguna retribucion. Escribí mi nombre en el libro de los extranjeros, y di alguna cosa al convento, ménos por conformarme con el uso, que por recompensar el esmero, urbanidad y consideraciones con que me colmaron allí.



CAPÍTULO XXXIV.

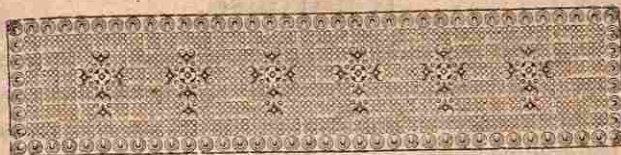
BABILONIA.

CAMINAMOS de ruina en ruina, dice un anónimo: pisamos unas ciudades que fueron un día populosas y florecientes; pero todas esas ruinas nos instruyen, y las menores piedras nos están diciendo que los destinos de la humanidad son algo mas sublimes que los que se enlazan con eso que en la tierra llamamos monumentos. Nos encontramos en Babilonia, ó por mejor decir, encima de lo que fué Babilonia.

El largo cautiverio de los judíos conducidos á Babilonia, ha hecho para siempre célebre esta ciudad, y los mismos profetas la han inmortalizado con sus poéticos y terribles anatemas. Por dos veces su poderoso rey

que muchos fueron víctimas de su celo en defensa de los intereses de la casa.

Nada exigen los religiosos de los peregrinos y viajeros en recompensa de la hospitalidad que han recibido; pero nunca se les deja sin ninguna retribucion. Escribí mi nombre en el libro de los extranjeros, y di alguna cosa al convento, ménos por conformarme con el uso, que por recompensar el esmero, urbanidad y consideraciones con que me colmaron allí.



CAPÍTULO XXXIV.

BABILONIA.

CAMINAMOS de ruina en ruina, dice un anónimo: pisamos unas ciudades que fueron un día populosas y florecientes; pero todas esas ruinas nos instruyen, y las menores piedras nos están diciendo que los destinos de la humanidad son algo mas sublimes que los que se enlazan con eso que en la tierra llamamos monumentos. Nos encontramos en Babilonia, ó por mejor decir, encima de lo que fué Babilonia.

El largo cautiverio de los judíos conducidos á Babilonia, ha hecho para siempre célebre esta ciudad, y los mismos profetas la han inmortalizado con sus poéticos y terribles anatemas. Por dos veces su poderoso rey

Nabucodonosor sitió la ciudad de Jerusalem, y durante la segunda guerra se apoderó del rey de los judíos en la llanura de Jericó, condenó á muerte á los hijos de su real cautivo, hizo sacar á este los ojos y se le llevó á su capital. Luego despues su general Nabuzardan entregó á las llamas el templo del Señor, el palacio real y todos los edificios de Jerusalem, destruyó sus murallas, y por fin, condujo á Babilonia al sumo sacerdote y á los que le asistian en su ministerio. Durante los setenta años predichos por los profetas continuaron los judíos en cautiverio, y sentados á las orillas del rio, lloraban con los recuerdos de Sion, suspendian sus arpas de los sauces, y cuando sus vencedores les decian por qué no entonaban algunos de los cánticos de Sion, respondian con el acento de un dolor religioso y patriótico: „¿cómo podremos cantar los cánticos del Señor en una tierra extraña?”

Ciertamente que en los anales de ningun pueblo no puede haber acontecimientos mas desgraciados que el de semejante cautiverio. Babilonia, aunque se desconozca algun dia el sitio donde fué fundada, no perecerá jamas en la memoria de los hombres á causa de ese destierro de un pueblo entero con sus sacerdotes y con su rey. Al viagero que visite las márgenes del Eufrates le parecerá siempre ver pendientes de las ramas de los árboles las arpas mudas de los judíos.

Pero la cólera divina debía apaciguarse; el orgulloso Nabucodonosor fué castigado con un largo estado de embrutecimiento, y la misma Babilonia debió sufrir la

suerte de tantas otras ciudades: cumpliósse al pié de la letra la profecía de Jeremías que decia: „vendrá del Aquilon un pueblo contra Babilonia: convertirá su pais en un desierto, y ningun ser viviente habitará en él.

Jenofonte nos ha conservado los detalles de la ceremonia con que Ciro, vencedor de la ciudad de Nabucodonosor, quiso presentarse con la mayor magnificencia á los habitantes de Babilonia y á sus propios súbditos, dirigiéndose á caballo á los templos consagrados á la Divinidad para ofrecer en ellos sacrificios. Esta ceremonia se hizo con todo el aparato imaginable, y con una magnificencia propia para cautivar la admiracion de los pueblos. Esta fué la primera vez que pensó en atraerse los homenages de la muchedumbre, no solo por el esplendor de sus virtudes, sino tambien por medio de la pompa exterior que deslumbra á los súbditos.

Entre los muchos escombros de la orilla oriental, se distingue una colina donde parece que existió el palacio construido por Nabucodonosor, y donde Alejandro el Grande dió el último suspiro: junto á él se notan algunos lienzos de muralla que parecen haber servido de fundamento á los jardines suspendidos, y donde subsisten algunos vestigios de vegetacion. Esos restos ofrecen largos corredores y cuartos que sirven de cueva á los leones y demas animales carnívoros.

El mas imponente resto de Babilonia que se conserva en la márgen occidental del rio es una especie de colina situada á muchas millas de él, y á la cual dan

los habitantes el nombre de Nembrod, famoso cazador de quien nos habla la Biblia.

La pequeña ciudad llamada Hillah, que reemplaza hoy día á Babilonia, ó que se encuentra situada más cerca de sus ruinas, ofrece un aspecto miserable, y sus débiles murallas bastan apenas para contener á los árabes del desierto.

Todavía ocupan el mismo sitio las profundas lagunas y los lodazales que, según dice Diodoro de Sicilia, defendían á Babilonia por la parte de oriente; en seguida viene el desierto amarillo y pelado, sin vegetales como sin habitantes, y donde todo es triste, excepto algunas palmeras solitarias que señalan el curso del río y recrean la vista: tal es hoy Babilonia.

Semíramis, ansiosa de immortalizar su nombre, y de cubrir la bajeza de su nacimiento con lo grande de sus empresas, se propuso aventajar en magnificencia á sus antecesores: y construyó á Babilonia, empleando en ella dos millones de hombres, que juntó de las diferentes partes de su dilatado imperio (*). Algunos de sus sucesores se aplicaron á adornar aquella capital con nuevas obras, de las cuales se hará también mención en este lugar, para dar á un mismo tiempo una idea justa de su grandeza y magnificencia.

La ciudad de Babilonia se halla situada en una lla-

(*) No es extraño que la fundación de una misma ciudad se atribuya á dos personas diferentes, lo que hacen muy regularmente los autores profanos, dando por fundador igualmente al que la construyó, como al que la aumentó ó adornó.—*Nota del autor.*

nura, cuyo territorio era muy fértil, siendo sus muros la primera de las obras que la hicieron tan famosa. Su ancho era de cincuenta codos, que hacen doce toesas y media: su altura de ciento cincuenta á doscientos codos, y su circunferencia de cuatrocientos ochenta estadios, que hacen veinticuatro leguas. Formaban un cuadro perfecto, y cada uno de los costados era de ciento veinte estadios, y estaban contruidos de unos ladrillos anchos, unidos con una especie de betun ó greda que se halla en aquella tierra, que une con más fuerza que la argamasa; y se volvía después más fuerte y dura que el mismo ladrillo, y aun que la piedra de los cimientos.

Rodeábalos un gran foso lleno de agua, que estaba calzado de ladrillo por uno y otro lado; y de la tierra que de él se sacó, se hicieron los que sirvieron para la fábrica de los muros (*). Cada lado tenía veinticinco puertas de bronce macizo, de que nace que cuando Dios prometió á Ciro la conquista de Babilonia, le dijo: *Yo marcharé delante de ti, y romperé las puertas de bronce.* Entre estas, y en el ángulo de cada lado había diferentes torres que tenían diez pies más de altura que los muros. En cada una de las veinticinco puertas de cada costado, empezaban otras tantas calles que iban á parar al lado opuesto; de suerte que tenía Babilonia en todo cincuenta calles, que se cortaban entre sí en ángulos rectos. Las fachadas de las casas de una y otra

(*) Todo se pone conforme se halla en los autores, lo que advierte Mr. Rollin, y que Mr. Prideaux ha tratado largamente este asunto.—*Nota del autor.*

cera, estaban muy adornadas, y entre casa y casa habia un espacio bastante considerable, como tambien desde ellas á los muros; de suerte que aquella poblacion era mayor á la vista que en la realidad, pues casi la mitad estaba ocupada con jardines y con tierras que se labraban y sembraban, como nos los dice Quinto Curcio.

Un brazo del rio Eufrates atravesaba la ciudad de Norte á Mediodia, y en una y otra orilla para contener las aguas se habia construido un muro del mismo ancho y fábrica que los otros, y servia de estribo ó parapeto. Tenia sus puertas de bronce, que se cerraban de noche en todos los portillos que bajaban al rio, que se atravesaba en barcos, porque entónces no tenia puente: este se construyó despues, y no le cedia en hermosura á ninguna de las otras obras. Tenia de largo un estadio, esto es, ciento y cuatro toesas, sobre treinta piés de ancho, y sus arcos eran de piedras encadenadas con botones de hierro emplomados. Para fabricarle, y tambien los estribos, se echó el rio por otra parte, por lo que se hizo la obra con toda comodidad, fuera de que para esto concurrieron otras razones que se dirán luego.

El lago, los diques y los canales que se habian hecho para divertir el rio; obras que eran el objeto de admiracion de los prácticos, servian más para la conveniencia y utilidad de aquella capital, que no para su magnificencia; porque como al acercarse el verano se derriten las nieves de las montañas de Armenia, suce-

dia que en los meses de Junio, Julio y Agosto, venian unas grandes avenidas, que haciendo salir de madre al Eufrates, inundaban toda aquella tierra, y ocasionaban daños muy considerables. Para remediarlos se hicieron abrir á distancia, y de la parte de arriba de la ciudad dos canales que recogian las aguas, y las vertian en el Tigris, ántes que pudiesen llegar á ella, y á fin de que la tierra estuviese mas segura contra las inundaciones, se hizo construir de una y otra parte del rio un dique prodigioso de la misma materia que los muros, que empezando en la cabeza de los canales y concluyendo mas abajo de Babilonia, servia de contener al rio en su madre.

Para divertir las aguas del rio, á fin de facilitar la construccion de estas obras, se abrió un lago ó estanque en la parte occidental de aquella capital, que segun Herodoto tenia cuatrocientos veinte estadios, ó veintiuna leguas en cuadro, y treinta y cinco piés de profundidad. En el lado que miraba al Occidente, y para conducir á él las aguas del Eufrates, se abrió un canal, que despues se quedó abierto á fin de que las aguas en los meses de inundaciones tuviesen donde esplayarse, y en los tiempos convenientes sacaban los naturales del lago por las compuertas la agua que necesitaban para regar sus tierras; pero luego que se concluyeron las obras, se volvió el rio á su madre; mas esta obra es una de las en que parece que hay mucha exageracion; y su construccion la aplican los autores á diferentes príncipes.

En los dos extremos del puente habia dos palacios

que tenían comunicacion por una bóveda que se construyó por debajo del rio, cuando estaba seco. El palacio viejo de los reyes de Babilonia, situado en la orilla oriental del mismo rio, tenia treinta estadios, ó legua y media de circunferencia. Cerca de él estaba el templo de Belo, de que se hablará luego. El nuevo palacio situado en la orilla opuesta, tenia sesenta estadios, ó tres leguas de circuito. Cercábale una triple muralla, en cuyos intermedios habia un terreno bastante espacioso, y así estas, como las del otro palacio, estaban adornadas con una infinidad de esculturas, que representaban todo género de animales, y sobre todo se admiraba una cacería en que Semíramis estaba representada disparando á caballo un dardo á una onza, y Nino su marido hiriendo á un leon.

En este último palacio estaban los jardines suspendidos tan celebrados por los griegos. Componían un cuadro, cada uno de sus lados era de cuatrocientos piés, y estaban levantados, y formaban diferentes terrados, puestos en forma de anfiteatro, igualando el último la altura de los muros de la ciudad. De uno á otro terrado habia una escalera de dos piés de ancho, y el todo de la fábrica descansaba sobre bóvedas y arcos contruidos unos sobre otros, y fortificados por las cuatro partes con una muralla ancha de 22 piés. El piso de las últimas bóvedas se habia empedrado con unas losas de diez y seis piés de largo, y sobre estas estaba puesta la tierra del jardín; y la fábrica se habia puesto de este modo, para que el agua no pudiese penetrar, ni resumirse por

las bóvedas. Era tanta la espesura de la tierra, que cualesquiera árboles se arraigaban y subsistian fácilmente; en los jardines habia todo género de frutales, plantas y flores que se regaban con el agua del rio, que sacaba una bomba que estaba puesta en el último terrado, y entre las bóvedas habia diferentes salas grandes y magníficas, con mucha luz, y que tenían unas vistas muy agradables: estos jardines los hizo Nabucodonosor para complacer á su muger Amitis.

Una de las obras grandes que habia en Babilonia era el templo de Belo, y en él la mas notable, era una torre de prodigiosa altura, que estaba en el centro del edificio, contruida en cuadro, y que segun Herodoto tenia un estadio por igual, y segun Strabon la misma elevacion. Era un compuesto de ocho torres puestas unas encima de otras, y que iban siempre en disminucion, por lo que este autor la dá el nombre de pirámide, que algunos dicen era mas alta que la mayor de Egipto; lo que hace creer, como Bochart asegura, que esta torre era la misma que se construyó cuando la confusion de las lenguas, fuera de que los autores profanos dicen que era su fábrica de ladrillo y betun, lo que se conforma con lo que expresa la Escritura sagrada de la de Babel. A ella se subia por una escalera que iba en forma de caracol por la parte de á fuera, lo que sin duda significa alguna subida muy suave, que se habia hecho en el grueso del muro, la cual daba ocho vueltas ántes de llegar á lo alto, por lo que se habrá dicho que eran ocho torres una sobre otra.

Tenia sus viviendas hechas de bóvedas sostenidas con pilares, y arriba había un observatorio, por medio del cual los babilonios adelantaron mas que ningun otro pueblo el estudio de la astronomía; pero esta torre estaba principalmente destinada para el culto de Belo, ó Baal, y de otros diferentes dioses que tenían en ella sus capillas. Las riquezas de este templo, en estatuas, mesas, incensarios y vasos para culto, todo de oro macizo, eran inmensas; y sobre todo, había una estatua de cuarenta pies de alto, que pesaba mil talentos babilonios; y todas las riquezas se computaban, segun Diodoro, en seis mil trescientos talentos de oro; que dando á cada uno, que valia siete mil dragmas atticas, una séptima parte mas que al talento attico, segun Polux en su Onomasticon subia esta cantidad á la de cuatrocientos cuarenta y un millones de reales de plata antigua.

Este templo subsistia en tiempo de Jerges, que á la vuelta de su expedicion contra la Grecia, lo hizo demoler despues de haber sacado las riquezas que en él habia. Cuando Alejandro volvió de las Indias á Babilonia, intentó reedificarlo, á cuyo efecto empleó diez mil hombres en limpiar el terreno; pero habiendo muerto dos meses despues, cesó esta empresa.



CAPÍTULO XXXV.

REYES DE BABILONIA.

DE los reyes de Babilonia, que tambien lo fueron de Nínive, solo se referirán ciertos hechos, y eso únicamente de aquellos monarcas cuya historia está muy enlazada con la de los hebreos, como son Sennaquerib, Nabucodonosor y Baltasar.

Sennaquerib.--La sagrada Escritura llama tambien Sargon á este príncipe, que luego que entró á reinar, renovó la instancia que hizo su padre á Ezequías, rey de Judá, sobre que le pagase tributo, á lo cual habiéndose negado, le declaró guerra, y entró en Judá con un ejército poderoso; pero Ezequías, compadecido de ver los daños que ocasionaba en su reino, quiso hacer las paces, bajo las condiciones que quisiese; y con efecto Sennaquerib, fingiendo que se daba á partido, trató con

Tenia sus viviendas hechas de bóvedas sostenidas con pilares, y arriba había un observatorio, por medio del cual los babilonios adelantaron mas que ningun otro pueblo el estudio de la astronomía; pero esta torre estaba principalmente destinada para el culto de Belo, ó Baal, y de otros diferentes dioses que tenían en ella sus capillas. Las riquezas de este templo, en estatuas, mesas, incensarios y vasos para culto, todo de oro macizo, eran inmensas; y sobre todo, había una estatua de cuarenta pies de alto, que pesaba mil talentos babilonios; y todas las riquezas se computaban, segun Diodoro, en seis mil trescientos talentos de oro; que dando á cada uno, que valia siete mil dragmas atticas, una séptima parte mas que al talento attico, segun Polux en su Onomasticon subia esta cantidad á la de cuatrocientos cuarenta y un millones de reales de plata antigua.

Este templo subsistia en tiempo de Jerges, que á la vuelta de su expedicion contra la Grecia, lo hizo demoler despues de haber sacado las riquezas que en él habia. Cuando Alejandro volvió de las Indias á Babilonia, intentó reedificarlo, á cuyo efecto empleó diez mil hombres en limpiar el terreno; pero habiendo muerto dos meses despues, cesó esta empresa.



CAPÍTULO XXXV.

REYES DE BABILONIA.

DE los reyes de Babilonia, que tambien lo fueron de Nínive, solo se referirán ciertos hechos, y eso únicamente de aquellos monarcas cuya historia está muy enlazada con la de los hebreos, como son Sennaquerib, Nabucodonosor y Baltasar.

Sennaquerib.--La sagrada Escritura llama tambien Sargon á este príncipe, que luego que entró á reinar, renovó la instancia que hizo su padre á Ezequías, rey de Judá, sobre que le pagase tributo, á lo cual habiéndose negado, le declaró guerra, y entró en Judá con un ejército poderoso; pero Ezequías, compadecido de ver los daños que ocasionaba en su reino, quiso hacer las paces, bajo las condiciones que quisiese; y con efecto Sennaquerib, fingiendo que se daba á partido, trató con

él, y pidió una gruesísima cantidad de oro y plata, que para satisfacerla tuvo el santo rey que agotar sus tesoros y los del templo; pero el asirio, poco fiel á la santidad de los juramentos, y á los tratados, continuó la guerra con mas viveza que ántes, y cediendo todo á sus esfuerzos, conquistó todas las plazas de Judea, excepto Jerusalem, que ya se hallaba reducida al último extremo. En aquel instante supo el asirio que Taraca, rey de Etiopía, que habia unido sus tropas con el de Egipto, venia á socorrer á los sitiados, quienes, contra la órden de su rey, contra la prohibicion formal que Dios les habia hecho y contra las amonestaciones del profeta Isaias, solicitaron la ayuda de aquellos príncipes, á quienes derrotó enteramente Sennaquerib, quien al levantar el sitio de Jerusalem y partirse para aquella expedicion, escribió á Ezequías una carta llena de blasfemias contra el Dios de Israel, jactándose con insolencia de que tambien lo venceria, como habia vencido á los dioses de los otros pueblos.

„Direis á Ezequías, rey de Judá: Cuidadó que no os engañe vuestro Dios, en quien habeis puesto vuestra confianza; ni digais que Jerusalem no será entregada en manos del rey de los asirios;”

„Pues vos mismo habeis oido lo que los reyes de los asirios han hecho á todas las naciones, y el modo con que las han arruinado. ¿Y seréis vos el único que pueda libertarse?”

„¿Acaso han libertado los dioses de las naciones los pueblos que asolaron mis padres? ¿Libertaron por ven-

tura á Gozan, Haran, Resef, y á los hijos de Eden, que estaban en Thelassar?”

„¿En dónde está ya el Rey de Emath, el de Arfad, y el de la ciudad de Sefarvain, de Ana y Ava?”

„Luego que Ezequías recibió esta carta de Sennaquerib por mano de sus embajadores, y luego que la leyó, pasó al templo, y extendiendo la carta delante del Señor,”

„hizo á su presencia una súplica en estos términos: Señor Dios de Israel que estais sentado sobre los querubines, vos solo sois el que es el Dios de todos los reyes del universo, y vos el que habeis hecho el cielo y la tierra;”

„aplicad vuestros oidos, y escuchadme; abrid vuestros ojos, y considerad; y haced alto en todas las palabras de Sennaquerib, que ha enviado sus embajadores para blasfemar de Dios vivo delante de nosotros.”

„Es cierto, Señor, que los reyes de los Asirios han destruido las naciones; que han asolado sus tierras,”

„y que han echado sus dioses al fuego, y los han exterminado; porque ellos no eran dioses, sino figuras hechas de madera y de piedra, formadas por las manos de los hombres.

„Mas vos, Señor y Dios nuestro, salvadnos ahora de las manos de este rey, á fin de que sepan todos los reinos de la tierra, que vos sois el Señor y el verdadero Dios.”

„A este tiempo Isaias hijo de Amos, envió á decir á Ezequías: ved lo que dice el Señor Dios de Israel: Yo he escuchado, dice, la súplica que me has hecho tocante á Sennaquerib rey de los asirios.”

„Oid lo que el Señor ha dicho de él: El te ha menospreciado, y se ha mofado de tí, ó virgen, hija de Sion: él ha movido la cabeza por detras de tí, hija de Jerusalem.”

¿A quién has pensado tú haber insultado? ¿De quién creiste blasfemar? ¿Contra quién has alzado la voz, y levantado tus ojos insolentes? Contra el Santo de Israel.”

„Tú blasfemaste del Señor por medio de tus vasallos, y dijiste: yo he subido á lo mas elevado de las montañas, y sobre lo mas encumbrado del Líbano con la multitud de mis carros: he abatido sus altos cedros, y las mas grandes y pomposas hayas: he penetrado hasta lo mas interior de sus bosques, y he talado la selva espesa del Carmelo.”

„He bebido las aguas extranjeras, y he secado todas las que estaban ocultas, con las huellas de mis tropas.”

„Mas por ventura, ¿no has oído tú decir lo que yo he hecho desde el principio? Desde ántes de los primeros siglos tengo formado este designio, y le pongo ahora en ejecución. Las ciudades fuertes y defendidas por un gran número de combatientes han sido arruinadas, como si fueran colinas de despoblados:”

„Temblaron las manos de los que estaban dentro; se llenaron todos de confusion, y llegaron á hacerse como el heno de los campos, y como la yerba que nace en los tejados, que se seca ántes de llegar á su perfeccion.”

„Yo preví ya hace mucho tiempo, tu mansion, tú entrada, tu salida, el camino por donde has venido, y el furor con que te has sublevado contra mí.”

„Tú me acometiste con tu insolencia, y el ruido de tu soberbia ha llegado á mis oídos. Yo te pondré, pues, un anillo en la nariz, y una mordaza en la boca, y te haré volver por el mismo camino que veniste.”

„Mas por lo que á tí hace, ó Ezequías, esta es la señal que yo te daré: Come este año lo que puedas encontrar; el segundo lo que nazca espontáneamente; mas el tercero sembrad y recoged; plantad viñas y comed su fruto;”

„Y todo lo que de la casa de Judá echará sus raíces por debajo, y su fruto en lo alto;”

„Pues saldrán de Jerusalem las reliquias del pueblo, y habrá quien se salve del monte Sion. Esto es lo que hará el zelo del Señor de los ejércitos.”

„Por esta causa oid lo que dice el Señor acerca del rey de los asirios: No entrará él en esta ciudad, ni tirará flechas contra ella: no la ocupará el broquel de sus soldados, ni la rodearán trincheras, ni terraplenes:”

„El se volverá por él mismo camino que ha venido; y el Señor dice, que no entrará en esta ciudad.”

„Yo la protegeré, y la salvaré por mí mismo, y por mi siervo David.”

„Así sucedió, esta misma noche vino el Señor al campo de los asirios, y quitó la vida á ciento y ochenta mil hombres; y habiéndose levantado Sennaquerib su rey al amanecer del día siguiente, vió todos los cuerpos muertos, y se volvió al instante.”

„Volvióse, pues, Sennaquerib, é hizo mansion en Nínive.”

Véase el cuadro de esta catástrofe, pintado por el lord Byron.

„Se lanzó el asirio sobre nosotros como el lobo sobre el ganado, y sus legiones brillaban con la púrpura y el oro: brillaban sus lanzas como las estrellas en el mar cuando de noche ruedan sus ondas azules contra la ribera de Galilea.

„Al ponerse el sol aparecieron las banderas de este ejército, como las hojas de los bosques llenos de verdor: y también como las hojas de los bosques cuando han soplado los vientos del otoño, quedó este ejército marchito y disperso al otro día.

„El ángel de la muerte desplegó sus alas en el viento, y al pasar sopló á la cara del enemigo, y los ojos de los soldados dormidos quedaron helados con el frío de la muerte: aun latieron una vez sus corazones, pero despues dejaron de latir para siempre.

„Aquí yacia el caballo abiertas las narices, pero no las ensanchaba el bufido de su orgullo: la espuma de su agonía blanqueaba los céspedes, fría como la espuma que dejan las olas en las rocas en que se hacen pedazos.

„Acá yacia el caballero con el rostro descompuesto y pálido, mojada su frente con rocío, y enmohecida su coraza: estaban en silencio las tiendas, abandonadas las banderas, las lanzas tendidas en tierra, y mudos los clarines.

„Las viudas de los asirios hacen resonar sus gemidos, y en el templo de Baal están hechos pedazos los ído-

los: el poder de los gentiles sin que los haya herido la espada, se disolvió como la nieve al aspecto del Señor.”

Despues de un golpe tan terrible, Sennaquerib, aquel rey de los reyes, como él á sí propio se llamaba, aquel triunfador de las naciones, y que habia vencido á los dioses mismos, se vió forzado á volver á su reino con las desgraciadas reliquias de su ejército, lleno de vergüenza y de confusion; y de resultas, solo sobrevivió algunos meses, como para servir de trofeo á la mano poderosa de Dios, á cuya suprema magestad habia osadamente insultado; y le puso, como dice la Escritura, para sujetarle un anillo en la nariz, y una mordaza en la boca, como si fuera una fiera, haciéndole atravesar en aquel triste y vergonzoso estado, por delante de aquellos mismos pueblos, que ántes le habian visto tan furioso y soberbio.

Cuando llegó á Níveve, desesperado de su desgracia, trató á sus vasallos cruel y tiránicamente; y sobre todo, su rabia se esplicó contra los judíos y los israelitas, de los cuales cada dia hacia matar un gran número, y dejarlos en las calles sin permitir que los enterrasen. Tobías, á quien confiscaron todos sus bienes, se estuvo algun tiempo escondido huyendo de la crueldad de aquel príncipe, que habiéndose hecho con su mal humor insufrible á su propia familia, conspiraron contra él sus dos hijos que le dieron la muerte en el templo, y á la vista de su Dios Nesroch; pero se vieron despues de este parricidio obligados á huir á la Ar-

menia, dejando el reino á Asarhaddon, su hermano menor.

Nabucodonosor II.--Este príncipe derrotó el ejército de Nechao hácia las orillas del Eufrates, recobró á Carcamis, que estaba en poder de los egipcios, y también la Siria y la Palestina; después de lo cual entró en la Judea, puso sitio á Jerusalem, se apoderó de ella, é hizo poner preso á Joaquin para llevarle cautivo á Babilonia, pero después movido de su arrepentimiento, lo restableció en el trono de Judá. Un gran número de judíos, y entre otros los hijos de la familia real, fueron llevados cautivos á Babilonia, adonde se transportaron también todos los tesoros del palacio, y una parte de los vasos del templo; y de este modo se cumplió la amenaza que Dios había hecho al rey Ezequías por medio del profeta Isaías. De esta famosa época, que corresponde al año cuarto del reinado de Joaquin, es menester empezar á contar el cautiverio de los judíos en Babilonia, profetizado tantas veces por Jeremías. Daniel, que entonces tenía doce años, fué llevado con los demas, y algun tiempo después el profeta Ezechiel.

En los últimos dias del año quinto del mismo reinado parece que murió Nabopolasar, rey de Babilonia, después de haber reinado veintiun años; y apenas su hijo Nabucodonosor tuvo la noticia, cuando partió en diligencia, y por el camino mas corto para Babilonia, acompañado de muy poca gente, dejando á sus generales el cuidado de conducir el ejército con los cauti-

vos y despojos de sus victorias. Luego que llegó á aquella capital recibió el gobierno de manos de los que se lo habían conservado cuidadosamente, y así sucedió á su padre en el imperio, cuyo dominio comprendía la Caldea, la Asiria, la Arabia, la Siria y la Palestina, y reinó, según Ptolomeo, cuarenta y tres años.

En el año cuarto de su reinado tuvo este príncipe un sueño de que se asustó mucho, pero lo olvidó enteramente; por lo que hizo convocar á todos los sabios y adivinos de su imperio para que le dijese qué era lo que había soñado; pero todos le respondieron que era imposible adivinarlo, y que lo que podían hacer era explicarle el sueño después que se los refiriese. Como los príncipes no están acostumbrados á hallar oposicion en lo que quieren, y sí á ser obedecidos con puntualidad, Nabucodonosor, creyendo que no lo trataban de buena fé, montó en cólera y los condenó á todos á muerte, en cuya sentencia fueron comprendidos Daniel y sus tres compañeros, como que entraban en el número de los sabios.

Daniel, después de haber invocado al Dios de Israel, se presentó al rey y le refirió lo que había visto en el sueño. Era, le dijo, una estatua de una altura desmedida, cuyo mirar espantaba. Tenía la cabeza de oro, el pecho y los brazos de plata, el vientre y los muslos de cobre, y los piés en parte de hierro, y en parte de barro. Atento estábais mirando esta vision, cuando una piedra que por sí propia se desprendió de una montaña, dando en los piés á la estatua, la hizo pe-

dazos y la redujo á polvo, y la piedra se convirtió en una grande montaña que llenó toda la tierra.

A esta relacion del sueño, añadió Daniel la explicacion, señalando los tres grandes imperios que debian suceder al de los asirios, á saber, el de los persas, el de Alejandro Magno y el de los griegos, y en fin, el de los romanos, ó segun otros, el de los sucesores de Alejandro. Despues de esto añadió aquel profeta, el Dios de los cielos producirá un imperio que jamas perecerá, y que no pasará á otro pueblo. Este destruirá y aniquilará á todos estos reinos, y durará por toda la eternidad, con lo cual indicó Daniel claramente el reinado de Jesucristo. El rey fuera de sí y transportado de admiracion, despues de haber reconocido y declarado en alta voz que el Dios de Israel era verdaderamente el Dios de los dioses, elevó al profeta á los primeros empleos de sus estados, lo constituyó en gefe de los que tenian la superintendencia de los magos, le dió el gobierno de toda la provincia de Babilonia, y plaza entre los principales señores del consejo que seguia siempre la corte; y sus compañeros participaron tambien de su elevacion.

Habiéndose rebelado Joaquin contra el rey de Babilonia, los generales de este que se hallaban en aquel pais, marcharon contra él, cometieron en sus tierras todo género de hostilidades, lo encerraron en Jerusalem, y habiéndolo hecho prisionero, en alguna salida sin duda, le quitaron la vida, y echaron su cuerpo en el camino real.

Jechonías su hijo le sucedió en la impiedad y en el reino, y los tenientes de Nabucodonosor continuaron el sitio de Jerusalem; pero habiendo venido él en persona tres meses despues al frente de su ejército, tomó aquella plaza, y se apoderó de todos los tesoros del templo, del palacio del rey y de cuanto habia quedado de los vasos que habia hecho Salomon para el servicio del templo, y los hizo llevar á Babilonia con un gran número de cautivos, entre los cuales iba el rey Jechonías, su madre, sus mugeres, todos los oficiales y grandes de su reino; y puso en el trono de Judá en su lugar á su tio Mathanías, llamado tambien Sedecías.

Este príncipe tuvo la misma irreligion, y tan poca fortuna como sus padres. Habiendo hecho alianza con Faraon Efreo, rey de Egipto, quebrantó el juramento de fidelidad que tenia prestado al rey de Babilonia, quien lo castigó prontamente. Sitiólo en su capital; y aunque la llegada en la ocasion del rey de Egipto con un ejército, le hizo concebir alguna esperanza, esta se desvaneció luego; porque los egipcios fueron derrotados por Nabucodonosor, que volvió á poner á Jerusalem un sitio que le duró un año; pero al cabo la tomó por asalto, hizo una horrorosa carnicería, y que degollasen en presencia de su padre á los dos hijos de Sedecías, y á todos los grandes y nobles de Judá, y tambien mandó sacar los ojos á aquel príncipe infeliz, y cargarle de cadenas para llevarle cautivo á Babilonia, en donde le tuvo encarcelado hasta su muerte. Los asirios saquearon y quemaron la ciu-

dad y el templo, y destruyeron todas sus fortificaciones.

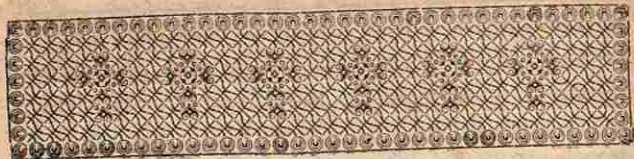
Un español elocuente, hablando de los judíos cautivos que iban en camino de Babilonia despues de la desolacion de la santa ciudad, dice así: „¡Quién vió salir de Jerusalem el pueblo de los judíos! ¡Quién vió llevar á Babilonia los pocos que habian quedado vivos, y escapado de las llamas de aquel famoso templo, soberbias torres y suntuosas casas de la miserable ciudad! Ejemplo de furor y saña del airado Dios del cielo. Iban atadas las manos blandas de las tiernas doncellas, hinchadas con los ásperos y apretados nudos de los cordeles, y descalzos los delicados piés regaban con la roja sangre el suelo y senda que guiaba á Babilonia. Los inocentes niños, asidos á las ropas y faldas de las desventuradas madres, eran compelidos á seguir los largos pasos del crudo vencedor. Los viejos, reservados por algun hado cruel para ver tan desastrado caso, iban atadas las gargantas, y ahogados del dolor dando mortales suspiros. Quedaban degollados los mas valientes, y toda la flor y fuerza de su ejército; y los sacerdotes muertos sobre las sagradas víctimas que ofrecian para aplacar la gran Magestad de Dios airado. Iban, pues, cautivos aquellos desdichados; y pues que ni para quejarse se les daba licencia, á lo ménos los ojos, que por tan libres no podian ser impedidos, derramaban lágrimas, regando los caminos y campos por donde pasaban.”

Labinit.—Este príncipe á quien tambien llaman Nabonid, tuvo otros diferentes nombres; pero la Sagrada Escritura lo llama Balthazar; y se congetura con mu-

cho fundamento que era hijo de Evilmerodac, y de Nitocris su muger, y por consecuencia nieto de Nabucodonosor á quien segun la profecía de Jeremías debian estar avasallados los pueblos del Oriente, y despues de él á su hijo y á su nieto.

Nitocris es la reina que hizo muy grandes obras en Babilonia. Habia puesto su sepulcro encima de una de las puertas mas principales de aquella ciudad, con una inscripcion en que prevenia á sus sucesores, que no llegasen sin una extrema necesidad á las riquezas que en el dejaba encerradas. No se llegó al sepulcro hasta el tiempo de Dario, que habiéndole hecho abrir, en lugar de los tesoros inmensos que esperaba encontrar, halló esta inscripcion. *Si no tuvieras una sed insaciable de dinero, y no estuvieras devorado de una sordida avaricia, no abririas los sepulcros de los muertos.*





CAPITULO XXXVI.

TOMA DE BABILONIA POR CIRO.

CIRO se mantuvo, dice Rollin, en el Asia Menor hasta que subyugó enteramente los diversos pueblos que la habitaban, desde el mar Egeo hasta el Eufrates. Despues pasó á la Siria y á la Arabia, cuyos pueblos subyugó igualmente; y luego entró en la Asiria y se encaminó hácia Babilonia, que era la plaza única del Oriente que estaba por conquistar.

El sitio de esta plaza no era empresa muy fácil; porque las murallas, que tenían una altura extraordinaria, parecian inaccesibles, sin contar que el número de la gente que la defendia era inmenso; pero todas estas dificultades no desmayaron el ánimo de Giro, que vien-

do la imposibilidad de tomarla por asalto, dejó persuadir á sus habitantes, que queria rendirla por hambre. En consecuencia de esta idea, hizo, primeramente, tirar una linea de circunvalacion, con un foso ancho y profundo, en seguida para no fatigar mucho sus tropas, dividió su ejército en doce partes, y señaló á cada una su mes para la guardia de las trincheras. Los sitiados, creyéndose bien seguros con sus almacenes y sus muros, insultaban desde lo alto á Giro, y se burlaban del trabajo que se tomaba y de lo que hacia.

Los Babilonios ignoraban que habia mas de doscientos años que Dios habia señalado á Giro para servirse de él como de un instrumento, á fin de que se cumpliesen los altos fines de su providencia y de su misericordia en favor de su pueblo, á quien queria sacar del cautiverio en que habia cerca de setenta años que estaba en aquella capital, cuya soberbia y dureza queria castigar al mismo tiempo, y tambien la impiedad sacrilega de su rey, como lo habian publicado los profetas Isaías, Jeremías y Daniel, y que la mano poderosa del Altísimo queria primero sujetarla, á cuyo efecto iria sirviendo de guia á Giro, le secaria su caudaloso rio, y le abriria sus puertas de bronce, y despues la destruiria y aniquilaria de tal modo, que ni aun memoria quedaria de aquella famosa ciudad, ni del lugar de su asiento.

Cuando Giro vió que el foso en que hacia tiempo se trabajaba estaba enteramente acabado, pensó seriamente en ejecutar el gran proyecto que habia formado, sin haberlo comunicado á persona alguna; y para conseguir-

lo, la Providencia le proporcionó una ocasion tal como la podia apetecer, pues supo que se debia celebrar en Babilonia una gran fiesta; y que los Babilonios tenian costumbre de pasar en su celebridad la noche entera, comiendo, bebiendo y haciendo otros excesos.

El rey Baltasar quiso participar mas que otro alguno de esta alegría pública, y dió una cena magnífica á los primeros oficiales de su reino y á las señoras de su corte. En el calor del vino mandó que le trajesen los vasos de oro y plata de que sus antecesores despojaron al templo de Jerusalem, y como para hacer burla del Dios de Israel, él y toda su corte bebieron en ellos y tambien hizo beber á todas sus concubinas. El Señor irritado de tal impiedad, y de la insolencia de aquel bárbaro, le dió á entender en aquel instante quién era, y á quién se atrevia á insultar; porque repentinamente se apareció en la pared una mano que escribia ciertos caracteres. Asustado y admirado el rey de tan extraña apariéncia, hizo llamar al momento á todos sus magos, á todos sus adivinos y astrólogos para que leyesen lo escrito y que le esplicasen su sentido; pero fué en vano porque ninguno supo leerlo ni explicarlo: por cuya causa la reina Nicotris, madre del rey, que era una princesa de gran mérito, habiendo entrado en la sala del festin al ruido y alboroto que causó la aparicion de la mano, procuró sosegar el ánimo de su hijo, y dió noticia de Daniel, cuya inteligencia en cosas semejantes dijo tenia experimentada, y á quien habia ella empleado siempre en el gobierno del estado.

Hicieron venir al instante al profeta, que habló al rey con una libertad propia verdaderamente de su ministerio. Le trajo á la memoria el terrible modo con que Dios habia castigado la soberbia de su abuelo Nabucodonosor, y el extraño abuso que él hacia de su poder, no reconociendo mas ley que la de su voluntad, creyéndose dueño absoluto de elevar, ó apear á su arbitrio á los unos, y de arruinar ó hacer morir á los otros, sin mas razon que la de hacer su gusto. En lugar de escarmentar en su cabeza (añadió el Profeta), vos que sois su hijo, habeis querido haceros mas soberbio y mas impío que él. Os habeis levantado contra el Señor del cielo, y habeis hecho traer á vuestra presencia los vasos de su casa santa, y en ellos habeis bebido vos, vuestra muger, y vuestras concubinas, con todos los grandes de vuestra corte. Habeis hecho públicos obsequios en honra y alabanza de vuestros dioses de oro, de plata y de madera, que ni ven, ni oyen, ni sienten, y no habeis glorificado al Dios que tiene vuestro aliento en su mano, y que es el dueño de vuestras acciones, y de todos los instantes de nuestra vida. Por esta causa ha enviado Dios los dedos de aquella mano, que ha escrito lo que aparece en la pared. Lo que dice es *Mané, Thecel, Phares*, y su sentido: *Mané*, Dios ha contado los dias de vuestro reinado, y ha señalado su fin. *Thecel*, habeis sido pesado en la balanza, y os han hallado muy ligero. *Phares*, vuestro reino ha sido dividido, y dado á los medos y á los persas. Aunque esta interpretacion aumentó en extremo la inquietud del

rey, lo sosegaron al parecer sus cortesanos, diciéndole, que el mal no se anunciaba como próximo, y que para en adelante se podrian hallar medios de precaverlo; pero en lo que no hay duda es, en que el temor de perturbar la alegría de que todos gozaban entónces, hizo suspender para otro tiempo la determinacion de los negocios serios, y así volvieron á la mesa, y continuaron con sus excesos hasta muy entrada la noche.

Ciro que se hallaba bien informado de la confusion que esta fiesta solia ocasionar en el palacio y en la ciudad, habia apostado una parte de sus tropas en la parte en que el rio entraba en ella, y otra en el parage donde salia, con orden de que aquella misma noche entrasen por la madre del rio luego que le reconociesen vadeable; y despues de haber dado todas las órdenes necesarias, y exhortado á los oficiales á seguirle, dándoles á entender que marchaba debajo de la conducta de los dioses, hizo abrir por la tarde la trinchera de los dos lados del rio por la parte de arriba, y de abajo de la ciudad, á fin de hacer correr las aguas por el foso. Con esta providencia la madre del Eufrates pronto quedó seca, y entónces los dos cuerpos de tropas, segun las órdenes que tenian, entraron en ella, el uno mandado por Gobrias, y el otro por Gاداتas, y marcharon sin hallar impedimento; y como el guia invisible que habia prometido á Ciro abrirle todas las puertas, se habia servido de la negligencia y desorden que reinaba en toda la ciudad, en aquella noche de disolucion, para que por descuido dejasen abiertas las



Toma y destrucción de Babilonia

puertas de bronce que cerraban las bajadas del dique del rio, las que si hubieran estado cerradas hubieran hecho malograr la empresa; los dos cuerpos de tropa penetraron hasta el medio de la ciudad sin encontrar resistencia; y habiéndose unido en el palacio real, como lo habian concertado, sorprendieron la guardia, la destrozaron, y entraron en el palacio, cuyas puertas abrieron algunos de adentro que acudieron á informarse del motivo del ruido que se habia oido, y habiendo encontrado los persas al rey que venia á ellos espada en mano, acompañado de los que se hallaron cerca para socorrerle, lo mataron y pasaron á cuchillo á los que lo acompañaban. El primer cuidado de los vencedores fué el de dar las gracias á los dioses de que habian en fin castigado á aquel *rey impío*; y esta advertencia de Jenofonte merece que se pese, porque se aviene maravillosamenté con lo que la sagrada Escritura dice de la impiedad de Baltasar.

Con la toma de Babilonia dió fin el imperio de los babilonios, despues de haber durado doscientos diez años, desde el principio del reinado de Belesis, y con esto quedó confundido el poder de esta ciudad soberbia, cincuenta años precisamente despues que destruyó á Jerusalem y su templo, y entónces se cumplieron las profecías de los tres referidos profetas, Isaías, Jeremías y Daniel, bien que falta la mas principal y la mas notable, y expresa en la Escritura sagrada que era la de la total ruina de Babilonia, de modo que no quedaria el

mas mínimo vestigio de ella, cuya profecía, mas que en otras partes, se halla expresa en Isaías.

Esto fué sucediendo poco á poco, porque primero perdió el privilegio de ciudad regia, y algunos reyes de Persia prefirieron á Susa, Ecbatana y á Persépolis, y arruinaron una parte de aquella capital. Los Macedonios, segun Strabon y Plinio, no cuidaron de ella, y para despojarla, edificaron en su inmediacion á Seleucia, y despues acabaron de conseguirlo los nuevos reyes de Persia con la construccion de Ctesiphon; y en el año de noventa y seis de nuestra redencion estaba tan universalmente abandonada, que solo habian quedado sus murallas, como lo advierte Pausanias, que escribia en tiempo del emperador Antonino, sucesor de Adriano. *Aquella Babilonia, la mayor de quantas ciudades ha visto el sol, no tiene ya mas que murallas.*

Los reyes de Persia viéndola en este estado, hicieron de ella un parque en que encerraron diferentes géneros de fieras que les servia para sus cacerías, lo que es conforme á lo que profetizó Isaías, y S. Gerónimo nos ha conservado esta preciosa especie, que dice la sabia de un religioso Persa que lo habia visto; y finalmente, habiendo empezado á caer los muros, las fieras se escaparon, y solo quedó hecha mansion de serpientes y escorpiones, el Eufrates tomó por otra parte su curso, y quedó de modo aquella capital, que no se puede al presente demarcar con seguridad el lugar de su asiento, habiéndose cumplido en ella la maldicion que Dios la echó de que la destruiria, y perderia hasta la noticia de ella.

Habiendo Ciro entrado en Babilonia del modo que queda referido, mandó que se pasasen á cuchillo á todos los que se encontrasen en las calles, y dió orden á los vecinos de aquella ciudad que le llevasen todas sus armas, y que despues se mantuviesen encerrados en sus casas. Al amanecer del dia siguiente, la guarnicion que estaba en la ciudadela, habiendo sabido la toma de aquella capital, y la muerte del rey, se entregó inmediatamente á Ciro, que casi sin sacar la espada, y sin hallar resistencia, se halló en un instante en pacífica posesion de la plaza mas fuerte del mundo.





CAPÍTULO XXXVI.

PROFECIAS DE ISAIAS Y JEREMIAS CONTRA BABILONIA.--POESIA.

„Duro anuncio contra Babilonia, revelado á Isaiás, hijo de Amós.”

„Sobre el monte cubierto de tinieblas plantad el estandarte, alzad la voz, tended la mano, y entren los caudillos por las puertas.”

„Yo he dado mis órdenes á los *guerreros* que tengo prevenidos, he llamado en mi ira á mis campeones llenos de alborozo por defender mi gloria.”

„Algazara de mucho gentío sobre las montañas, como de pueblos numerosos: voces de alarma de príncipes y de naciones reunidas. El Señor de los ejércitos ha dado sus órdenes, á la belicosa milicia.”

„La cual viene de países remotos desde el cabo del

mundo: el Señor y los instrumentos de su ira *vienen* para dejar desierta toda la tierra.”

„Esforzad los aullidos, porque cercano está el día del Señor: la desolacion será como de la *terrible* mano del Señor.”

„Por esto todos los brazos perderán su vigor y energía, y todos los corazones de los hombres desfallecerán,”

„Y serán quebrantados. Se verán agitados de tormentos y dolores, y gemirán como muger que está de parto: cada uno quedará atónito mirando á su vecino: sus rostros se pondrán secos y denegridos.”

„Todo el que se encuentre en la *ciudad* será muerto; y cuantos acudan á su socorro, perecerán al *filo* de la espada.”

„Sus niños serán estrellados delante de sus ojos, saqueadas sus casas y forzadas sus mugeres.”

„He aquí que yo levantaré contra ellos á los medos, los cuales no buscarán plata; ni querrán oro,”

„Sino que matarán á saetazos á los niños; y no tendrán compasion de las mugeres embarazadas, ni perdonarán á sus hijitos.”

„Y aquella *famosa* Babilonia, gloriosa entre los *demas* reinos, de la que *tanto* se vanagloriaban los caldeos, será, como Sodoma y Gomorra, arruinada por el Señor.”

„Nunca jamas será habitada ni reedificada por los siglos de los siglos: ni aun el árabe plantará allí sus tiendas, ni harán en ella majada los pastores.”

„Sino que se guarecerán allí las fieras, y sus casas estarán llenas de dragones, y allí habitarán los avestruces, y allí retozarán los *sátiros* peludos.”

„Y entre *las ruinas* de sus palacios resonarán los ecos de los buhos, y cantarán las sirenas en aquellos lugares que fueron consagrados al deleite.”

„Te servirás de este cántico contra el rey de Babilonia, y dirás: ¿Cómo es que no parece ya el exactor y que cesó el tributo?”

„El Señor ha hecho pedazos el cetro de los impíos, la vara de los que dominaban;”

„al que indignado azotaba á los pueblos haciéndoles llagas incurables, y tiranizaba furiosamente las naciones, y las maltrataba con crueldad.”

„Toda la tierra está en silencio y en paz, y se huelga y regocija:”

„hasta los abetos y cedros del Líbano se divierten á costa tuya. Desde que tú feneciste, *dicen*, nadie sube á cortarnos.”

„El infierno allá abajo se conmovió á tu llegada: al encuentro tuyo envió los gigantes: levantáronse de sus tronos todos los príncipes de la tierra, todos los príncipes de las naciones.”

„Todos, dirigiéndote la palabra, te dirán: ¡Conque tú tambien has sido herido como nosotros, y á nosotros has sido hecho semejante!”

„Tu soberbia ha sido abatida hasta los infiernos, tendido yace por el suelo tu cadáver, tendrás por colchon la podredumbre, y tu cubierta serán los gusanos.”

„¿Cómo caiste del cielo, oh lucero, tú que tanto brillabas por la mañana? ¿Cómo fuiste precipitado por tierra, tú que has sido la ruina de las naciones?”

„Tú que decías en tu corazón: Escalaré el cielo: sobre las estrellas de Dios levantaré mi trono, sentaréme sobre el monte del testamento *situado* al lado del Septentrion:”

„Sobrepujaré la altura de las nubes: semejante seré al Altísimo.”

„Pero tú has sido precipitado al infierno, á la mas honda mazmorra.”

„Los que te vieren, se inclinarán á tí, y te contemplarán. ¿Y es este, *dirán*, aquel hombre que alborotó la tierra, que hizo estremecer los reinos,”

„el que dejó desierto el mundo, y asoló las ciudades, y no abrió *jamás* la cárcel á sus prisioneros?”

„Todos los reyes de las naciones, todos murieron y fueron enterrados con gloria; cada cual descansa en el sepulcro de su familia.”

„Mas tú has sido arrojado lejos de tu sepulcro como un tronco inútil é inmundo, y confundido como podrido cadáver, con los que fueron muertos á cuchillo, y descendieron á lo mas hondo de la fosa.”

„Tú no has de tener consorcio con ellos, ni aun en la sepultura: porque has destruido tu pais, has hecho perecer á tu pueblo. No se conservará la memoria de la raza de los malhechores.”

„Preparaos á dar la muerte á sus hijos, por la iniquidad de sus padres; pues no crecerán, ni heredarán

la tierra, ni llenarán de ciudades la superficie del mundo."

„Porque yo me levantaré contra ellos, dice el Señor de los ejércitos; y destruiré el nombre de Babilonia, y los residuos, y el retoño, y *toda* su raza, dice el Señor."

„Y la reduciré á manida de erizos: y lagunas de aguas estancadas, y la barreré con escoba devastadora, dice el Señor de los ejércitos."

„Palabra que habló el Señor acerca de Babilonia, y del país de los cháldeos, por boca del profeta Jeremías."

„Llevad la noticia á las naciones, y haced que corra la voz: alzad señales *en las alturas*, publicadlo, y no lo encubrais: decid: Tomada ha sido Babilonia, corrido ha quedado Bel, y abatido Merodach; cubiertos quedan de ignominia sus simulacros, aterrados han sido sus ídolos."

„porque vendrá contra ella del Norte una nacion, la cual asolará su país, sin que quede quien la habite: desde el hombre hasta la bestia, *todos* se pusieron en movimiento y se marcharon."

„Huid de en medio de Babilonia, y salid del país de los cháldeos; y sed como los marruecos delante del rebaño."

„Porque he aquí que yo pondré en movimiento, y traeré reunidos contra Babilonia los *ejércitos* de naciones grandes de la tierra del Norte, los cuales se dispondrán para asaltarla, y en seguida será tomada: sus saetas, como de fuertes y mortíferos guerreros, no serán disparadas en vano."

„Y la Cáldea será entregada al saqueo: quedarán atestados de riquezas todos sus saqueadores, dice el Señor."

„Ya que saltais de contento, y hablais con arrogancia por haber devastado la heredad mia; ya que retozáis como novillos sobre la yerba, y mugis como toros."

„La indignacion del Señor la dejará inhabitada, y reducida á una soledad: todo el que pasare por Babilonia, quedará lleno de pasmo, y hará rechifla de todas las desgracias de ella."

„Oh vosotros, todos cuantos estais diestros en manejar el arco, apercebidos de todas partes contra Babilonia, embestidla, no escaeeis las saetas; porque ha pecado contra el Señor."

„Levantad contra ella el grito; *ya* tiende sus manos por todos lados, *dándose por vencida*: conmuevense sus fundamentos, destruidos quedan sus muros; porque es el tiempo de la venganza del Señor: tomad venganza de ella, tratadla como ella trató á los demas."

„Y conduciré otra vez á Israel á su antigua morada, y gozará de los pastos del Carmelo: y en Basan, y en los collados de Ephraim y de Galaad se saciarán sus deseos."

„Estruendo de batalla *se oye* sobre la tierra, y de gran de exterminio."

„Yo te cogí en el lazo, y sin pensarlo te has visto presa, oh Babilonia: has sido hallada y cogida, porque hiciste guerra al Señor."

„A toda la multitud de los que en Babilonia entesan

el arco, decidles: Asentad los reales contra ella por todo el alrededor, á fin de que ninguno escape: dadle el pago de sus fechorías: portaos con ella conforme ella se ha portado: pues se levantó contra el Señor, y contra el Santo de Israel."

„Aquí estoy yo contra tí, oh soberbio *Balthasar*, dice el Señor Dios de los ejércitos; porque ha llegado tu día, el día de tu castigo."

„Espada contra los cáldeos, dice el Señor, y contra los habitantes de Babilonia, y contra sus príncipes, y contra sus sabios."

„Espada contra sus adivinos, y quedarán entontecidos; espada contra sus valientes, y quedarán llenos de terror."

„Espada contra sus caballos, y contra sus carros de guerra, y contra todo el gentío que ella contiene, y serán tímidos como mugeres; espada contra los tesoros, los cuales serán saqueados."

„Se secarán, y agotarán sus aguas: porque tierra es esa de vanos simulacros, y que se gloria en sus monstruos."

„Por tanto vendrá á ser guarida de los dragones y de los faunos que se alimentan de higos silvestres, y morada de avestruces; quedando inhabitada para siempre, sin que nunca jamás vuelva á ser reedificada."

„He aquí que viene del Norte un pueblo y una nación grande; y se levantarán muchos reyes de los extremos de la tierra."

„Asirán del arco y del escudo: son crueles y sin mi-

sericordia: sus voces serán como un mar que bramá, y montarán sobre sus caballos, como un guerrero apercebido para combatir contra tí, oh hija de Babilonia."

„Oyó el rey de Babilonia la fama de ellos, y quedó sin aliento, y oprimido de angustia y de dolor como muger que está de parto."

„He aquí que un rey vendrá como un leon, desde el hinchado Jordan á caer sobre la bella y fuerte *Babilonia*; porque yo le haré correr súbitamente hácia ella: ¿y quién sino *Cyro*, será el escogido, á quien yo le encargue que se apodere de ella? ¿pues quién hay semejante á mí? ¿quién habrá que se me oponga? ¿ni cuál es el pastor ó capitán que pueda ponerse delante?"

„Por tanto, oid el designio que tiene formado allá en su mente el Señor contra Babilonia; y sus decretos en orden al país de los cáldeos: Juro, dice el Señor, que los zagales pequeñuelos del rebaño, ó los mas débiles soldados, darán en tierra con ellos: juro que serán destruidos ellos, y las ciudades en que habitan."

„A la noticia de la conquista de Babilonia se ha estremecido la tierra, y sus gritos se han oido entre las naciones."

RUINA DE BABILONIA.

Aquí sentado á orillas del Eufrates
A la sombra de sauces silbadores,
Recordaré los bárbaros combates,
Y la pasada gloria y la pujanza

De la soberbia y grande Babilonia,
 Y su desolacion sin esperanza.
 La mente arrebatada y delirante
 Trasládase á los siglos mas lejanos,
 Cuando sus bravos y orgullosos reyes
 Dictaron á los grandes soberanos
 Y tambien á los pueblos duras leyes.
 Sus principes domaron con la espada
 A la opulenta Tiro, y la Idumea
 La ardiente tierra que fecunda el Nilo
 Y la intrépida gente de Judea.
 En esta vasta soledad mis ojos
 Buscan en vano la ciudad que un dia
 Cargada con magníficos despojos
 De mil pueblos domados y cautivos,
 La señora del mundo parecia.
 Mas ¡ay! que Ciro se aprestó y Darío,
 Jerjes tambien é Himero formidable:
 ¡Cuántas veces ejército implacable
 Cubrió la orilla de este mismo rio!
 ¡Ay que el clarin ya suena en la llanura
 Y de los carros el crugir horrendo!
 Ya se oye el relinchar de los caballos
 Y el ruido de sus piés: la infantería
 Hierve y resuena como el mar tremendo.
 ¡Ay que las lanzas brillan á lo léjos,
 Y espadas, y corazas y morriones,
 Y bruñidos escudos de los persas!
 ¡Cómo se ven marchar los batallones

Y alzar nubes de polvo hasta los cielos
 Y enturbiar los arroyos con sus plantas!
 Soberbia Babilonia, ¡cuántos duelos
 Te esperan, infeliz, lágrimas cuántas!
 Prepara tus flecheros y refuerza
 Guardias y centinelas: tus valientes
 Estén sobre las armas noche y dia:
 Las cien puertas de bronce relucientes
 Apresurada cierra con cadenas,
 Y levanta trincheras y abre fosos.
 ¡A qué serán esfuerzos tan costosos?
 Por ese mismo cauce que allí veo
 Do corrieron las aguas del gran rio,
 Penetra el enemigo, y del caldeo
 A dios por siempre gloria y poderio.
 Con la espada desnuda recorrian
 Medos y persas sin piedad las plazas,
 Las anchas calles y poblados templos.
 ¡De qué á los sacerdotes han servido
 Las aras de los dioses y el santuario
 La blanca venda y túnica de seda?
 Es hollado el sacrílego incensario,
 Y pasado mil veces con la espada
 El sacrificador, tendido queda
 Al lado de su víctima enflorada.
 La implacable y feroz caballería
 Polvorosa se lanza á la pelea,
 Haciendo una mortal carnicería.
 Oyéanse ya los despiadados gritos

Del vencedor, y el lamentable llanto
 Del vencido que atónito de espanto
 Suelta la lanza de la mano fría.
 Menos cobardes otros con despecho
 A morir por la patria se abalanzan
 Con paso firme y denodado pecho:
 Y aquí á la vista del undoso Eufrates
 Persas y babilonios se mezclaron
 En feroces y bárbaros combates.
 Aquí valientes con furor lucharon:
 Las lanzas con las lanzas se cruzaban,
 Y espadas con espadas, y las flechas
 Por el aire mortíferas volaban.
 La roja sangre corre por el suelo,
 Suda el caballo y el jinete suda,
 Gran polvareda se levanta al cielo,
 Y la victoria se mantiene en duda.
 Escuadrones enteros se acometen,
 Y chocan obstinados y resueltos,
 Como suelen las olas con las olas
 En mares estruendosos y revueltos.
 Al fin cansados de tan larga lucha
 Los sitiadores su furor redoblan,
 Los enemigos á cuchillo mueren,
 O á las cadenas la cervices doblan,
 Y queda Babilonia en cautiverio:
 ¡A dios ciudad y poderoso imperio!
 Ya nubes de humo de las casas suben:
 Las rojizas y grandes llamaradas,

Resuenan del palacio en los salones:
 Se desploman los ricos artesones,
 Se derrumban las torres incendiadas,
 Y del inmenso fuego á los reflejos
 En la tremenda y pavorosa noche
 Los lagos se iluminan á lo léjos.
 ¡Oh cuánta confusion, y luto, y lloro,
 Y cuánta sangre derramada, y cuánto
 De desesperacion y de desdoro!
 ¿Para qué levantarse á tanta gloria
 Si fin tan espantoso le aguardaba?
 ¿En dónde está su triplicado muro
 Que altísimo á las nubes se elevaba
 Que no lo puedo hallar? ¿Dónde las torres
 Y tantos edificios y jardines?
 Todo lo arrasa el enemigo, y todo
 Se ha cubierto de ortigas y zarzales
 Y de tristes é inmensos carrizales
 Y de verdes lagunas y pantanos,
 Donde silba la vívora traidora
 Junto al cardo espinoso y la ninfea
 Que un aire melancólico menea.
 Los palacios espléndidos que un día
 Habitaron gloriosos soberanos
 Fueron despues morada en que vivía
 El ibis y avestruz y los milanos
 Y el áspid ponzoñoso y cuervo triste;
 Mas hoy ni rota una columna existe:
 Tal vez aquí do yerbas silenciosas

Pisan mis piés, estaban los salones
 Do se cantaban lúbricas canciones
 Al compas de las arpas deliciosas.
 ¡En dónde está de Jove babilonio
 El magnífico templo, y sus riquezas,
 Y su grandiosa estatua, y las estatuas
 De dioses subalternos? Las malezas
 Ocultan los escombros espantosos
 Del edificio y de su inmensa torre.
 En medio el llano en que el Eufrates corre
 Se eleva esa tristísima colina,
 Toda formada de la vasta ruina
 Del gran templo de Júpiter Caldeo.
 Allí entre muzgos y áridos espinos
 Se ven saltar los sátiros vellosos;
 Allí enroscados duermen los dragones
 En la lóbrega noche, y de los buhos
 Se alternan los acentos pavorosos.
 Una garza blanquísima descende
 Aquí á mi vista sobre el triste lago
 Y á la culebra acuática sorprende:
 Ya se la lleva por el aire vago:
 Extiéndese y enróscase furiosa,
 Hinchando su cuello azul, pero cansada
 Es al fin de la garza devorada:
 La misma suerte le tocó al Caldeo,
 Cayó en las manos de enemigo altivo:
 El que no pereció quedó cautivo,
 Y ni sus restos en contorno veo.

Así acabó la reina de las gentes
 Harta de orgullo y de placeres harta,
 Como acabó la espléndida Palmira,
 La sabia Atenas y la dura Esparta,
 Cuyas reliquias el viagero admira.
 ¡Quién sabe si en los siglos venideros
 Los sabios de los reinos mas lejanos
 Irán á ver de Londres opulenta
 Los restos entre inmóviles pantanos!
 ¡Quién sabe si en sus plazas y sus calles
 Pastarán las ovejas y los bueyes,
 Y anidarán las aves solitarias
 En los grandes palacios de sus reyes!

Tomada Babilonia, espidió *Ciro* á favor de los judíos el siguiente decreto.

„El año primero *del imperio* de *Cyro*, rey de los persas, para que se cumpliese la palabra del Señor pronunciada por *Jeremías*, movió el Señor el ánimo de *Cyro*, rey de los persas, el cual hizo publicar por todo su reino, aun por escrito, el siguiente decreto:”

„Esto dice *Cyro*, rey de los persas: El Señor Dios del cielo es el que me ha dado todos los reinos de la tierra, y él me ha mandado edificarle Casa en *Jerusalen*, ciudad de la *Judea*.”

„¿Quién de entre vosotros pertenece á su pueblo? Su Dios sea con él. Vaya á *Jerusalen*, ciudad de la *Judea*, y edifique la Casa del Señor Dios de *Israel*. El Dios verdadero es aquel que está en *Jerusalen*.”

„Y todos los demas que se quedaren, donde quiera que habiten, ayúdenle desde el lugar de su residencia con plata y oro, y otras cosas, y con ganados, ademas de lo que voluntariamente ofrezcan al Templo de Dios, que está en Jerusalem.”



CAPÍTULO XXXVIII.

NÍNIVE.

ESTA famosa ciudad, capital del imperio de los asirios estaba situada sobre el Tigris; fué edificada por Nemrod dos mil ciento noventa años ántes de Jesucristo. Algunos, entre ellos Josefo, dicen que Assur, hijo de Sem, fué quien la construyó; pero es mas probable la sentencia contraria. Nino, hijo de Nemrod, no hizo mas que ensanchar y perfeccionar la ciudad, y quitar á sus contemporáneos y sucesores la esperanza de aventajarle en la construccion de otra ciudad mas vistosa y magnífica. Era cuadrilonga y tenia siete leguas y media de largo sobre cuatro y media de ancho, y por tanto veinticuatro de circunferencia, y de aquí es que diga

„Y todos los demas que se quedaren, donde quiera que habiten, ayúdenle desde el lugar de su residencia con plata y oro, y otras cosas, y con ganados, ademas de lo que voluntariamente ofrezcan al Templo de Dios, que está en Jerusalem.”



CAPÍTULO XXXVIII.

NÍNIVE.

ESTA famosa ciudad, capital del imperio de los asirios estaba situada sobre el Tigris; fué edificada por Nemrod dos mil ciento noventa años ántes de Jesucristo. Algunos, entre ellos Josefo, dicen que Assur, hijo de Sem, fué quien la construyó; pero es mas probable la sentencia contraria. Nino, hijo de Nemrod, no hizo mas que ensanchar y perfeccionar la ciudad, y quitar á sus contemporáneos y sucesores la esperanza de aventajarle en la construccion de otra ciudad mas vistosa y magnífica. Era cuadrilonga y tenia siete leguas y media de largo sobre cuatro y media de ancho, y por tanto veinticuatro de circunferencia, y de aquí es que diga

el profeta Jonas, que *Ninive era una ciudad que tenia tres dias de camino*; lo que debe entenderse de la extension en rededor. Tenian sus muros cien piés de altura, y eran tan anchos, que podian tres carros caminar por ellos de frente, y estaban defendidos con mil quinientas torres de ochenta varas de alto cada una.

Esta ciudad fué la corte de los reyes de Asiria, y es célebre, no solo en los autores profanos, sino tambien en los sagrados. Allá en efecto, y en otros lugares subalternos, estuvieron cautivos los Israelitas llevados por príncipes asirios, con cuyo desastre quedó destruido para siempre el reino de Samaria, pues si bien volvieron á su pais muchos descendientes de las diez tribus cautivas, jamas lograron tener una dinastía de su sangre.

Es notable Ninive tambien por el suceso de Jonas. Mandó el Señor al profeta que anunciara á los ninivitas la ruina de su ciudad; pero este léjos de cumplir con esta órden, se embarcó para Tarsis. Se levantó una tormenta formidable, y espantados los marineros echaron suertes para saber quien tenia la culpa de aquella desgracia, y habiendo caido la suerte en Jonas, fué arrojado al mar y tragado por una ballena, en cuyo vientre permaneció tres dias, hasta que fué arrojado milagrosamente á la ribera. Cuando estaba encerrado en el vientre del monstruo marino, dijo el profeta:

„En mi tribulacion invocado he al Señor, y me ha escuchado benigno: he clamado desde el seno del sepulcro, y tú *oh Señor*, has atendido á mi voz.”

„Y arrojástemme á lo mas profundo del mar, y me

circundaron las aguas: sobre mí han pasado todos tus remolinos y todas tus olas.”

„Y dije: Arrojado he sido léjos de la *misericordiosa* vista de tus ojos: pero *no*; aun veré nuevamente tu santo templo.”

„Cercáronme las aguas hasta el punto de quitarme la vida; encerrado me he visto en el abismo: el *inmenso* piélago ha cubierto mi cabeza.

„He descendido hasta las raices de los montes: los cerrojos *ó barreras* de la tierra me encerraron allí dentro para siempre: mas tú, oh Señor Dios mio, sacarás mi vida *ó alma* del lugar de la corrupcion.”

„En medio de las angustias que padecia mi alma he recurrido *á tí*, oh Señor: dirigiéndote mi oracion al Templo santo *de tu gloria*.”

„Aquellos que *tan* inútilmente se entregan á la vanidad *de los idolos*, abandonan su misericordia.”

„Mas yo te ofreceré en sacrificio cánticos de alabanza: cumpliré al Señor todos los votos que le he hecho por mi salud.”

Con la predicacion del profeta hicieron penitencia los ninivitas y suspendió el Señor el castigo, y entónces „Jonas se affligió mucho, y se incomodó.”

„E hizo oracion al Señor, diciendo: Ruégote que me digas, oh Señor, ¿no es esto lo mismo que yo me recelaba, cuando aun estaba en mi pais? No por otra razon me cautelaba, huyendo á Thársis. Porque yo sé bien que tú eres un Dios clemente y misericordioso, sufrido y piadosísimo, y perdonador de los pecados.”

„Ahora bien, Señor, ruégote que me quites la vida, porque para mí es *ya* mejor morir que vivir.

„Y respondió el Señor: ¿Y te parece á tí que tienes razon para enojarte?”

„Y salióse Jonas de Nínive, é hizo alto al Oriente de la ciudad; y formándose allí una cabaña, vivía dentro de ella, esperando á ver lo que acontecería á la ciudad.”

„Había el Señor preparado una yedra, la cual creció hasta cubrir la cabeza de Jonas para hacerle sombra, y defenderle *del calor*. Estaba Jonas muy fatigado, y recibió grandísimo placer de aquella yedra.”

„Y al otro día al rayar el alba envió Dios un gusanillo que royó *la raiz* de la yedra, la cual se secó.”

„Y nacido que hubo el sol, dispuso el Señor que soprase un viento solano que quemaba: hería el sol en la cabeza de Jonas, quien se abrasaba y se deseaba la muerte, diciendo: Mejor es morir que vivir.”

„Pero el Señor dijo á Jonas: ¿Crees tú razonable el enojarte por causa de la yedra? Y respondió él: Razon tengo para encolerizarme, hasta desear mi muerte.”

„Y dijo el Señor: Tú tienes pesar por la *pérdida* de una yedra, que ningun trabajo te ha costado, ni tú la has hecho crecer; pues ha crecido una noche, y en una noche ha perecido.”

„Y yo ¿no tendré compasion de Nínive, ciudad *tan grande*, en la cual hay mas de ciento veinte mil personas, que no saben aun discernir la mano diestra de la izquierda, y un gran número de animales?”

Habiendo vuelto aquella ciudad á sus delitos, y llegado

entónces los medos y caldeos á saber la vida muelle y afeminada del rey Sardanápalo, se levantaron contra él, quien viendo tomada la ciudad por los enemigos y cercado su palacio, mandó pegarle fuego, y allí pereció con sus mugeres, esclavos, y grandes tesoros. Asi acabó este monarca libertino, que solo pensaba en desórdenes, festines y riquezas; y lejos de avergonzarse de una conducta tan infame, mandó que en su sepulcro se grabara el siguiente epitafio: „Llevo conmigo cuanto he comido y cuantos placeres me he procurado, y dejo todo lo demas.” Epitafio, dice Aristóteles, digno de un cerdo.

La ruina de la floreciente ciudad de Nínive fué profetizada elocuentemente por Nahum.

„Duro anuncio contra Nínive. Libro de la vision ó *revelacion* que tuvo Nahum Elceseo.”

„El Señor es un Dios celoso y vengador. El Señor ejercerá su venganza, y se armará de furor: sí, ejercerá su venganza contra sus enemigos, y para ellos reserva su cólera.”

„El Señor es sufrido y de grande poder: ni *por que* *ufra* tendrá á *nadie* por limpio é inocente. El Señor marcha entre tempestades y torbellinos, y debajo de sus piés *se levantan* nubes de polvo.”

„El amenaza al mar y le deja seco; y á los ríos los convierte, *cuando quiere*, en tierra enjuta. Hace volver estériles *las fértiles montañas* de Basan y del Carmelo, y que se marchiten las flores del Líbano.”

„El hace estremecer los montes, y deja asolados los

collados: ante él tiembla la tierra, y el orbe entero, y cuantos en él habitan."

„¿Quién podrá sostenerse, cuando se deje ver su indignacion? ¿Ni quién será capaz de resistirle, cuando esté airado y enfurecido? Derrámase cual fuego voraz su cólera, y hace derretir los peñascos."

„Bueno es *al mismo tiempo* el Señor, y consolador es *de sus hijos* en tiempo de la tribulacion: y conoce y *proteje* á los que ponen en él su esperanza."

„El destruirá como con una avenida impetuosa la corte de aquella *nacion*; y las tinieblas *de la calamidad* perseguirán á los enemigos del Señor."

„¿Qué andais vosotros maquinando contra el Señor? El Señor acabará *con Ninive*; no habrá otra tribulacion."

„Porque estos *asirios*, que se juntan á beber allá en sus comilonas, consumidos como *haces* de espinos bien atados entre sí, y como sequísimo heno."

„Esto dice el Señor: Aunque sean ellos tan fuertes y en tan gran número, con todo eso serán cortados, y pasarán *á ser nada*. Yo te he afligido, *oh pueblo mío*; pero no te afligiré ya mas *por medio de ellos*."

„Y ahora romperé la vara de su tiranía *que descargaba* sobre tus espaldas, y quebraré tus cadenas."

„Y el Señor pronunciará contra tí, *oh Ninive*, esta sentencia: No quedará mas semilla de tu nombre: exterminaré de la casa de tu *falso dios* los simulacros y los ídolos de fundicion; la haré sepulcro tuyo, y tú quedarás deshonrada."

„Sale ya á campaña, *oh Ninive*, aquel que ante tus ojos devastará *tus campos*, y estrechará tu sitio: bien puedes observar sus movimientos, reforzar tus flancos, acrecentar tus fuerzas."

„Porque el Señor va á tomar venganza de tu insolencia contra Jacob, como igualmente de tu soberbia contra Israel, pues que *tus ejércitos* destructores devastaron y talaron sus campiñas."

„Resplandecen como una llama los escudos de sus valientes, sus guerreros vienen vestidos de púrpura; y *centellean* en el dia de la reseña *para la batalla* sus carros de guerra, y están *furiosos* como borrachos sus conductores."

„Se agolpan en los caminos: los carros se chocan unos con otros en las calles: sus ojos son como centellas de fuego, como relámpagos que pasan de una á otra parte."

„Se acordará de sus valientes: marcharán de tropel por los caminos, escalarán con denuedo los muros, preparando ántes medios para ponerse á cubierto *de los sitiadores*."

„Se han abierto las puertas *en los muros*, por la *avenida* de los rios, y el templo ha sido arrasado."

„Han sido llevados cautivos sus soldados, y las mujeres conducidas á la esclavitud, gimiendo como palomas, y lamentándose en sus corazones."

„Y Ninive, *inundada* con las aguas, ha quedado hecha una laguna. Huyeron sus defensores, y por mas

que les gritaban: Deteneos, deteneos; ninguno volvió á mirar atrás."

„Robad, *oh caldeos*, la plata, robad el oro: es inmensa la riqueza de sus preciosas alhajas."

„Devastada ha quedado ella, y desgarrada, y despedazada: los corazones desmayados, vacilantes las rodillas, quebrantados los lomos, y las caras de todos ellos denegridas como olin."

„Pues héme aquí contra tí, dice el Señor de los ejércitos. Yo destruiré tus carros de guerra, y la espada devorará tus jóvenes ó *vigorosos* leones, y arrancaré de la tierra sus rapiñas, y no se oirá ya mas la voz *blasfema* de tus embajadores."

„¡Ay de tí, ciudad sanguinaria, llena toda de fraudes y de extorsiones, y de continuas rapiñas!"

„*Oyese* estruendo de látigos, estruendo de impetuosas ruedas, y de relinchos de caballos, y de carros ardientes, y de caballería que avanza."

„Y de relucientes espadas, y de relumbrantes lanzas, y de muchedumbre de heridos que mueren, y de grandísima derrota: son innumerables los cadáveres: los unos caen muertos encima de los otros."

„Aquí estoy yo contra tí, dice el Señor de los ejércitos, y descubriré tus infamias ante tu misma cara, y mostraré á las gentes la desnudez tuya, y á *todos* los reinos tu oprobio."

„Y haré recaer sobre tí tus abominaciones, y te cubriré de afrentas, y te pondré de modo que sirvas de escarmiento."

„Y entonces todos cuantos te vieren, retrocederán lejos de tí, *horrorizados*, diciendo: Ninive ha sido asolada. ¿Quién con un movimiento de cabeza mostrará compasión de tí? ¿En dónde buscaré yo quien te consuele?

„¿Eres tú, por ventura, mejor que la populosa Alejandría, que tiene su asiento entre ríos ó brazos del Nilo, y está rodeada de aguas; cuyos tesoros son el mar, y las aguas sus murallas?”

„Durmiéronse, oh rey de Assur, tus pastores ó capitanes: enterrados serán tus príncipes: escondióse tu gente por los montes, y no hay quien la reuna.”

„Notoria se ha hecho tu calamidad: tu llaga tiene muy mala cura; batieron las manos *en señal de alegría* todos cuantos han sabido lo que te ha acaecido: porque ¿á quién no dañó en todo tiempo tu malicia?” Hasta aquí el profeta Nahum.

Destruída primera vez Ninive, volvió á tener despues mucho esplendor; pero tomada por Nabucodonosor, decayó de tal modo, que hoy no se sabe á punto fijo el lugar donde estuvo, y solo se infiere que ocupó el sitio que hoy ocupa Mousul, en donde de tiempo en tiempo se hallan entre los escombros algunas estatuas, bajos relieves é inscripciones.

Aquí termina la obra que nos propusimos publicar: se ha cumplido fielmente con lo que se ofreció al principio: se ha llevado á los lectores no solo por la Tierra



Ninive: en el día Mousul sobre el Tigris.

Santa, sino tambien por lo restante de la Siria, por el Egipto, por el mar Rojo, por el Sinai, por Babilonia y Ninive, lugares muy célebres en la historia judía, y cuya descripcion se prometió: cumpliósese asimismo con la palabra que se dió, de formar la presente obra con las razones literales de diversos autores, pues á escepcion de las poesías que son megicanas, todo lo demas se tomó á la letra de Chateaubriand, La Martine, Geramb, etc. Los compiladores esperan de la indulgente facilidad del lector que les perdonará, si no siempre hubieren tenido el acierto de presentarle las pinturas mas vivas de lugares y las escenas mas interesantes que tal vez ofrecen los viajeros, pues si tal cosa hubiera sucedido, no habria dependido de su eficacia, sino de su insuficiencia.

FIN DEL TERCERO Y ULTIMO TOMO.



ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULO DEL TOMO TERCERO.

CAPITULO I.—Viage de Egipto.....	3
Capítulo II.—Aspecto general del Egipto.....	21
Capítulo III.—Desierto.—Viento abrasador.—Mirage.— Oasis.—Alejandro.—Jardines de Oriente.....	34
Capítulo IV.—Alejandría.....	46
Capítulo V.—Agujas de Cleopatra y columna de Pom- peyo.....	50
Capítulo VI.—El Cairo.—Caravana de la Meca.....	55
Capítulo VII.—Antigüedades egipcias.....	77
Capítulo VIII.—Siguen las antigüedades egipcias.—La- birinto.—Lago Meris.....	95
Capítulo IX.—Siguen las antigüedades egipcias.—Men- fis.—Estatua de Sesostris.....	104
Capítulo X.—Montaña de los judios.—Gessen.....	110

Santa, sino tambien por lo restante de la Siria, por el Egipto, por el mar Rojo, por el Sinaí, por Babilonia y Ninive, lugares muy célebres en la historia judía, y cuya descripcion se prometió: cumpliósese asimismo con la palabra que se dió, de formar la presente obra con las razones literales de diversos autores, pues á escepcion de las poesías que son megicanas, todo lo demas se tomó á la letra de Chateaubriand, La Martine, Geramb, etc. Los compiladores esperan de la indulgente facilidad del lector que les perdonará, si no siempre hubieren tenido el acierto de presentarle las pinturas mas vivas de lugares y las escenas mas interesantes que tal vez ofrecen los viajeros, pues si tal cosa hubiera sucedido, no habria dependido de su eficacia, sino de su insuficiencia.

FIN DEL TERCERO Y ULTIMO TOMO.



ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULO DEL TOMO TERCERO.

CAPITULO I.—Viage de Egipto.....	3
Capítulo II.—Aspecto general del Egipto.....	21
Capítulo III.—Desierto.—Viento abrasador.—Mirage.— Oasis.—Alejandro.—Jardines de Oriente.....	34
Capítulo IV.—Alejandría.....	46
Capítulo V.—Agujas de Cleopatra y columna de Pom- peyo.....	50
Capítulo VI.—El Cairo.—Caravana de la Meca.....	55
Capítulo VII.—Antigüedades egipcias.....	77
Capítulo VIII.—Siguen las antigüedades egipcias.—La- birinto.—Lago Meris.....	95
Capítulo IX.—Siguen las antigüedades egipcias.—Men- fis.—Estatua de Sesostris.....	104
Capítulo X.—Montaña de los judios.—Gessen.....	110

352 ÍNDICE DE LOS CAPÍTULOS DEL TOMO TERCERO.

Capítulo XI.—Tebas.....	116
Capítulo XII.—Rápida ojeada sobre la Historia Antigua de Egipto.....	141
Capítulo XIII.—Desembarco del ejército frances en Egipto.....	161
Capítulo XIV.—Napoleon en Egipto.....	173
Capítulo XV.—Mehemet-Alí y su familia.....	179
Capítulo XVI.—Los judíos en Egipto.....	195
Capítulo XVII.—Persecucion de los israelitas.—Moysés.	208
Capítulo XVIII.—Moysés y Faraon.—Plagas.—La pascua.....	218
Capítulo XXIX (-).—Salida del pueblo de Israel de Egipto, Mar Rojo, Poesia, Cántico.....	233
Capítulo XXX.—Mara.—Elim.—Rafidim.—Sinai.—Poesia.....	245
Capítulo XXXI.—Geramb en Suez, y en el desierto...	252
Capítulo XXXII.—Geramb en el Sinai y Oreb.....	270
Capítulo XXXIII.—Continúa la materia del capítulo anterior.....	280
Capítulo XXXIV.—Babilonia.....	295
Capítulo XXXV.—Reyes de Babilonia.....	305
Capítulo XXXVI.—Toma de Babilonia por Ciro.....	318
Capítulo XXXVII.—Profesias de Isaías y Jeremias contra Babilonia.—Poesia.....	326
Capítulo XXXVIII.—Ninive.....	341

(*) Por un equivoco en lugar de haber puesto capítulo XIX, se puso XXIX; lo que se advierte para que no se entienda que se suprimieron.



NUEV
BIBLIOTECA